B
6
C
7
8
9
B
10
B
11
R. di Pia

# Ahora que hay tiempo, te voy a contar un cuento

*Ahora que hay tiempo, te voy a contar un cuento*
Teresa Valle Peña

Primera edición: 2014
Instituto Chihuahuense de la Cultura

©Teresa Valle Peña
© Instituto Chihuahuense de la Cultura
**SE RESERVAN TODOS LOS DERECHOS**

**Instituto Chihuahuense de la Cultura**
Avenida Universidad y División del Norte
31200 Chihuahua, Chihuahua
Teléfono: (614) 214 48 00 ext 216

Impreso y hecho en Chihuahua, México
*Printed and made in Mexico*

# Ahora que hay tiempo, te voy a contar un cuento

Teresa Valle Peña

# Directorio

GOBIERNO DEL ESTADO

Lic. César Horacio Duarte Jáquez
Gobernador Constitucional

Dr. Marcelo González Tachiquín
Secretario de Educación, Cultura y Deporte

Instituto Chihuahuense de la Cultura

Lic. Sergio Reaza Escárcega
Director

Gisela Iliana Franco Deándar
Programa Editorial
de Gobierno del Estado

*A la memoria de Lucrecia, Elodia y Jorge,*
*relatores de historias.*

*Y a la memoria, también,*
*de Juan Alberto, a cuya insistencia*
*se debe este libro.*

## Capítulo I

Sentado en el bulto que había hecho con su frazada, Jean Baptiste no se cansaba de recorrer el muelle con la vista. Le fascinaban el ajetreo que ocasionaba la salida del barco y las diferentes vestimentas de algunas gentes que recién habían desembarcado. Sólo en dos ocasiones había visitado Marsella y para él, que el campo había sido su mundo, todo era sorprendente: hasta el picante aroma del muelle, tan diferente al olor del heno y la lavanda que llenaba el aire de la granja.

Claude se acercó a avisarle la salida del "Nueva Amsterdam".

—Hora de partir, muchacho.

Tomó Claude la bolsa con su ropa y él, con su mano izquierda levantó el bulto en que estaba sentado, mientras con la derecha se santiguaba. "De cualquier modo

—pensó— Nelly debe estar ahora encomendándome a sus santos".

—Te podrás instalar en el pabellón en que duermo —le dijo Claude— con un pasaje de segunda como el que llevas, y un poco de mala suerte, quizá tendrías que dormir en cubierta.

Jean Baptiste pensó que de igual manera iba a extrañar su pequeña alcoba en el ático, pero, desde luego, estaría mejor con los compañeros de Claude que a la intemperie; además, faltaba un día entero para irse a dormir, pues apenas estaba amaneciendo.

A bordo, perdió de vista a Claude. Ver de cerca las maniobras para la salida y el bullicio de la gente, le hacían sentir como espectador de primera fila en un enorme teatro.

La mayoría de los que abordaban eran hombres, algunos como él, muy jóvenes; pero también había familias completas en las que se veían personas ancianas y niños.

Soltaron amarras, alzaron velas y, desancorado el barco, momentos después se deslizaba por el agua con un vaivén que alarmó a Jean Baptiste: "¿qué va a pasar con mi estómago?", se preguntaba tocándoselo, pensando en los días que le esperaban en alta mar.

Se dedicó a observar a la gente. Algunos se recargaban en la barandilla de cubierta viendo el puerto que se perdía de vista; parecía como si lo quisieran grabar en su

mente o como si se despidieran de Francia en el último pedazo que veían de ella.

El barullo del momento de abordar se había apagado, y un extraño silencio se había adueñado de esa parte del barco.

Vio a Claude aproximarse:

—¿Qué tal de travesía, joven amigo? —preguntó ceremonioso— ¿está todo a su complacencia? Jean Baptiste le dio una palmada en la espalda y rió con él.

—La travesía recién comienza y espero bajar en Nueva York con mi estómago en donde ahora lo tengo. Los dientes de Claude, enormes, se lucieron en ambos maxilares como lo hacían siempre que reía.

Jean Baptiste se sentía bien en su compañía, y ahora lo veía casi como su ángel tutelar, pues era la única alma que conocía entre esa muchedumbre.

Antoine, el hermano menor de Claude, y él, habían hecho buenas migas desde que llegara a la granja de la señora Dechez, aledaña a la de su familia, con el cargo de mayordomo.

Claude y Antoine, con quince y diecisiete años de edad, habían llegado de milagro a Francia en un balandro que ambos, con su padre, habían robado para salir de Haití.

Sus padres, nacidos esclavos, servían a una acaudalada familia francesa que les ofreció su libertad a cambio de que les allanaran la salida de la isla cuando una rebelión de esclavos puso en riesgo sus vidas.

Se instalaron en París, donde sus padres siguieron sirviendo a la familia Devoe, sus antiguos amos, pero ahora en distintas condiciones. Antoine se empleó en la fábrica de quesos de los hermanos Carrier y ahí lo conoció la señora Dechez.

La viuda de Dechez, que en un año había enterrado a su esposo primero, y al viejo mayordomo de la granja después, vio en Antoine, alerta y diligente, a la persona que necesitaba para administrar su quinta. Sin pensarlo mucho, le hizo el ofrecimiento de trabajo.

En la siguiente visita que la señora Dechez hizo a la fábrica de quesos, recibió la respuesta de Antoine, quien, animado por volver a la vida del campo, aceptó probarse como mayordomo.

Claude, por su parte, nunca tuvo duda de lo que quería hacer. Nacido y criado junto al mar, le atrajo siempre la idea de navegar, así que, en cuanto tuvo edad, se fue a Marsella luego de persuadir a sus padres.

Cien veces les oyó decir que en las tripulaciones se encontraba la escoria de la tierra, y sólo los convenció cuando les aseguró que después de tres viajes se dedicaría a otra cosa. Con remilgos, le dieron su consentimiento, y, conmovidos, su bendición. .

El viaje que iniciaban era el cuarto para Claude.

Jean Baptiste lo admiraba; en poco tiempo, su empeño y disciplina le habían llevado a mejorar sus puestos. Cinco pilotos había en el “Nueva Ámsterdam”, y uno de ellos era Claude.

—Dentro de un rato te darán tu sopa de habas y tu porción de carne seca.

Siempre que podía, Claude se hacía presente con él.

—No te veo tratar con nadie, muchacho.

—No sé relacionarme con facilidad —respondió Jean Baptiste— y en cuanto a la comida, te aseguro que no la apetezco.

Jean Baptiste agradecía a Claude los breves momentos que le dedicaba, sentía que lo trataba como si fuera mucho menor que él, aunque sólo le aventajara con cinco años.

Por distraerse, se acercó a un pequeño grupo de personas que se ocupaban en cambiar de lugar algunos tiestos. Reconoció ciertas plantas pero otras jamás las había visto, y aunque no tenía especial interés en conocerlas, preguntó los nombres de las que más le atrajeron. Un hombre, el mayor del grupo, le ofreció toda una cátedra de botánica que incluía hierbas americanas y que, aunque no estaban en su lote, él había llevado a Europa en semilla o en tiesto, así como ahora llevaba esas a América. Le indicaba, además, el cuidado que había que darles; parecía especialmente fascinado con las técnicas que aparentemente conocía bien, referentes al cultivo del tabaco, que en América había conocido. Daba a entender que había pasado tiempo en alguna plantación.

Entretenido con las matas, Jean Baptiste no se había dado cuenta de que el sol estaba bajando. Los celajes negros y anaranjados, algunos con orlas doradas, le daban

aire de fiesta al cielo del atardecer. Esperó en cubierta a que la luz terminara y entró en el pabellón que Claude le había indicado. Había dos hombres conversando y al cabo de un rato uno de ellos le preguntó: —¿Viajas por cuenta de alguna compañía neoyorquina?

—No —contestó Jean Baptiste— yo he comprado mi pasaje.

—Hay compañías en Nueva York que te pagan el viaje y te lo cobran de tu salario, de modo que llegas ya con un contrato de trabajo.

Buen rato oyó Jean Baptiste los comentarios de los marinos, unos a favor y otros en contra de los viajes pagados, hasta que por fin se durmieron.

Cuando Claude llegó, extendieron sus frazadas en el sitio que él ocupaba de costumbre. —¿Sabías de las compañías que te pagan el boleto a cuenta de trabajo? —preguntó Jean Baptiste.

—Si sé —respondió Claude.

—Si me lo hubieras dicho a tiempo a lo mejor ahora vendría con un contrato y viajando por cuenta de alguna corporación.

—No sabes lo que dices, muchacho, conozco tipos que tienen más de cuatro años afanando de balde en una de esas empresas y a estas fechas aún no terminan de pagar; además, muchos de esos trabajos son peores que si remaras en galeras.

Jean Baptiste iba a hacer más preguntas pero vio que Claude tenía los ojos cerrados y todas las intenciones de

aprovechar su rato de descanso. Se acomodó él también para dormir, y aunque pensó que le iba a ser difícil hacerlo, minutos después el sueño lo había vencido.

El día siguiente amaneció más fresco. Se imaginó los trabajos que estarían empezando a esas horas en la granja y, por consiguiente, pensó en Honoreé, que contra su costumbre debía estar levantándose con el sol. Sin proponérselo, su mente se fue no sólo a la granja, sino a ocho años atrás, cuando la tía Edith, hermana de su padre, animó al tío Camilo y a Nelly, su abuela, para que le permitieran llevarse a Marie a París, donde ella vivía.

Marie era su hermana, seis años mayor que él, y el ofrecimiento de la tía Edith la hacía imaginar mil oportunidades que solo se presentaban en una ciudad.

Edith era propietaria de una pastelería y veía cualidades en su sobrina que le serían útiles para darse ella algún descanso; su negocio había crecido y quería a alguien de confianza para relegar parte de su trabajo y que, al mismo tiempo, le hiciera compañía. Hacía casi un año que había enviudado por segunda vez, quedando sin hijos de sus dos matrimonios.

La oportunidad que se le presentaba a Marie de aprender un oficio movió el ánimo del tío Camilo y de Nelly, y aceptaron dejarla ir, aunque a Nelly se le empezaron a agudizar sus achaques sólo de pensar que se quedaría con todo el quehacer.

El aprendizaje no se le dificultó a Marie; a casi tres años de haber llegado ya era indispensable; mostró tanta

habilidad para la confección de su repostería, como para dirigir al personal.

Tan animada estaba Edith, que llegó a hacer planes para agrandar su negocio. Y lo hubiera hecho, de no haber sido porque Marie conoció a un señor titiritero que la sacó por completo de la concentración de sus amasijos.

La atracción fue mutua y en poco tiempo se inició un período de visitas que molestaban cada vez más a Edith.

De decisiones rápidas, el pretendiente, seguro de contar con la aceptación de Marie, dejó a un lado los galanteos y se presentó con Edith para plantearle su proyecto de boda. Edith, desde luego, aclaró que no le correspondía a ella dar una respuesta y que, además, le parecía muy poco sensata la postura de su sobrina.

No podía entender que prefiriera Marie la vida de saltimbanqui al lado de ese señor, a seguir en un negocio "decente" como ella decía, y del que tanto había aprendido. Pero Edith tenía cuarenta y nueve años y la muchacha veinte.

Dos semanas después se fueron a la granja, Edith, Marie y Honoreé, el dueño de la compañía de marionetas.

Más que por apoyarlos, Edith los acompañó como depositaria que se sentía de la muchacha. Quería que el tío Camilo y Nelly aprobaran o reprobaran los planes de su sobrina y Honoreé en su presencia.

Los razonamientos que la familia utilizó para desanimar a Marie, se estrellaron ante su terquedad; de modo

que, a regañadientes, se aceptó la boda y ahí mismo se determinó el lugar y la fecha del evento.

Marie y Honoreé se casaron dos meses después en Arles, la ciudad más cercana, a cuatro leguas al sur de la granja. La iglesia la escogió Nelly, y el día, asignado por el párroco, fue un domingo de abril que llovió a cántaros.

En París se instalaron y ahí permanecían todo el tiempo que no salían a llevar sus títeres a los pueblos y ciudades en que Honoreé se había hecho de buena fama. Y aunque en París ganaba más dinero, a él le satisfacía salir con sus números a otros lugares.

La mente de Jean Baptiste regresó al barco cuando un grupo de chiquillos pasó a su lado corriendo hacia un gentío que se amontonaba alrededor de un joven que hacía, con bastante agilidad, juegos malabares.

Le encantó cómo el muchacho maniobraba los objetos, y rió con ganas cuando los chicos se propusieron hacer lo mismo sin lograrlo, por más que el malabarista se armaba de paciencia para explicarles sus trucos.

—Te divierten los fracasos.

La observación venía de un hombre a quien Jean Baptiste había visto la tarde anterior en cubierta y a quien mentalmente llamó “el hombre de la cicatriz”.

—Me gusta ver a los chicos —respondió Jean Baptiste—, es increíble el entusiasmo que ponen en todo. —¿Vas a Nueva York por primera vez? —preguntó el hombre. —Así es; nunca había salido de Francia.

—¿Te esperan allá?, quiero decir, ¿algún pariente o en un trabajo? —volvió a preguntar.

Jean Baptiste pensó un poco antes de responder. Por un momento se le ocurrió decir que sí, que tenía amigos que lo esperaban, pero contestó:

—No, lo cierto es que no tengo a nadie allá.

A la distancia que tenía al hombre pudo observar su cicatriz. No solo le marcaba el mentón y la mejilla: se prolongaba hacia el cuello haciéndose ahí un poco más profunda, como si su trayecto fuera de abajo hacia arriba; la barba, de color castaño como su cabello, no la disimulaba. El color de su piel no lo pudo determinar de tan curtida que la tenía.

El hombre esperó a que Jean Baptiste terminara el estudio al que lo tenía sujeto, y al fin le tendió la mano.

—Isidoro Santos Pastor.

Y en lugar de responder dando su nombre, Jean Baptiste le dijo:

—Le creí francés… le juzgué por su acento.

—Te puedo decir que también lo soy —hizo una pausa y siguió— vamos a permanecer en este lugar bastante tiempo; ya tendré oportunidad de hablarte de mi origen y de mis cambios de residencia. Y ahora, ¿puedes darme tu nombre?

—Jean Baptiste Berriel. Arlesiano de nacimiento.

Varios días tenía Jean Baptiste sin hablar con Claude. Había estado haciendo turnos de noche y descansaba escasas horas durante el día. Prefería no distraerlo pues

lo veía más ocupado que antes. Esa noche, Claude llegó a descansar cuando él aún se encontraba despierto.

—La noche promete ser aterradora —dijo mientras se quitaba la burda chaqueta y la extendía sobre su frazada—, hay truenos, relámpagos, algo de viento… —y un vaivén insoportable —concluyó Jean Baptiste. A Claude le hacían gracia los comentarios del muchacho sobre su tendencia a marearse, pero ahora reconoció que iban a pasar un rato muy molesto.

—No hemos hablado desde hace algunos días —le dijo, pensando en que quizás un poco de plática le distraería de su malestar.

—Te he visto en ocasiones hablando con un hombre mayor; me parece que te relacionas mejor con él que con los jóvenes; su conversación ha de ser amena.

—Lo es, —aceptó Jean Baptiste—, ha recorrido medio mundo.

—El viaje se te hará más llevadero en su compañía; te habrá contado ya cómo es que casi lo degüellan.

—Fue él —le aclaró Jean Baptiste.

Claude guardó silencio. Por unos momentos se quedó pensando cómo alguien podría haberse hecho semejante cortada en plena cara por su cuenta. Al fin preguntó:

—¿Y te dijo cómo?

—Sí, con una espada.

Claude se recriminaba por su falta de imaginación. No alcanzaba a ver en su mente la forma de hacerse un tajo tan limpio del cuello al pómulo por sí mismo.

—Su padre era dueño de una acreditada armería en Toledo —continuó Jean Baptiste— los hierros que de ahí salían tenían un bien ganado prestigio. En algunas ocasiones, siendo él un niño, presenció cómo su padre probaba la flexibilidad del acero apoyando la punta del arma contra la pared y flexionando la hoja casi hasta la empuñadura. Una tarde, vio sobre una mesa una espada que su padre había dejado; la tomó, la blandió un momento, y de pronto tuvo la ocurrencia de probar la hoja, tal como había visto hacerlo a su padre. Apoyó la punta contra la pared pero su impericia no le dejó terminar la maniobra: el acero se desdobló tomándolo desprevenido y el filo le tocó el rostro. La expresión de Claude era la de quien está imaginando una escena.

—Tu amigo volvió a nacer —dijo, sin quitar su aire pensativo— ya lo creo que volvió a nacer. Minutos después, Claude dormía como un recién nacido. El cansancio era un alquimista que hacía del rústico jergón de paja, un mullido lecho, y del torrencial aguacero, una arrulladora llovizna. Jean Baptiste se sentía extrañamente tranquilo en plena tormenta. Vivir un temporal a medio océano era en lo que menos se había puesto a pensar, y en esos momentos se concentró en calcular los días que le faltaban para pisar tierra firme. Con la manta hasta el cuello, se quedó inmóvil. Y de pronto, le molestó

la idea de ser tragado por el mar; quiso volver a hablar con Claude pero le pareció mal despertarlo. Entonces se acordó de Nelly: "Es tonto preocuparse mucho por acontecimientos que no dependen de nosotros", solía decir. Trató de dormirse pero se le figuraba oír las voces de Nelly, de Marie, del tío Camilo y hasta de Honoreé, entre el fragor de los truenos, el golpeteo de la lluvia y el rechinido del maderamen. La ocurrencia le divirtió: "Ahora voy a entretenerme identificando las voces de mi familia".

Los días siguientes, el estómago de Jean Baptiste se fue adaptando al vaivén del barco; por las mañanas dejó de manifestar las sensaciones molestas que presentara los primeros días. Un día, despertó al amanecer. Claude, como el resto de los ocupantes del pabellón, ya no se encontraba ahí. Salió a cubierta; el mar estaba picado y la bruma no permitía ver ni un atisbo de sol; era la alborada más triste desde que el barco iniciara su singladura. Por la noche había llovido; el viento era más frío que en días anteriores y el ambiente se notaba triste. Sintió la necesidad de hablar con alguien y se acercó a un grupo que reparaba unas velas. Ahí estaba Conradino, un joven italiano que, como a Claude, siempre se le veía de buen talante. Conradino le hizo un relato sobre un incidente que se había dado durante la noche: en pleno aguacero se habían liado a golpes tres tripulantes y un pasajero; la lucha fue de dos contra dos, pero el pasajero salió per-

diendo: “Tiene un hueso quebrado y una herida en la cabeza; el señor Santos paró la pelea”.

Al italiano parecía divertirle el acontecimiento. Según decía, al pasajero, que era suizo al igual que el marino que peleó de su lado, se le soltó la lengua. Abominaba de Napoleón y de las acciones revolucionarias que estaba llevando hasta su país. Lo oían dos grumetes franceses que, aunque las actividades de Napoleón les tenían sin cuidado, sintieron que su sangre hervía: un poco por el amor patrio y un poco por los vasos de vino que habían tomado, así que, envalentonados, arremetieron contra los suizos.

Jean Baptiste preguntó por el paradero del herido y decidió ir a verlo. En el pasillo se encontró con el señor Santos.

—Que tengas muy buenos días, Jean Baptiste. Me parece que vas a hacerle una visita al compañero lesionado. —Así es, a menos que mi presencia sea inoportuna.

—No lo sería en modo alguno, si no fuera porque el señor Frisk recién comenzó a dormir. Te aseguro que su estado es bueno, pero estará inhábil por un tiempo.

—Según Conradino, su oportuna mediación terminó con el pleito.

—De casualidad me encontraba cerca, y alguien tenía que acabarlo. No cabe duda que los marinos que los rodeaban disfrutaron la lucha; un espectáculo como ese para ellos es diversión; lo malo fue que era desigual y

bien pudieron matar a ese hombre, o dejarlo baldado de por vida.

—Afortunadamente para él no fue así, y ojalá que ahí acabe todo.

—Así va a ser. Tendrán detenidos a los golpeadores hasta llegar a puerto.

—Eso será pronto.

—Desde luego; pero no pueden tener gente ociosa en el barco. Además, en el herido también pesa parte de culpa. Mal asunto es un alegato de cualquier índole, pero traerte las rencillas de Europa y ventilarlas con el primero que te salga al paso, es absurdo.

—Es probable que el vino haya servido para prender los ánimos de los marinos.

—Tienes razón, Jean Baptiste, y el asunto del vino ya está en investigación, pues si el despensero, que es el único que maneja llave, no se los dio, es que deben haber subido barricas clandestinamente y alguien aquí va a estar en serios problemas. El vino y el ron que vienen en el barco se sirven, como te darías cuenta, en ciertas ocasiones, y es el almirante quien decide cómo y cuándo.

—El caso parece delicado —fue el comentario de Jean Baptiste, quien pensaba que, a juzgar por lo que había oído, el castigo por proporcionar el vino a los rijosos sería mayor que el de los que dejaron al suizo como Santo Cristo.

Su plática se interrumpió con la llegada del capellán que buscaba al señor Santos.

Jean Baptiste conocía al padre Fabier de asistir a algunos oficios, pero nunca lo había visto entre los pasajeros; le parecía retraído y nervioso.

Hacia la proa, una cabina provista de libros, velas, un arcón, una mesita, taburetes y un largo banco sobre el que dormía, era su alojamiento. Ahí solía invitar algún pasajero en el que advirtiera algo de letras e ingenio para pasar un rato de charla, amenizada con un pedazo de buen queso y, en ocasiones, hasta de algún embutido. El señor Santos había sido su huésped algunas veces.

Y ahora, al recibir la invitación, dio por sentado que Jean Baptiste estaba incluido, y aunque el muchacho en un principio se rehusó, terminó por acompañarlo.

Una zarabanda de cucarachas los recibió en la cabina del capellán. Había visto muchas en el pabellón donde dormían, pero aquí, el grupo era superior.

—El pañol se encuentra justo a un lado de esta cabina, y enseguida está la "compañía", ambos son despensas— aclaró el padre Fabier tratando de justificar la presencia de tal cantidad de bichos.

Luego de un rato de cacería de sabandijas y habiéndose replegado algunas hacia los rincones, el señor Santos y el capellán se olvidaron de ellas y se sentaron a la mesa, uno frente al otro. El sacerdote sacó una pequeña bolsa de piel y la vació: unas fichas blancas y con puntos por un lado, y negras por el anverso, se dispersaron en todas direcciones.

Jean Baptiste, sentado en el banco, observaba cómo las mezclaban y se las repartían para alinearlas de canto con el lado de los puntos hacia ellos.

—¿Conoces el dominó? —preguntó el señor Santos.

—En absoluto— le respondió Jean Baptiste.

—El padre Fabier estuvo hace algún tiempo viviendo en Turín y ahí le tomó el gusto a este juego; vamos a esperar un momento al señor Renard, el barbero, quien viene con otra persona para poder jugar una partida. Si te interesa jugar, te puedo explicar la forma de hacerlo.

—Por lo pronto prefiero mirar.

Jean Baptiste sabía que podía aprender lo que se propusiera, pero prefería verlo antes de intentar jugarlo. A veces, esa cautela le hacía parecer poco entusiasta.

Llegaron juntos los demás jugadores e inició la partida entre mucha plática, embutidos, pan, queso y algo de vino de la reserva del padre Fabier.

—El señor Renard es marsellés —dijo el señor Santos a Jean Baptiste, una vez hechas las presentaciones —tuvo un problemilla con las autoridades, algo así como lo que ocurrió a tu cuñado, y prefirió poner mar de por medio.

—¿Está en líos tu cuñado con el nuevo régimen? —preguntó el barbero.

—No precisamente. Salió de París porque se sintió inseguro ahí… mejor dicho, le aconsejaron que se fuera.

—¿No querrías hacerles el relato de lo ocurrido a tu cuñado?, creo que les va a interesar —le sugirió el señor Santos.

A Jean Baptiste le cohibía un poco llevar él la conversación, aún así, inició enseguida su historia:

—Honoreé, con quien mi hermana ha estado casada por cerca de seis años, tenía una compañía de marionetas con la que le iba muy bien. Sus historietas eran ingeniosas; las presentaba en París y después las llevaba a algunos pueblos donde contaba con buen público; pero tuvo la mala ocurrencia de satirizar con sus muñecos a Napoleón.

—Pues ya lo creo que se tenía que acarrear problemas tu pariente, hijo; no se explicaría de otra manera —el comentario venía del padre Fabier —pero sigue, a ver cómo se zafó de esa.

—El caso es que la obra, bastante pícara —continuó Jean Baptiste— llegó pronto al gusto de la gente. Con ágiles parlamentos hacía alusión al baño de sangre en que está metiendo Napoleón a Europa. Por supuesto, poquísimo duró su ocurrencia; al quinto día, al iniciar la función, unos guardias disolvieron su grupo de espectadores y, con violencia, se llevaron a Honoreé.

—No quiero pensar que esté ahí todavía; conozco historias de huéspedes de calabozo que ponen los pelos de punta —dijo el barbero—¿tienen noticias de él?

—Ya no está ahí —se apresuró a decir Jean Baptiste— de una semana fue su permanencia en prisión. Mi

hermana, que nunca tuvo autorización para verlo, visitó algunas señoras que conocía desde la época en que trabajó en la pastelería de la tía Edith, relacionadas de alguna manera con militares.

Una tarde, al llegar a la casa, se encontró con que Honoreé ya estaba ahí. Alistaba tranquilo su baño, y afuera, en una hoguera, tenía su ropa ardiendo. Marie supuso que se había fugado y en respuesta a sus preguntas, él le extendió un papel para que lo leyera.

Se trataba de una nota sin firma donde le avisaban que desde ese momento era libre, pero que, de insistir con su farsa, caería nuevamente en problemas y no iba a haber poder humano que lo sacara de ellos. Se le invitaba, además, a dejar cuanto antes París.

—¿Y no supo tu audaz cuñado a quién iba a deber semejante favor? —preguntó el señor Renard.

—No. Ni siquiera pudo saber si el favor venía de alguna de las clientas de Marie o de algún espectador de sus comedias, pues en ocasiones había notado la presencia de gente influyente entre su público.

—Dices que entonces se mudaron a la granja donde tú vivías —comentó el señor Santos.

—Inmediatamente —respondió Jean Baptiste— aunque a él no le corría mucha prisa, pues pretendía dejar algún inquilino en su casa. Marie, en cambio, no hizo más que leer la nota y corrió a empacar lo indispensable para salir de ahí. Pidió a la tía Edith dispusiera de la casa

a discreción, y dos días después ya estaban camino a la finca.

—¿Dejaste entonces la granja? —preguntó el peluquero— preferiste emanciparte y dejar a tu cuñado a cargo de tus cosas.

—No exactamente. Hace algunos meses que al tío Camilo le inquieta la situación que en Francia se vive, y temía que, en algún momento, la leva me reclutara. Con Honoreé no ve tal riesgo pues es quince años mayor que yo y además, a causa de un accidente flexiona con dificultad una rodilla.

—Pues hijo —la voz del capellán ahora era más pausada— tiene razón tu tío al sentir temor por lo que se está gestando en Francia y que va a hundir a toda Europa en un estado de guerra; y es cierto que te encontrabas en riesgo de ir a filas —y, como quien hace una exhortación, terminó—: quiera Dios que pronto acabe eso y ojalá que América tampoco tenga ya más conflictos.

—Deseo lo mismo que usted, padre —el comentario venía del señor Nassau, el silencioso acompañante del barbero, que hasta ese momento parecía ajeno a la conversación— pero creo que el estado de paz es sólo un armisticio. Si le da un vistazo al pasado tendrá que darme la razón; o, ¿cree usted que el mundo de pronto va a aprender a zanjar sus pendencias con buenos modales?

—Creo que es tiempo de que lo haga; me parecen poco civilizados el ofuscamiento, la ambición y la intransigencia que llevan a los pueblos a enfrentarse, y no

creo que esas aberraciones sean propias de la condición humana.

La plática se alargó un poco más, y a media tarde se despidieron del padre Fabier.

En la noche se encontró Jean Baptiste con Claude en el pabellón cuando se disponía a descansar.

—Creí que te habías caído al mar, muchacho —le dijo riéndose Claude— no supe de ti en todo el día.

Jean Baptiste hizo una reseña de sus andanzas y de la reunión en el aposento del capellán.

Claude no se perdía una palabra del relato; se veía menos cansado que otras noches, y por primera vez no se durmió mientras Jean Baptiste le hablaba.

Seis días después, casi al mediodía, pisaron tierra firme. El bullicio era mayor y los rostros menos tensos que el día de la partida.

Jean Baptiste sabía que tendría a Claude cerca los días que el barco permaneciera en Nueva York, pero una vez terminado el trabajo en el puerto, volvería a Francia.

No tenía aún bien definido lo que iba a hacer: encerrarse en una fábrica no le atraía y sabía que sin conocer el inglés, sus opciones no eran muchas. Sabía leer y escribir bien, pero sólo lo hacía en francés y en latín.

Pensó seriamente en aceptar el ofrecimiento que el señor Santos le había hecho de un trabajo temporal, aunque representaba alejarse de Nueva York y, por lo tanto, de privarse de recibir pronto las noticias de su familia, por carta o por boca de Claude.

El señor Santos comerciaba con pieles que compraba a los indios americanos, y en ocasiones, con madera. Personalmente hacía sus tratos con ellos aventurándose a sus territorios, y aunque con el tiempo se habían cobrado mutua confianza, nunca se sentía seguro.

Jean Baptiste le comentó a Claude la oferta de pago que le hacía el señor Santos por el trabajo, y éste le dijo:

—La paga es buena desde luego, pero ten por seguro que te está pagando también los riesgos. Y como viera que Jean Baptiste empezaba a preocuparse, con su sonrisa de siempre continuó: —creo que eres un muchacho con suerte y te va a ir bien, tanto, que me vas a dar envidia. Mira, mi salario es más modesto y a veces tardo en hacerlo efectivo; una parte nos dan a bordo y el resto en tierra, pero si el dinero no ha llegado a las oficinas, debemos esperar. Hay quienes tienen prisa por llegar con su familia y venden sus pagarés a los usureros, en ocasiones, hasta por la mitad del valor; además, comparando los riesgos, te aseguro que yo corro más; toma nota muchacho: el tifus, la disentería, las fiebres intestinales. Por si no lo sabes, hace cosa de cinco años el "Nueva Ámsterdam" llegó a Nueva York con la bandera amarilla, y cuatro semanas permaneció fondeado en la bahía sin desembarcar. Yo no viajaba ahí todavía.

Jean Baptiste a veces reía y a veces mostraba pesar por su amigo.

—Qué diablos haces en ese barco —fue todo lo que contestó.

Claude debía volver a su trabajo y Jean Baptiste se había comprometido a ayudar al señor Santos a acarrear sus pertenencias mientras él cumplía con una diligencia. Al despedirse le aseguró volver pronto a llevarle las cartas para su familia.

El señor Santos aún no terminaba de recoger su equipaje. Mientras esperaba, Jean Baptiste se entretuvo viendo las despedidas entre los compañeros; notó que algunos daban la impresión de no saber a dónde dirigirse. Vio al señor Frisk, a quien llevaban en una parihuela, con su pierna inmovilizada; de lejos le hizo un saludo. Charlaba con el individuo de las plantas cuando vio acercarse al señor Santos cargando un baúl, ayudado por dos hombres de tipo muy extraño; se adornaban con abalorios y llevaban la cabeza depilada, salvo un mechón de pelo.

El señor Santos les hablaba en inglés, pero la jerga que entre ellos dos empleaban, jamás la había oído. A manera de presentación, el señor Santos le explicó que sus acompañantes eran indios kikapúes, que pertenecían a una tribu de pradera, agrícola, y una de las más civilizadas. Esto último dejó perplejo a Jean Baptiste.

Un coche, contratado por el señor Santos, se acercó a ellos. Entre los dos indios y el cochero cargaron el baúl y el equipaje. El señor Santos le pidió a Jean Baptiste que los acompañara. Llevaba en la mano un bulto alargado y cinchado y, con algo de prisa, emprendió su marcha en sentido contrario al que iba el coche.

En una casa de cinco piezas amplias descargaron las pertenencias del señor Santos. Un hombre las recibió y enseguida dispuso una mesa con servicio para todos. Les sirvió unos trozos de ave, pan, algo de vino y al final, una tizana un poco amarga que endulzaron con una miel rojiza.

Nadie hablaba. Los únicos que se entendían en la misma lengua eran los kikapúes, pero evidentemente no tenían nada que decirse.

Jean Baptiste pensó en que realmente era una escena extraña, pero se sentía confortable y se le ocurrió que había ocasiones en que hablar sólo por cortesía, hacía los momentos tediosos y hasta tensos.

Después de la cena, el anfitrión le alistó un baño de agua tibia y le indicó la pieza que podía ocupar.

Su primer baño en América le pareció un regalo de dioses. En cuanto se acostó, cayó en un sueño tan profundo que no se enteró de cuándo llegó el señor Santos, ni de que los pieles rojas se retiraron al poco tiempo de que éste llegara.

Cuando Jean Baptiste abrió los ojos, el sol entraba por una ventana alta de la habitación. El aroma que salía de la cocina casi lo tenía olvidado. Desayunó con el señor Santos y escuchó con atención las indicaciones que le hacía al hombre que los atendía. No comprendía nada, pero se dio cuenta de que hablaban en español. Una vez que terminaron, el señor Santos invitó a Jean Baptiste a pasar a un salón.

—Disculpa mi descortesía de ayer —comenzó a decir el señor Santos— tenía prisa por entregar un encargo.

—No me debe ninguna explicación —respondió Jean Baptiste— a mi vez, debo agradecer su hospitalidad. He cenado y dormido como no lo hacía desde que salí de la casa. —Y se animó a preguntar—: este lugar, ¿pertenece a alguien que vive en otra parte?

—Esta casa es mía —empezó a explicar el señor Santos— la compré hace cuatro años con el fin de tener un lugar seguro para mis mercancías; regularmente de Europa traigo telas y encajes que vendo en esta ciudad, en San Antonio de Béxar y en la Ciudad de México. Estarían expuestas a la humedad y a las ratas si no contara con un sitio atendido por alguien. Gaspar vive aquí; sus habitaciones están justamente junto a la bodega y él se encarga de vender la madera y las pieles cuando los indios las traen hasta acá. Buena parte de lo que me traen lo mando a Europa y él también hace los envíos: es una persona confiable y cuidadosa.

Se hizo un breve silencio mientras Jean Baptiste imaginaba el periplo que el señor Santos debía realizar para la entrega de su cargamento. Como si éste le hubiera adivinado el pensamiento, le aclaró: —Me gusta viajar. Me gusta conocer lugares nuevos y volver a los que ya he conocido; siempre se ven cosas diferentes. Por ejemplo, Nueva York está creciendo, y lo hace de manera ordenada; no es aún tan grande como la Ciudad de México, ni tiene edificios tan bellos, pero tampoco tiene

la cantidad de mendigos y desocupados que allá se pueden ver.

—No sé mucho sobre la Nueva España —comentó Jean Baptiste— he oído hablar de ciudades populosas, de ricas construcciones y de la actividad minera.

—Estás bien enterado. Ya lo creo que hay metales en la Nueva España; se dice que la mitad de la plata que anda por el mundo se ha extraído de ahí. Y en cuanto a no conocer mucho más de ella, debo aclararte que eso es común. Los reyes españoles se han apañado para ocultar al mundo la situación económica y política de sus posesiones en América, con el fin, tal vez, de no despertar codicias.

A Jean Baptiste le hubiera gustado tener más información sobre la Nueva España, pero se limitó por el momento a preguntar sobre el giro del señor Santos:

—¿De Europa trae solo géneros o comercia con otros artículos? El señor Santos tardó unos segundos en responder. —En esta ocasión traje conmigo unos sables, amén de algunas espadas y fusiles de la armería de mi familia. Las espadas las entregué, el mismo día que llegamos, a un viejo conocido de quien llegué a pensar que ya no encontraría con aliento. El hombre está muy enfermo y su esposa le proponía llevarlo a Inglaterra, de donde vinieron y en donde tiene un hermano médico, pero él se niega a irse. La guerra independentista le quitó dos hijos y aborrece la idea de ir a morir a otro sitio.

—¿Y para qué quiere el señor las armas? —preguntó Jean Baptiste.

—En su juventud vivió en Francia donde se apasionó de la esgrima y donde llegó a ser excelente espada. Tiene ahora tres nietos, hijos de la única hija que le queda, y se acaba de gastar un caudal en las tres espadas que le traje, empeñado en hacerlos espadachines y en dejarle a cada uno un arma que esgrima con orgullo.

—¿Le conoció usted en Francia?

—Si. Fue mi maestro de esgrima. Te dije anteriormente que en Francia se me educó y, no obstante que era muy joven, la esgrima se incluyó en mi preparación. Te aseguro que no he visto a nadie manejar la espada con la soltura y elegancia que él lo hacía. Un año después de conocerle, vino a América con su esposa y sus dos hijos, casi niños. Su hija nació aquí.

Gaspar apareció en silencio con una nota, se la entregó al señor Santos y se retiró.

El señor Santos la leyó en voz alta: "Señor, le recuerdo que ya es tiempo de ir por el resto de sus mercancías".

A la mirada interrogante de Jean Baptiste, el señor Santos respondió:

—Gaspar tiene por costumbre no hablarme cuando estoy platicando, leyendo o escribiendo; se limita a ponerme una nota enfrente.

—¿Es mucha la carga que se debe recoger? —preguntó Jean Baptiste.

—No. Tengo ahí solo ocho bultos que me permitieron traer conmigo. Son encajes y algunas telas francesas. El mes que entra llega un barco carguero en el que se me hace un envío importante de sedas sevillanas y brocados franceses. De un tiempo a la fecha, estos barcos se desplazan de manera más expedita al no tener que esperar más naves para viajar en convoy como antes.

—¿Cuantos barcos debían salir juntos?

—Generalmente cuatro, mas el barco escolta. Aún así los piratas hacían de las suyas.

Cortando la conversación, el señor Santos se puso de pié y le recordó a Jean Baptiste: —El "Nueva Amsterdam" parte dentro de seis días, creo que querrás acompañarme ahora que voy para allá. Podrás depositar tus cartas en el correo o entregarlas a Claude.

Jean Baptiste salió en busca de lo que enviaría a su familia, y cuando volvió, encontró al señor Santos sentado de nuevo en el mismo lugar.

—Quisiera saber —le dijo— si tienes ya una respuesta a mi oferta de trabajo; en cuanto me llegue el cargamento daré inicio a mi viaje.

Jean Baptiste lo miró como si fuera la primera vez que le tratara ese asunto, pero le pareció que ya era tiempo de dar una respuesta.

De pronto se oyó diciendo:

—Cuente usted conmigo señor Santos; aunque aún desconozco en qué van a consistir mis obligaciones, le

aseguro que pondré empeño en aprender lo que haga falta.

—Tu preparación es buena; lo demás lo aprenderás con la práctica.

Le señaló la butaca que tenía enfrente para que se sentara y continuó:

—Necesito saber si estás dispuesto a viajar a Nueva España y, de estarlo, dime qué papeles has traído contigo. Me refiero a tu partida de nacimiento o algún otro documento. Todo extranjero que penetra a territorio de la Nueva España necesita un salvoconducto. Los españoles no sienten simpatía por los vecinos del norte, y es comprensible; se han extendido hacia el sur todo lo que han podido.

—Traigo mi partida de nacimiento. Usted me dirá cuándo la necesita.

Nuevamente, el señor Santos se puso de pié.

—El cochero está esperándonos –dijo—. Al momento, Jean Baptiste se levantó y se encaminó a la puerta, abriéndola para dejarlo pasar. El señor Santos se detuvo frente a él, diciéndole:

—Voy a pedirte que me llames tan solo Santos y que nos olvidemos un poco de ciertos comedimientos.

Jean Baptiste no respondió. Pensó en el asunto y consideró que Santos, que era un hombre de modales toscos, debía sentirse más cómodo evitando situaciones formales.

En el trayecto, Santos comenzó a hablar de sus planes de viaje. Saldrían con el cargamento que llevarían a San Antonio y a la Ciudad de México.

—Iremos primero —dijo Santos— al territorio de los kikapúes; pero antes, dejaremos la mercancía en Natchez, al cuidado de un pariente de Gaspar; los dos indios que conociste vendrán con nosotros: su territorio es un área pantanosa en el margen del Mississippi. A ellos compro la madera. Luego, hacia el sur, a unas seis jornadas de distancia, estaremos con los comanches.

—¿Son los cazadores trashumantes?

—Tienes buena memoria. Algunas tribus de estos indios son nómadas; recorren inmensas llanuras llevando con ellos sus tiendas. Se mueven siguiendo las manadas, generalmente de bisontes, cuando cambian de pastadero. Ellos no cultivan nada.

—Confío en que es gente pacífica.

—Las tribus con que trato sí. Y aunque para ellos la guerra es una actividad muy importante, conservan períodos de paz.

—¿Sus conflictos son entre ellos o pelean contra otras tribus? —Jean Baptiste hubiera querido, en vez de eso, preguntar qué disposición tenían para recibir a los blancos, pero prefirió no dejar a la vista sus temores.

—Los pieles rojas —le respondió Santos— son de naturaleza revoltosa; pelean contra ellos mismos y contra otros clanes. Tras una serie de ceremonias, a cual más

solemne, se enfrascan en una guerra de la que, a veces, el único motivo es cubrir de gloria a sus muchachos.

A Jean Baptiste se le tensaron los nervios. Pensaba en el tío Camilo quien, seguramente, de conocer sus planes, diría que no lo había ahuyentado de un posible reclutamiento en el ejército de Napoleón para que se fuera a meter entre los salvajes.

Se aproximaban a la zona portuaria y los dos guardaron silencio. A Jean Baptiste le inquietaba que Claude no le pudiera dedicar unos momentos.

Además de entregarle las cartas, quería platicar unos minutos con él.

Al llegar, el señor Santos mandó contratar una carreta y se fue directo al almacén donde tenían guardados los fardos. Jean Baptiste por su parte, no sabía cómo localizar a Claude. Si daba su filiación se podrían imaginar que buscaba a algún esclavo; entonces se le ocurrió que por su color, no sentiría mucha confianza de manejarse sólo en la ciudad y supuso que estaría en el barco: "Es donde está más seguro", pensó.

Esperó la carreta y ayudó a Santos con la carga.

—Pretendo ir al barco en busca de Claude. Si me lo permite, yo llegaré después a la casa.

—Tómate tu tiempo —le respondió Santos— yo voy a esperar a unas personas que irán con nosotros.

Jean Baptiste no hizo preguntas, aunque le intrigaba quienes serían los acompañantes.

Hacía un rato que buscaba la manera de llegar al barco, cuando vio acercarse a tres marinos, completamente borrachos. Atrás de ellos, como cuidándolos, venían Claude y otro hombre.

Jean Baptiste lo vio primero y por poco salta de gusto. Por el ímpetu con que corrió a alcanzarlo, parecería que habían pasado años desde la última vez que se vieran.

—¿Ahora eres niñera? —le preguntó riendo— yo aseguraba que estarías en el barco y mira, te encuentro encaminando briagos.

—En el barco he estado la mayor parte del tiempo, pero debemos evitar, si es posible, que esta gente se meta en líos.

Claude estaba encantado. Había llegado a pensar que Jean Baptiste se hubiera ido sin poder ir a despedirse.

Se sentaron sobre unas cajas y se olvidaron por un tiempo de los acompañantes de Claude.

Jean Baptiste le hizo saber su decisión de viajar al sur con Santos. Con detalle platicó sus impresiones y su interés por conocer otros lugares. Le entregó un paquete con las cartas que escribiera a su familia y le aseguró que, de concederle Dios la gracia de la vida, volvería a Nueva York.

El inusual aire de tristeza en el rostro de su amigo, hizo que Jean Baptiste sintiera que materialmente su corazón se oprimiera.

Con un fuerte abrazo y escasas palabras, Claude se despidió; alcanzó a sus compañeros y siguió su camino con ellos.

Jean Baptiste se quedó parado en el mismo lugar hasta que los perdió de vista. Se encaminó hacia el sitio que Santos le había indicado, pero el desgano con que se movía le hizo llegar un poco después de que su ahora patrón se instalara en el coche. Se acercó a preguntarle si debía irse en la carreta de la carga, pero Santos le dijo que no hacía falta y que subiera al coche con ellos. Junto al conductor de la carreta, un hombre joven volteaba para ver a Santos en espera de sus indicaciones; éste le hizo una seña y la carreta inició su marcha. Cuando Jean Baptiste abrió la puerta del coche, se dio cuenta de que Santos no estaba solo: una mujer, de tez clara pero no blanca, cercana a los cincuenta años y un poco rolliza, ocupaba casi medio asiento. Cerró de nuevo la puerta y le dijo a Santos que, para no quitarles comodidad, viajaría arriba con el cochero.

Al llegar a la casa, Jean Baptiste y el joven que viajara en la carreta hicieron las maniobras de descarga en la bodega.

Santos entró a revisar las estibas y le pidió a Jean Baptiste lo acompañara a la casa con sus apuntes.

Trabajaron un buen rato con las clasificaciones y listados que Santos manejaba y que ahora quería que Jean Baptiste pusiera en orden y los actualizara a su ver y entender.

Casi había terminado con sus cuentas y relaciones, cuando entró en la pieza la mujer que venía en el coche. Llevaba en un botellón un refresco endulzado con la miel rojiza. Su forma de entrar en nada se semejaba al discreto modo con que acostumbraba presentarse Gaspar: ella llegó hablando tanto, que los sacó de sus papeles por completo.

Santos se levantó un momento a dar unos pasos y mientras tomaba su refresco, comentó: —Es Inés, la esposa de Gaspar. Llegó con su hijo esta mañana de Natchez, donde vive su hija. Se fue hace seis meses pues la muchacha iba a dar a luz y suele pasarla bastante mal. Es el tercer hijo que tiene e Inés les pide a todos los santos que conoce, que se abstengan de hacerle más envíos de criaturas, pues su salud no es buena.

—¿Es española la señora? —preguntó Jean Baptiste.

—No, es novohispana. Cualquiera sabe si es criolla o mestiza o cambuja o cómo se le clasifique en su catálogo racial.

Había en la voz de Santos un tono irónico.

—A veces, aun en una misma familia, hay señalamientos de diferencia de castas. . Y siguió con una explicación acerca de las mezclas que daban origen a cada grupo racial.

A Jean Baptiste le gustaba saber lo que se relacionaba con los lugares que conocería, aunque a veces, lo que le oía a Santos tenía que ponerlo en tela de juicio. Ahora, por ejemplo, le parecía exagerado.

Dejaron a un lado su plática sobre los vericuetos del mestizaje y volvieron a su trabajo.

Terminaban una relación cuando Santos le dijo complacido:

—Tu forma minuciosa de hacer las cosas nos va a permitir tener más rápido el inventario del nuevo envío.

Esperó a que terminara y volvió a hablarle:

—Nunca me has dicho cómo en una granja aprendiste de letras, números y, según me has dicho, de algo de latín.

El ánimo de Jean Baptiste se tornó triste. Entretenido en el trabajo había hecho a un lado el malestar que le dejara despedirse de Claude. Ahora, al traer a su mente a su familia, le invadió, como nunca antes, una sensación de pesadumbre.

—De niño viví en Arles —comenzó a relatar— donde trabajaba mi padre. Ahí se me dieron, con un grupo de niños, mis primeras lecciones de enseñanza elemental. Cuando tenía yo ocho años y mi hermana catorce, mi madre murió. Mis abuelos maternos se trasladaron a Arles y una semana después, al volver a la granja, mi padre les pidió que nos llevaran con ellos. Dos años más tarde el abuelo murió de un padecimiento que le hacía toser día y noche. Nelly, mi abuela, se hizo cargo entonces de administrar la granja, de la casa, de nosotros y de localizar a mi padre de quien no tenía noticias desde hacía poco más de un año. Tiempos difíciles vivió Nelly, pues aunque contaba con ayuda para el quehacer de la

granja, y Marie se acomedía a hacer en la casa lo que su edad le permitía, casi no tenía reposo. Y como dicen que los males no vienen solos, un día se presentó, con el propósito de quedarse a vivir ahí, su hermano Camilo, un sacerdote que, por un achaque, tuvo que retirarse de su ministerio y prefirió hacerlo en la casa en vez del lugar que su orden le asignaba. La casa y la granja pertenecieron a sus padres, de modo que se sentía en su derecho de ocuparla.

Jean Baptiste se detuvo: —Lo estoy cansando —le dijo a Santos, que no había vuelto a pronunciar palabra.

—De ninguna manera. Estoy siguiendo toda tu historia con interés y quiero conocer el resto. No me has dicho qué achaque le impidió a tu tío seguir practicando el sacerdocio.

—Tenía el tío Camilo en su iglesia un sacristán distraído y perezoso como él solo. Una de sus tareas consistía en tocar las campanas cada determinadas horas o para llamar a los oficios. Por no molestarse en darle vuelta al edificio para consultar el reloj que se encontraba en la parte posterior, daba campanadas al tun tun ocasionando el disgusto de mucha gente que, como usted sabe, toman por preciso el repique, y de acuerdo a eso se las arreglan con su tiempo.

—Quiero pensar que el más molesto por la irregular manera en que se tocaban las campanas era tu tío.

—Piensa usted bien. Resultó que un día, dándose cuenta el sacristán de lo que había hecho, se subió al

campanario para perderse de vista. El tío, que se enteró dónde estaba, enojadísimo subió a buscarlo, olvidándose de su edad, de sus incómodas ropas y de las deplorables condiciones en que se encontraba la escalera. Por sortear un peldaño dañado, alargó el paso, y al poner el pie en el siguiente, se enredó en la sotana, y, de rodillas, cayó en el que esquivaba enterrándose en la pierna el filo de la tabla quebrada.

—¿Su problema ahora es de la rodilla? —quiso saber Santos.

—No, su rodilla está bien; recibió la herida en la espinilla y ningún remedio de los que le han aplicado hasta ahora, ha servido para cerrar por completo la llaga. Cada vez tolera menos el permanecer de pie: sus molestias sólo se calman dejando la pierna en alto cuando está sentado o, simplemente, acostado.

—Me imagino que puede caminar —comentó Santos.

—Sí lo hace, pero lo indispensable para no tullirse.

—¿Y dices que tiene años con su úlcera? —siguió preguntado Santos.

—Cuando llegó a la casa, hace nueve años, ya tenía uno tratándose la herida, que por cierto, había encarnado un poco. Pero cuando se dio cuenta de que no se notaba más mejoría, pidió su retiro y se mudó a la casa de Nelly.

Hizo Jean Baptiste una pausa y se volvió a disculpar:

—Insisto en que estoy alargando mi relato y no he contestado aún su pregunta.

—No tengo prisa. Además, hay respuestas que son incompletas sin el apoyo de los antecedentes.

—Vuelvo entonces con el tío Camilo —dijo Jean Baptiste aspirando bastante aire como si, inconscientemente, quisiera oxigenar su cerebro para sacar recuerdos que no afloraban con frecuencia— a quien debo el haber continuado mi aprendizaje sobre escritura y aritmética, mi inclinación al orden, mi disciplina y, aunque esto no lo llegó a considerar entre sus materias, el desarrollo de mi paciencia y mi hábito de evadirme mentalmente cuando caían sus interminables sermones y reprimendas, pues hasta el momento de salir de ahí, nunca hice algo que le dejara complacido. Tomó en sus manos mi educación y una vara que me zumbaba en las piernas cada vez que hacía algún intento por retirarme de las lecciones en los momentos en que, según me parecía, se quedaba dormido. El tío Camilo es ambidiestro, así que el flagelo podía llegar por cualquier lado.

A pesar de la seriedad con que Jean Baptiste llevaba su relato, Santos no podía contener la risa.

—De modo que a una vara debes lo que ahora sabes —le dijo.

—En cierta forma, sí —respondió Jean Baptiste, que ahora también reía, aunque sin mucho entusiasmo.

Había oscurecido. Santos se puso de pie y le propuso dejar lo que había quedado pendiente para el día siguiente.

Cuando salieron de la habitación encontraron a Inés espabilando y prendiendo velas.

Al verlos, comenzó a hablar. Jean Baptiste no le entendía, pero ella, de cualquier manera, seguía dirigiéndose a los dos.

Santos le comentó a Jean Baptiste que ella insistía en que, si le hablaba en español como si tal cosa, él terminaría por entenderle, como solía ocurrir con los muchos que llegaban a América. —Puede ser que tenga razón, después de todo —comentó Santos; y se le ocurrió que, aunque el castellano que Inés hablaba dejaba mucho que desear, de llegar a aprender algo Jean Baptiste, le sería muy útil para el camino hacia la Nueva España.

Sin dejar de hablar, Inés les sirvió la cena.

—Esta mujer habla hasta por los codos —le dijo Santos— te apostaría a que en cinco días aquí con ella, entenderías el español.

—Podría intentarlo —le respondió Jean Baptiste— es probable que el latín me ayude un poco.

—Estoy seguro. El origen de la lengua española es romance, igual que la francesa.

Al terminar la cena, Jean Baptiste le pidió a Santos que le ayudara a decirle a Inés, en español, que tenía interés en aprender su idioma y que le gustaría que ella, en el tiempo que no trabajaba, le hiciera frases sencillas para él memorizarlas.

Santos le dijo palabra por palabra lo que debía decir a Inés y ella, por supuesto, aceptó, encantada de ayudar con algo tan importante; además, hablar era su fuerte.

—Usted va a aprender a hablar en español, señor Juan Bautista —le aseguró Inés.

A Santos le divirtió la ocurrencia de Inés de castellanizar inmediatamente el nombre de Jean Baptiste, y pensó que la idea era buena para facilitarle el trato que tendría con él.

—¿Qué te parece tu nombre en otro idioma? —preguntó a Jean Baptiste.

—No me parece mal, sobre todo que ella lo dice con más facilidad en su lengua.

Durante tres días, los indios estuvieron visitando la casa. Algunas veces iban los dos, otras, les acompañaba un hombre mayor a quien Gaspar compraba la miel rojiza.

Basilio, el hijo de Gaspar, se entendía bien con ellos y en casi todo lo que hacían les ayudaba.

Esa tarde, Santos salió con ellos y regresaron con provisiones y un poco más de miel de arce que llevarían al viaje.

Todos, a excepción de los pieles rojas, se dirigían en español a Jean Baptiste, y siguiendo la ocurrencia de Inés, lo nombraban siempre: Juan Bautista.

Una semana más tarde llegó el barco que Santos esperaba.

Los días les parecían cortos para terminar de recibir las mercancías y hacer después el embarco de la madera. En ocasiones, Juan Bautista debía trabajar un rato por la noche para tener sus apuntes al corriente.

Por fin, después de cinco días, estuvieron listos para partir. Gaspar insistió en que debían hacer guardias de noche al viajar en las galeras por lo menos, les dijo, hasta llegar a Natchez:

—He tenido conocimiento de tres agresiones en este año a pocas jornadas de ahí —aseguraba.

En un barco de poco calado se trasladaron, con escaso pasaje, hasta una bahía que remataba en un puerto llamado Charles Town. El desembarco de la mercancía se hizo rápidamente pues casi representaba toda la carga del barco.

En dos galeras repartieron el bagaje, los víveres y la mercancía.

Las primeras dos jornadas le parecieron a Juan Bautista un paseo. El terreno era parejo y se notaba el continuo uso que debía tener. Las noches, aunque muy frías, eran tranquilas; de cualquier manera, se turnaban para hacer la vigilancia.

Al tercer día, a media mañana comenzó a nevar y al anochecer había tal cantidad de nieve, y el cielo seguía tan nublado, que Juan Bautista pensó que ya no iba a haber manera de orientarse hasta que se despejara.

Buscó a Santos para ponerlo al tanto de sus temores:

—Además —le dijo— la blancura de la nieve abarca todos los puntos cardinales.

Santos se quedó un rato viendo su bebida caliente y al fin le contestó:

—¿Crees tú que los indios vienen atenidos a los vaivenes del clima?; no, Juan Bautista, ellos tienen cientos de puntos de referencia. —Y luego, tocándose la cabeza con un dedo, le dijo—: tienen un sextante aquí.

Las chanzas que a veces hacía Santos no siempre le divertían, pero de alguna manera ahora le tranquilizaron.

Esa noche, a Basilio y a Juan Bautista les tocó hacer la primera guardia.

Un poco después de tomar su puesto, se les unió Santos. Se sentó y con una vara estuvo un rato haciendo trazos en la nieve.

—Juan Bautista —le dijo— había pensado gestionar tu pasaporte con el cónsul de España en Nacogdoches, pero al pasar la Luisiana pudieras tener problemas pues es española, así que, tal vez sea necesario tramitar un salvoconducto en Natchez.

Juan Bautista, un tanto desconcertado, le pidió a Santos más detalles de lo que hablaba, pues a su entender la Luisiana era una posesión de Francia.

—Hace poco menos de cuarenta años, al término de una guerra, Luis XV la cedió —le aclaró Santos.

—Pues el tío Camilo no lo sabe, o le avergonzará un poco decirlo —dijo Juan Bautista como si hablara para sí mismo.

—¿Y por qué habrían de avergonzar los tratos de Luis XV a tu tío?, válgame Dios —se asombró Santos.

—Es una ocurrencia mía —le contestó Juan Bautista. Y continuó—: sucede que al tío Camilo le enorgullece hacer referencia a un parentesco que siente tener con un explorador del río Mississippi, quien además, declaró propiedad de Francia el territorio aledaño al río. El apellido de la abuela materna del tío Camilo era La Salle y se decía prima en primer grado de Roberto Cavelier de La Salle, de quien, incluso, conservaba algunas cartas.

—Y yo vengo aquí ahora con un pariente del mismísimo La Salle. Pues quién me iba a decir.

—Yo no aseguro nada —quiso aclarar Juan Bautista— lo que conozco de esa historia es lo que varias veces le oí contar al tío Camilo, y en honor a la verdad, me parecía interesante.

—¿Y recuerdas los pormenores de sus andanzas?— preguntó Santos.

—Sólo el tío Camilo conserva en su memoria los detalles de tantas peripecias. Yo recuerdo: que al territorio le puso el nombre de Luisiana en honor a Luis XIV, quien sin duda le patrocinó sus expediciones y que, empeñado en hacer ahí una colonia francesa, regresó a Francia en busca de víveres y gente; que volvió con cuatro naves y cerca de trescientas personas, pero no pudo encontrar la desembocadura del dichoso río entre los muchos que desaguan en el golfo.

En Santos se advertía ya el cansancio; frotándose los ojos, le dijo:

—Estoy enterado de que tuvo que hacer frente a muchos contratiempos y que sus penurias no fueron pocas; pero finalmente se fundó la colonia.

Se levantó y enseguida Juan Bautista hizo lo mismo.

—Voy a retirarme a dormir un rato —anunció Santos, y mientras se dirigía a la galera volteó a ver a Juan Bautista y comentó—: probablemente tenga razón tu tío Camilo si está un poco avergonzado por el destino que tuvo la Luisiana. Francia entregó a los británicos sus posesiones en América al término de una guerra, y éstos cambiaron con los españoles la Luisiana por la Bahía de Pensacola y la Florida.

Semanas después, en un pequeño poblado llamado Koasati se abastecieron, como en otros pueblos lo habían hecho, de provisiones, pero en esta ocasión pasaron la noche ahí, en un alojamiento que a Juan Bautista le pareció muy cómodo. Con el hospedaje se incluía una cena, que resultó un verdadero festín. Los pucheros y guisados le recordaron los de Nelly, aunque en estos encontró algunos condimentos que jamás había probado.

Santos cenó animadísimo; él saboreaba la buena plática durante la comida tanto como la comida misma. Y ahora, el posadero, que tenía gracia y una vasta colección de historias, amenizó, con un jesuita misionero, la cena.

No habían terminado de cenar, cuando una mucama se acercó con un hombre alto y de piel muy blanca que pretendía se le diera alojamiento.

Se le integró al grupo y se le ofreció la cena, de la que sólo aceptó el puchero, aclarando que el comer por la noche no le sentaba bien.

Pronto se involucró en la plática, dándose a conocer enseguida como buen conversador. El hombre era inglés y había llegado a América como misionero protestante.

Hablaron de viajes, de costumbres, del clima. Se brindó, porque según dijo el inglés, hacía dos días que habían llegado al año 1800. Entonces hubo vaticinios sobre acontecimientos que se verían en el nuevo siglo. Todos tenían algo que decir sobre el derrotero que seguiría el mundo al inicio de otra centuria, y buen rato pasaron manifestando sus esperanzas o sus temores, hasta que, indebidamente, como dijo el posadero, la conversación cayó en terrenos de la religión.

Hablaban en español y Juan Bautista entendía poco. Santos, por prudencia, en ese tema no quiso participar, pero a la obstinada postura del jesuita, respondía el inglés cada vez más exaltado.

Temeroso el posadero de que en su establecimiento llevaran sus parroquianos la hostilidad hasta los golpes, trató de mediar en la discusión soltando un comentario que resultó más tonto que afortunado:

—Después de todo —les dijo— todas las religiones son buenas.

Se hizo un silencio. Los ojos azules del protestante seguían fijos en el fraile. El anfitrión prefirió no hacer ya comentarios que pudieran acalorar más a los religiosos y se apartó con discreción, pero Santos, molesto por el fastidioso vuelco que habían dado a la conversación, respondió: —No sé qué podrán tener de buenas si dividen a la gente. Como si fueran poco las discrepancias por el color de la piel, por el lugar de origen y por las inclinaciones políticas, hemos de lidiar también con diferencias de credo.

Al día siguiente, muy temprano, se despidieron del dueño de la posada. Con él estaban su mujer y su hija, a quienes Santos obsequió unos adornos para ropa.

Conforme avanzaban, el clima cambió a más frío. El agua se les hacía hielo aún durante el día.

Unas horas antes de llegar a Natchez, una ventisca les hizo suponer que se quedarían en el camino.

Al atardecer, por fin llegaron. Juan Bautista daba gracias al cielo por estar bajo techo, pues por un rato le inquietó tener que sobrellevar la tormenta a la intemperie.

Eusebio, el hermano de Gaspar, les tenía lista una amplia habitación. Había en ella una chimenea en cuyo hogar ardían unos leños, pero sólo muy cerca de la lumbre se sentía un poco tibio el ambiente: el resto del lugar permanecía helado.

Basilio y los indios se encargaron de la recua y Juan Bautista de dejar arregladas las galeras.

Santos trató con Eusebio su salida hacia la cuenca del Mississippi, donde se encontraría con los kikapúes.

—Saldremos en cuanto el clima mejore.

## Capítulo II

A Juan Bautista le comenzó a cansar lo atañedero al viaje. Hubiera querido tener la capacidad de adaptación de Santos, que en cualquier lugar se sentía en casa. La misma actitud relajada que le viera en el barco, la tenía en Nueva York, la tuvo siempre durante el viaje y la conservaba ahora que hacía los planes para partir.

Todos los contratiempos que en el camino se les presentaron, Santos los tomó como parte del trabajo. Sólo una vez lo vio salirse de sus casillas: la noche en que Basilio por poco mata a Huna, el indio con quien compartía una de las guardias nocturnas.

Sucedió que a Basilio, a quien el sueño le vencía durante su tiempo de vigilancia, le sacó abruptamente de su sopor un ruido junto a unos matorrales cerca de donde habían asegurado los caballos. Despertó sobresaltado,

tomó el fusil y sin meditar un segundo en lo que estaba haciendo, soltó un tiro en dirección a los hierbajos, que, gracias a la posición en que Huna se encontraba, no le alcanzó. El piel roja le comentaría después a Santos que, al sentir una necesidad que no podía esperar, se había retirado, por respeto, del campamento, pero que de haberlo encontrado la bala de Basilio todavía de pie, seguramente le hubiera entrado, pues la oyó silbar sobre su cabeza.

Santos, sin esperar la salida del sol, ordenó ponerse en marcha en cuanto quedaran listos los caballos, que seguramente debían tener también, según dijo, la bilis derramada.

Por dos días Santos se les perdió de vista. Una vez que tuvo en orden lo que llevaría en esta ocasión a su viaje, se les volvió ojo de hormiga. Eusebio y Basilio no parecían extrañados de su ausencia y a las preguntas de Juan Bautista sólo respondían que a nadie daba cuenta de sus andanzas.

Conoció a casi toda la familia de Eusebio. Observó en sus hijos, que aunque sus rasgos eran parecidos a los de él y su mujer, sus tipos eran diferentes. En Basilio había notado lo mismo respecto a sus padres. Casi todos eran esbeltos, con mucha apostura y facciones muy definidas: pómulos altos, frente alta y cuello largo.

Se le ocurrió imaginar que las muchachas, ataviadas como las damas de elevada alcurnia, habrían de causar admiración en Francia, simplemente por su porte.

Al tercer día Santos llegó muy temprano. Venía acompañado de un sujeto de aspecto desaliñado y gesto hosco. De inmediato se dedicó a dar las órdenes para alistar la salida. Juan Bautista pensó que el hombre iría con ellos, pero los planes de Santos seguían siendo los mismos: irían al poblado de los kikapúes, los dos pieles rojas, que allá se quedarían, Santos y él.

Al mediodía salieron hacia el punto donde les indicarían los indios, que sería a sólo cinco leguas. En una pequeña carreta, de la que se encargó Juan Bautista, acomodaron las cajas que debían entregar y algunas provisiones para el viaje. Santos y los dos indios irían a caballo.

Notó Juan Bautista un poco inquieto a Santos y le pidió le dijera si tenían algún contratiempo.

—Suelen patrullar estos lugares los españoles. No quisiera tener que entrar en explicaciones con ellos acerca de los fusiles que traemos en esas cajas. Una vez que nos adentremos en territorio indio, habrá menos probabilidades de encontrarlos.

Juan Bautista recordó a Claude: "Tu paga es más por el riesgo que por el trabajo", le dijo en una ocasión. Trató de no pensar mucho en el asunto y se limitó a observar a Santos, a quien, un poco más adelante vería más sereno.

El terreno pantanoso que bordeaba el río, hacía necesario retirarse del margen. A los ojos de Juan Bautista todo era extraordinario. Las canoas le ilusionaron tanto,

que Santos le dijo que tenía el aspecto de un niño cuando descubre cosas nuevas.

—Para mí son cosas nuevas; jamás había visto nada como esto. En la primera carta que escriba al tío Camilo le voy describir con detalle este paisaje: estoy seguro que va a disfrutar en grande mi narración.

—No olvides decirle la importante vía de comunicación que es ahora este río; recuerda que lo exploró en casi toda su longitud su valiente antepasado.

A Juan Bautista le hizo gracia la alusión al antepasado y le aclaró:

—Yo no sé si La Salle fue o no de la familia, pero me entretenían las sagas que el tío Camilo contaba. Y desde luego que era valiente, muy valiente.

Vio Juan Bautista en los kikapúes mucha formalidad al recibirlos, y en Santos un tacto excesivo. Un poco antes de llegar le había advertido que procurara imitar su manera de actuar, pues un gesto que fuera mal interpretado, podría dañar sus cordiales relaciones.

Le pidió Santos las cajas que iba a entregar. El Gran Jefe ordenó a Huna que las abriera y sacara el contenido. El indio sacó seis pistolas y una treintena de fusiles. Juan Bautista notó, que al entregar Santos las armas, le mostraba unos papeles con números que seguramente el kikapoo entendía, y finalmente, le entregó tres onzas de oro, con lo que pareció quedar satisfecho. Juan Bautista se limitaba a observar; entendía desde luego que Santos le hacía un pago, pero le parecía extraño que, teniendo la

manera de conseguir armas en América, se las llevaran de allende el mar.

En cuanto tuvo oportunidad de hablar con Santos, le preguntó a que se debía que el kikapoo diera preferencia a sus armas.

—Tiene algunos motivos —le respondió Santos— el primero es que le gustan. Reconoce que tienen mejor manufactura que las que aquí fabrican, y aunque sabe que las traigo desde mi país de origen, no tiene idea de donde está. El segundo es que los americanos se han propuesto esquilmarles todo cuanto pueden su territorio, y en vista de las hostilidades, tendrían dificultades para conseguir sus armas aun con los contrabandistas; yo les he traído algunas en viajes anteriores. Desde luego, ellos siguen usando sus flechas en sus combates.

—Noté que también le entregaba oro.

—Con eso ajusté la cuenta que me había hecho llegar por la última compra de madera que le hice.

Yo gano con el trueque y no le regateo, las monedas que me pide para ajustar sus precios se las doy con gusto pues prefiero tenerlo grato.

Esa noche la pasaron en la aldea india. Juan Bautista se preocupó cuando Santos aceptó la invitación del jefe de la tribu.

—Siento un recelo, Santos. Pienso que sería más seguro dormir en el camino.

—No es recelo, es miedo —le respondió Santos— debes definir mejor tus emociones. Y no pienses más en eso porque no los vamos a desairar.

Una mujer les llevó un trozo de carne y una bebida fuerte. Cuando Juan Bautista probó la carne, quiso saber de qué animal era, y la mujer le dio una larga información, con palabras y señas que ni Santos ni él entendieron.

—Más vale que te la comas —le recomendó Santos— ten en cuenta que desconoces la fauna de aquí y lo mismo te será un animal que otro.

Para hablar Santos frente a los indios usaba siempre un tono mesurado, sus ademanes eran tranquilos y su expresión casi beatífica. Sabía que pocos entendían lo que hablaba, pero percibían muy bien en la entonación si las cosas estaban bien.

Con el mismo trato cordial los despidieron por la mañana. En pequeñas cestas acomodaron unas viandas y entregaron a Juan Bautista una canoa que cabía en la palma de su mano, hecha con el mismo abedul con que fabricaban las que usaban para transportarse.

Desconcertado, Juan Bautista la aceptó sin saber de qué manera debía agradecer el obsequio. Buscaba con la mirada a Santos a ver si le indicaba algo, pero por ningún lado lo encontró.

Recordó que al llegar había hecho comentarios acerca de las canoas y tomó el detalle como muestra de buena voluntad. Lo agradeció en francés y en español, y lamentó no poder hacerlo en su lengua.

Santos se presentó cuando ya Juan Bautista había salido de sus apuros.

—Lo hiciste bien, Juan Bautista; estoy seguro que les has causado buena impresión. Ten por cierto que no atienden de esa manera a todos sus huéspedes, menos aún en tiempos recientes en que han mostrado más hostilidad hacia los blancos.

Juan Bautista estaba enterado de que se agrandaban sus conflictos con la población norteamericana y lamentó sinceramente su situación, "porque a fin de cuentas" pensaba "serán los perdedores".

Comentó a Santos los sentimientos de admiración que le habían inspirado los pieles rojas por su forma de organizarse y de darse a respetar, y éste le dijo:

—Los indios son muy suspicaces; advierten el sentir de las personas; no es fácil mentirles.

—No me parece que sean capaces de leer los pensamientos —alegó Juan Bautista.

—No te pueden leer los pensamientos; sólo captan lo que hay en tu espíritu y yo creo que les gustó lo que encontraron en el tuyo.

Finalmente se pusieron en marcha y no volvieron a cruzar palabra hasta que, por un sesgo que debieron hacer por el mal estado de la vereda, se acercaron un poco más al río.

Ahí vio Juan Bautista algo que llamó su atención: dos mujeres indias, en sendas canoas, se desplazaban por el río llevando tres niños cada una. El remo lo manejaban

con la misma destreza con que había visto hacerlo a los hombres.

—Se nota que tienen costumbre de manejar sus canoas —le comentó a Santos.

—Tengo entendido que son diestras en algunas tareas, como el pastoreo y el cultivo de la tierra.

—Pues han de trabajar duro. —Juan Bautista pensaba en la granja cuando hizo la observación.

—Sí trabajan, pero la mayoría tiene un buen lugar dentro de su clan.

—Pienso relatar todo esto en la carta que escribiré a Marie.

Al volver a Natchez el clima era mucho mejor y una vez que entregaron la carreta y los caballos, sacaron de nuevo las galeras para, cuanto antes, iniciar la siguiente jornada.

En esta ocasión irían Juan Bautista y Santos en una, y Antero Anken, el hombre que Santos había llevado, en otra.

Según Santos, Antero sabía moverse por brechas y veredas para evitar el pago de alcabalas que habían quedado instituidas en el país y que se aplicaban al entrar a cada provincia. Además, conocía también el arte del cohecho que se estableció a partir de que se elevaron los cobros arancelarios.

Dos días después de haber regresado a Natchez, Santos le hizo una observación:

—No sé si habrás notado lo mismo que yo en la

hija mayor de Eusebio; se ha puesto más bonita, más acicalada, y en sus ojos hay un brillo diferente cuando te ven. Además, a nadie le sonríe como a ti.

Juan Bautista sintió que el color se le avivaba. Hubiera querido ser más hábil en dar respuestas, pero sólo se le ocurrió decir:

—Le aseguro que yo no he fomentado nada.

Ahora el apenado era Santos.

—No te lo he dicho para hacerte sentir mal. Se me ha ocurrido que pudiera gustarte la muchacha.

—No está falta de gracia, desde luego, pero no pienso dar cabida por ahora a ningún sentimiento especial.

—Eres un tipo serio, Juan Bautista. Generalmente a tu edad no se es tan reflexivo.

Dándole un aire más ligero a su entonación, Juan Bautista le respondió:

—Quiero terminar el recorrido que usted ha planeado y es mejor hacerlo sin llevar sentimientos de culpa por haber alentado alguna emoción.

—Tendrías que decir mejor: por alentar una pasión, o una ilusión, o un amor. De cualquier modo, la muchacha se puede ilusionar sin que tú te lo propongas —hizo Santos una pausa y siguió—: dentro de dos días saldremos; ponte de acuerdo con Antero para que compren provisiones para unas dos semanas, pues antes de llegar a Nacogdoches iremos a encontrarnos con los comanches.

Esa noche Juan Bautista se retiró temprano. Estaba cansado pero no le llegaba el sueño, así que estuvo cavilando un rato sobre los acontecimientos del día. Se sentía inquieto, casi impaciente.

Se preguntaba por qué Santos no habría buscado un ayudante con los conocimientos de Antero ahí mismo. Se había dado cuenta, desde luego, del motivo por el que Santos no lo había llevado a la aldea de los pieles rojas: sus groseros modales podrían, en algún momento, haber escamado a los quisquillosos indios.

Pensó después en Sarita, la hija de Eusebio. Y pensó que, efectivamente, Sarita se había puesto más bonita. Y pensó, además, que si bien había notado que él no le era indiferente, ella también le gustaba muchísimo. Desde luego Santos no andaba descaminado con sus observaciones y, con desagrado aceptó que debía haber sido más franco con Santos y no evadir las respuestas que, ahora pensaba, le debía haber dado.

Llegó el día de partir y nuevamente le acometió la sensación de fastidio que le provocaba salir al camino. Contaba mentalmente los días o semanas que pasarían hasta llegar a un nuevo destino.

Le ilusionaba conocer la Ciudad de México y consideraba que en cuanto reuniera una buena cantidad de dinero, se acercaría al puerto de donde saldría para regresar a su casa una vez que los tiempos fueran propicios.

Pagó Santos los servicios que le habían quedado pendientes con Eusebio y, sin ninguna emoción dijo un "hasta la vista" y se subió a la galera. Juan Bautista, más prolijo con sus frases de despedida, se quedó rezagado recibiendo los abrazos, las bendiciones, las recomendaciones y hasta una carta que, con disimulo, Sarita había puesto en su mano.

Argumentando la prisa de Santos por partir, salió casi corriendo, y de un brinco subió a la galera.

Saliendo de Natchez atravesaron el Mississippi. A Juan Bautista le encantaban los paisajes exuberantes como el que presentaba el río. Había oído decir a los lugareños que en esa región el río se hacía un poco más angosto y que en el mes de marzo era mayor su caudal; desde luego, el río era vasto e imponente.

Casi al atardecer, un poco después de haber cruzado un arroyo que, como muchos otros, era bifurcación del mismo río, alcanzaron a Antero.

Por seguridad, se unieron a un grupo de hombres que se movían en caravana. Casi todos eran españoles que llevaban de contrabando mercancía manufacturada, de los estados del norte a San Antonio.

Juan Bautista suponía que su aprendizaje del español iba muy bien por algunas pláticas que en Natchez había tenido con gente del lugar, pero ahora que tenía intenciones de seguir la conversación que llevaba Santos con dos españoles, se dio cuenta de que no podía captar lo que decían. Se acercó donde estaba Antero con un

hombre blanco y dos más de piel morena, y el resultado fue el mismo: aún no entendía el español.

Se retiró a descansar y algo mortificado se preguntó cuanto tiempo más le llevaría comprender bien ese idioma: "Desearía entenderlo bien antes de volver a Francia", pensó, un poco antes de quedarse dormido.

Por algunos días caminaron cerca de la caravana. Pensaba Santos en las ventajas de viajar en grupo pero temía al mismo tiempo que si los españoles se metían en algún problema, ellos podrían salir afectados. Por suerte, en una sola ocasión los detuvieron para interrogarlos.

La mayoría de los viajeros había quedado a cargo de los carros y las mercancías; dos de ellos, con Santos y Juan Bautista se dirigieron en una carreta a un pequeño poblado a buscar víveres; casi al llegar, seis soldados españoles les salieron al paso. Uno de los contrabandistas tomó el asunto en sus manos y, con aplomo, les soltó una cantidad de mentiras que dejaron azorado a Santos. Para terminar, les aseguró:

—Y aquí, todos somos españoles, leales a su majestad el rey.

Cuatro soldados se habían adelantado y, con cierta prisa, los dos que llevaran el interrogatorio se despidieron, pues, según dijeron, debían patrullar hasta Natchitoches.

Juan Bautista, sorprendido, preguntó a Santos si había algún problema con su salvoconducto, pues le

parecía extraño que hubieran preferido hacerlo pasar como español.

—La ocurrencia fue del que se hizo cargo de la situación —le explicó Santos— según comentan, en su presencia un comandante general se apoderó de los papeles de un americano y lo envió a prisión. Si cualquier cosa en tus documentos no les pareciera bien, tendríamos un retraso de no menos de quince días, y no quiero pensar por las que pasarías si te remitieran a alguna de sus piojosas prisiones.

Juan Bautista de pronto se sintió al garete. Comprendía que iba a ser un extraño en todas partes, pero confiaba en que se respetaría la autorización que se le había otorgado para entrar a la Nueva España.

El aire pensativo y la contrariedad que demostraba hicieron que Santos buscara la forma de tranquilizarlo:

—En Nacogdoches hay un consulado de España. Solicitaremos ahí un pasaporte en toda forma; además, no sabemos si con los papeles que ahora tienes hubiera surgido algún problema, pero quise seguir el consejo de los españoles.

Siguieron cerca de la caravana unos días más, pero al llegar a Nacogdoches se separaron, pues los españoles llegarían a Galveston antes de dirigirse a San Antonio.

Una vez que se abastecieron de provisiones y se entregó un pasaporte en regla a Juan Bautista, salieron de Nacogdoches.

—No los imaginé tan puntillosos; me acosaron con preguntas que en ocasiones repetían.

Le había parecido engorroso el trámite y absurdas algunas preguntas y recomendaciones.

—Considera que constantemente están llegando invasores y no encuentran la forma de frenarlos. Santos le daba la razón a Juan Bautista, pero trataba de justificar el procedimiento que usaban.

—Te aseguro —le decía Santos— que el hecho de haberte presentado como mi empleado, en cierto modo te confiere un aire de respetabilidad, quiero decir, que no vienes como aventurero. Y el que te repitieran las preguntas indica que querían ver si caías en contradicciones. Lorenzo, el hombre que dirige la caravana y con quien sostuve algunas conversaciones, percibe que el norte de la Nueva España, de no poblarse con novohispanos y de no colocarse destacamentos militares en puntos estratégicos, va a quedar, tarde o temprano, en manos de americanos. Hasta ahora, las misiones, los presidios, las patrullas y demás ingenios que han utilizado para detener el flujo de rufianes hacia sus posesiones, de muy poco han servido a España. En la opinión de Lorenzo, la Corona no tiene capacidad para frenar las pillerías del aparato burocrático de la colonia, que dispone de tal cantidad de dinero que sería suficiente para distribuir guarniciones y promover la colonización. España percibe la mitad de lo que la colonia recauda y la otra mitad se queda para sueldos y sobresueldos de

los burócratas, casi todos españoles. Me pareció muy convencido de su conclusión y me pareció también que lo lamenta; que lo lamenta mucho.

—No creo que llegado el momento no repelieran de alguna forma la invasión. Hasta ahora, España ha saneado sus conflictos en América.

—A través de los años, Juan Bautista, España ha ido perdiendo sus posesiones en Europa; no sería remoto que perdiera las que tiene acá.

Los pensamientos de Juan Bautista pronto se dirigieron a otras cuestiones; los altibajos de las invasiones no le preocupaban: él era ave de paso y en ese momento, como siempre, ya le apuraba llegar al sitio donde Santos trataría sus asuntos con los comanches. Ese era el siguiente destino antes de tomar el camino a San Antonio.

Después de algunos días tuvo Juan Bautista a la vista las praderas más extensas, los cielos más amplios, las manadas de animales más fabulosas que hubiera imaginado. Los búfalos y los bisontes le impresionaron por su tamaño; y verlos en grupos tan nutridos le produjo verdadero asombro.

Conforme se acercaban al río Brazos le acogió la sensación de llegar a un santuario; Santos había mencionado alguna vez las ideas religiosas de los pieles rojas, quienes creían en un espíritu del viento, de los árboles, del agua…y él, en ese momento las compartía;

no podría entender el majestuoso panorama en el que ya estaban inmersos sin esos espíritus.

En su silencio, manifestaba Juan Bautista la profunda emoción que le producía reconocer el impresionante aspecto de la obra divina.

De dos días fue su permanencia en el territorio de los comanches. No tuvieron que adentrarse mucho, pues los indios con quienes Santos trataba se habían instalado a casi dos leguas del camino. Juan Bautista no esperaba ver tantas diferencias entre estos pieles rojas y los kikapúes; su vestimenta era un poco distinta y llevaban tatuajes en su piel. Observó también que el grupo de mujeres era mucho menor y supuso que quizás algunas debieran permanecer en algún sitio fijo.

Cuando salían del campamento, un aguacero los obligó a detenerse unas horas. Santos se notaba contrariado por las condiciones en que sabía quedarían los caminos, pero en cuanto amainó un poco la lluvia, se decidió a partir.

Muchos fueron los contratiempos que tuvieron por el lamentable estado del terreno. Gracias a Antero no dejaron la vereda principal, pues en dos ocasiones Santos perdió el camino y a punto estuvieron de tomar rutas equivocadas.

El tiempo que tomó el regreso fue mayor. Hicieron paradas más frecuentes y el barro impedía ir de prisa.

La segunda noche de camino, luego de un día de peripecias, acamparon más temprano que de costumbre.

Mientras comían algo antes de dormir, Antero y Santos entablaron cerrada plática. Juan Bautista estaba atento a lo que decían y durante una pausa que hicieron, preguntó a Santos:

—¿Qué sentido tiene el término "gallo", que mencionan con frecuencia? Sé lo que significa, pero no consigo hilar esa palabra con el resto de las que alcanzo a entender.

A Santos le divirtió la observación y se la hizo saber a Antero, a quien Juan Bautista vio reír por primera vez.

—Los gallos de los que nos estamos ocupando son animales propios para pelear; es una raza que tiene carácter para eso. Antero conoce de la crianza, del entrenamiento y de los pormenores de pactar una pelea; y sabe también tratar a los que tienen el vicio de hacer trampa.

Explicó Santos en forma breve lo que era una pelea de gallos. Su entusiasmo era evidente y evidente era también que era asistente asiduo a tales eventos.

—De modo —comentó Juan Bautista— que todo ese montaje es para ver cómo un animal mata a otro.

—Y para hacer apuestas —finalizó Santos.

El tiempo mejoró y sus jornadas se fueron haciendo menos penosas; parecía además que el frío se retiraba un poco. En las largas horas que debían pasar en el camino, Santos solía hacerle a Juan Bautista narraciones de acontecimientos propios o ajenos que le aligeraban el

trayecto. A veces gustaba también de entonar canciones, la mayoría en español.

Esa mañana, Juan Bautista notó en Santos una actitud inusual; a los intentos que hacía por iniciar una plática, él contestaba brevemente y el silencio se instalaba de nuevo.

Juan Bautista lo veía de soslayo para no dejar notar su inquietud, pero de pronto, detuvo Santos la galera, se dobló hacia delante y se cubrió la cara con las manos. Juan Bautista se apresuró a sostenerlo por la espalda hasta que pudo recostarlo en el asiento. Esperó unos momentos a que Antero llegara.

Con voces y señas lo hizo salirse del camino y le pidió se acercara para ayudarlo a bajar a Santos.

Juan Bautista le quitó las botas, le aflojó los cabetes del chaleco y lo cubrió con una manta.

Antero rechazó la ayuda que Juan Bautista le ofrecía para bajarlo y él solo lo llevó hasta su galera. Prendió lumbre y en una tetera coció unas yerbas.

Juan Bautista se sentía inútil. No se le ocurría nada más para ayudar a Santos que salir inmediatamente rumbo al poblado más cercano, a ver si encontraban alguien que supiera cómo atenderlo.

Según Antero, debían recular para tomar una vereda que los llevaría a San Felipe, un lugar pequeño en el que podrían recibir alguna ayuda.

Siguió Juan Bautista las indicaciones de Antero y al poco rato estaban sobre la vereda que sólo Dios y Antero sabían a qué sitio les llevaba.

Juan Bautista quería quitarse un poco de la mente la situación de Santos; se lo imaginaba como lo había dejado: hecho un ovillo y temblando.

Trataba de encontrar en sus recuerdos momentos difíciles, buscando comparar algún sentimiento anterior a lo que ahora lo dominaba, pero lo único que venía a su memoria eran temores, o algunos días de mucha tristeza o desazón, pero la sensación que lo estaba invadiendo era diferente: "es angustia" se dijo.

Sólo una vez se detuvo a ver a Santos. Lo notaba muy mal pero consciente.

El poblado se encontraba en una parte baja al lado del camino, por lo que un poco antes de llegar se veía en su totalidad. Lo que vio Juan Bautista lo desanimó aún más: era sólo un caserío entre angostas callecitas mal trazadas; además, algunas viviendas daban la impresión de estar deshabitadas.

"Creo que hemos perdido tiempo regresando para entrar aquí", pensó Juan Bautista, pero inició el descenso de la pequeña cuesta para entrar al poblado. Aún no se detenía cuando dos chiquillos se le acercaron. Juan Bautista les preguntó si había alguien que atendiera a un enfermo. Se metieron a una casa y unos minutos después salió una mujer con gesto nada hospitalario.

Antero, que acababa de alcanzar a Juan Bautista, respondió a todas las preguntas que la mujer le hizo y que, por cierto, a Juan Bautista se le hicieron demasiadas.

—Temen que sea una enfermedad contagiosa. Les tienen pavor —dijo Antero.

Juan Bautista se dirigió a la mujer gesticulando y dando pasos hacia donde se encontraba el enfermo, insistiendo en que lo viera.

La mujer no se movía de su sitio. Con los brazos cruzados y los labios apretados, daba a entender que lo mejor era que se fueran.

Vieron entonces aproximarse a un hombre alto, muy delgado y algo encorvado. Sin cruzar palabra con la mujer les pidió ver al enfermo.

El mismo Juan Bautista comenzó a temer que Santos llevara alguna enfermedad contagiosa. Desde luego, él ya la estaría incubando, Antero también, "y toda esta gente", pensó, haciendo un recorrido con la vista sobre el caserío "va a acabar mal si nos quedamos". Así, a sus congojas, añadió un sentimiento de culpa.

—Síganme —dijo el hombre haciendo una seña con el brazo levantado.

Lo siguieron hasta una casa, tan austera como las demás, pero con un huerto más grande que la mayoría.

El hombre entró y al poco rato salió acompañado de una pequeña mujer que les pidió la llevaran con el enfermo. Lo vio, le tocó la cara y enseguida le dijo a Antero que había que acomodarlo en la casa. En una

pieza junto a la cocina acostaron a Santos; el hombre les pidió que salieran y él entró a la cocina a poner un caldero con agua en el fuego.

Minutos después regresó y les dijo:

—En la opinión de mi madre su amigo tiene "mal de costado", confía en que pueda quitarle la fiebre y va a tratarlo con remedios que ella conoce; lo demás depende de su naturaleza, y de Dios.

El anuncio lo hizo como quien lee un boletín. Su voz era tan inexpresiva como su rostro.

Desde luego, para Juan Bautista, la idea de volver al camino con Santos en esas condiciones le parecía descabellada, así que, aunque no confiara mucho en la curandera, comprendía que no había alternativa.

Antero se fue a dormir a la galera y él se quedó cerca de Santos para estar enterado de la evolución de su mal.

La noche fue mala para todos, menos para Antero que durmió ajeno al ajetreo de la casa.

El cuerpo de Santos recibió frotaciones de vinagre, de cocimientos, ventosas, tizanas y sangrías.

Juan Bautista no tenía idea de si alguno de esos tratamientos era lo indicado para Santos, pero reconocía el tremendo esfuerzo que la pequeña mujer y su hijo estaban haciendo por sacarle la enfermedad.

Casi al amanecer el sueño lo venció, y dos horas después despertó sobresaltado cuando Antero entró a hablarle para saber de Santos.

Entraron a la cocina donde la mujer seguía cociendo hierbas. Ahora ponía a hervir unas raíces recién traídas del huerto.

Antero le preguntó sobre la situación de Santos, y por unos momentos la mujer guardó silencio. Al fin, con voz que apenas se oía les dijo:

—Su amigo pasó la noche, quiere decir que está mejor. Su respiración aún no es buena y aunque la fiebre va a tardar en salir, ahora no es tan elevada. El dolor que no le permitió dormir anoche, esta mañana va cediendo. No puedo decirles más.

—¿Cuándo podrá seguir el viaje? —quiso saber Antero.

La mujer volvió a quedar en silencio un rato, y luego, en el mismo tono bajísimo de voz, respondió:

—En caso de que siga mejorando, podría viajar dentro de tres semanas.

Santos durmió toda la mañana. Juan Bautista salió a caminar para despejar su cabeza y estirar las piernas. Se sentía más tranquilo y esperaba poder hablar pronto con Santos. Sabía cómo tomaría la recomendación de la mujer: las tres semanas le iban a parecer interminables.

Al volver, fue en busca de Antero para tratar con los dueños de la casa el asunto de sus honorarios y pago de hospedaje.

Encontró a Antero alimentando a los caballos, y éste le comentó que la mujer remilgosa que les había hecho tan mal recibimiento, había ido a hablar con Jeremías,

que así se llamaba el hombre de la casa, y que la había visto retirarse con un semblante más tranquilo.

—Resulta —le dijo— que doña Cata, la mujer que atiende a don Isidoro, es una persona muy respetada en la comarca; asiste a parturientas, arregla huesos y conoce mil remedios para ronchas, picaduras, golpes y un sinfín de males. Muchos aquí le deben su salud.

—Pues de mucho te has enterado en el corto tiempo que anduve por ahí. Ayer, al llegar, estaba yo completamente desquiciado; ahora pienso que llegamos al sitio adecuado. Te diré, Antero, que anoche yo pensé que Santos no amanecía; ahora lo veo mucho mejor, pero todavía no estoy seguro de que su mal tenga enmienda.

—Con tus dudas no ayudas a don Isidoro. Tu zozobra no debiera impedirte sentir esperanza.

Juan Bautista empezaba a conocer a Antero. Desde que Santos se presentó en Natchez con él como guía para el viaje, pocas palabras habían cruzado entre ellos; podría decirse que recién tenían comunicación.

—Vengo a buscarte para que me acompañes con los señores para hablar de honorarios —le hizo saber Juan Bautista.

—Creo que es pronto para eso, pero te veré en la casa.

Juan Bautista se adelantó, y al llegar encontró a Jeremías en la puerta. Le preguntó por Santos y él lo encaminó hasta la pieza donde había pasado la noche.

La penumbra en que tenían el lugar le impedía distinguir el rostro de Santos. Su respiración, un poco más tranquila, le indicaba que, por lo menos, no había empeorado.

Al acercarse, lo vio con los ojos cerrados y supuso que dormía.

—¿A dónde me has traído, Juan Bautista, que me han asediado toda la noche con brebajes y frotaciones?

El ánimo de Juan Bautista mejoró al oír la voz de Santos, le entusiasmaba darse cuenta de que había estado consciente durante la noche.

—Llegó aquí en muy mal estado. Afortunadamente encontramos este lugar en el que hubo quien lo sacara de su gravedad.

—¿En dónde nos encontramos? —volvió a preguntar Santos.

—El pueblo se llama San Felipe

—No recuerdo haber estado aquí antes. ¿Quién te trajo con esta gente?

—La casualidad —respondió brevemente Juan Bautista, quien percibía algo de disgusto en la voz de Santos.

Por unos momentos se quedaron en silencio. Finalmente Santos le ordenó:

—Diles que te den tizanas para llevar al camino, pues debemos salir cuanto antes. Hemos perdido mucho tiempo.

—Usted no va a salir de aquí antes de tres semanas.

Sería una imprudencia con consecuencias fatales llevarlo al camino en esas condiciones.

Santos cerró los ojos. Evidentemente el cansancio le estaba ganando y a Juan Bautista le atemorizaba que la fiebre volviera a presentase.

Le arregló las mantas y salió en busca de doña Cata, a quien tuvo que esperar un buen rato pues había salido a hacer una visita.

En cuanto la vio, le pidió que fuera a ver si Santos no estaba empeorando. Entraron los dos a la pieza, y doña Cata, con sólo verlo, le hizo saber a Juan Bautista que la fiebre estaba volviendo. Mientras la mujer entraba a la cocina a hacer nuevos cocimientos, Juan Bautista se acercó a tocar la frente de Santos. De pronto, éste le tomó el brazo y lo jaló para asegurarse que lo iba a escuchar bien.

—Debes irte a San Antonio, Juan Bautista. Baja mis bártulos y te vas con Antero. Tú mismo marcaste los fardos que se entregarán allá y en tus libros tienes los precios.

Juan Bautista no esperaba semejante orden; pensó que Santos hablaba bajo los efectos de la fiebre y que una especie de delirio le hacía decir desatinos, pero Santos insistió:

—Mañana mismo sales a hacer esas entregas; te espero aquí a tu regreso e inmediatamente nos iremos a la Ciudad de México. Quiero evitar las lluvias antes de

llegar al camino de Santa Fe, pues es el acceso principal y el que se encuentra en mejores condiciones.

Juan Bautista estaba aterrado. Se imaginaba los escollos con que tendría que enfrentarse con la única ayuda de Antero. Veía a Santos tan decidido que no se atrevía a contrariarlo, pero se resistía a moverse de ahí.

Con voz más comedida Santos insistió:

—El tiempo apremia, Juan Bautista, te estoy pidiendo algo que puedes hacer. No pondría mis mercancías en manos de un negligente.

Maldiciendo su suerte salió Juan Bautista de la habitación. Sabía que por demás estaban los argumentos para rehusarse a cumplir el encargo. Se fue en busca de Antero temiendo que le retobara la orden.

—¡Antero! —tuvo que gritar, pues Antero caminaba hacia la galera.

Al oír el grito, dio vuelta para encontrar a Juan Bautista.

—Arregla todo en este momento para salir al viaje —hizo una breve pausa y siguió:

—Son órdenes de Santos. Él se queda.

Contra lo que suponía, Antero no se inmutó; quiso saber solamente si comprarían ahí provisiones, pues al carecer el pueblo de tienda, tendrían que acudir a algún vecino. En cuanto Juan Bautista le aclaró que él se encargaría de eso, Antero se dispuso a hacer su trabajo.

Con las galeras listas y el bagaje de Santos dentro de la casa, tomó Juan Bautista las últimas indicaciones.

La respiración de Santos parecía más agitada, pero Juan Bautista ya no quiso saber los pronósticos de doña Cata, y tras una breve despedida, salió con Antero hacia San Antonio de Bexar.

Los días que siguieron pasó Juan Bautista horas interminables detrás de la galera de Antero; trató de no pensar en Santos y utilizó el tiempo en volar con su mente a los lugares en que se había deslizado su vida hasta el momento de salir de Francia. Ahora le parecía que había transcurrido un siglo desde entonces. En ocasiones sacaba la carta que Sarita le entregara cuando se despidieron y el leerla le producía siempre efectos distintos: unas veces le hacía sentir su presencia graciosa y dulce; otras, le parecía que el texto era audaz, como si no correspondiera a su edad y sus recatados modales y otras, simplemente le entretenía. De todas formas, le agradaba leerla.

En el tiempo que se detenían a comer o a descansar, buscaba la manera de hablar un poco con Antero, pues, aunque era de pocas palabras, algo platicaba.

Una tarde, mientras alistaban algo para cenar, Juan Bautista preguntó:

—¿Tienes mujer, Antero?

—Estuve casado cuando viví en la Luisiana. Tuve dos hijos y cuando murió mi mujer me fui con ellos a Taensa. Ahí vivo ahora y desde hace un año tengo otra mujer.

—¿Eres de Luisiana?— Juan Bautista seguía haciendo preguntas por pasar el rato en algo.

—No —le contestó Antero— yo nací en un poblado de la Bahía de Barataria, en una madriguera de piratas; mis abuelos, ambos, fueron bucaneros.

Juan Bautista cesó de hacer preguntas. Nunca había visto un pirata y se quiso imaginar a los abuelos de Antero. Sólo sabía que los piratas eran mal vivientes y prefirió cavilar un poco antes de hacer algún comentario.

A Santos le había oído decir que los bucaneros eran franceses, así que ahora entendía por qué Antero hablaba el francés; pésimamente, pero lo hablaba. De los corsarios, que eran ingleses, le había escuchado decir que pirateaban con autorización de su gobierno, y que las reservas en oro más importantes del Banco de Inglaterra, provenían de los galeones españoles abatidos por los fieles súbditos de la Corona británica.

Pero tanto los unos como los otros, no eran de fiar.

Inconscientemente, Juan Bautista volteó al lado contrario de donde Antero se encontraba, como si temiera que en su cara se pudieran leer las preguntas que se estaba haciendo: ¿Sería Antero de fiar? ¿Qué tanto, de heredado o de aprendido tendría de sus abuelos? "De qué me he venido a enterar, Santo Dios" se decía, pensando en los días y noches que debían seguir juntos. Recordó que llevaba dinero, un poco suyo y un mucho de Santos y sintió que se enfriaba cuando pensó en lo que cobraría al entregar los géneros: "Al regreso me mata" se repetía.

Antero revisaba las herraduras de los animales. Aprovechaba lo que quedaba del día para atenderlos y dejar las cosas en orden para la salida por la mañana.

Juan Bautista caminó un rato y volvió cuando casi había anochecido. Antero se dirigió a su galera en cuanto lo vio llegar, como si sólo lo estuviera esperando para retirarse.

Antes de acostarse, Juan Bautista pasó la vista por los bultos que llevaba y se detuvo un momento observando el que, entre otras cosas, contenía el dinero. Todo se veía normal y en la forma que él acomodaba. Se sonrió pensando en sus recientes temores: "Cuando ignoraba su procedencia, venía confiado; ahora, el solo hecho de conocerla me ha dejado intranquilo". Y con esos pensamientos se fue a dormir.

Había dormido un buen rato cuando despertó, oyendo ruidos, unas veces cercanos, otras más retirados. Prestó atención unos momentos y decidió que eran los ruidos normales de la noche.

Se subió la manta lo más que pudo, como lo hacía de niño cuando le asaltaba algún miedo.

Entonces vino a su mente el recuerdo de una noche que le curó de sus temores infantiles: muy cerca de la casa estaba el cobertizo, cuya pared trasera quedaba frente a su pequeña alcoba instalada en el ático. Había en ésta una ventana alta por la que él veía hacia afuera subiéndose a una silla. Ese verano, Nelly había contratado a Amílcar, un joven que en ocasiones le había ayudado en la granja.

Era diligente y tenía la ventaja de vivir cerca.

Por esos días visitaba algunas tardes a Marie, una muchacha que la señora Dechez había llevado a su casa para que le ayudara. Muy platicadora, Anne siempre tenía historias que contar, y, cuando le permitían quedarse un rato con ellas, Juan Bautista se encantaba oyendo sus cuentos, que algunas veces tenían que ver con espíritus tercos, renuentes a irse de este mundo.

Al poco tiempo, Juan Bautista comenzó a oír ruidos en la noche. Algunas veces, recién se acostaba, le parecía escuchar crujidos de goznes, pasos y hasta gemidos.

Como temía una reprimenda del tío Camilo, no quiso hablar del asunto; con seguridad le diría que hiciera examen de conciencia.

Una noche, los ruidos subieron de tono; el viento, que desde el atardecer soplaba, contribuía a que su imaginación abriera su catálogo de pesadillas. Ahora oía golpes, golpes continuos. Se subió a la silla para asegurar los postigos que había dejado abiertos y vio una luz que salía de la ventana del cobertizo. Los golpes continuaron, se acostó, se jaló las mantas hasta el cuello y apretó los ojos. A los golpes siguieron gritos; entonces, la curiosidad de Juan Bautista pudo más que su miedo.

Hubiera imaginado que los demonios tenían un festín en el cobertizo de no haber sido porque vio la cabeza de Amílcar asomando por la ventana y desgañitándose. La sorpresa lo detuvo un segundo, y cuando iba a brincar

de la silla, vio la cabeza de Anne saliendo por la misma ventana.

De un salto llegó casi a las escaleras. No había terminado de bajar cuando vio al tío Camilo de pie en la puerta de su habitación. Su liviano sueño le permitió oír antes que nadie los golpes desesperados de los muchachos.

—Levanta a tu hermana y salgan a ver qué ocurre —le ordenó a Juan Bautista.

Antes de llegar a la pieza en que dormían Nelly y Marie, oyó los gritos de Nelly avisándoles que el cobertizo se estaba quemando.

En segundos, como si se hubieran puesto de acuerdo, los tres se organizaron para salir del conflicto. Marie corrió al traspatio en busca de una escalera; enseguida la recargó junto a la ventana para que bajaran los muchachos, mientras Juan Bautista y Nelly llenaban con agua unas cubetas.

En cuanto estuvieron abajo, Anne y Amílcar se incorporaron al escueto equipo de aguadores y, entre todos se dedicaron a darle batalla al fuego. Durante el ajetreo de llevar el agua, Juan Bautista notó que Marie se llevaba a la cara el vuelo de la camisa de dormir y supuso que se limpiaba el sudor; luego se dio cuenta de que no se trataba de eso: Marie se tapaba la cara para reírse a sus anchas.

Un par de vecinos, de los más cercanos, en cuanto advirtieron el incendio se allegaron a prestar ayuda, pero

las llamas cobraban fuerza y parecía que se acercaban a la casa.

Al fin, para su fortuna, un aguacero vino en su apoyo y sofocado el fuego en su mayor parte entraron al cobertizo para acabar con la lumbre que en algunos segmentos no había cedido.

Al parecer, el episodio había iniciado precisamente en la puerta. Al entrar, Amílcar había colgado la lámpara en un gancho que se encontraba cerca del marco, como lo hacía habitualmente desde que frecuentaba, a deshoras, el cobertizo con Anne. En esta ocasión, el viento aventó la puerta que habían dejado mal cerrada y tiró la lámpara prendiendo el forraje que estaba cerca de la escalera, e impidiendo que los ocupantes del tapanco pudieran bajar y salir por la puerta.

Resuelto el misterio de los ruidos del cobertizo, Juan Bautista resolvió también que no volvería a temer nada que no tuviera frente a sus narices.

Hacía un rato que el sol se había asomado, cuando Juan Bautista salió de la galera. Antero preparaba una polenta y calentaba agua para ponerle cacao. Todo estaba listo para salir en cuanto tomaran el desayuno.

En el camino a San Antonio, los pensamientos de Juan Bautista fluían sin límite.

Como siempre, contaba los días que tardarían en llegar; los que permanecerían haciendo las entregas y los del regreso a San Felipe. Suponiendo que encontraran a Santos en condiciones de viajar, la salida a la Ciudad de

México se haría enseguida y por consiguiente, contaba el tiempo que les llevaría llegar ahí, lo que para él representaba el fin de su compromiso con Santos.

En algunas ocasiones Santos le había dicho que esa no era la mejor manera de viajar.

—No puedes andar por los caminos con tu mente fija en el tiempo que te falta para llegar a algún lado. La vida es en sí un camino, unas veces más tranquilo, otras, más escabroso, pero no lo debes andar con apremio.

La víspera de llegar a San Antonio, una escolta los detuvo. Juan Bautista sintió que era su prueba de fuego; mostró los documentos que Santos le había entregado, donde se ostentaba el pago del arancel. Desde luego, una parte de los géneros no habían sido manifestados, pero de algo habían servido a Juan Bautista los días de aprendizaje al lado de Santos. El primer sorprendido con el aplomo que mostraba fue él, el segundo, fue Antero, que llegó en el momento en que los soldados sometían la galera a una prolija revisión.

Antero, silencioso, guardaba su distancia como discreto criado. Mostró sus papeles cuando se lo indicaron y contestó con mesura las preguntas que le hicieron. Desde luego, pensó que Juan Bautista, por su inexperiencia, se haría un enredo para entenderse con los soldados.

—Has aprendido mucho, Juan Bautista, pero además, tienes buena estrella —le dijo una vez que se quedaron solos.

Llegaron a San Antonio al atardecer. Buscaron el hostal que Santos les indicara y dejaron las galeras y los caballos al cuidado del mesonero.

Juan Bautista cenó y se retiró a descansar. Antero le anunció que saldría a caminar un rato.

Casi amanecía cuando voces y ruidos de pasos lo despertaron. Se levantó y entreabrió la puerta: unos recién llegados entraban y salían de la pieza contigua metiendo sus valijas.

Adormilado regresó a acostarse y dar tiempo a que amaneciera, cuando se dio cuenta de que Antero no había llegado. La contrariedad lo espabiló. "Nada más falta que con todo el trabajo que tenemos por hacer, tenga ahora que ponerme a buscar a este libertino", pensaba Juan Bautista mientras se alistaba para salir.

El encargado del hostal no era el mismo de la noche anterior, pero llamó a un muchacho que dormitaba en un sillón al fondo del salón, para que respondiera sus preguntas.

Luego se encaminó hacia la cuadra a cerciorarse de que no hubiera ido allá durante la noche.

La respuesta del caballerango fue la misma del muchacho. Lo vieron salir, pero nadie lo vio regresar.

Cuando Juan Bautista salió a la calle ya había claridad. Caminó un rato y encontró una taberna abierta.

Había un grupo de trasnochados; unos con los ojos casi cerrados, otros jugando baraja.

Con desgano se bebió un ajenjo que le sirvieron. En cada sorbo que daba, veía a Antero en distintas situaciones: lo veía golpeado a consecuencia de algún desatino; lo veía haciendo frente a alguna dificultad con los que encarnan la ley; lo veía en casa de alguna moza.

Pero la visión por la que más se inclinaba era la de Antero borracho en alguna taberna, de la que no iba a salir hasta darle fin al dinero que Santos le diera unos días antes de enfermar.

Regresó a la posada pensando esperar hasta medio día. "Si no vuelve para esa hora, rentaré una carreta y contrataré un muchacho para que me ayude a desplazar la carga".

Antero no volvió para esa hora ni tampoco en los tres días siguientes.

Juan Bautista resolvió el trabajo con ayuda de un chico, que le asesoró además, con la ubicación de los domicilios.

Los clientes de Santos, casi todos españoles, le atendieron con gentileza y mostraron una sincera preocupación por su enfermedad, especialmente don Leopoldo, que incluso le obsequió unas yerbas que, según decía, a él lo habían sacado de una postración.

Ahí se enteró de que hacía unos meses Napoleón había sido designado Primer Cónsul de Francia y también de los avances, con muy poco menoscabo, de sus tropas.

Le comentó también don Leopoldo los informes que tenía sobre algunas atinadas medidas que el virrey Azanza, quien tenía en ese cargo cerca de dos años, había tomado. Una de ellas consistía en abolir la compra venta de grados en el ejército, lo que había causado una depuración favorable de militares.

—Te aseguro que no has tenido en tu trayecto encuentros desagradables con patrullas arbitrarias, como hasta hace poco tiempo era la costumbre.

Se veía conforme don Leopoldo con las modificaciones que Azanza había realizado en otros sectores. Según su juicio, la Nueva España se recuperaba un poco de las trapacerías de Branciforte, el anterior virrey.

Tres días después, cuando casi había dado fin a sus entregas, comenzó a alistarse para el regreso, y decidió, que en caso de que Antero no se presentara para la hora en que pensaba partir, lo haría sin él. Ignoraba la reacción que tendría Santos al saber que su ayudante se había esfumado y que él se había cansado de esperarlo, pero sentía urgencia por regresar.

Un hermano del hostelero se había ofrecido a acompañarlo para que no regresara solo. Conocía bien a Santos y sabía que contaría con una buena gratificación.

Por la tarde alistó Juan Bautista su bastimento para salir temprano. Acababa de entrar a la posada a cenar, cuando Antero hizo acto de presencia.

Juan Bautista lo vio sólo el tiempo que tardó en reconocerlo e inmediatamente puso otra vez sus ojos

sobre el plato de lentejas. “Yo no preguntaré nada; que explique él lo que le parezca”, pensaba mientras cuchareaba su sopa.

Antero se acercó a la mesa, iba más desaliñado que de costumbre y sus ojos parecían sólo dos rayas, de tan hinchados que los tenía.

Con voz más cortés de la que le conocía, le dijo:

—Tengo entendido que piensas partir temprano. Saldré un poco antes que tú para enganchar los caballos.

A Juan Bautista le hubiera gustado decirle que se regresara como pudiera, que con él no contara para nada, pero, en primer lugar, no era su empleado, y en segundo, no le parecía prudente enemistarse con Antero.
es de irse a dormir pidió al hostelero diera por cancelado el arreglo que había hecho con su hermano.

El regreso lo hicieron casi en silencio. Juan Bautista esperaba alguna explicación de parte de Antero y éste consideraba que no tenía por qué dar ninguna.

Después de algunos días, Antero se fue recuperando, se le veía más ágil. Se había aseado un poco y había arreglado su barba y su pelo.

Antes de llegar a un poblado llamado Río Hondo empezó a anochecer. Antero juzgó prudente detenerse, aunque sus planes habían sido llegar a descansar al poblado.

Estaban bajando los utensilios para su cena cuando, con una rapidez que apenas dio tiempo a Juan Bautista de saber de qué se trataba, los asaltaron.

Conocía historias relatadas por algunas personas, entre ellas Santos, relacionadas con estos ataques, y aconsejado por él, distribuía el dinero en varios morrales dejando siempre más próximo el de menor valor.

Cuando había pasado todo, se sintió afortunado: "sus" salteadores eran casi unos chiquillos. De los cuatro, sólo dos llevaban rifle y su nerviosismo los dejaba muy mal parados en su oficio de forajidos.

Por la prisa con que actuaron, tuvo Juan Bautista la impresión de que huían por alguna fechoría, y si accedió a entregarles enseguida el dinero que exigían, fue por temor a que su falta de aplomo los llevara a soltar un tiro con malos resultados para él o Antero.

No se entretuvieron en revisar el talego; en un abrir y cerrar de ojos se esfumaron dejándolos pasmados por la rapidez con que llevaron a cabo su trastada.

Esa noche, cuando Juan Bautista estaba en su turno de hacer guardia, aprovechó para sacar de otra talega un poco de dinero, pues la bolsa que entregara contenía lo que había destinado para la compra de víveres en Río Hondo.

El resto del camino, por seguridad, Antero buscó veredas. En ocasiones, estos ramales se encontraban en mejor estado que el camino principal. Presumieron que el tiempo del regreso sería más corto, aunque el fin de buscar atajos era para esquivar en lo posible a patrullas y a malhechores.

Y sí se acortó, para su buena suerte, el tiempo del regreso. En el terreno allanado se notaba la ausencia de lluvias, lo que alivianó un poco el viaje.

Llegaron a San Felipe casi al oscurecer. Juan Bautista bajó cerca de la casa y Antero siguió en su galera hacia el corral donde se les había destinado un lugar para guardarlas.

Conforme se acercaba a la casa de doña Cata, a Juan Bautista le latía con más fuerza el corazón; no tenía idea de qué suerte hubiera corrido Santos. Como de costumbre, las callecillas se veían vacías.

Un poco antes de llegar, vio salir a Jeremías que ya había advertido su arribo. A las apresuradas preguntas de Juan Bautista, Jeremías le respondió con un "pase usted". Su breve contestación y el silencio de la casa, hicieron que Juan Bautista se comenzara a alarmar. Había dado dos pasos dentro de la habitación, cuando Jeremías señaló con su mano algo a sus espaldas; volteó hacia donde el hombre apuntaba y vio a Santos caminando hacia la casa al lado de Antero.

En un segundo, Juan Bautista pasó de los sombríos pensamientos al júbilo. Salió a encontrarlos, y a sus entusiastas expresiones, Santos, en quien se advertía el agrado por verlos de vuelta, solamente respondió:

—Ya se estaban tardando.

Se detuvo un momento y poniendo una mano en el hombro de Juan Bautista siguió:

—Salí a caminar un poco y les vi llegar. Alcancé a Antero cerca del corral; ya veo que les fue bien.

—Me alegra verlo restablecido —comentó Juan Bautista— su expresión es bastante buena.

Doña Cata llegó por la puerta de la cocina casi al momento en que ellos entraron a la casa.

Juan Bautista la saludó y agradeció los cuidados que había tenido para Santos y que le habían devuelto su salud.

—Debe agradecer a Dios —le hizo ver doña Cata— yo solamente le proporcioné mis remedios y su robusta naturaleza hizo el resto; pero le repito, en donde se cuestiona la vida y la muerte, Dios toma las decisiones.

Alistaron todo para la partida, cenaron un caldo de la cocina de doña Cata y un ave muy bien sazonada, según la observación de Santos, que una vecina les hizo llegar.

Pasaron ahí la noche, y muy temprano, luego de recibir de doña Cata su bendición y unas yerbas con las correspondientes advertencias, salieron al camino.

Una vez que subieron la pequeña cuesta que los sacaba del pueblo, dejaron ir adelante a Antero por si reconocía las mejores veredas que los llevarían al camino de Santa Fe, que era la principal y más transitada vía para llegar a la Ciudad de México.

Ya encaminados, Santos dio inicio a su interrogatorio. Con pormenores, Juan Bautista hizo su narración: le habló de los escollos del viaje, de las patrullas que los habían detenido, de los facinerosos y, con especial detalle, de

sus clientes de San Antonio, repitiendo en ocasiones sus palabras de saludo, así como la información que le habían aportado sobre los últimos sucesos en Europa y la Nueva España. Omitió, desde luego, la desaparición de Antero: no tenía caso mortificar a Santos en plena convalecencia.

Los primeros días de camino entraba Santos a la galera a descansar y los ratos que se quedaba con Juan Bautista quería saber más sobre su viaje, y a su vez, refería las conversaciones que había tenido con doña Cata y sobre todo, con Canales, un muchacho vendedor de víveres y baratijas que visitaba San Felipe con regularidad.

Llevaba Canales, además de su mercancía, un sinfín de historias y noticias de toda la comarca, y muchas más de apartados lugares.

Narrador ameno y detallista, demoraba menos ofreciendo sus productos que pregonando sus crónicas.

Tuvo Santos con él largas pláticas, que en mucho le ayudaron a sobrellevar su forzado retiro; así se enteró que el Marqués de Branciforte, a quien él había conocido en su último viaje a la Nueva España durante un festejo a honras de su reciente nombramiento, ya había dejado el cargo.

—En ese tiempo —le dijo— los esperanzados novohispanos aseguraban que la actuación de Branciforte estaría a la altura de su antecesor, el conde de Revillagigedo.

—Pues creo que no fue así —le respondió Juan Bautista, que recordaba algunas historias que oyera en San Antonio.

—Desde luego que no —siguió Santos— este hombre fue designado por su concuño, Manuel Godoy, que, como sabes, está a cargo de todos los asuntos de la Corona y es quien ahora pone y depone.

—Pues se dice también que es el favorito de la reina.

Santos se rió por el tono que Juan Bautista daba a su voz.

—Creo que ahora hablas como si te cuidaras de alguien; cualquiera diría que estamos en la Corte de Carlos IV.

—No me apercibí del tonillo con que hablaba, quizá es costumbre comentar las hablillas por lo bajo.

—Te podría asegurar que lo que has dicho no son hablillas, como no lo es tampoco que el célebre marqués resultó un redomado pillo, que además de vender los cargos públicos, traficaba con los puestos de los oficiales del ejército.

—Es probable que tantas facultades que se les conceden en ese cargo les corrompa.

—Se pervierte el inmoral, el protervo, el que echa mano de cualquier bajeza para llenar sus talegas. Se sabe que Azanza, el actual virrey, es un hombre honesto; y lo han sido también algunos de sus predecesores.

Santos se sentía cansado. Pidió a Juan Bautista detener un momento la galera.

—Voy a acostarme un rato —le dijo— sigue a Antero hasta que se detenga para comer.

Los ligeros aguaceros que les acompañaron en algunos tramos de los atajos y brechas que usaron para llegar al camino de Santa Fe, fueron más benéficos que nocivos. Las lluvias torrenciales que Santos temía por lo mal que ponían las veredas, no se presentaron; y una tarde, antes de lo que Juan Bautista suponía, llegaron a un camino más ancho, más cuidado y más concurrido que cualquiera de los que habían transitado. Era el camino que unía la ciudad de Santa Fe con la Ciudad de México.

El mosaico de etnias que Juan Bautista conoció a lo largo de ese camino, mereció llenar algunos pliegos de papel. De manera prolija hacía sus relatos a su familia y con cuidado guardaba las cartas en espera de una oportunidad para hacérselas llegar.

De igual manera describía el variadísimo paisaje, las comidas, y el modo de viajar, que consistía en utilizar el apoyo de las caravanas. En ocasiones, en los sitios más seguros, se adelantaban para aligerar su marcha o bien, cuando encontraban una conducta, la seguían de cerca: era más ágil y llevaba buen resguardo.

Algunas veces se extendía un poco en sus escritos cuando se enteraba de pormenores de algunos lugares, pensando en que al tío Camilo le resultaría interesante conocerlos. Y así, al pasar por la provincia de Nueva Vizcaya inició su carta: “Hemos cruzado hace poco tiempo el Río del Norte, que transcurre entre la Provincia

de Texas y la Provincia de Nueva Vizcaya. Sostuvimos anoche una extensa plática con un lugareño a quien comentamos el haber observado la presencia de algunos piquetes de soldados en varias zonas; le dijimos que no nos habían pedido documentación alguna, ni nos habían sometido a ninguna revisión; nos respondió que son guardias con la consigna de atender cada cierto tiempo a pequeños poblados.

A Santos le gusta enterarse de todo lo que puede cuando encuentra a alguien que esté al tanto del sitio en que vive, de modo que siguió preguntando. Como respuesta, señaló este hombre, que veinticinco años atrás, ante la necesidad de colonizar esas regiones de la Nueva España, se fundaron villas, algunas en misiones y presidios, otras, en parajes que juzgaron adecuados, y que existe un compromiso de enviar periódicamente resguardos. El informante era oriundo de la Villa de San Antonio, en donde su familia se asentó. Mencionó también que los mismos que trajeron la encomienda de entregar y limitar terrenos, dejaron constituida la Comandancia General de las Provincias Internas, con el fin de facilitar la defensa del hostigamiento de los indígenas y de algunas potencias europeas. Esto fue menester debido a la lejanía con la Ciudad de México, y al preguntarle Santos cómo contaba con tanta información, el hombre respondió que su padre había trabajado con los comisionados para esta empresa: el visitador general

don José de Gálvez y su primer comandante, don Teodoro de Croix".

En ocasiones, las cartas de Juan Bautista eran breves. Aun cuando transcurrieran algunos días sin hacer ninguna anotación, cuando escribía, resumía sus vivencias en unas líneas. Sin embargo, ahora, al terminar la carta para el tío Camilo, escribió una nota para Nelly: "Cuánto me gustaría que vieras el azul de este cielo; es un azul tan brillante y tan intenso, que le confiere mucha más profundidad; viéndolo, he pensado en el nombre que tú sueles darle: "El infinito". Es la mejor forma que he encontrado para describírtelo".

El ánimo de Juan Bautista mejoraba. Santos se veía casi restablecido y eso lo hacía sentir bien. Los días se alargaban y contaban con más tiempo para adelantar; sin embargo, Antero puso algunas veces a prueba su paciencia, pues al llevar él la delantera, se detenía hasta que el sol se perdía de vista por completo, lo que a Santos le parecía una imprudencia:

—Cuando mi galera te alcanza ya cayó la noche. No nos expongas a sufrir un revés; sabes bien que el diablo no duerme.

Juan Bautista se preguntaba algunas veces si Santos no le haría confianza a otra persona para salir de viaje. Desde luego, en ocasiones el trabajo se hacía pesado y reconocía que Antero tenía resistencia; además, conocía bien los caminos y tenía un envidiable sentido de orientación, pero era voluntarioso y rebelde.

—Tiene prisa por llegar a Saltillo —comentó Santos— conoce ahí gente metida en el asunto de los gallos y en este momento no tiene otra cosa en la cabeza.

—¿Siente usted la misma afición que él por ese pasatiempo?

—Hace algunos años, cuando viví en la Ciudad de México, asistía con regularidad a ver las peleas. Ahí conocí a Antero: trabajaba para un gallero y aprendió mucho sobre la crianza y el manejo de los animales. Por un tiempo yo me involucré también en ese oficio, sirviéndome de los conocimientos de Antero.

—¿Y era provechoso?

—Lo fue, hasta que Antero volvió a la Luisiana.

—¿Le redituaban las apuestas siempre?

—No, desde luego que no. Las apuestas son buenas para templar los nervios, pero son mal negocio. La crianza sí deja dinero, mientras no brote alguna plaga que acabe con tu criadero.

—Me parece que en Antero sigue la manía por las apuestas.

—Antero es listo para muchas cosas y no le huye al trabajo, pero es de cerebro débil y, por lo tanto, cualquier vicio hace de él su presa. El vicio de las apuestas lo tiene sometido.

—No le veo el caso a trabajar sólo para eso.

Parecía que Santos de pronto pensaba en otros asuntos, finalmente le dijo:

—Nada me habías dicho de sus correrías en San Antonio.

El comentario tomó por sorpresa a Juan Bautista.

—No hablé del asunto por no darle un disgusto. No tengo idea de lo que hizo porque nunca se lo pregunté.

—Pues se fue a la arena en que pelean los gallos y no regresó hasta que se acabó, en apuestas y bebida, el dinero que le había dado.

—Ahora me entero de lo que hizo —dijo molesto Juan Bautista— ahí me tuvo hecho un tonto buscándolo, para acabar contratando un mozo que hiciera su trabajo. Le aseguro que si medio día más se tarda para volver, allá lo dejo.

—Es desquiciante, ya lo creo. Antero pone fuera de sí hasta a un santo anacoreta. En ocasiones también yo hubiera querido largarlo en algún lugar cuando me ha hecho esas faenas.

—¿Lo ha dejado plantado de esa forma?

—Desde luego que si; pero con todo y mi disgusto lo espero y hasta lo busco; le paso sus correrías porque te confieso que me siento seguro con él.

Juan Bautista no quiso mencionar los temores que había sentido en el camino a San Antonio; quizás a Santos le parecería tonta la forma en que su imaginación le llevaba a sacar conjeturas que lo alteraban.

receloso.

—Antero me ha demostrado lealtad —siguió diciendo Santos— y, a su manera, es servicial; no pone

límites a lo que considera es su trabajo. En una ocasión me salvó la vida.

No dijo nada Juan Bautista. Trataba de imaginar en qué lances se encontraría Santos para que Antero hubiera tenido que salvarle la vida.

—Yo comerciaba hace unos años con mercancías extranjeras; asistía a la feria de Acapulco cuando llegaba la nao de la China y a la de Jalapa cuando las flotas de Europa llegaban a Veracruz. Compraba a buenos precios y vendía en la Ciudad de México con muy buena utilidad.

Antero, que por un tiempo me acompañó, insistía en llevar un cuchillo siempre con él, y yo le alegaba que había lugares en que no era conveniente llevarlo: "Si estás tomando, te alteras rápido y cometes agresiones. Bien puedes matar a alguien o dar lugar a que te maten".

Pues una tarde, después de tres días de trabajo en Jalapa, entramos a una taberna a comer y tomar algo. Estaban ahí unos militares del fijo de Veracruz; se veían algo achispados y se entretenían con una baraja. Me invitaron a jugar y yo, por pasar el rato, acepté. Las cosas marcharon bien en un principio, ganaban a veces ellos y a veces yo, pero empezaron a perder y, enseguida, a enfadarse. Cuando traté de retirarme, insistieron en que me quedara y en aumentar las apuestas. Imprudentemente me quedé: haciendo trampa querían recuperar lo perdido.

Me enojó lo que hacían y le reclamé al militar de mayor grado su fullería. Furioso, se levantó, y jalándome del chaleco me sacó de la silla y me aventó; me levanté y

traté de alcanzarlo para darle unos golpes, pero entonces, su compañero sacó una faca y se fue derecho a mi espalda; todavía tenía su brazo en alto cuando Antero, con una pesada silla le golpeó el torso, derribándolo.

Tanto los militares como el tabernero quisieron quitar importancia al asunto. Las condiciones en que los soldados se encontraban no les iban a favorecer si sus superiores se enteraban del suceso, y prefirieron dejar las cosas sin ventilar. El militar golpeado, de alguna manera iba a justificar la rotura de sus costillas.

"¿Ya vio por qué quiero llevar mi cuchillo siempre conmigo?", me dijo Antero cuando habíamos dejado atrás el conflicto, "¿Y ya ves por qué no lo debes llevar?", le respondí, "si lo has cargado esa noche, no te quiero contar en que lío estarías ahora, pues te aseguro que hubieras matado a ese hombre".

La narración de Santos dejó pensativo a Juan Bautista. Estaba seguro de que Antero seguía con la idea de ir a todas partes armado, y también estaba seguro de que no dudaría en matar a alguien si de salvaguardar a Santos se trataba; a pesar de su indisciplina, su lealtad era innegable.

## Capítulo III

Cuanto más se acercaban a la Ciudad de México más lento avanzaban. Además de las lluvias que a veces los hacía detenerse, infinidad de eventos distraían la atención de Santos: interrumpía el viaje si en el pueblo que tocaban se anunciaba una corrida de toros, o una pelea de gallos, o si algún suceso le parecía relevante; como cuando interfirió en el avance de una cuerda de presos para abogar porque se les diera un mejor trato:

—Los grilletes les hacen sangrar los tobillos, y en la espalda apenas les queda algo de piel; les aseguro que no es con latigazos como los harán avanzar —le dijo de buen modo al capitán. Desde luego, el militar usó maneras muy distintas para pedirle que no se inmiscuyera en sus asuntos.

Trinando todavía por no haber logrado algo a favor de los infortunados presos, entró a una herrería a pedir que le hicieran una compostura a la galera. El muchacho a cargo de la fragua vio el incidente de Santos con el capitán. En cuanto terminó el trabajo que estaba haciendo se acercó a Santos, y antes de que éste hablara, le dijo:

—Conozco al comandante de este destacamento; si le quiere llevar la querella puedo decirle dónde encontrarlo; no está muy lejos pero va a necesitar un caballo para que no pierda mucho tiempo.

Santos pensó que si ya había empezado con ese asunto, era mejor terminarlo.

Pidió al muchacho la información y despachó a Antero a agenciarle un caballo, mientras él explicaba la clase de trabajo que necesitaba para su galera.

El día completo se fue en esa diligencia; casi al anochecer volvió Santos. Sin entrar en explicaciones se aseó y se sentó a cenar una sopa:

—Debemos salir al rayar el sol; ojalá pase temprano una caravana —les dijo mientras cenaba.

Un poco antes de dormir comentó:

—Me pareció hombre juicioso el comandante; por el bien de esos infelices espero que reconvenga a sus subordinados y los obligue a mejorar el trato a los reos.

Por fin, una lluviosa tarde de agosto hicieron su entrada a la Ciudad de México. El encapotado cielo y las lodosas calles no contribuyeron a que Juan Bautista encontrara la ciudad que había supuesto.

Detuvo Santos la galera al llegar y esperó a que Antero los alcanzara. Le indicó el rumbo que tomarían y siguieron hacia unos parajes menos concurridos que los que usaron al llegar.

—Vamos a casa de Eleuterio —anunció Santos a Juan Bautista en el camino.

Una enorme finca, rodeada de una alta barda de piedra y un centenar de álamos, era la casa de don Eleuterio de Gálvez. Santos no se detuvo frente a la ancha puerta de enfrente sino que siguió hasta el muro posterior. Al parecer, alguien había advertido su presencia, pues apenas se dirigían hacia el portón cuando vio que un criado lo abría, mientras otro salía a recibirlos y a conducirlos a los patios.

La actividad en que de pronto se vieron caballerangos y criados con la llegada de las galeras, la dirigía el hombre que había salido a recibir a Santos; parecía estar al tanto de cómo instalar todo sin esperar instrucciones.

Un chiquillo corrió a avisar a una mujer, que en pocos minutos llegó con él a recibirlos. Antero se quedó para ayudar a alojar los caballos y Santos se encaminó con la mujer hacia la casa.

Juan Bautista apresuró el paso para preguntar a Santos si debía bajar algo, pero Santos, sin detenerse, le respondió que así dejara todo y que lo siguiera.

Un muchacho se le acercó con una linterna para alumbrarle el camino hacia la casa. La oscuridad

todavía no era total y pudo darse cuenta de lo mucho que albergaba el extenso solar.

Además de las caballerizas situadas en el extremo de la finca, había un corral, una herrería, lavaderos, bodegas, habitaciones para los peones y hasta una pequeña carpintería.

Una barda de escasa altura separaba la casa de los servicios. Entre dos enormes robles se encontraba la puerta para entrar al amplio patio. Al entrar, Juan Bautista pudo distinguir todavía una variedad increíble de plantas de ornato; algunas de ellas se repetían en las macetas del embaldosado corredor: unas pequeñas en la balaustrada y las más grandes, en el piso.

Distraído con las plantas, Juan Bautista perdió de vista a Santos. Se detuvo, y con la vista interrogó al muchacho de la linterna.

—Entraron por la puerta de la cocina —le dijo el mozo señalando el lugar con su mano— pero lo voy a pasar a la estancia de doña Clara; ya se le avisó que han llegado y se dispone a bajar de sus habitaciones. Don Isidoro pasó a la cocina a saludar a la madre de Gertrudis, la cocinera, pero en unos momentos viene para acá.

Justo al terminar el muchacho sus explicaciones, ya se encontraban frente a un pequeño salón en cuya puerta el muchacho se detuvo. Sin entrar, se volvió a ver a Juan Bautista y le indicó:

—Puede tomar asiento.

Juan Bautista anhelaba que Santos llegara antes que la dueña de la casa. Le horrorizaba tener que presentarse por sí mismo. Sin conocer a los dueños, se sentía fuera de lugar; además, sentarse le parecía impropio por las condiciones en que iba: llevaba algo de barro en las botas y algunas jornadas sin un aseo completo.

El cielo se apiadó de él: Santos hizo su entrada en primer lugar.

—Voy a pedir a Gertrudis una escudilla con agua para que te puedas asear un poco; te sentirás mejor.

Cuando Juan Bautista regresó ya se encontraba doña Clara con Santos en la estancia; al verlo entrar interrumpieron su charla y Santos lo presentó a doña Clara como su asistente.

Juan Bautista veía a Santos como esperando que le hiciera una seña para que se retirara, pero en vez de eso le pidió que se sentara para que oyera los recientes sucesos que la señora empezaba a referirle.

—Me está poniendo al tanto doña Clara —le comentó Santos— de que en el mes de abril depusieron al virrey de Azanza y que han enviado en su lugar a Félix Berenguer, otro protegido de Godoy.

—Con los pocos meses que tiene al frente de su cargo no hay mucho qué decir de él —quiso precisar doña Clara, —pero se rumora que su único mérito para obtener el puesto, fueron las costosas sedas que obsequió a Godoy y en las que invirtió todo su capital.

Juan Bautista siguió con atención lo que la señora contaba, pero pronto se distrajo observando la escena: doña Clara, quien tendría unos pocos años más que Santos, tenía un semblante tan apacible y unos ademanes tan tranquilos que no concordaban con el abrumador tema de su charla, como tampoco se avenía su sencillo atuendo a su alta condición. Usaba una blusa blanca de algodón con cuello alto, amplias mangas y algunos adornos de pasamanería, y encima, un ligero chal de punto; su falda, de escaso vuelo, era como las que usaban las mujeres de menor alcurnia; sólo la fina tela la hacía diferente.

Volvió a seguir el hilo de la plática, que seguía en el mismo tenor:

—Los tiempos están cargados de malos presagios para la colonia, Isidoro; en un sinfín de asambleas, ante oidores, obispos y a veces hasta el virrey, se está reclamando que se insista en España para que se les otorguen algunas concesiones a los naturales y poner de una vez remedio a esta situación de amos y esclavos, con el consiguiente resentimiento.

—Las referencias que hay sobre el aparato administrativo en España no nos permiten esperar respuestas favorables —comentó Santos.

—Sé que se les pide también una reconsideración al tributo personal que debe pagar la gente de color; y en general, a las exageradas alzas de impuestos a toda actividad comercial.

Juan Bautista perdía en ratos la concentración en la plática. Ahora se entretenía recorriendo el saloncito con la vista; no había un solo cuadro en las paredes y el único elemento decorativo era un gran búcaro con flores frescas sobre un pedestal colocado entre dos ventanas. Llamó especialmente su atención una mesita de madera con patas de hierro sobre la que se veían, no muy ordenados, libros y papeles. En una esquina de la mesa, notó un brilloso cofrecito: "No está barnizado, desde luego", pensaba; "podría asegurar que está pavonado con carey". Él no conocía el carey, pero Santos en alguna ocasión se lo había descrito. Le hubiera gustado ver más de cerca el cofre, pues Santos le había hablado también de los magníficos trabajos que los novohispanos y los naturales hacían con los materiales del lugar.

El ruido de pasos que se oía en el pasillo hizo que doña Clara interrumpiera su charla:

—Ya está aquí Eleuterio —apuntó la señora viendo hacia la puerta. Santos se puso de pie y Juan Bautista lo imitó.

Un segundo después entraba en la habitación un hombre en ropas de trabajo, hablando fuerte y despojándose de una prenda de abrigo sin mangas, con una abertura en medio por la que entraba la cabeza; el sobretodo era igual al que llevaba el mayordomo que los recibió y al que anteriormente había visto entre gente del pueblo.

Con un efusivo abrazo dio la bienvenida a Santos:

—Don Isidoro Santos Pastor nuevamente se encuentra en esta casa, por la gracia de Dios.

Con esa retahíla le dio su singular recibimiento. Santos, por su parte, se esmeraba en desgranar un sinfín de frases que celebraban la saludable apariencia del dueño de la casa.

Doña Clara se levantó y salió del saloncito. Al verla de pie, Juan Bautista se dio cuenta de lo alta que era, más alta que su esposo, y aún que Santos.

Segundos después, una mucama entró para pedirles que pasaran al comedor. Los tres la siguieron hacia una pieza que, aunque amplia, era evidente que no se trataba del comedor formal de la casa. Se encontraba junto a la cocina y el mobiliario, al igual que la vajilla, pecaba de sencillo.

Un trastero con loza de barro y un trinchador flanqueaban la cuadrada mesa cubierta por un mantel de lino blanco. Sobre el arco que comunicaba con el pasillo, un crucifijo de plata sobre madera negra daba un aire de monasterio al lugar. A Juan Bautista empezó a invadirle la sensación de encontrarse en una cartuja. Doña Clara pidió silencio para que la siguieran en su oración; se santiguaron y con devoción siguieron la jaculatoria de la señora; enseguida hizo sonar una pequeña campana que tenía junto a su plato, y segundos después una mucama y un mozo entraron con sendas fuentes: una contenía una sopa que la muchacha les fue vaciando en sus platos y la otra, una hogaza de pan recién horneado.

Los guisados que siguieron a la sopa borraron por completo la imagen del comedor conventual que Juan Bautista había metido en su cabeza.

La sobremesa se prolongaba y doña Clara se retiró despidiéndose de Santos y de Juan Bautista. Casi enseguida, Santos se puso de pie y pidió a don Eleuterio un coche para mandar a Juan Bautista y a Antero a una posada.

El mayordomo recibió las indicaciones de Santos y se dispuso a llevarlos. Santos se despidió de él y le dijo que hasta la semana siguiente iría a buscarlos para comenzar con las entregas.

—Tengo algunos asuntos que tratar con Eleuterio; iré por ahí dentro de cuatro días.

Una vez dentro del coche, a Juan Bautista le acometió el cansancio y el sueño, pero le tranquilizaba saber que al día siguiente no tendría que darse prisa.

Cuando salió de la hostería por la mañana, pudo ver la ciudad bajo un cielo casi despejado.

Esperó un rato a Antero y como no lo viera, supuso que estaría dormido; tomó sólo el desayuno y se fue a recorrer lo que tenía a su alcance.

Anduvo calles en todas direcciones; se detenía a ver en detalle algunos edificios cuyas fachadas le resultaban extrañas. Observaba a la gente, confirmando las crónicas de Santos: lo mismo encontraba a algún desarrapado, que un lujoso carruaje transportando gente de elevada ralea.

Se propuso entrar a todos los templos que encontrara abiertos. Los recovecos y extraños adornos que veía en algunas fachadas despertaban su curiosidad por conocer el interior, y en casi todos vio, que por dentro, había también exceso de ornamentos.

Lo que Juan Bautista fue descubriendo a lo largo de su recorrido, le iba marcando una creciente admiración hacia los artífices de toda esa decoración.

Organizó sus visitas a los templos de acuerdo a un plano que le dibujara un orfebre que encontrara trabajando en un retablo de una capilla. Le pareció que el hombre se sentía complacido al indicarle lo que para él era relevante.

Por tres días vio iglesias y el exterior de algunos palacetes. Con la información que el tallador le había dado, fue comprendiendo la sensibilidad indígena y mestiza que diera origen a ese estilo abigarrado que llamaba su atención.

—Hay quienes piensan que es confuso y que rompe con la estética —le comentó el grabador— pero otros, también entendidos, dicen que tiene armonía, belleza y profundidad.

Santos se presentó, como dijo, al cuarto día. Mientras Juan Bautista lo esperaba, se preguntaba qué habría ocurrido con Antero; el encargado del hostal no sabía nada de él y no tenía idea de a quién pudiera pedir algún informe: “No es asunto mío, después de todo”, pensaba

tranquilo, acordándose del mal rato que le había hecho pasar en San Antonio.

Como lo había supuesto, Santos preguntó enseguida sobre el paradero de Antero.

—Le vi a la mañana siguiente de nuestra llegada hablando con un hombre afuera del hostal. No he vuelto a saber de él.

Santos fue a pedir al posadero que mandara un mozo a su habitación; cuando regresó el muchacho, Santos volvió con Juan Bautista:

—Vamos. En el camino te adelantaré algo de lo que haremos; es tiempo de dar comienzo al trabajo.

Un buen rato fue Santos en silencio. Entrando a una calle más angosta, hizo una seña al cochero y éste se detuvo frente a un establecimiento; le dio unas monedas y sin hacer preguntas, el mayordomo entró; casi enseguida volvió con un paquete, que entregó a Santos.

—Le llevo tabaco a Eleuterio; se deleita fumándolo y obsequiándolo a todo el que le visita.

—A usted nunca le he visto fumar —observó Juan Bautista.

—Considera que en mis constantes traslados sería difícil encontrar siempre un buen tabaco; además, fumar no me sienta bien —hizo una breve pausa y siguió:

—Este es de excelente calidad; por aquí hay tierras propias para ese cultivo.

Un poco antes de llegar a la casa, comentó Santos:

—Se me está ocurriendo que Antero pueda estar

metido en algún brete. He sabido que el Virrey de Marquina ha prohibido las corridas de toros, provocando con esto la inconformidad de mucha gente y dando pie a las corridas clandestinas; creo que si alguien ha sonsacado a Antero, a estas horas ya debe andar por algún corral de tienta.

Juan Bautista no quiso hacer comentarios. Sabía que más tarde o más temprano Antero aparecería.

El coche se detuvo en una calle lateral de la casa de don Eleuterio.

En esta ocasión no entraron por la puerta del fondo, como la tarde que llegaron, ni tampoco por la puerta principal de la casa: entraron por una puerta lateral que Juan Bautista no había advertido la primera vez que estuvo ahí.

Santos usó una llave para abrir, pidió a Juan Bautista que entrara y que despejara algún lugar para sentarse. Tenía invadida la habitación con parte del equipaje que aún no guardaba, y con algunas compras recientes sin desempacar.

—Eleuterio me brinda estas dos piezas; ésta hace las veces de comedor y cuarto de trabajo; la de enseguida es mi alcoba.

Salió por la puerta que daba al patio y llamó a un chico que venía de la cocina con sobrantes de comida para alimentar a los cerdos.

—Cuando regreses de la porqueriza te detienes aquí un momento para que ordenes un poco esta habitación.

Necesito que lleves unas cosas al despacho de tu patrón.

Mientras volvía el muchacho, Santos se sentó frente a Juan Bautista y, con cierta prisa, comenzó a hablar, como si tuviera urgencia de ponerlo al tanto de sus planes y conocer los de él.

—En cuanto le dé fin a algunos asuntos que no he concluido, me iré a Puebla y posteriormente, a Oaxaca. Viajaré con unas personas, antiguos clientes míos que pretenden involucrarme en el negocio de la seda. Son comerciantes en telas y la mayor parte de sus compras de seda la hacen a los contrabandistas, pero están viendo la manera de aprovechar que se ha retirado la veda al cultivo de la morera. Años atrás, se producía aquí la seda, aunque se debía enviar a España para tejerla, en un afán del gobierno por proteger los monopolios extranjeros. Recientemente se ha aprobado tejerla en la Nueva España.

Juan Bautista había quedado en el conocimiento de que su compromiso con Santos terminaría en la Ciudad de México una vez que la mercancía hubiera sido distribuida, así que tomó su información como una especie de despedida.

—¿Son ellos conocedores de ese cultivo? —preguntó sólo por decir algo.

—Uno de ellos sí; posee bastante información sobre el laboreo de las plantas y el cuidado de los gusanos.

Santos se puso de pie y sacó una pequeña valija del mueble que se encontraba a sus espaldas.

—En cuanto despejemos esta mesa, vamos a ordenar estos cuadernos; mañana temprano, con Antero o sin él empezaremos las entregas.

Hizo una pausa mientras sacaba unos libros y los acomodaba sobre un aparador.

—De más está decir que me has sido de mucha utilidad, Juan Bautista; eres trabajador y discreto; te he tomado aprecio y me gustaría saber que te quedas con un buen empleo.

En ese momento entró el mozo a quien Santos había llamado y se puso a sus órdenes.

—Sobre la mesa hay una loza y unos bultos; lleva la loza a la cocina y los bultos a tu patrón y avisa a Gertrudis que ya estamos aquí.

Recogió el muchacho parte de las cosas y salió.

—Nos mandará Gertrudis un almuerzo.

Juan Bautista seguía pensando en los planes de Santos; desde luego que él también le había tomado mucho aprecio y le apenaba no seguir a su servicio, pero ya había determinado descansar de los caminos. Pretendía permanecer, por un tiempo al menos, en un lugar fijo.

—He hablado acerca de tu trabajo con Eleuterio. Él cuenta, desde hace bastantes años, con un tenedor de libros, pero últimamente no está bien de salud, aparte de que le ha aumentado el trabajo.

—¿A qué se dedica don Eleuterio? —preguntó Juan Bautista.

—Tiene una hacienda cerca de Cuernavaca. Cultiva y procesa la caña de azúcar. Tiene también una fábrica de aguardiente, en la que soy su socio y tanto él como Jacinto, su tenedor, insisten en entregarme unas cuentas tan minuciosas que tardaría semanas en revisarlas. Yo confío en él y, aunque a mí no me queda un centavo de esa inversión, sé bien que tal como se lo indiqué, le está entregando mis dividendos a María Paz, mi esposa.

En ese momento entró Consuelo, la hija de Gertrudis, llevando una cesta muy ancha con una parte del almuerzo. Puso un mantel sobre la mesa y enseguida colocó las humeantes jarras y los cazos con las viandas.

Cuando la mucama salió de la pieza, Juan Bautista todavía no sabía qué decir. Estaba pasmado: hacía más de un año que conocía a Santos y jamás le había oído mencionar una esposa.

—No imaginaba que fuera casado —dijo por fin, y esperó a que Santos siguiera hablando.

—Me casé en la ciudad de Puebla hace veintidós años. De ahí es María Paz y ahí nació nuestra única hija.

En silencio, Juan Bautista escuchaba una narración que jamás hubiera supuesto.

—Recién casados, me vine a vivir a la Ciudad de México. En ese tiempo comerciaba en esta ciudad lo que compraba de los barcos provenientes de Europa y de Oriente, ganaba bien y en poco tiempo le construí a María Paz la casa que ella quería; hasta entonces consintió en dejar Puebla.

Una vez instaladas aquí ella y la niña, su madre, o su hermana, o ambas, aparecían por la casa constantemente so pretexto de mis frecuentes ausencias.

En nada me hubieran incomodado sus visitas de no ser por sus fastidiosos comentarios acerca de mis "andanzas", como llamaban a mis viajes, en los que mi conducta quedaba siempre en tela de juicio.

Afortunadamente, Catalina, su hermana, se casó tres años después y cambió su residencia a Guanajuato. Con su batería disminuida, mi suegra espació sus visitas.

—¿Y su hija, se encuentra actualmente con su esposa?

La pregunta de Juan Bautista llevaba el propósito de saber si el distanciamiento la incluía a ella, pues le resultaba extraño el no habérsela oído nombrar.

—Eloísa vive aquí, en mi casa. Hace dos años se casó y como María Paz, a raíz de la boda se fue a Puebla a atender a su madre que ha caído enferma, les dejó la casa en tanto se hacen de una buena finca. Esto último lo sé por María Paz; me lo hizo saber en una carta que me llegó a Francia un mes antes de salir.

Mientras tanto, Consuelo seguía trayendo platones con guisados y cestas con pan y fruta.

—Prueba esto —le dijo Santos a Juan Bautista, viéndolo que hacía a un lado un jarro con una bebida espesa—: es atole de pepita; a Eleuterio le llevan todas las tardes pan de huevo y un jarro de esta bebida.

—De manera que su esposa vive en Puebla y su hija vive aquí.

El ocioso comentario de Juan Bautista era para volver a la interrumpida plática de Santos.

—Tienes curiosidad por saber por qué, en vez de ir a parar con Eloísa, me alojo en esta casa; pues bien, no me gusta el prejuicioso joven con quien mi hija se ha casado; su mentalidad feudal sólo concibe el trabajo como algo envilecedor; asistir a tertulias y saraos ha sido su primordial actividad, y Eloísa, desde luego, se ha acomodado a todas sus frivolidades.

—Debe tener excelentes rentas —se atrevió a decir Juan Bautista.

—Pertenece a una familia venida a menos. Los bienes que poseía su padre, casi todos recibidos en herencias, su mismo padre los dilapidó y como era un acérrimo convencido de que la hidalguía y el trabajo no son compatibles, jamás se le ocurrió hacer algo por reponer parte de lo malgastado. Afortunadamente para su familia el señor murió antes de dejarlos en completa ruina; su viuda y su hijo menor viven de lo poco que quedó. El hijo mayor se casó con la hija de un acaudalado minero y en cuanto a Gonzalo, mi yerno, se ha asentado en mi casa y la pasa espléndidamente con mis dividendos que Eleuterio entrega a María Paz y que ella le da casi íntegros a Eloísa.

—¿Su esposa cuenta con otros ingresos?

—María Paz tiene a su padre; es un hombre trabajador

y bien administrado; ella vive en su casa y no le hace falta nada. No entiendo cómo admitió ese matrimonio; quizá las aristócratas maneras de Gonzalo la sedujeron y no dudó en condescender a los deseos de Eloísa.

Santos terminó de almorzar y se levantó a lavarse las manos. Mientras lo hacía, siguió poniendo a Juan Bautista al corriente de las contingencias familiares:

—Mi suegro es un hombre sobrio, si algún dispendio se vio alguna vez en su familia, se debió a la tozudez de la señora, verbigracia, cuando enviaron a estudiar a sus hijas a España.

—No me parece un despilfarro el enviar a los hijos a estudiar. ¿Los señores son españoles?

—El sí; la señora nació en Puebla, de padres españoles.

—Entonces se entiende que hayan optado por enviarlas allá. No veo en eso nada criticable. —Que se esforzaran porque sus hijas recibieran educación, es bueno; lo lamentable es la limitada educación que recibieron. En manos de unas monjas estuvieron cuatro años; cuando volvieron, parecía que acababan de profesar como tales.

—No ha de ser malo para una señorita educarse con monjas, como diría Nelly, en el temor de Dios.

—Claro que no; lo malo es que salen también con el temor de discernir.

No podía saber Juan Bautista qué dio origen al distanciamiento entre Santos y su mujer. Era indudable

que hacía tiempo se había apartado de su familia pero además, saltaba a la vista que le molestaba hablar del asunto.

—Es probable que el tiempo haya servido para hacer a un lado sus diferencias y vuelvan a vivir como familia.

—Lo considero difícil; hay diferencias, como has dicho. La traba es que a ella no le gusta la forma en que vivo, y a mí no me gusta su gazmoñería.

Santos se asomó al patio en busca de alguien que fuera a llamar a Consuelo. Era casi mediodía, la hora de mayor actividad en la casa, de modo que pronto divisó un mozo; con la mano le señaló la cocina y el muchacho comprendió enseguida el recado de Santos.

Momentos después, Consuelo y Gertrudis se presentaron con sendas cestas para agilizar el despeje de la mesa.

Se fue la mayor parte de la tarde en el acomodo de sus cuentas. Santos esperó a terminar para hablar con Juan Bautista sobre cuestiones que no se referían a su negocio.

—No sé si ya sepas a qué te vas a dedicar. Sé que has guardado dinero; si piensas hacer alguna inversión, asesórate antes, no vayas a sufrir un descalabro.

—Tengo algo de dinero, es verdad, pero quisiera emplearme antes de adquirir un poco de tierra para cultivo; me han dicho que no me sería difícil venderla cuando decidiera volver a mi casa, además, mi capital es pequeño, necesito aumentarlo.

—Creo que en estos tiempos es preferible una parcela pequeña. Por experiencias ajenas sé que si tu producción es tanta que la debas acarrear a otros estados, se te puede dificultar venderla, por los altos fletes y el cobro de alcabalas de las aduanas internas que tu bien conoces. Algunos agricultores han reducido sus labrantíos y la están pasando mejor.

Juan Bautista lo interrumpió con un comentario:

—Yo siempre estuve en la inteligencia de que a mayor inversión, mayores ganancias.

—Pues en este caso no es así. Como acotación, te voy a comentar las circunstancias en que se están viendo algunos hacendados. En principio, te diré que la Iglesia posee la mitad de las haciendas de la Nueva España; ella no paga un céntimo de impuestos, en cambio, los hacendados, además de que religiosamente deben pagarlos, están obligados a separar el diez por ciento del monto de su producción para entregárselo a la Iglesia como diezmo, además de pagarle el diezmo de sus peones; y por si fuera esto poco, algunos hacendados de Puebla, a quienes te pondré como ejemplo, productores de trigo, están sobrellevando otro revés: hace unos años enviaban el excedente de su producción a Cuba, con razonable ganancia, pero las compañías navieras españolas, que son las únicas que pueden fletear productos de la colonia, han aumentado sus fletes de manera excesiva. A esto agrégale el incremento al impuesto a la exportación, y tendrás que el costo se elevó de tal forma, que ahora

Cuba prefiere comprar el trigo a los norteamericanos, quienes lo venden un treinta por ciento más barato que los poblanos.

—¿Ha estado alguna vez en ese negocio? —quiso saber Juan Bautista.

—No, a mí me gusta la compraventa; a eso me he dedicado siempre. Si acaso me animo a asociarme para el cultivo de la morera, seré un hortelano en ciernes. El que ha sido agricultor toda su vida es mi suegro; posee una hacienda en Puebla y hace muchos años que produce trigo; desde luego, a últimas fechas ha corrido con la misma suerte que los demás hacendados.

Consuelo se paró en la puerta y pidió permiso para entrar. Santos acostumbraba dejar la puerta del patio abierta siempre que estaba en esa pieza para tenerla más iluminada. Consuelo llevaba la jarra con agua limpia para el aguamanil y un recado del señor de la casa:

—Don Isidoro, acaba de llegar don Eleuterio y le pide que vaya un momento a la contaduría.

Santos recordó entonces la pregunta que no había terminado de hacer a Juan Bautista.

—Quiero saber si tienes proyectos inmediatos de algún trabajo. Te dije anteriormente que había hablado de ti a Eleuterio; él necesita un ayudante para su tenedor de libros y me pareció bien recomendarte; tiene algo de prisa por conocer tu respuesta pues se ha atrasado un poco su trabajo por la enfermedad de don Jacinto; de no aceptar tú, buscaría a otra persona.

—¿Comenzaría a trabajar enseguida? —preguntó Juan Bautista.

—Es lo que Eleuterio pretende.

No lo pensó dos veces: lo que necesitaba era un trabajo y si Santos opinaba que eso era algo que él podía desempeñar, desde luego que aceptaría.

—Puede decirle a don Eleuterio que cuente conmigo.

Santos había supuesto que Juan Bautista se tomaría un tiempo para responder.

—Te agradezco que me hayas respondido ahora; debo ir al despacho de Eleuterio y de una vez le haré saber que has aceptado.

Una hora después volvió Santos. Cerró la puerta del patio y se encaminó hacia la de la calle.

—El cochero nos recogerá en unos momentos; iré contigo pues voy a ocuparme por ese rumbo.

Tomó unos paquetes, abrió la puerta y casi enseguida llegó el coche.

En el camino, Santos se veía pensativo. Juan Bautista esperaba que le diera alguna indicación sobre lo que iría a ser su nuevo trabajo.

—Voy a visitar a Eloísa —dijo sin gota de entusiasmo—; me propuse hacerlo antes de irme a Puebla.

—Creo que el verse será bueno para los dos.

Santos no respondió; pero de pronto, como si recordara algo, le dijo:

—Mañana quiero aprovechar el día, así que muy

temprano vendré por ti; ya tengo quién nos ayude a hacer las entregas.

Un poco después se encontraban frente al hostal. Juan Bautista bajó del coche y se detuvo un poco antes de entrar; en la calle siguiente, recargado contra una reja, vio una figura conocida: era Antero; iba a encontrarlo cuando notó que él, con pasos cortos y cojeando, se movía hacia donde estaba.

—Estoy sin dinero —le dijo con tranquilidad— necesito un cuarto y comida.

—Santos te ha buscado; acaba de pasar por aquí.

—Le vi cuando partía; de cualquier modo, no podré trabajar enseguida: tengo molida la espalda y una pierna.

Sin hacer preguntas, Juan Bautista le dio dinero y se retiró a su cuarto.

Al día siguiente, tal como había anunciado, temprano se presentó Santos con el ayudante.

La mañana completa trabajaron de un hilo. Casi a media tarde hicieron una pausa para comer, y a Juan Bautista le pareció el momento oportuno para ponerlo al tanto del regreso de Antero.

—Te puedo asegurar que se vio en problemas con las autoridades. No es capaz de medir las consecuencias de lo que hace.

—Conmigo no entró en explicaciones; las ha de reservar para usted.

—Preferiría no oír sus historias, pero como está sin un céntimo, se va a sentir con la obligación de contármelas.

Juan Bautista pensaba en la salida de Santos y le preocupaba que él tuviera que hacer frente a la manía de Antero de buscarse contratiempos, así que preguntó:

—¿Seguirá a su servicio cuando vuelva a la Ciudad de México? Tengo entendido que lo emplearía para la crianza de gallos.

—Yo ya no me incliné por esa actividad, pero sí va a hacerse cargo de un criadero de gallos.

—¿Será en la ciudad de México?

—No, tendrá que irse a Ixtapaluca. Un pariente de doña Clara tiene allá una estancia y Antero aceptó el trabajo mientras regresa a Natchez. Si te busca, tenle paciencia.

Por la tarde, casi al llegar al hostal, Santos le dijo:

—Temprano vendrán a buscarte de casa de Eleuterio; deja listas tus cosas pues él quiere ubicarte en su casa. Te acondicionarán una pieza cerca de mis habitaciones.

Al gesto de sorpresa de Juan Bautista, Santos respondió:

—No sería fácil para ti dar vueltas hasta la casa todos los días y como no tienes familia, he pedido a Eleuterio que te dé cuarto y alimentos.

No quiso Juan Bautista refutar los arreglos que Santos había hecho por su cuenta; aceptó sus disposiciones pensando que con el tiempo él resolvería qué pasos tendría que dar.

Antes de acostarse, Juan Bautista se dedicó a juntar sus pertenencias y a dejarlas ordenadas para sacarlas por

la mañana. Estaba por terminar cuando llamaron a su puerta: era el posadero que quería ponerlo al tanto de la salud de Antero:

—Estaría bien que fuera a verlo, tiene además de los golpes una fiebre que por la tarde lo hace delirar. El hombre hablaba un tanto alterado al ver que Juan Bautista daba trazas de dejar la posada.

Insistiendo en que lo siguiera, salió el hostelero del cuarto. Juan Bautista lo siguió cavilando en qué dolencia podría tener Antero que no pudiera esperar a la mañana para que Santos dispusiera a dónde llevarlo.

Cuando entraron a su cuarto lo oyó roncar, se acercó a tocarlo y notó que la fiebre no parecía muy alta.

—Mi mujer le ha traído unos cocimientos y ha reaccionado bien, pero él dice que tiene cuatro días con esas fiebres y a mi me parece que hoy estuvo peor. Si usted va a dejar la posada le pido que avise a su patrón para que lo lleve a donde lo atiendan; yo no puedo tenerlo aquí.

Juan Bautista se retiró a su pieza pero no descansó bien; varias veces salió a darle vueltas a Antero. La segunda vez que entró pudo verlo de dorso; entonces le acercó el quinqué: tenía llagas en los hombros y en la espalda; además, el pantalón rasgado dejaba ver una hinchadísima pierna: "cómo puede dormir en esas condiciones", se preguntaba.

Afortunadamente el coche de don Eleuterio llegó muy temprano. Juan Bautista no consideró conveniente

dejar a Antero hasta que Santos fuera por él y decidió llevarlo. Llamó al cochero para, entre los dos, sacarlo. Liquidó ambas cuentas y se pusieron en camino.

El disgusto de Santos era evidente: no esperaba eso. Alojaron a Antero en una de las piezas destinadas a los peones y Santos mandó buscar a la madre de Gertrudis que sabía algo de remedios.

—Más tarde traeré un médico; es probable que tenga también algún hueso quebrado. Por lo pronto, que le laven bien esas excoriaciones.

Juan Bautista comprendía que el nerviosismo de Santos se debía en parte a que su salida a Puebla estaba próxima y le molestaba dejar asuntos sin resolver.

Retrasando el trabajo que debía terminar con Santos antes de presentarse con don Eleuterio, Juan Bautista se quedó a ayudar a Jovita, la madre de Gertrudis, a lavar y a curar a Antero.

—Este hombre sufre las tercianas; los cocimientos que le he traído le servirán para bajarle la fiebre y el dolor de cabeza. De la hinchazón de su pierna no puedo opinar.

Cuando Juan Bautista se retiró, Antero parecía más tranquilo.

—Pues buena la ha hecho, ahora sí —dijo Santos refiriéndose a Antero— ya en otras ocasiones ha sufrido de fiebres; le gusta buscar golpes y enfermedades. A saber qué potingues habrá comido, que ni su estómago de bucanero los resistió.

El nuevo trabajo de Juan Bautista comenzó al día siguiente. Temprano se presentó en el despacho y luego de una breve plática con don Eleuterio referente a sus obligaciones y su salario, se quedó con don Jacinto para que lo pusiera al tanto de sus deberes.

Los dos días siguientes trabajó sin descanso aprendiendo lo que sería su tarea. Al tercer día, al terminar su quehacer, se dirigía a su cuarto cuando se encontró a Santos conversando con doña Clara en el pasillo. Él se limitó a saludar, pero Santos le pidió que se acercara:

—Como ya te he dicho, mañana salgo y es probable que tarde unos tres meses en volver. Si te llegaras a ir a otra parte, déjame aquí tu dirección para comunicarme contigo de alguna forma.

—Así lo haré—, le aseguró Juan Bautista.

Sentía pesar al apartarse de Santos. Le había tomado verdadero afecto y aunque sabía que volverían a verse en poco tiempo, la convivencia no sería ya la misma.

—Debo agradecerle su apoyo y su confianza, además del conocimiento que durante todos estos meses me ha transmitido.

—Yo he de agradecerte muchas cosas a ti también; has sido cumplido y honesto.

Por el ademán de Santos se advertía que iba a dedicar algunos encomios más a Juan Bautista, a quien hubiera dejado más turbado que complacido, pero guardó silencio al ver llegar a Gertrudis:

—Don Isidoro: vengo de atender a Antero. Mateo y yo lo hemos aseado y curado; él se quedará en su cuarto por si necesitara algo durante la noche.

—Gracias Gertrudis. Creo que en pocos días estará listo para irse.

—Ve a descansar Gertrudis, si algo se ofrece de la cocina, lo atenderemos Consuelo y yo.

Doña Clara hizo esa indicación a Gertrudis para que se retirara sin entrar en más explicaciones; conocía bien su tendencia a ilustrar con detalle lo que hacía.

Santos sirvió a Juan Bautista un vaso del refresco que tenían en la mesita y le pidió que se sentara un momento.

—Tal como lo pensé, Antero estuvo de nuevo metido en dificultades; levantaron a los responsables de una novillada clandestina en la que él se encontraba, y por supuesto, se enfrentó a la acordada; a porrazos lo sometieron y lo llevaron a un separo de Chimalhuacán, en el que estuvo recluido sólo dos días, gracias a que llevaba dinero para pagar su sanción. Tú no tendrás ya que habértelas con él: en cuanto se recupere, doña Clara se encargará de enviarlo con su hermano a cuyo servicio estará ahora.

Mientras Juan Bautista tomaba su bebida, daba gracias al cielo de no ser él quien tuviera que remitir a Antero con su nuevo patrón; en doña Clara vería más autoridad y se disciplinaría mejor que con él.

—Le visitaré cada vez que pueda mientras acaba de sanar —le aseguró a Santos— y quiero que me indique si, en caso de que me pida dinero, debo dárselo.

—No debe pedirte nada, él va a ganar un salario y el día que decida volver a su casa, yo le haré entrega de un dinero que le tengo guardado.

Juan Bautista se levantó y pidió permiso para retirarse. Santos también se puso de pie y, abrazándolo, le dijo:

—Que la suerte esté de tu lado siempre —y enseguida, apretándole los brazos afectuosamente le encomendó:

—Ojalá que se dé pronto tu regreso a Francia, pero no te ciñas mucho a tus planes; en ocasiones eso limita vivir bien la vida; a veces es bueno atender las corazonadas.

Juan Bautista pronunció algunas palabras de despedida y agradeció a Santos sus reflexiones; hizo una reverencia a doña Clara y se retiró.

Ya en su cama, meditó un rato sobre lo que había sido su vida desde que dejara su casa, y le pareció que había transcurrido muchísimo tiempo. Pero se sentía bien; le gustaba estar en un lugar fijo y además, estaba cayendo en la cuenta de que su confianza en él era ahora más amplia.

Cinco cartas de su familia recibió Juan Bautista durante los siguientes dos años. Contaba con la ventaja de permanecer en un domicilio en el que podía recibir su correo, y una vez que don Jacinto se retiró, ingenió un sistema que le ayudó a simplificar su trabajo, con el

propósito de disponer de un poco de tiempo para escribir sus cartas y efectuar sus recorridos por la ciudad.

Le gustaba describir con detalle al tío Camilo lo que le parecía que le sería de interés.

Las cartas las contestaba Marie, pues al tío Camilo, decía ella, se le habían puesto las manos temblonas.

Algunas veces, al volver a su habitación, se encontraba a doña Clara leyendo o bordando en el corredor. Cuando debía hacerle alguna indicación, le llamaba y luego de tratar sus asuntos, le hacía preguntas acerca de sus paseos por la ciudad. Juan Bautista entonces hablaba, contra su costumbre, entrando en detalles y minucias sobre las edificaciones nuevas y viejas, que iba descubriendo.

—La fantasía de los constructores no deja de asombrarme —le dijo en una ocasión— llaman especialmente mi atención unos edificios con sus muros rojos, moldurados y enmarcados en blanco.

Y doña Clara, riéndose, le explicó:

—Son el rojo tezontle y la blanca chiluca; y en verdad son muy bellos.

Ilustraciones como esa encantaban a Juan Bautista, que disfrutaba conociendo los términos con que se designaban las originales obras.

Durante ese tiempo conoció la hacienda de don Eleuterio; conoció las entretelas de la familia de Gálvez, conoció a Simona, la hija menor de Jovita y conoció también, entre los muchos proveedores que abastecían la casa, a Juan de Dios, el orizabeño.

Juan de Dios era alegre y bueno; llevaba mercancías de Orizaba y de algunos lugares más cercanos.

Cuando se encontraba en la Ciudad de México solía invitar a Juan Bautista a algún festejo o a paseos por sitios que él no conocía.

Juan Bautista cuidaba de adelantar en lo posible su trabajo para disponer de tiempo para sus salidas; su vida era tranquila y sin altibajos, hasta el día que Simona llegó de Querétaro.

Había hecho su viaje con la intención de visitar a Jovita y volver enseguida para no perder su trabajo, en el que, decía, le iba muy bien. Sin embargo, sus planes sufrieron cambios cuando conoció a Juan Bautista, y de pronto la preocupación por su madre pudo más que el cumplimiento de sus compromisos en Querétaro y determinó que se quedaría hasta que la salud de Jovita mejorara.

Lo único que Juan Bautista sabía de Simona era que se le habían conocido dos maridos, de los cuales, el primero había muerto en una riña y el segundo, al caer del andamiaje de un edificio en el que, ebrio, hacía trabajos de albañilería; y había oído decir también que tenía ya un nuevo marido.

Simona era propietaria de un jacal en la Ciudad de México en el que se alojaba cuando iba a ver a su familia. Gertrudis no permitía que se hospedara con ella y su madre en la casa de don Eleuterio, pues conocía

bien la escasa simpatía que por ella sentía doña Clara, aunque aceptaba que fuera de visita.

En ausencia de don Eleuterio, doña Clara se encargaba de pagar a los peones y sirvientes; en su saloncito alistaba las sumas correspondientes a cada jornalero, según la lista que Juan Bautista elaboraba.

Una mañana, al terminar de hacer los pagos, repasaba doña Clara unos apuntes cuando, sin apartar los ojos de sus cuentas, dijo:

—Cuídese de Simona, Juan Bautista, no se busque dificultades.

Juan Bautista se quedó inmóvil cerca de la puerta. No sabía lo que debía responder; de cualquier manera, la advertencia llegaba tarde. Volviéndose un poco hacia doña Clara, le contestó:

—Si señora.

Cuando salió del salón, sentía un malestar al admitir que estaba dando al traste con su buen crédito. Hasta entonces no había dado pie a ningún mal comentario, y le enfadaba que le dijeran lo que de sobra sabía. El sosiego del que había disfrutado hasta entonces, poco a poco lo abandonaba: "Y no es más que mi culpa", se decía.

Pero algo más ocurrió que le comenzaba a incomodar. Hacía unos meses había llegado a la casa un chiquillo cuya presencia le desconcertaba; no vestía como peón, ni vivía con ellos, ni trabajaba como tal, pero tampoco tenía aspecto ni modales refinados; la única tarea que se

le encomendaba era la de sentarse por las tardes al lado de doña Clara para estudiar el silabario y el catecismo; lecciones a las que se invitaba a los hijos de los peones, casi todos menores que él.

Marcelo, que tal era el nombre del muchacho, era altanero y engreído; el trato que daba a los sirvientes era humillante y aunque en presencia de doña Clara se moderaba, algunas veces lo sorprendió hablándoles con vocablos que, aseguraba ella, en esa casa no se usaban.

Doña Clara atribuía a su nula educación la forma en que se comportaba y aseguraba que con paciencia haría de él una persona instruida.

Juan Bautista no compartía tales certidumbres. Se asombraba cada día más del continuo esfuerzo que doña Clara hacía por lograr su fin. "No comprendo", se decía, "qué motivó a doña Clara a echarse esa cruz encima".

Un largo tiempo estuvo sin conocer la procedencia del petulante muchacho, pues no se atrevía a hacer preguntas, hasta que un día, Simona se encargó de aclarar parte de la incógnita:

—Por aquí se dice que es hijo de don Eleuterio y una mujer que se llevó a la hacienda; la mujer se enfermó de los pulmones y una hermana se la llevó a Cuernavaca, pero le aconsejaron que la separaran del chico, de manera que se quedó en la casa de la hacienda de don Eleuterio. Como él pasa el día entre la plantación y el ingenio, los que bregaban con el muchacho lo hacían ver su suerte tratando de corregirlo, hasta que un buen

día don Eleuterio lo sacó de allá y se lo endilgó a doña Clara.

—¿Sabe ella de quién es hijo?

—Eso no lo sé; y tampoco sé si la criatura tiene idea de quien es su padre.

—Es muy probable que sí, si tomamos en cuenta su impertinente conducta.

—Por lo menos sabe bien que no es hijo de un peón.

El que don Eleuterio tuviera sus deslices no sorprendía mucho a Juan Bautista; con frecuencia se conocían casos semejantes; lo que le desconcertaba era la paciencia de doña Clara que le toleraba descaros tales como entrar a hacer ruido a su saloncito cuando ella se encontraba trabajando, o molestar a los mozos, y hasta meterse a la oficina donde él trabajaba, a garabatear papeles.

Algunos fines de semana llegaba Tobías, un joven algo mayor que Marcelo, a pasar el día en la casa. Tobías era hijo de un primo segundo de doña Clara que en ese tiempo se encontraba sufriendo carencias.

Doña Clara había nacido en España; su padre, español, se había casado en la Ciudad de México con una mujer mexicana. Poco después de haber nacido su segundo hijo, regresó con su familia a España. Allá le nacieron dos hijos más: la menor fue doña Clara.

De niña, doña Clara conoció la Nueva España a través de los relatos de su madre, y dos años después de casada con don Eleuterio, la conoció realmente así como a su familia materna; familia en la que había gente

de alcurnias tan disparejas, que llegaban a ignorarse unos a otros. Se incomodaban realmente si alguien les mencionaba sus vínculos.

La excepción venía a ser doña Clara, que se hizo el propósito de tratar con todos y hasta de buscar la forma de mediar entre ellos.

Un lunes por la mañana, recién había llegado Juan Bautista a su oficina, entró un mozo con un recado de doña Clara:

—Señor Juan Bautista, la patrona quiere verle; dice que lo espera en su salón.

Casi enseguida se encaminó hacia donde se encontraba doña Clara.

La puerta estaba entornada y antes de poder anunciarse, oyó la voz de la señora pidiéndole que pasara.

Doña Clara se encontraba frente a su pequeño escritorio y, sin voltear a verlo, le dijo:

—Acérquese, Juan Bautista, quiero mostrarle algo.

Tenía encima del escritorio el cofrecito en que guardaba el dinero para el pago semanal de los trabajadores. El cofre y el cajón en que lo recogía, estaban abiertos.

—Vea esto —le dijo señalándole ambos cerrojos— el sábado por la tarde guardé aquí el dinero que me trajo un comprador de aguardiente. Ayer, antes de salir a misa, retiré algo de lo guardado para llevar mi donativo a la iglesia, y todo estaba en orden; pero esta mañana,

debía hacer unos encargos para la despensa y al venir por el dinero, me encontré el cofre vacío.

Juan Bautista estaba mudo. Mientras se preguntaba si doña Clara lo estaría señalando como autor de la fechoría, no quitaba la vista de las forzadas cerraduras.

—Estoy muy desconcertada —continuó doña Clara— nunca sospeché que entre la gente que viene a mi casa se encontrara alguien sin escrúpulos.

Durante las pausas que hacía doña Clara, Juan Bautista no se atrevía a hablar: quería esperar a que emitiera el veredicto final para hacer su defensa en el caso de que la señora lo señalara como el manilargo.

—Desde que entré aquí esta mañana y descubrí el hurto, no he hecho más que pensar en Simona; es ella quien menos confianza me merece.

—Simona no tiene asuntos dentro de la casa —se atrevió a decir Juan Bautista.

—Sin embargo, algunas veces la he visto aquí. Una de esas veces, por cierto, venía de la cocina con una bandeja que dijo era un refrigerio que llevaba a su oficina.

El deseo más vehemente de Juan Bautista en ese instante era que se lo tragara la tierra.

—Le puedo asegurar, doña Clara, que yo jamás fomenté tales confianzas.

—Le creo. Sólo quiero precisar que la muchacha entra aquí como si tal cosa.

—Yo me voy a encargar de que nadie entre a la oficina con asuntos ajenos al trabajo.

—Y yo hablaré ahora mismo con Gertrudis; no quiero que bajo ningún pretexto entre Simona a la casa.

Doña Clara salió de la salita y enseguida Juan Bautista hizo lo mismo, sólo que él se detuvo un momento en la puerta como dudando a dónde dirigirse; finalmente se encaminó al despacho. El asunto le había dejado desencajado. Sentía vergüenza por la relación que tenía él con Simona, ya que doña Clara lo podía relacionar con el hurto; pero al mismo tiempo, consideraba que la señora se había precipitado en su juicio. "Jamás diré una palabra de lo que estoy pensando, pero mis sospechas recaen principalmente en Marcelo y Tobías".

La semana siguiente se sintió un inusual revuelo en la casa: algunos sirvientes hablaban entre sí en voz más baja que la habitual, a Gertrudis se le veía llorosa y apesarada, y Marcelo casi no se apartaba de doña Clara. Con su actitud sugería dos cosas a Juan Bautista: "O teme que alguien le haga alguna pregunta, o quiere evidenciar que cuenta con el absoluto apoyo de la señora".

Por esos días llegó Juan de Dios a visitarlos con sus mercancías.

Cuando pudo ver a Juan Bautista, ya estaba al tanto de los últimos acontecimientos:

—Me abruma que te encuentres en este aprieto. Aun cuando no se te señale como culpable del hurto, mientras las cosas no se aclaren, todos aquí están en entredicho.

—Contigo puedo hablar de mis recelos: se me ha ocurrido que son Marcelo y su dichoso pariente que lo visita los que cometieron la fechoría.

—Espero que no te vayas a poner a investigar.

—Dios me libre.

La rapidez con que respondió Juan Bautista, dio a entender a su amigo que en el juicio de doña Clara no cabían objeciones.

—No sé qué pienses hacer —le dijo preocupado Juan de Dios— hasta hace poco te sentías a tus anchas y eran pocos tus problemas, pero ahora, si acaso tus recelos son ciertos y si esos muchachos siguen aquí, van a ocasionar más dificultades. Además, no te acomodas como antes porque sientes que las sospechas de doña Clara abarcan a todos los de la casa.

Desde luego, Juan Bautista le daba la razón, pero no veía de qué manera podría hablar con doña Clara para quedar al margen de sus suspicacias, ya que, en ese momento, era lo que más le perturbaba.

—Te quiero recordar el ofrecimiento que te hice de llevarte a conocer Orizaba; tal vez te interesaría hacerte de algunas tierras: te aseguro que allá tu dinero te rendiría un poco más.

Pensó Juan Bautista en sus ahorros.

Cuando determinó quedarse a trabajar con la familia de Gálvez, hizo entrega a doña Clara de lo que había logrado reunir del salario que de Santos recibía, considerándolo más seguro en custodia de la señora. No

se consideraba ni con personalidad ni con pericia para operar con un banco. Posteriormente, casi cada mes entregaba a doña Clara parte de lo que recibía como paga.

—No se aún qué me conviene, pero desde luego pretendo usar mis reservas para comprar algo de tierra de cultivo.

Juan de Dios lo veía tan molesto, que no se animaba a tratarle un asunto que sabía bien que lo acabaría de irritar. De cualquier manera le comentó:

—Acaba de llegar a la ciudad el marido de Simona.

Era lo que le faltaba. Esperó en silencio a que Juan de Dios terminara de ponerlo en antecedentes.

—El hombre sabe que Simona está en amores con alguien, pero no sé si lo hayan puesto al tanto de quién es. Afortunadamente para ti, Simona se veía también con un aparcero de la finca agrícola de los Vargas, así que, si está brillando tu buena estrella, el señor irá a pedirle cuentas al agricultor y a ti te pasará por alto.

El estado de ánimo de Juan Bautista empeoraba. Si en sus manos hubiera estado, en ese momento se hubiera ido a cualquier sitio. Sentía, sin saber exactamente por qué, enojo contra Simona: toda su irritación la remitía hacia ella.

Juan de Dios se retiró, luego de hacerle a su amigo una serie de recomendaciones sobre la forma en que se debía cuidar, en caso de que fuera él quien estuviera en la mira del compañero de Simona.

Sin cenar se fue a dormir. Luego de un rato, convencido de que el sueño no le llegaría pronto, se levantó y se fue a la mesa a escribir una carta para Santos. Pensaba decirle, con toda honestidad, los acontecimientos en que se había visto envuelto en esos últimos días.

"Siento que es mi deber ponerlo al tanto de un evento en el que, sin estar coludido, pudiera considerárseme implicado a causa de un desacierto mío". En ese tenor comenzó tres veces su carta, pero al entrar de lleno en la trama, lo que después leía, ni él mismo lo comprendía.

Hasta el día siguiente por la tarde, una vez que salió de la oficina, pudo terminar la carta para Santos. Estaba más concentrado y pudo relatar con claridad lo que él llamaba "el inicio de sus torpezas", y finalizaba haciendo mención del veredicto que doña Clara había dado sobre el asunto del robo.

Se sintió más tranquilo una vez que envió la carta. Santos era ecuánime y para él, su juicio era valioso.

Los dos meses siguientes Juan Bautista tuvo necesidad de trabajar hasta el oscurecer. Don Eleuterio había llegado saturado de papeles que requerían se les pusiera al día y que se les llevara a las intendencias correspondientes. Afortunadamente don Eleuterio se apalabró con un muchacho que conocía algo de teneduría y que resultó bastante espabilado. Gracias al chico, Juan Bautista pudo darse algún respiro, aunque solo fuera los domingos por la tarde.

Y fue una tarde de esos domingos cuando Simona se presentó a despedirse de su familia; Jovita se encontraba mejor de salud, pero Gertrudis, amohinada por el sermón que había tenido que oírle a doña Clara, todavía tenía "la boca amarga".

—Si te ve por aquí doña Clara —le argumentaba a Simona— se va a alterar de nuevo.

—No pienso acercarme a la casa; puedes estar tranquila.

Simona esperó a que Juan Bautista llegara a su habitación para platicar unos momentos con él. Visiblemente nervioso, Juan Bautista le contestaba escuetamente con la esperanza de que pronto se despidiera. Molesto, le recordó que le había pedido que no volviera a buscarlo en la casa.

—No te volviste a acercar por el jacal, así que me vi obligada a venir para despedirme de ti.

No era un buen pretexto el que daba Simona; ella conocía bien el motivo de la ausencia de Juan Bautista.

—Tú sabes por qué no volví a buscarte —la voz de Juan Bautista sonó menos belicosa— tú tienes un compromiso y yo no quiero más problemas.

Simona entendía perfectamente, pero no quería irse sin verlo.

—No te voy a comprometer en nada; tan sólo te voy a decir adiós y a repetirte que yo no tuve que ver en el robo que sufrió tu patrona; allá ella si insiste con eso y baja la guardia con los que debe vigilar.

—¿Te parece que alguien de la casa pudiera tener maña para hacer esa pillería?

Simona tardó unos segundos en responder:

—No lo he pensado.

Unos golpes en la puerta los sobresaltaron. El pestillo no estaba corrido y con los porrazos la puerta se abrió: era Gertrudis.

—No es conveniente que sigas aquí —le dijo molesta a Simona— por muchos motivos debes irte.

—Ya iba a salir —alegó Simona. Se acercó a Juan Bautista y lo abrazó mientras le llenaba la cara de besos. El desparpajo de Simona en presencia de Gertrudis lo abochornaba.

—Te voy a escribir —le aseguraba a Juan Bautista— un día lo voy a hacer.

—El día que aprendas —le dijo con mofa Gertrudis.

Por fin se retiraron. Cerró Juan Bautista la puerta y se dispuso a dormir; estaba muy cansado y el último episodio del día lo había puesto nervioso. “Siempre me han sentado mal las despedidas” pensaba, considerando que hubiera sido mejor que Simona no hubiera ido.

Lamentaba que sus encuentros terminaran de esa manera pero no se atrevía a insistir en algo que no llegaría a buen fin.

Con los ojos cerrados evocaba la imagen de Simona: su fina figura, sus ademanes graciosos, su aire despreocupado y alegre; siempre con sus faldas de vuelo, sus blusas blanquísimas y sus negras trenzas peinadas en

cocas. Ella decía ser mayor que él algunos años, pero Juan Bautista no se interesó en preguntarle cuántos.

Al día siguiente llegó Juan de Dios muy temprano con su mercancía. Juan Bautista no tuvo oportunidad de verlo, pero él le dejó dicho que el domingo lo visitaría.

Ese año, Carlos IV pidió a la Iglesia de la Nueva España le prestara una importante cantidad de dinero. La necesidad urgente de reforzar su flota de guerra para enfrentar a Inglaterra le llevó a exigir de sus colonias más de lo que era operable. Discurrieron entonces que se exigiera el pago de los capitales que se tenían colocados en hipotecas y que a quien no tuviera los recursos para liquidar su compromiso, se le confiscaran sus bienes y se le remataran. Muchos hacendados perdieron sus propiedades y muchos más, se vieron en la necesidad de malvender las suyas.

Los de Gálvez, en esa época, no se encontraban en manos del agiotaje; "gracias a la Divina Providencia", decía doña Clara. Sus inmuebles estaban a salvo pero, al igual que muchos usuarios de bancos, pensó que el capital que les habían confiado, ya no estaba seguro.

"Con la misma desfachatez con que han empobrecido a los prestatarios nos pueden decir cualquier día que han tenido necesidad de disponer de nuestro dinero", le decía doña Clara a don Eleuterio en una carta, apremiándolo a que se presentara cuanto antes en la Ciudad de México.

Doña Clara era una mujer muy piadosa, cumplía puntualmente con todos los preceptos de su iglesia pero

también era sensata; y cuando inició el rumor acerca de una posible incautación de capitales, reaccionó pensando en proteger su dinero.

Don Eleuterio se presentó lo más pronto que pudo en la casa y escuchó pacientemente a su mujer.

—No me tomes por alarmista —le decía— pero recuerda que "bajo la desconfianza vive la seguridad".

Buscó don Eleuterio el consejo de algunos hacendados y oyó distintas opiniones; de cualquier manera, la premura con que doña Clara pretendía que llevara el asunto no era irracional: algunas personas habían comenzado a solicitar su dinero.

Los de Gálvez se dedicaron a buscar en la casa un lugar que ofreciera seguridad. Luego de algunas diferencias, convinieron en hacer un boquete en la pared que separaba una recámara de otra; al revestir la cavidad, la enorme cabecera de su cama disimularía la falsa pared.

Días después, cuando llegó don Eleuterio acompañado de dos criados de confianza con el dinero, lo primero que hizo doña Clara fue mandar llamar a Juan Bautista para hacerle cuentas y entrega de su pequeño capital.

—Quiero que confronte sus cuentas con las que le estoy entregando —le pidió doña Clara al terminar su explicación acerca de los temores que les habían llevado a retirar su dinero.

—Le agradezco el apoyo que me dio guardándomelo estos dos años.

—Lamento esta situación. La desconfianza se está propagando y eso es malo para el país. Ojalá que encuentre usted alguna forma de invertir sus ahorros: cualquier cosa será mejor que tenerlo al alcance de truhanes.

Al prevenirlo, doña Clara pensaba en Simona. Juan Bautista en cambio, al imaginar un sitio dónde ocultar sus ahorros, no apartaba de su cabeza al par de mocosuelos que acostumbraban escudriñar la casa.

Tal como había anunciado, el domingo se presentó Juan de Dios para invitarlo a salir.

—No me lo tomes a mal —le contestó enseguida Juan Bautista— pero no quisiera salir de la casa.

Enseguida le relató los acontecimientos que hicieron que se encontrara en posesión de sus ahorros.

—Es mi trabajo de cuatro años y no me atrevo a dejarlos aquí; no he encontrado un lugar que me parezca seguro.

—¿Y qué haces al irte al trabajo?

—Hasta ahora, los llevo conmigo guardados en una talega que meto dentro de una bolsa de cuero, como cuando llevo una botella de agua o alguna fruta.

—Pues estás lucido. ¿Cómo se puede vivir cuidando siempre de una talega?

—He de encontrar una solución.

Juan de Dios estuvo meditando unos momentos y lo único que se le ocurrió fue volver a mencionar el asunto de la siembra del tabaco.

—Quisiera que me dieras más detalles —le respondió Juan Bautista— pero sobre todo, me gustaría hablar con alguien que en este momento se dedique a esa industria.

—Puedo llevarte con mi cuñado, pero para eso tendrías que ir a Orizaba.

—Eso lo debo pensar bien; no veo cómo dejar el trabajo tantos días.

—Dices que hay un chico que te ha estado ayudando; de alguna forma podría sacar los asuntos más urgentes. Aprovecha ahora que está aquí don Eleuterio para pedirle una licencia.

—No es mala tu idea, después de todo, no he tenido descanso desde que comencé a trabajar aquí.

—Te convendría instruirte con algún cosechero para que te muestre los sembradíos y te hable con detalle, pero yo puedo adelantarte alguna información; recuerda que trabajé un tiempo con mi cuñado.

—Sería bueno comenzar a oír algo del asunto.

—Por principio, haré referencia al procedimiento previo a la siembra: cosecheros son, tanto los que llevan a cabo todo el proceso con dinero propio, como las personas que avían a los que no cuentan con recursos pecuniarios. Tanto unos como otros se ponen de acuerdo para nombrar periódicamente una diputación de cosecheros, agrupación que cuenta con un presidente,

un secretario y un tesorero, cuyo sueldo se paga con un tanto por ciento que en las factorías les descuentan del valor de lo que entregan. Los cosecheros con recursos se encargan de todo el proceso del tabaco, no así los que reciben los avíos; estos deben entregar su tabaco en sarta a los aviadores, quienes les hacen los demás beneficios hasta entregarlos a la Renta.

—¿Crees que por lo pronto me convendría aviar a algún cosechero antes de ponerme a comprar tierra?

—Creo que lo mejor es que primero te relaciones un poco con ellos.

—¿En que época se inicia la siembra?

—A finales de junio debe estar la semilla en los almácigos.

—Sería dentro de tres meses —por su expresión de desánimo pareciera que Juan Bautista ya hubiera determinado el nuevo rumbo de su vida.

—Te ves muy decidido, recuerda que se deben tramitar con tiempo las licencias.

—Claro que no estoy decidido; nunca he resuelto nada con prisa, pero pienso que de interesarme el negocio, tendría que esperar un año para iniciarlo. Y ahora, dime qué ocurre con las licencias, quizá me desanimes.

—Las diputaciones de que te hablé —comenzó a explicarle Juan de Dios— contratan cada año con las factorías el número de tercios de tabaco que se van a cosechar, así como el precio que se dará a cada clase. Esta diputación hace el reparto de la siembra por medio

de boletos que expide a cada uno de ellos, expresando en el boleto la cantidad de matas que se le permitirá levantar; por supuesto, ningún cosechero queda conforme, así que no faltan especuladores que consiguen boletos o licencias para sembrar y que carecen de recursos para hacerlo. Estos señores venden sus boletos hasta a diez pesos el millar de matas, de manera que el que tiene un boleto por diez mil matas, se embolsa tranquilamente cien pesos sin hacer ningún trabajo.

—Ya me explicaste los pormenores de las licencias; ahora quisiera oírte hablar de la siembra.

—Los almácigos se hacen generalmente en las laderas de los cerros, en donde el agua de la lluvia deposita el despojo vegetal que forma un buen abono. Se levantan los camellones dejando un declive para dar corriente al agua de lluvia.

Debo aclararte que un almácigo lo puede hacer quien quiera, no se requiere de una licencia; algunos labradores pobres se dedican a hacerlos y venden sus matas a los cosecheros que han visto mermadas las suyas. Mi cuñado tuvo necesidad de comprar el año pasado, y pagó a dos pesos el millar de matas; eso significa muy buena ganancia para los labradores, si tomas en cuenta que el precio es, cuando mucho, de seis reales.

Juan de Dios se despidió cuando era casi de noche.

—Regreso a Orizaba mañana. Volveré dentro de dos meses, a ver qué piensas para entonces.

Desde luego que tenía mucho qué pensar, ahora más que nunca debía decidir con cuidado lo que haría; tener el dinero con él lo ponía inquieto. "Tengo el temor de gastar mi dinero tontamente", se decía.

Una semana después recibió una carta de Santos. Esperó a llegar a su habitación para abrirla y poder leerla sin apuros. Ese mismo día llegó a la casa con su familia don Agustín, el hijo de los de Gálvez.

Don Agustín era el único hijo del matrimonio. En Cuba se había casado con la hija del dueño de una plantación y un ingenio azucareros. Debido a la delicada salud del suegro, se había hecho él cargo del negocio. Hacía diez años que se había ido para casarse y desde entonces no había vuelto a la casa.

De todo esto se enteró Juan Bautista el mismo día que llegó la familia, aunque no la conoció.

Por la noche se dispuso a leer la carta de Santos. Con detalle, le explicaba lo que tras una serie de gestiones, habían adelantado en la crianza de los gusanos. Le hacía extensas descripciones de ciudades y parajes que nunca había visto y que le parecían de maravilla. Juan Bautista se lo imaginaba yendo de un sitio a otro, sorteando cualquier peripecia y amoldándose a todo.

Al hacer mención de las contrariedades por las que Juan Bautista pasaba, le recomendaba paciencia: "No te extrañe que doña Clara se haya pronunciado en contra de Simona, esa malquerencia tiene tiempo, ni más ni menos que el tiempo que hace que Simona se tuvo que ir

de la casa, pues como sabes, vivía con Jovita. La escasa habilidad que Eleuterio tiene para disimular sus ímpetus, alertó a doña Clara sobre las nada castas intenciones que albergaba para Simona. Si las cosas quedaron sólo en intenciones o si llegaron a más, no sabría decírtelo, lo que sé es que Simona se fue".

Ese episodio era totalmente desconocido para Juan Bautista, y recordando ahora la reacción de doña Clara, se explicaba algunos de sus exabruptos.

Sintió coraje contra Simona: "Estoy seguro de que en algún momento le cumplió el capricho a don Eleuterio, por eso mismo nunca me comentó el asunto". Y haciendo esas cavilaciones, se imaginaba a la casquivana Simona siguiéndole el juego al verde de don Eleuterio.

Al día siguiente conoció a don Agustín. Platicaba con su padre en el corredor por el que Juan Bautista transcurría para llegar a la oficina. Don Eleuterio lo detuvo y le pidió que se acercara para presentarlo a su hijo. La categoría de Juan Bautista no ameritó que don Agustín se molestara en verlo para contestar su saludo. Con los ojos fijos en el libro que leía antes de que su padre llegara, masculló un "buenos días". Juan Bautista respondió a algunas preguntas de don Eleuterio y se retiró.

Un poco más tarde, se presentaron en su oficina una niña y un niño, a quienes Juan Bautista les supuso entre seis y ocho años. Los niños le hacían preguntas y movían de su lugar lo que encontraban a su alcance; no

tiraban ni estropeaban nada, pero él se preguntaba qué debería hacer si los chicos hicieran alguna avería en sus papeles. Un rato estuvo sin perderlos de vista. La niña era más inquieta y tenía un parecido con doña Clara; su tez no era tan blanca como la de su hermano y sus ojos eran más grandes y más expresivos.

Minutos después, hizo su entrada en la oficina una mujer joven, de baja estatura y de facciones parecidas a las del niño. Juan Bautista se puso de pie y esperó a que la señora dijera algo, pero por lo visto, la gente como él, sin alcurnia, era invisible para los jóvenes de Gálvez.

Tomó la dama de la mano a los dos niños y los tres salieron de la oficina sin decir palabra. Juan Bautista siguió con su trabajo hasta poco después del mediodía, hora en que llegó un mozo a indicarle que acudiera al salón de doña Clara, donde lo esperaba don Eleuterio.

Sin demora, se encaminó al salón en el que se encontraba también don Agustín:

—Siéntate Juan Bautista, vamos a tratar contigo un asunto sobre unas modificaciones que se harán en el ingenio. Deberás irte con Agustín a la hacienda el tiempo que sea preciso, pues necesitará tu ayuda en lo que se refiere a los sistemas que se están utilizando para registrar la producción. Él conoce técnicas más avanzadas que nos servirán para mejorar el rendimiento.

—Haré lo que usted ordene.

—El tiempo que permanezcas fuera estará Aurelio aquí despachando lo más urgente, cuando vuelvas pondrás la oficina al corriente.

Aurelio era el chico que solía ayudarlo cuando el trabajo aumentaba, pero desde luego, si su permanencia en la hacienda se prolongara, el trabajo que se vendría a encontrar sería excesivo.

"Todo tiene un límite", pensaba Juan Bautista maliciando los días que le esperaban.

—Mañana te indicaré el día que deberás estar listo para salir. Te irás con Agustín y yo los alcanzaré unos días después.

Malhumorado pasó el resto del día, por una parte, la salida a la hacienda le serviría para dejar unos días el encierro en la oficina, aunque al regreso debiera trabajar más horas.

Por la noche pensó en su dinero. Desde luego, a su viaje no se lo llevaría pues lo pondría en riesgo, y en su habitación no lo dejaría de ninguna manera.

Dándole vueltas al asunto se le ocurrió que la única persona que le inspiraba confianza era Jovita, además, por sus problemas de salud, salía poco de su habitación. La mujer era discreta y no se le iría la lengua platicando de su encargo. "Jovita es muy cristiana y no perdería su alma por tomar dinero ajeno", pensaba Juan Bautista, "el inconveniente sería que enfermara de gravedad… o que muriera".

—¡Dios me libre! —exclamó en voz alta. Rezó luego por la salud de Jovita.

Poco antes de dormirse se preguntaba qué haría después con su dinero; no se iba a pasar la vida cuidando un talego, "como tampoco me la voy a pasar en ese trabajo que ya no me da respiro". Ya casi dormido, resolvió: "Iré en cuanto pueda a ver las tierras de las que me habla Juan de Dios".

Una semana después salieron con rumbo a la hacienda. La actividad que don Agustín desplegara durante el viaje en nada se asemejaba a la que había visto en Santos o en don Eleuterio. La fina ropa que llevaba puesta llegó a la hacienda sin mota de polvo. Se bajaba del coche lo estrictamente indispensable, e incluso, de dar las órdenes al cochero se encargaba Juan Bautista.

Los primeros tres días de su estancia en la hacienda los empleó don Agustín en arreglos con el mayordomo, y Juan Bautista en tomar un descanso. Cuando comenzó los trabajos con él, tuvo que reconocer que sabía bien lo que hacía, y que era tan exigente y escrupuloso con los demás como con él mismo. Don Eleuterio llegó cuando empezaba Juan Bautista su adiestramiento.

—Esta hacienda no rinde como debiera —les dijo en una ocasión— no los culpo a ustedes, sólo se deben cambiar algunos procedimientos para hacerla más provechosa.

Tres semanas después, una vez modificadas algunas técnicas y transformados algunos aparejos, regresaron dejando en la hacienda a don Eleuterio.

De vuelta en su trabajo, Juan Bautista comenzó a pensar en la manera de pedir a doña Clara licencia para ausentarse unas semanas. No se decidía a renunciar por temor a desilusionarse del cuadro que llegara a encontrar en Orizaba.

Abordó a doña Clara esa misma tarde; venía ella con Marcelo del traspatio al momento que él iba hacia su habitación.

—Señora, necesito hablar con usted.

—Mañana temprano voy a estar en el salón, lo espero antes de que llegue a su trabajo.

Puntual, a la hora que debía llegar a su oficina, se presentó Juan Bautista en el despacho de la señora.

Doña Clara lo oyó antes de que llamara a la puerta y le pidió que entrara.

—Siéntese —le dijo señalando la poltrona que estaba frente a la suya; esperó un momento a que Juan Bautista cerrara la puerta y siguió:

—Hace tiempo que no hablamos más que lo indispensable, he estado últimamente en más actividad y no lo había visto desde que se fue a la hacienda.

—Yo también he estado más ocupado; he tratado de poner todo al día lo más pronto posible.

—¿No le sirvió la ayuda de Aurelio?

—Al contrario, su ayuda es muy valiosa y de eso quiero hablarle.

Doña Clara guardó silencio, esperando lo que Juan Bautista tenía que decir.

—Quiero pedirles una licencia para ausentarme unas semanas; le aseguro que Aurelio es capaz de solucionar buena parte del trabajo. He recibido una invitación para ir a Orizaba a conocer una plantación de tabaco, y quiero decirle, con toda honestidad, que si me siento atraído por ese negocio, volveré sólo a entregar mi trabajo en regla. Lamento no haber hablado de esto con don Eleuterio, pero no pude verlo antes de salir de la hacienda.

Era evidente que doña Clara no esperaba eso; desde hacía unos meses sentía disminuida la tranquilidad de su casa, sin saber exactamente a qué atribuirlo, e imaginaba que el cambio de quien hacía el trabajo contable, podría ocasionar desajustes.

—Desearía que tan sólo se ausentara el tiempo que dedicara a su visita; pero usted tiene la última palabra. Por el momento, le voy a encarecer que si tomara la decisión de quedarse por allá, vuelva aquí de cualquier manera para que personalmente hable con Eleuterio y se encargue de aleccionar a quien él designe para ocupar su puesto.

—Tenga la seguridad de que así lo haré, doña Clara, sería deshonroso conducirme de otra manera. Trató Juan Bautista de adelantar todo el trabajo que podía y de dejarlo al corriente para cuando Juan de Dios llegara.

Sentía pesar por dejar a los de Gálvez y el lugar en que había vivido por casi tres años, pero nuevamente se decía: “No voy a pasar la vida entre cuatro paredes”.

Por fin, una mañana de domingo se presentó Juan de Dios. A Juan Bautista lo vio hasta que salió de la oficina:

—Platicaremos mientras comemos —le dijo Juan Bautista— las viandas que me mandan son suficientes para dos personas, y creo que si Gertrudis se entera de que estás aquí, aumentará un poco la porción.

—Gertrudis me recibió y me hizo las cuentas; me presenté aquí muy temprano.

Juan Bautista puso al tanto a Juan de Dios de los acontecimientos. Tenía todo dispuesto para salir con él y dejar el trabajo encargado con Aurelio.

—Quiero partir dentro de tres días. La víspera vendré a ver si estás listo.

—Lo estaré, te lo aseguro.

Luego de trabajar medio día, el lunes por la mañana salió Juan Bautista en busca de doña Clara. La vio en el corredor, en el lugar que a esas horas escogía para coser; con ella se encontraba don Agustín que parecía molesto por la persistente visita de Tobías.

—No me gusta ese muchacho —insistía don Agustín— si la presencia de Marcelo es inevitable, por lo menos haz que Tobías se retire un poco, juntos son insufribles.

—Recuerda que es mi pariente y, por consiguiente, tuyo.

—A mí, de parientes, nada. Si la educación y las costumbres no son las mismas ¿qué te une con tales parientes?

Al notar la presencia de Juan Bautista don Agustín guardó silencio.

—Les pido me disculpen pero necesito hablar unas palabras con doña Clara.

—Hágalo, Juan Bautista, lo que estamos tratando puede esperar.

—Es acerca de mi salida a Orizaba; como le había anunciado, me iría con Juan de Dios, y él pretende salir el próximo miércoles.

Doña Clara volteó a ver a don Agustín como pidiendo su atención sobre algo que ya había tratado con él.

—¿Crees tú, por lo que te han contado, que te atraiga el lugar como para quedarte?

Le preguntó don Agustín, que, al parecer, conocía bien sus planes.

—No lo sé, pero si encuentro alguna ocupación agrícola, es probable que me quede.

—Pues informa bien los pormenores de lo que pretendes iniciar, no vayas a lamentarlo luego.

—Juan Bautista es muy cauteloso —apuntó doña Clara— estoy segura de que no hará algo que no haya estudiado.

—Seré cuidadoso doña Clara, y en caso de que encuentre las cosas muy distintas a lo que imagino, y si ustedes me aceptan de nuevo, volveré.

—Que Dios lo acompañe, Juan Bautista, y recuerde que prometió regresar a hablar con Eleuterio.

—Así lo haré, se lo aseguro. Ahora, si me permiten, me retiro.

Doña Clara le contestó con unas palabras de despedida, y don Agustín se limitó a verlo y decirle un "hasta luego"; eso, en él, era un considerable detalle de cortesía.

El miércoles muy temprano Juan de Dios se presentó en la casa. Juan Bautista estaba listo.

De la única persona que se despidió esa mañana fue de Jovita; sabía que la encontraría despierta.

Jovita le dio su bendición y le recomendó que pensara bien sus decisiones.

## Capítulo IV

El recibimiento en casa de Juan de Dios estuvo a cargo de Esperanza, su hermana menor.

Como ladina la calificó Juan Bautista al primer vistazo. Era una mujer de corta estatura, de nariz chata, piel morena y una actitud socarrona y velada.

—¿Te encuentras sola en la casa? —fue el saludo que le dirigió Juan de Dios.

—Si. —Su cortante respuesta llevaba un tono de desafío.

—¿A dónde fueron Flora y Soledad?

—A La Perla.

—Contéstame ya de corrido a qué fueron y cuándo vienen. Me está fastidiando tener que hablar contigo.

—Fueron a ver a mamá porque se enfermó, no sé cuándo regresen ni sé si la traigan.

—Me imagino que las llevó Trino.

—Las llevó Trino.

El diálogo entre los hermanos terminó ahí; si Juan de Dios quería saber más detalles del viaje de sus hermanas tendría que esperar a que llegara Anselmo, su hermano mayor, que aunque no vivía en esa casa, todas las tardes llegaba por ahí.

—Con esta zopenca es imposible comunicarse —le explicaba molesto a Juan Bautista mientras lo llevaba a una pieza larga en la que había tres camas en hilera.

Supuso que sería el lugar donde él dormiría. La pieza era muy alta y solada con baldosas; se sentía fresca y ventilada. Imaginó que un dormitorio como ese le gustaría para cuando pudiera tener una vivienda.

Juan de Dios le señaló un guardarropa para que guardara su equipaje, y salieron de la habitación. En el corral, ensillaron dos caballos y se fueron en busca de Genaro, el cuñado de Juan de Dios.

No se explicaba Juan Bautista a qué se debía la prisa de su amigo por ponerlo, ese mismo día, en tratos con su pariente. Lo veía malhumorado y no se atrevía a preguntarle qué había motivado su cambio de humor.

—Es muy probable que a esta hora ya lo encontremos borracho. Le ha dedicado últimamente más tiempo a la bebida que al trabajo. Es una lástima que se haya ido desentendiendo de la siembra, pues es un hombre que conoce bien de esas faenas; ahora pretende vender una parte de sus tierras de cultivo.

—No sabía quién era el vendedor —le dijo Juan Bautista, quien pensaba que no tenía caso tratar esos asuntos a esa hora, cuando el hombre ya no se encontraba en sus cabales.

—Si lo encontramos borracho, volveremos mañana temprano; pero quiero saber cuanto antes si no ha cerrado trato con unos vecinos que pretenden comprarle.

—Pues tú sabrás qué es lo que tratas, pero ten en cuenta que no he decidido aún nada.

Juan de Dios se adelantó y se detuvo en el portal. Jaulas con pájaros, abundancia de macetas con flores, un par de perros adormilados y un fuerte olor de azahares, componían el paso a la casa.

La puerta se encontraba abierta y Juan de Dios hizo pasar a Juan Bautista; luego, dando voces, entró él.

Salió a recibirlo su hermana, que al ver a Juan Bautista lo invitó a sentarse y le ofreció chocolate caliente; tenía idea de quién se trataba, pues Juan de Dios había notificado que en breve lo llevaría. Mientras Juan Bautista recibía las atenciones de la dueña de la casa, perdió de vista a Juan de Dios y pensó que habría entrado a la habitación de su cuñado.

—Genaro no podrá recibirlos ahora; no se encuentra bien.

La señora subrayó cuanto pudo el malestar de su marido; sin embargo, Juan de Dios, que había salido por un paquete de papeles que llevaba enrollados en el capote, entró directo a la habitación de Genaro.

Un cuarto de hora más tarde salió sin papeles; se despidió de su hermana y le comunicó a Juan Bautista que era hora de retirarse.

De regreso a la casa lo notó más tranquilo; le explicó que le manejaba a su cuñado algunas mercancías y que le había dejado sus apuntes para que los revisara por la mañana.

—Muy temprano su cabeza está fresca. A la hora que vengamos ya tendrá hechas sus cuentas: le entregaré su dinero y me pagará mi flete. Hablé un momento con él acerca del terreno; parece que no ha hecho tratos con nadie; a ver si es posible que mañana vayamos a que conozcas el lugar.

—Creo que tu hermana hubiera preferido que no entraras ahora.

—Trinidad trata de aislarlo siempre que lo ve mal.

—¿Es ella mayor que tú?

—Sí, es cuatro años mayor. Tiene un gemelo, pero ella se ve de más edad.

—¿Tu hermano Anselmo es su gemelo?

—No, su gemelo es Trino, ambos se llaman Trinidad.

Juan Bautista se entretuvo un rato pensando en qué contratiempos pudieran tener dos personas con el mismo nombre, nacidas de los mismos padres, en la misma fecha, en el mismo lugar, y con el sexo como única diferencia.

Juan de Dios, por su parte, iba metido en pensamientos más formales. Tanteaba el arreglo al que

pudieran llegar su cuñado y Juan Bautista, pues tendría ventajas para él. Genaro le había ofrecido, en el caso de vender la finca, comprarle una tienda de forraje que manejaba en Nogales, y que por sus frecuentes salidas no podía atender como quería. Según los comentarios de Genaro, su hijo mayor tenía forma de hacerse cargo del negocio. "Con una parte de lo que me pagaran te podría comprar tu tienda", le había asegurado su cuñado en una ocasión, "sólo que preferiría recibir la cantidad que estoy pidiendo junta, y el hombre que pretende comprar no la ajusta y quiere darme pagos parciales".

Durante los siguientes cuatro días, Juan Bautista se ocupó de visitar no solamente el terreno que se le ofrecía, sino otros más, dedicados al mismo cultivo, con lo que llevó a cabo comparaciones de dimensiones y de condiciones del suelo. Hizo todas las preguntas que se le ocurrieron hasta que creyó haber entendido todo.

La última tarde que hicieron su recorrido, volvieron a la casa al oscurecer. La carreta que se encontraba cerca de la vivienda y el movimiento que había fuera de ella, le evidenciaron a Juan de Dios la llegada de su familia:

—Ya están ahí mis hermanas —le anunció a Juan Bautista.

Al verlos acercarse, Flora, que se encontraba todavía afuera, se acercó a saludarlos.

—¿Cómo han encontrado a mamá? —preguntó Juan de Dios apenas la saludó.

—Siguió con sus desvanecimientos y la hemos traído con nosotras.

Entraron enseguida, pero Juan Bautista se detuvo en la cocina. Flora y Juan de Dios pasaron a una alcoba, de la que minutos después salieron acompañados de Soledad.

—Estas son Flora y Soledad, mis hermanas —le dijo Juan de Dios, volteando a ver a cada una al momento de decir su nombre.

Les agradeció Juan Bautista las semanas que permaneció en su casa, e hizo mención de su salida al día siguiente.

—Saldremos por la mañana —les dijo Juan de Dios— y es probable que Juan Bautista se decida a volver dentro de poco tiempo.

—No tengo nada determinado pero me ha gustado mucho el lugar y no creo que lo hiciera mal como cosechero.

Juan de Dios no lo veía muy convencido, pero al menos ya llevaba más opiniones de gente enterada del asunto. Hizo Juan de Dios sus preparativos temprano y salieron para la Ciudad de México.

No hablaron mucho en el trayecto, Juan Bautista se dedicó a hacer y deshacer planes en su cabeza. Cuanto más se empeñaba en pronosticar los resultados de lo que estaba intentando iniciar, más dudas le asaltaban y volvía a considerar que lo prudente era permanecer en su empleo; sólo cuando cambiaba las imágenes del campo

por las de la oficina, tornaba a su naciente proyecto y volvía a verse como cosechero.

Y a Juan de Dios, el buen juicio le dictaba que no interviniera en las decisiones de su amigo. Consideraba que a su albedrío debería quedar cualquier traspié.

Al arribar a la casa de los de Gálvez, encontró Juan Bautista algunas novedades. La primera consistía en los preparativos que hacía don Agustín para volver con su familia a Cuba; otra, que Consuelo se había ido de la casa para vivir con su novio, y Gertrudis, hecha una furia, no hablaba de otra cosa. A quien quisiera oírla le soltaba su infortunio y lloraba un rato para terminar con: "Y ese muchacho es un patán que no la merece".

Por su parte, doña Clara sufría en carne propia la tribulación de Gertrudis. Le hacía falta Consuelo para la buena marcha de la casa y Gertrudis, por el pésimo estado de ánimo en que se hallaba, no ataba ni desataba.

Don Eleuterio no había llegado aún de la hacienda; se comentaba que tardaría dos semanas más y a Juan Bautista le preocupaba que regresara Juan de Dios antes de haber hablado con él.

Hasta después de dos días de su regreso pudo hablar con doña Clara. Lo recibió, como de costumbre, en su saloncito.

—¿Qué le ha parecido la Villa de Orizaba, Juan Bautista?

—Me ha parecido un edén. La variedad de frutos, cereales y flores que se cultivan es en verdad increíble. Y

el agua, en arroyos, manantiales, ríos, lagunas, cascadas, y en todas las formas que se le pueda imaginar, la he visto prodigarse ahí y en las poblaciones que la rodean, como si hubiera escogido esos parajes para expresarse.

A doña Clara, la fogosidad con que hizo Juan Bautista su descripción, la hizo pensar que más que gustarle, Orizaba le había seducido, y por lo tanto, comenzó a perder la esperanza de que siguiera con ellos. Juan Bautista decía que aún no se decidía a irse, pero ella podría asegurar que se iría.

Preguntó por don Eleuterio y ella le respondió que en una semana, a más tardar, llegaría.

—Me he reintegrado desde ayer a mi trabajo, pero quiero, si decidiera irme, hablar personalmente con él.

En efecto, antes de una semana había llegado don Eleuterio. Atravesaba Juan Bautista el corredor hacia la oficina, cuando lo vio entrar, envuelto en su jorongo.

—Me alegra verte, Juan Bautista, supe que habías salido por unas semanas.

—Regresé hace cinco días. Veo que recién llega de la hacienda pero aprovecho el haberlo encontrado para pedirle me conceda más tarde unos minutos de su tiempo para hablar con usted.

—Llegaré a la casa para asearme y comer algo, después te buscaré en tu despacho para que me acompañes a sacar del dispensario a un obrero del trapiche que se lesionó hace unos días y hubo necesidad de traerlo.

Parece que está mejor y lo voy a mandar de regreso. En el camino hablaremos.

Un poco después de medio día se presentó, tal como había dicho, don Eleuterio en la oficina. Dejó Juan Bautista lo que estaba haciendo y salió con él. Una vez en el coche le comentó:

—Me ha dicho mi mujer que quieres hacer tu vida en otro sitio.

—Es de lo que le quiero hablar.

Dio unas instrucciones al cochero sobre una parada que debía hacer antes de llegar con el herido y volvió a dirigirse a Juan Bautista.

—¿Estás planeando comprar un terreno?

—No es mucho el dinero que tengo ahorrado; y de acuerdo a eso, será el tamaño de la tierra, pero en opinión de gente que entiende de eso, la finca es bastante buena.

—¿Lo tienes decidido?

—Aún no. Pero aunque determinara irme, permanecería aquí dos meses más.

—De estar en tu lugar, creo que también estaría indeciso. Las cosas con el gobierno no parecen venir bien; nos ahorcan con impuestos cada vez más gravosos y España, embebida en sus grescas, sólo ve a sus colonias como inagotables filones que habrán de sacarla a flote; y la cosecha de virreyes que hemos padecido, frívolos y vulgares, no ven más allá de sus narices.

—¿Cree usted que pudieran hacerme polvo con los impuestos?

Don Eleuterio caviló unos momentos.

—Creo que sí. Pero también creo que el asalariado va a salir mal librado si las cosas llegaran al límite; de modo que, Juan Bautista, no te he podido dar ningún derrotero. Lo siento.

—Le agradezco su comentario de igual manera. Desde luego, he de tomar la decisión con cuidado.

Aunque no habló con detalle de sus planes, sintió que había cumplido con su obligación de poner a don Eleuterio en antecedentes. Él había llevado la conversación en dirección de los programas fiscales que lo venían abrumando y en los que no dejaba de pensar.

Los dos meses siguientes los trabajó Juan Bautista con el empeño de siempre, sólo que ahora dejaba a Aurelio a cargo de trabajos que antes no hacía.

Algunas veces, en ese tiempo, tuvo que ir a la casa de María Paz.

Esa tarde, su estancia se prolongó un poco pues tuvo que esperar a que le hiciera entrega de unos papeles que le eran necesarios a don Eleuterio y que Eloísa no encontraba.

Sostuvieron una breve plática y Juan Bautista pudo observar que su rictus de desgano parecía más acentuado; sus facciones, finas y agradables, y su piel, casi de adolescente, no parecían adecuadas para ese gesto.

Cuando se retiró con el encargo de don Eleuterio, Juan Bautista pensaba en la forma de vida que se habían trazado Santos y María Paz, y que, desde luego, no

entendía. Ninguno estaba conforme con su separación, eso era evidente; ella lo manifestaba con su mohín de descontento y él, con su obstinada postura de no mencionarla, salvo en muy escasas ocasiones.

"¿Qué placer habrá en condenarse a vivir en ese distanciamiento?". Se preguntaba Juan Bautista.

Una vida de amargura, por voluntad, era algo que él no comprendía.

A finales del mes, la familia de don Eleuterio salió hacia Veracruz para embarcarse de regreso a Cuba. Doña Clara había hecho un esfuerzo mayor los últimos días para atenderlos como siempre, pues con los trastornos que había sufrido en la servidumbre, tenía que permanecer más tiempo dando indicaciones al improvisado personal con que contaba.

Juan Bautista la veía algo indispuesta y suponía que su salud se estaba resintiendo por el trabajo.

Cuando por fin llegó el día en que la familia se fue, la quietud se apoderó de la casa.

Semanas atrás, para evitar doña Clara los rapapolvos de don Agustín, optó por enviar a Marcelo a la hacienda. Desde entonces, por supuesto, Tobías no había vuelto a aparecer por la casa.

—Juan Bautista, siéntese unos momentos —le dijo doña Clara una tarde señalándole un equipal del corredor— ha quedado esta casa en un silencio impresionante.

—Se había usted acostumbrado al bullicio de los niños y, desde luego, a las charlas que sostenía con su hijo y con su nuera.

—Extraño a mi familia, por supuesto, pero además he notado que de un tiempo a ahora no me atrae asistir a reuniones o hacer visitas, como tampoco fomento el que me las hagan. Eso era algo que llenaba mi tiempo y mi existencia.

Recordó Juan Bautista haber visto, algunas veces, aun cuando don Eleuterio se encontraba ausente, la salita de doña Clara, o el corredor, como escenario de largas pláticas que sostenía con personas notables.

—Si eso le satisface, ahora tiene tiempo de nuevo para continuar con ese hábito.

—Lo lamentable es que ahora no encuentro ningún placer en esas actividades. Algunas veces siento que lo que antes despertaba mi interés, ahora me es indiferente.

A Juan Bautista no se le ocurría decir nada. Le apenaba ver a doña Clara cayendo en ese desánimo y buscaba algunas palabras con qué alentarla.

—Ha tenido que trabajar más que antes. Los trastornos con la servidumbre se presentaron cuando los quehaceres de la casa habían aumentado. Es probable que su salud se haya resentido.

—¿Qué ha pensado sobre su proyecto?, ¿no tiene aún nada decidido? —le preguntó doña Clara saliéndose del asunto de su decaimiento.

—He estado esperando a Juan de Dios; debía haber

venido desde la semana pasada. He de hacerle unas preguntas que recientemente se me han ocurrido, pero no se ha presentado. De cualquier manera, creo que debo arriesgarme a probar suerte. A finales de este año, si Dios no me tiene deparada otra cosa, me iré a Orizaba.

Una semana más tardó Juan de Dios en presentarse por la casa. Ese domingo, casi al anochecer, pudo verlo Juan Bautista.

—Algo te debe haber ocurrido cuando no te presentaste en el tiempo acostumbrado; no vayas a decirme que una muchacha te ha hecho olvidar tus compromisos.

Juan de Dios tenía una novia a la que custodiaban seis hermanos varones; poquísimas veces podía hablar con ella pero era incapaz de cortejar a ninguna otra joven. A Juan Bautista le gustaba hacerle bromas sobre alguna conquista.

—Dos días antes del que tenía planeado salir, murió mi madre y tuve que modificar mis planes.

Juan Bautista no contestó nada; no se esperaba que el retraso de su amigo se debiera a un acontecimiento como ese.

—Lo lamento —dijo al fin— no me imaginaba algo así. No me pareció tan enferma cuando la conocí, pero su mal debe haber sido grave.

—Lo era, pero no lo sabíamos porque no quería salirse de su casa en La Perla, hasta que fueron mis hermanas por ella y la llevaron a Orizaba casi a fuerza.

Juan de Dios evitó hablar más del asunto y se concretó a discutir los pormenores sobre la compra del terreno; y Juan Bautista preguntó, con insistencia de párvulo, todo lo que suponía que Juan de Dios pudiera haber pasado por alto.

El día que se fue, llevaba una parte del dinero que tenía guardado Juan Bautista y que serviría para cerrar tratos con su cuñado.

En el tiempo que le quedaba libre, Juan Bautista escribió a su familia, a Santos, a Claude y Antoine; a todos les participaba la decisión que había tomado de probar suerte en otra ciudad. A Marie le comentaba: "Si no me resultan bien las cosas, de todos modos me habré encaminado hacia Veracruz, que es el lugar donde tomaría el barco para volver con ustedes".

Las últimas semanas de su permanencia en la Ciudad de México, regaló algunos objetos y un poco de ropa a los peones "para quitar lastre en el viaje", según le había oído decir a Santos algunas veces, cuando se deshacía de objetos que no se les daba uso.

Todavía sostuvo algunas pláticas con don Eleuterio, pues por algún motivo dilató su salida a la hacienda; lo notaba menos pesimista y percibía más ánimo en sus planes a futuro. Doña Clara, en cambio, no advertía signos de mejoría en nada; el que España y las islas del Caribe subsistieran en ese momento gracias a la Nueva España, le parecía indebido, estimando las condiciones en que se encontraba la colonia.

—Exageras, Clara —le dijo en una ocasión don Eleuterio— en todo caso, deberías ver como buen signo que la Nueva España esté en condiciones de resolver cargas de otros países; Iturrigaray está obligado a enviar dinero a España, pero no lo ha de estar con las islas.

—Pues acaba de enviar cerca de cinco millones para la subsistencia de las islas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.

Don Eleuterio no discutía mucho esas cosas con su mujer; en el fondo sabía que por la comunicación que ella tenía con gente allegada al gobierno, sus versiones casi siempre tenían fundamento.

Las últimas semanas antes de partir se le fueron a Juan Bautista en escribir cartas, empacar y en despedirse de algunas amistades que había hecho en oficinas y despachos que frecuentaba.

Pensaba en el tiempo que había pasado en ese lugar y comprendía que la seguridad que ahora sentía se debía a lo que había aprendido en el trabajo, pero sobre todo a lo que había aprendido de la gente; por ellos conoció las costumbres del pueblo.

En la última visita que, para cobrar su salario, hizo a doña Clara en su salita, la encontró soltándole un sermón a Marcelo. Juan Bautista ignoraba que el chico hubiera vuelto a la casa y le sorprendió un poco el verlo.

Mientras doña Clara se entretenía en sus cuentas, Juan Bautista estuvo observando al muchacho. Le pareció más crecido y más socarrón.

Doña Clara le ordenó retirarse y el chico casi voló.

—De nuevo estoy acompañada —comentó doña Clara, refiriéndose a la presencia de Marcelo.

—Le ha sentado la hacienda, se le ve más crecido.

—No es conveniente que siga allá, es muy voluntarioso y he de moldear su carácter ahora que aún es un niño.

—Disculpe usted mi atrevimiento al hacer este comentario: creo que el deterioro de su salud en gran parte se debe al extremo empeño que pone en todo lo que hace. En sus manos está todo lo que a la casa concierne y no se da un solo día de descanso.

—Agradezco su observación, Juan Bautista, y creo que tiene un poco de razón. Debo ir viendo más espacios para mí. Probablemente busque un mentor para que se encargue de las clases de Marcelo.

Terminó doña Clara de hacer sus cuentas, abrió el cajón donde guardaba la cajita del dinero y le entregó a Juan Bautista lo que le correspondía.

Cuando tomó su dinero, sus pensamientos empezaron a jugarle malas pasadas: "Es la última partida de dinero que recibo, todo depende ahora de los resultados que dé mi cosecha, y bien sabe Dios que está sujeta a muchos altibajos".

—Lo veo pensativo. Si ha cambiado de parecer, dígamelo; usted sabe que el trabajo quedaría de nuevo en sus manos.

—No he cambiado de opinión. Sólo pensaba que tuve mucha suerte en conocerlos y en trabajar para ustedes; no toda la gente que necesita un trabajo es tan afortunada.

Doña Clara se levantó de su silla y se aproximó a Juan Bautista.

—Tiene usted muchas cualidades y se va a abrir paso de alguna manera; deseo que le vaya muy bien, Juan Bautista.

Le tendió la mano y Juan Bautista, extrañado, se la estrechó. No esperaba esa cortesía; por su parte, hizo una ligera reverencia y se retiró.

Dos semanas después, en la carreta de Juan de Dios, llegó Juan Bautista a la Villa de Orizaba. Eran los primeros días del año de gracia de 1804.

En un incómodo alojamiento bajó sus pertenencias; el casero le entregó una llave pero, por indicaciones de Juan de Dios, no se entretuvo en hacer acomodos.

—Se te ha destinado una pieza en la casa mientras adquieres lo que necesitas para dejar habitable tu vivienda.

—No necesito mucho para acomodarme, así que en pocos días estaré ahí. No me parece bien ocasionar molestias a tu familia.

—Una persona más no origina cambios ni molestias: tómate tu tiempo.

Los recibió Flora. Estaba en la cocina y salió para ayudarlos a meter el escaso equipaje que llevaban.

Ellos ya habían comido, así que alistó la mesa para los dos. En unos minutos tenían la comida servida. Juan Bautista dio cuenta de un abundante plato de caldo de gallina, y, cuando habían terminado y se disponían a dejar la mesa, Flora se acercó con un platón de empanadas todavía calientes.

—Acaba de hacerlas Soledad —les dijo mientras les acercaba unos platos.

—La pasta que hace Soledad para sus empanadas es única. No importa qué les ponga adentro, le quedan siempre sabrosas.

Y Juan Bautista, para quien Nelly era la máxima autoridad en lo concerniente a masas y pastas, tuvo que reconocer que las empanadas de Soledad eran algo fuera de lo común.

En cuanto terminó de hacerse de algunos utensilios, Juan Bautista se instaló en su vivienda.

La habitación dejaba mucho qué desear: las ventanas estaban trabadas, el techo, abombado, las paredes descascaradas y ahumadas, pero como no pensaba buscar otra cosa mientras no tuviera ingresos, de su peculio le hizo algunas mejoras. Compró una cama, un armario, una silla y un anafre, el que colocó sobre unos ladrillos afuera de la casa, y que metía cada vez que salía para evitarse el disgusto de que, al regresar, se viera en el malhadado caso de que se lo hubieran robado.

Aunque tardaron un poco los trámites para dejar la propiedad a su nombre, Juan Bautista comenzó a trabajar en ella en cuanto tuvo los implementos necesarios.

Como el terreno no había sido cultivado el año anterior, desde mayo se dispuso a levantar los camellones con el fin de tenerlos dispuestos en el tiempo de regar la semilla para hacer su almácigo.

Juan de Dios, con sus relaciones, le facilitó la adquisición de los boletos que le facultaban para la siembra de las matas. Asistió con él a algunas juntas de los cosecheros y lo relacionó con gente involucrada tanto en las diputaciones como en las factorías.

Juan Bautista se imaginaba que el tiempo, mientras llegaba el día de iniciar su trabajo, se le iría lento y tedioso, sin embargo ni un solo día había estado ocioso. Luego de reparar lo que pudo de su vivienda, ocupó su tiempo en ayudar a Anselmo, que con Trino se encargaba de los animales y el cultivo de hortalizas que tenían cerca de la casa.

Trino se ausentaba con frecuencia. En La Perla tenían una la propiedad que había sido de su madre y en donde hacían trabajos de cantería.

Al involucrarse en el trabajo de la familia, Juan Bautista se envolvía también, sin proponérselo, en los problemas de todos ellos.

Anselmo tenía mujer e hijos, su casa no distaba mucho de la de la familia, y sin embargo, seguido pretextaba que tenía que empezar muy temprano algún trabajo y

se quedaba a dormir en la casa de los hermanos. Con el tiempo, Juan Bautista se enteró de la pésima relación que entre su mujer y él había. Su familia política, alegando una enfermedad, que según ellos padecía Rosaura, su esposa, se llevaban a los niños y disponían de todo lo referente a ellos y a la casa.

En Trino había algunos rasgos del carácter de Juan de Dios; era activo, servicial y alegre. Se había casado muy joven, con una mujer muy agraciada pero con fama de liviana. Vivieron cuatro años en armonía gracias a la decisión de Trino por conservarla. Sobrellevaba con paciencia la apatía y falta de sensatez de la indolente muchacha.

Cuando nació su hijo, Trino pensó que las cosas tomarían otro cause, pero se equivocó: la madre lo descuidaba al grado de dejarlo a su suerte cuando salía de la casa.

Un día en que el pobre chico se encontraba sólo, sacó unos carbones del fogón; la hornilla quedaba más arriba de su cabeza, y, al quemarse las manos, soltó las brasas que le quemaron la cara.

Afortunadamente llegó Trino, y aunque lo encontró casi inconsciente por el dolor, pudo darle atención enseguida.

Poco tiempo después la mujer desapareció. Se fue sin dejar rastro.

—¿Y que ha sido del niño? —preguntó Juan Bautista.

—Lo dejó Trino en La Perla con mi madre. Cuando

ella enfermó se lo llevó una sobrina suya que allá vive y que tiene tres hijos; cuando mi madre murió, Trino prefirió dejarlo con la familia que lo tenía porque cree que ahí el chiquillo se siente más seguro. Se ha hecho retraído a causa de la deformidad que le abarca casi media cara.

No preguntó nada más sobre el asunto. Desde luego, reconoció que Trino, a pesar del desaliento, le presentaba su mejor cara a la vida.

Conforme se involucraba en su trabajo, espació sus visitas a la casa de Juan de Dios, le parecía mal el que se distrajeran atendiéndolo; todos tenían sus obligaciones y sentía que les quitaba su tiempo.

—El trabajo no se va a terminar nunca; el servirle un chocolate no nos va a sacar de las faenas —le decía Flora, que era quien más tiempo dedicaba a la cocina.

A Juan Bautista le gustaba platicar con ellos y oírles historias del lugar y de algunos personajes, vecinos del pueblo. Su desigual fisonomía le hacía recordar los jocosos comentarios que Santos solía hacer sobre las razas y el mestizaje: "Hay un verdadero mosaico de castas en esta sola familia", pensaba Juan Bautista.

Su sentido de observación le permitía apreciar una mezcolanza que le resultaba imposible de entender; podía asegurar que ellos mismos la desconocían, y que les tenía sin cuidado.

Trino y Trini eran de tez clara, casi blanca, un poco rollizos y de mediana estatura. Anselmo era más alto

y de piel morena rojiza, su nariz era aguileña y vestía siempre con la indumentaria de la gente del pueblo, confeccionada con manta. Juan de Dios era de huesos grandes, delgado y de piel más oscura que sus hermanos; él y Trino vestían la ropa de los mestizos: chaqueta de paño, camisa de mangas amplias y calzoneras; para ciertas ocasiones acostumbraban vestir un traje alamborado, muy vistoso, y que les daba prestancia. Flora guardaba un parecido con los gemelos pero era más morena y de menor estatura. Esperanza era áspera en su aspecto y en su modo: tenía la cara ancha y chata y su color moreno amarillento le daba apariencia de andar mal de salud. Y Soledad, la más parecida a Juan de Dios, era trigueña, con piernas muy largas y torso muy delgado; su complexión, sus pómulos altos y marcadísimos, su cabello rizado y su color, le indicaban a Juan Bautista que en el grupo variopinto de sus antepasados, debía haber también negros.

Con el firme propósito de retardar sus visitas, Juan Bautista ocupaba su tiempo libre en escribir cartas y en hablar con los recién conocidos, que no siempre era gente rústica sino personas de ilustración que no les incomodaba tratar con gente de estratos sociales inferiores.

Varias veces sintió el impulso de ir, pretextando cualquier cosa, a la casa de los hermanos Ayala; hasta que decidió reconocer que extrañaba a Soledad.

Se desconcertó por un momento. No se le ocurría

nada que hubiera motivado la sensación entre placentera e inquieta que lo embargaba. Y decidió ir esa tarde de visita.

El tiempo era brumoso y fresco, llegó a la casa, como siempre, por la cocina. Flora le abrió la puerta, lo saludó e inició enseguida una plática sobre el tiempo, sobre la salud de Genaro y sobre infinidad de temas que Juan Bautista apenas entendía.

Soledad, muy erguida, estaba sentada junto al fogón cortando unas galletas. Después de saludarlo, alzó la cabeza y lo vio; los ojos de Juan Bautista estaban sobre ella; la serena Soledad notó que su pulso era más rápido. Sus manos, torpes ahora, perdieron la secuencia de sus cortes, enterrando en la masa las formas de hojalata sin precisión. En medio del parloteo de Flora se dio cuenta de que Juan Bautista había descubierto lo que sentía.

El espíritu sensible de Juan Bautista captó enseguida lo que el corazón de Soledad no se había atrevido a mostrar y que ahora brotaba tan perceptible, que casi lo podía ver.

Habló unos momentos con Flora y abrió la puerta para salir en busca de Anselmo. Necesitaba dejar la habitación un momento para despejar sus sentidos.

—Si va en busca de Juan de Dios —le dijo Flora— no lo va a encontrar en el corral; se encamó esta tarde, constipado y con algo de fiebre.

—Si pudiera, me gustaría entrar a saludarlo.

—Voy a asomarme a su pieza a ver si se ha quedado dormido —le respondió Flora mientras salía de la cocina.

Juan Bautista acercó una silla junto a Soledad y se sentó; no se le ocurría cómo empezar a hablar con ella. Flora no tardaría en volver y quería, por lo menos, dejar en Soledad unas palabras que confirmaran lo que, estaba seguro, ella ya sabía.

Su brazo rozaba el de ella; la sensación que su cercanía le producía le alteraba los sentidos y no oyó a Flora cuando volvió.

—Está despierto, puede pasar a hablar con él; subiré a la buhardilla por otra manta, pues dice que siente mucho frío.

Juan Bautista no se movió, apenas entendió lo que Flora le decía, y en lugar de ir en busca de Juan de Dios, volteó a ver a Soledad y le dijo:

—He sido lento para comprender mis sentimientos —y en voz mucho más baja, añadió—: pero creo que de alguna manera los manifestaba.

Iba a responder Soledad, cuando volvió a entrar Flora llevando una manta.

—Voy a la pieza de Juan de Dios; venga conmigo para que hable un rato con él.

Juan Bautista se levantó y, al salir, volvió a cruzar su mirada con Soledad. Mortificado se encaminó a la pieza de Juan de Dios.

Platicaron unos momentos. El enfermo se veía cansado y la tos no le permitía hablar mucho, así que

Juan Bautista se despidió de él y se encaminó de nuevo a la cocina. Sólo encontró a Esperanza y a Flora; se detuvo un momento para despedirse y Flora le comentó:

—Le agradeceré si ayuda a Soledad a atrancar la puerta de la bodega; hoy no vino Anselmo.

Más ligero que el viento salió Juan Bautista a cumplir el encargo. Retiró a Soledad de la puerta y en segundos puso trancas y pasadores; enseguida, sin pensarlo mucho, le tomó ambas manos:

—Sólo quiero que me diga si he sabido revelarle un poco de lo que encierra mi corazón y si no estoy equivocado al suponer que sus sentimientos son afines a los míos.

Sin notarlo, le apretaba más las manos.

—En nada está desacertado Juan Bautista. Debería ser más recatada y reservarme esta confesión para otro momento, pero esa presión en el pecho que siente usted ahora, yo la padezco desde hace tiempo y, con su ausencia, se hacía a veces dolorosa.

No esperaba Juan Bautista esa vehemencia en la silenciosa Soledad. Con palabras atropelladas le aseguraba que no volvería a ausentarse y que lo que menos deseaba era causarle desazón alguna.

—Debo hablar con sus hermanos para hacerles saber cuál será el motivo de mis visitas de ahora en adelante; —y, con una voz que ni él se reconocía, terminó—: quiero que el tiempo que esté yo en su casa sea para nosotros: necesito su confianza.

Iba a abrazarla pero Soledad lo apartó al ver la luz de una linterna en la puerta de la cocina. Era Anselmo que acababa de llegar y se dirigía a la bodega para saber qué ocasionaba la tardanza de Soledad.

—Un pasador estaba trabado —le dijo al pasar frente a él.

Juan Bautista se despidió y tomó el camino a su casa.

Los meses siguientes el trabajo aumentó y como le exigía más tiempo, los días para visitar a Soledad tuvieron que espaciarse. No le parecía correcto ir a deshoras, y aunque los hermanos de Soledad habían aceptado la relación, Flora o Esperanza debían estar presentes en sus encuentros.

Sus escasos recursos desaparecían rápidamente, y en octubre se vio en la necesidad de pedir dinero prestado para el pago de peones, compra de bastones para la siembra y de matas para reponer las que en el almácigo no habían prendido.

Anselmo lo pudo refaccionar; contaba con un dinero que pensaba invertir en la cantería pero que, por falta de artesanos, se había detenido para hacerlo.

Juan Bautista rezaba como no lo había hecho nunca para que las plagas, los vientos, las lluvias copiosas, el granizo y el hielo, no dieran al traste con su trabajo y su dinero.

Seguido le herían unos negros pensamientos que lo ponían taciturno; entonces Soledad intentaba darle ánimos con historias de personas que, comenzando

con menos recursos que él, habían hecho medianas fortunas. Se abstenía, por supuesto, de hablar de los que, poseedores de medianas fortunas, se habían quedado en la ruina a causa de esa misma industria.

Desde luego su pesadumbre crecía al pensar que del buen fin que tuviera su cosecha dependía su boda con Soledad: en su precaria situación no sería razonable intentar un desposorio.

Por fin llegó el día en que el veedor recorrería los sembradíos con su escolta para verificar la vigencia de las licencias y el número de matas que tenían autorizadas. Acto seguido, procedía a contar y a inutilizar el sobrante. Era el tiempo de cortar las hojas, ensartarlas en hilos, colgarlas, y, ya secas, enviarlas a las casas de beneficio.

Las sartas de Juan Bautista se confeccionaron en casa de los Ayala. Las muchachas extendían las hojas y las ensartaba con más habilidad que sus hermanos.

Juan de Dios acompañó a Juan Bautista, que no disimulaba su gozo al acomodar en la carreta sus sartas para llevarlas al beneficio.

Ahí humedecían las hojas para que, al extenderlas, no se rompieran, y las colocaban una sobre otra, hasta formar un pilón que abrigaban con jonote. Las dejaban así un tiempo y luego se clasificaban y enrollaban. Con ochenta rollos formaban un tercio que luego apilaban en trincheras y que volteaban cada ocho días por dos meses.

El cosechero tenía obligación de pasar a la factoría una relación del peso y clases de los tercios que había

llevado a enjuague, trasladando después sus tabacos a los almacenes, donde se le señalaba el día del recibo. Cuando el recibidor verificaba el peso y las clases, entregaba una nota al cosechero con la que ocurría a la factoría para hacerla efectiva. Con esto se daba fin a la actividad de los productores por ese año.

El día que Juan Bautista pudo por fin recoger su nota, lo recordaría después como uno de los más felices de su vida. Hasta entonces se dio perfecta cuenta de que su cosecha había sido muy buena: las condiciones del clima, el oportuno control de las escasas plagas que ese año se presentaron, y las indicaciones que los antiguos cosecheros le dieran, fueron factores que influyeron para que la cifra de la nota fuera superior a la que había esperado.

La primera suma que separó de su pago, la metió en un sobre y la entregó a Anselmo: no quiso retrasar ni un día más la liquidación de su préstamo. Apartó también lo que consideraba que sería necesario para aviarse para la siembra siguiente.

La grata sensación que le proporcionaba el dinero, le dio la confianza que necesitaba para hablar, por primera vez, de sus intenciones de unirse a Soledad. Se dirigió a Anselmo, el hermano mayor, para tratarle sus planes:

—Esperaba salir de compromisos y contar con fondos para hacerles saber formalmente el interés que tengo de casarme con Soledad. Hablaré con el resto de tus hermanos el día que me indiquen.

La frialdad con que Juan Bautista hablaba y su impasible expresión, le daban a Anselmo más la impresión de estar tratándole la compra de una yunta, que de pretender desposar a una de sus hermanas.

Su propia ocurrencia le hizo sonreír, lo que desconcertó un poco a Juan Bautista.

—¿Y por qué quieres casarte con Soledad? —le preguntó Anselmo

No esperaba Juan Bautista la pregunta. Su inalterable pose se descompuso y tuvo que echar mano de una palabrería que no había previsto.

—No es sólo un deseo mío; sé que ella lo comparte.

—Pero te pregunto a ti: ¿Por qué te quieres casar con Soledad?

Juan Bautista no consideraba prudente pensar mucho la respuesta: un silencio prolongado daría pie a recelos.

—Me siento bien en su compañía y creo que posee las cualidades que queremos en una mujer.

—Entonces, quieres una mujer en tu casa.

Guardó otra vez silencio unos momentos y al fin contestó:

—La quiero a ella.

La emoción que Anselmo percibió en su voz, lo conmovió.

Se llegó el tiempo de preparar de nuevo los camellones para regar la semilla y Juan Bautista tuvo que dejar los arreglos de su nueva casa que recién había

arrendado. Tenía dos piezas más que la anterior y un buen fogón en la cocina.

—Creo que no es indispensable terminar las reparaciones de la casa para ocuparla —le dijo a Soledad con un tono algo contrariado.

—Yo nunca puse esa condición —le respondió Soledad.

Pensó que en efecto, él mismo había determinado que debía mudarse a una vivienda mejor antes de casarse. Se sintió molesto con él y, suavizando su voz, le dijo a Soledad tomándola de las manos.

—No creo que alguien ponga objeción si decidimos casarnos la semana entrante.

—Yo creo que no, pero no tendría tiempo de alistar nada.

—No necesitas alistar nada. Mañana iremos a presentarnos con el cura que tú determines.

En efecto, una semana después, con su familia y padrinos, fueron a casarse Soledad y Juan Bautista.

Y a pesar de que Juan Bautista discrepaba con la familia acerca de festejar el casamiento, no pudo evitar que reunieran en la casa un buen número de personas. Los moles, los chilmoles, los pulques, los acitrones y las cocadas, dieron el toque que debía tener una boda respetable, según los dogmas y tradiciones.

Unos días después, recibió Juan Bautista una carta de Marie en la que le notificaba la muerte del tío Camilo. Le entristeció la noticia pero no lo tomó por sorpresa; en

sus últimas cartas Marie le había hecho mención de que un decaimiento le estaba haciendo mella y que se le veía desmejorado.

Y en casa de los de Gálvez llegó otra carta para él; ésta era de Antoine y lo ponía al tanto de la mala salud del tío Camilo. Le hacía comentarios sobre su familia, sobre la guerra y sobre su vida de casado, de la que no parecía muy contento. La carta la había enviado hacía más de tres meses.

Juan de Dios se la llevó en la primera visita que les hizo en su nuevo domicilio. Les llevaba también, un enorme sarape que les comprara como regalo de bodas en un cajón de los que comercian en torno a la Plaza Mayor.

—He de platicarles —les dijo al entregarles su regalo —unos hechos que me parecen dignos de mencionarse y que presencié precisamente cuando hacía esta compra. En pleno centro de la Plaza Mayor, el virrey Iturrigaray mandó colocar una estatua en bronce que representa a Carlos 1V montado en un caballo. El otro hecho, y, a mi parecer el más relevante, fue el que presencié al pasar frente al palacio virreinal: una multitud de personas, arremolinadas ahí, presenciaban el inicio de la campaña de vacunación para erradicar la viruela. Se les invitaba a inocularse y, para infundirles confianza, ahí mismo hizo el virrey vacunar a sus hijos.

Juan Bautista sostenía largas pláticas con Juan de Dios cada vez que regresaba de la Ciudad de México;

le encantaba oírle hablar de las novedades de la casa de Gálvez, de los vaivenes del régimen y del sentir de la tolerante clase menesterosa con quien a veces Juan de Dios tenía tratos.

Un mes antes de cumplir dos años de casados, nació Joaquín, su primer hijo. Joaquín lo nombró Soledad desde que se enteró de su embarazo.

—¿Y si fuera niña? —le preguntaba Juan Bautista.

—Entonces será Joaquina: ese era el nombre de mi madre.

En cuanto Joaquín nació, Juan Bautista entró sin esperar a que la partera terminara de atender a Soledad. A cargo de Flora estaba el aseo del niño y mientras lo vestía, hacía a un lado a Juan Bautista para que no le estorbara.

La curiosidad que sentía desde que llegara a la Nueva España por las mezclas de sangres, iba a la par con su natural ansiedad de padre por conocer a su hijo.

Lo que pudo ver lo decepcionó: lo único que podía establecer era que su cabello era negro y ensortijado; de su color de piel, de sus ojos y de sus facciones, no podía determinar nada.

—Se parece a Juan de Dios pero su piel va a ser más clara —le señaló Flora muy segura de su estudio.

La partera, que había terminado su trabajo con Soledad, le dijo:

—Parece usted muy ansioso por conocer la apariencia que tendrá el chico, de modo que le aclararé algo para saciar un poco su curiosidad.

El tono que usaba la partera hacía sentir a Juan Bautista como un chiquillo que se empeña en una necedad.

—Y he de decirle que en los años que he ejercido este oficio, en muy pocas ocasiones he errado mi juicio: el chico va a ser alto, de huesos grandes como su madre; su piel será apiñonada y su cabello muy oscuro.

Cuando un año después Soledad le comunicó que de nuevo se encontraba encinta, en lo primero que pensó fue en que era tiempo de moverse a una casa de mayores dimensiones.

De menos ganancia había sido su segunda cosecha, pero las siguientes fueron bastante buenas, así que lo primero que se le ocurrió, fue hacer cuentas.

Y luego de considerar lo que necesitaría para no pasar apuros mientras llegaban sus ingresos, determinó que podía ya comprar una vivienda y que ese, precisamente, era el momento.

Fue Soledad la que ahora escogió la que habría de ser su casa, y tuvo que reconocer Juan Bautista que había sabido hacerlo. La vivienda era amplia y bien construida; estaba en un extenso solar que les permitiría sembrar un huerto y el bajo precio en que la vendían obedecía a la urgencia que sus dueños tenían de trasladarse a Cuernavaca, donde estaban por iniciar un negocio.

La última semana de noviembre tuvo Juan Bautista la necesidad de viajar a Córdoba en una comisión que debía tratar unos proyectos con los tabacaleros de ahí.

Al volver a la casa, se encontró con que hacía tres días había nacido su segundo hijo.

—Se adelantó dos semanas —le explicó Soledad.

—Lo esperábamos para diciembre —decía casi en un murmullo Juan Bautista, quien no atinaba a comentar otra cosa.

Enseguida soltó una serie de preguntas acerca del parto, de las condiciones del niño, de la salud de ella y de todo lo que se le ocurría. Soledad trataba de responder con calma pero le daba la impresión de que Juan Bautista no estaba entendiendo lo que le explicaba. Entonces se le ocurrió distraerlo con algo menos esencial.

—Doña Engracia, la partera, me hizo la observación sobre los rasgos que considera tendrá el niño al crecer, y me pidió que te dijera lo que vio, pues está segura que en este momento tú no los notarás.

Un poco más relajado, Juan Bautista se rió y se acercó a ver a su hijo, mientras Soledad le decía:

—Será más alto que Joaquín, rubio, de piel blanca y, aunque no le pudo ver bien los ojos, casi asegura que los tendrá azules. Y en esta ocasión, se atrevió hasta a predecir que tendrá buen carácter.

Mientras Juan Bautista la oía, observaba a la criatura. La diferencia que en su recuerdo veía con Joaquín recién nacido, era que a este niño sólo le cubría

la cabeza una pelusa rubia. Pero la descripción que acababa de escucharle a Soledad, le trajo a su memoria a Joseph Marie, su abuelo materno, con quien tanto había convivido en su niñez. Y quiso ponerle su nombre.

—Se llamará como mi abuelo.

Juan Bautista guardaba una Biblia que el tío Camilo le había entregado, con una extensa dedicatoria, unos días antes de embarcarse. Él mismo, en la última página, había escrito el nombre de Jean Baptiste y su fecha de nacimiento. "Haz la misma anotación cuando tengas familia, y encarga a tus hijos que, el día que mueras, escriban esa fecha junto a tu nombre".

Juan Bautista había agregado ya los datos de Soledad y de Joaquín.

Y como si se tratara de algo que no pudiera esperar, tomó su *Biblia*, se fue a su mesa de trabajo y apuntó:

"José María Berriel Ayala. Nació el 27 de Noviembre del año de gracia de 1808".

Una semana después, llegó Juan de Dios a conocer al niño y a llevarle a Soledad unas plantas que le había encargado de México. Cuando terminó de hacer sus comentarios de su último viaje, Juan Bautista le invitó a salir al portal para tratar otros asuntos.

—He oído algunas cosas que me han inquietado sobre grupos de levantiscos. Tú te debes haber dado cuenta de algo en la Ciudad de México.

—Desde luego que se oyen muchas historias y, precisamente, traigo conmigo una gacetilla que te quería

enseñar y que, de ser cierto lo que dice, probablemente sea lo que está dando origen a la confusión que se puede ver y que, quiera Dios, no pase a mayores.

Y Juan Bautista leyó en voz alta:

"Este año las tropas de Napoleón han entrado a España. Prácticamente al garete, los españoles, de forma espontánea, hacen su defensa. Carlos IV, quien recién abdicara a favor de Fernando de Asturias, su hijo, posteriormente, en un acto de increíble abyección, tomó la corona del nuevo rey para entregarla a Napoleón, quien la colocó en la cabeza de José, su hermano.

Sin rey legítimo en España, los criollos novohispanos han solicitado el apoyo del virrey para reasumir su soberanía. Los españoles comerciantes se declaran a favor de un gobierno independiente, temiendo que Napoleón abra los puertos de la Nueva España a mercancías francesas, pero los Inquisidores y los miembros de la Audiencia se oponen terminantemente".

Cuando Juan Bautista terminó su lectura, Juan de Dios le explicó:

—No es el único panfleto que circula con ese tipo de contenido.

—Me he enterado de algo más, que desde luego tu debes saber —comentó Juan Bautista— y es que una conspiración ha depuesto al virrey Iturrigaray y que en su lugar se encuentra, desde hace dos meses, un mariscal, anciano y enfermo, de nombre Pedro Garibay.

—Así es. Y en la Ciudad de México se menciona que el señor comparte el recelo de algunos españoles y novohispanos acerca de sufrir un ataque bonapartista, y está tomando sus providencias. Juan Bautista hubiera querido detener sus pensamientos, que eran molestos y taciturnos, y le hacían sentirse mal.

—Es probable que vengan tiempos de conciliaciones y acomodos —le decía Juan de Dios con afán de tranquilizarlo.

Como si no lo oyera, le dijo:

—En tiempos agitados ha nacido mi hijo.

—La vida sigue, Juan Bautista, en él lo estás viendo. El desánimo no nos ayuda.

Y la vida siguió. Soledad trabajaba incansable en la casa y en el huerto, y Juan Bautista le reprendía porque sus hijos estaban más tiempo al cuidado de Flora que de ella.

Esperanza se había casado con un jornalero del ingenio de Nogales y allá se había ido a vivir. Flora se había quedado sola al cargo de su casa y de sus hermanos, pero siempre encontraba tiempo para los sobrinos.

Cuando Juan Bautista iniciaba cada año los trabajos para la siembra del tabaco, esperaba que ese año fuera mejor que el anterior, pero ese especialmente, casi todos sus compañeros auguraban que sería muy bueno.

A poco de empezar la segunda quincena de septiembre, salió temprano Juan Bautista con algunos labradores a abrir unos surcos; casi terminaban cuando se

presentó Soledad a llevarle unas viandas. Siempre que el tiempo lo permitía, solía allegarse con algún tentempié.

—Estuvo Trino en la casa esta mañana —le platicaba Soledad mientras él se tomaba un descanso para comer.

—¿Y qué sucede con Trino?

—A él no le sucede nada.

—Te hago la pregunta porque no suele ir por ahí con frecuencia.

—Llegó sólo a informarnos sobre unas noticias que recién han llegado acerca de algo que está ocurriendo en Guanajuato: unos milicianos, que se suponía custodiaban el pueblo de San Miguel, se han unido a un grupo de insurrectos provenientes de Dolores. En San Miguel encarcelaron a los españoles y les confiscaron sus bienes.

—¿Y cómo es que una compañía completa se ha prestado a apoyar tales movimientos?

—Hace tiempo se gestaba una conspiración entre militares, gente del pueblo y gente de posición elevada; recuerda que hemos oído algo de eso. A decir de Trino, lo que ha desencadenado todo esto es que el gobierno acaba de descubrir algunos conspiradores en Querétaro.

—Los intereses de todos esos grupos son tan diferentes —decía pensativo Juan Bautista— que va a ser muy difícil que tiren hacia el mismo lado.

—Tal vez el cura consiga ponerlos de acuerdo.

—¿Qué cura?

—Según le informaron a Trino, un cura y un capitán del ejército están al mando del grupo.

—Pues cada vez entiendo menos.

—El domingo en la madrugada, en Dolores, un grupo de obreros, azuzados por el cura del pueblo, liberaron unos presos y se juntaron afuera de la iglesia; el grupo era bastante numeroso y, por la mañana, al acercarse la gente de las rancherías que pretendía ir a misa, se sorprendió al encontrar esa muchedumbre y se extrañó al no oír las campanas llamando para el servicio.

Por fin salió el cura para anunciarles a toda voz, que los españoles habían entregado la Nueva España al hereje Napoleón, y que era deber de todos defender tanto la Iglesia como el reino.

El temperamento aprensivo de Juan Bautista y la falta de pormenores, le dificultaron la comprensión del relato de Soledad.

En cuanto le fue posible, Juan Bautista frecuentó los lugares donde se cruzaba información de toda especie, y hasta se hacían circular algunas gacetillas; ahí consiguió conocer más de los eventos recientes.

Con el correr de los días, la noticia del alzamiento de los sublevados en Guanajuato excitó las mentes de no pocos simpatizantes de esa tendencia, y a dos años de iniciado el movimiento, grupos de orizabeños y naturales de la región sentaron sus reales en las montañas, donde se les unió don Simón Bravo, quien los arengaba hablándoles de un gobierno autónomo.

El alto valor de los tabacos que en Orizaba se almacenaban, y la necesidad de conservar libre el camino de México a Veracruz, obligaron al gobierno español a conservar ahí una fuerza respetable. Cualquiera sabía bien que la villa era un punto codiciable.

Se dio el caso, de que curas de distintas parroquias de ahí y de otras entidades en que se gestaba el movimiento, tomaron tropas a su cargo. Morelos, un cura con cargo de general, con valor y con dotes militares, determinó adueñarse de Orizaba con la mira puesta en el tabaco almacenado.

El 27 de octubre de 1812 se acercó a Orizaba procedente de las cumbres, el general Morelos, con más de diez mil hombres. Una delegación compareció de parte suya ante Andrade, el jefe realista de la plaza, para presentarle la intimación para que la entregara. La respuesta negativa de Andrade determinó las acciones que ese mismo día iniciaron los insurgentes.

Todos estos acontecimientos llegaban pronto a oídos de los orizabeños. Para unos, el ejército insurgente representaba una esperanza, para otros, un mal que se debía rechazar a toda costa; pero para la mayoría, que sólo aspiraba a que volviera la tranquilidad, lo único que veía en todo eso era una auténtica calamidad.

La familia de Soledad propuso a Juan Bautista que se trasladaran a la casa de los Ayala; juntos se sentirían más seguros, sobre todo en caso de alguna incursión, de cualquier bando, a su casa. La situación de Juan

Bautista la consideraban más delicada por su condición de extranjero.

—Hay en la bodega un pequeño sótano en donde se te podría esconder si hubiera necesidad—, le explicaba Juan de Dios.

A Juan Bautista le molestaba dejar su casa, estaba seguro de que se la saquearían, pero reconocía que era expuesto quedarse ahí.

Esa misma noche, empacaron algo de ropa y Juan de Dios los llevó con la familia. En la casa quedaron todas sus pertenencias, incluso su carreta y sus caballos, como si en cualquier momento fueran a regresar.

La mañana siguiente, la Villa de Orizaba amaneció cubierta por la neblina; y su gente, por una pesadumbre causada por el temor a lo que se veía venir.

Galeana, un lugarteniente del general Morelos, envió una columna hacia Santa Catarina, y otra a la falda de San Cristóbal. Por su parte Morelos, con otra columna, trató de tomar la garita de La Angostura, pero a escasos metros del parapeto, descargas de fusilería y artillería la diezmaron al grado que tuvieron que replegarse.

Dos horas después, la columna de Santa Catarina subió al Cerro del Borrego y la de San Cristóbal, tomando el rumbo de Cocolapam, se fue vadeando el Río Blanco para tomar la retaguardia de los realistas.

Muy caro pagó Andrade el haber descuidado el Cerro del Borrego. Y el valor con que enfrentó a los

insurrectos con su deshecho ejército, no hizo sino aumentar sus bajas.

Las tropas de Morelos invadieron las calles de Orizaba. El agua de la llovizna de la mañana se escurría, tinta en sangre, a la atarjea de la calle principal. Las casas quedaron a merced del vencedor: no hubo puerta que se respetara. Frente a la casa que ocupaba el general Morelos, fueron fusilados, sin formación de juicio, todos los oficiales y soldados que habían encontrado refugio en alguna casa durante la desbandada.

El último día de octubre, luego de haberse apoderado de las existencias de tabaco y de haber registrado las casas hasta en sus tapancos, se retiró Morelos, tras haber enviado su botín por el rumbo de Tehuacán.

Los soldados que ahí quedaron continuaron saqueando tiendas y almacenes. Orizaba había quedado desolada; las mismas personas que pusieran su fe en la causa insurgente, se preguntaba qué cosa eran los tan traídos y llevados ideales. Si poco habían entendido antes, ahora entendían menos.

Gracias a que Anselmo hacía con frecuencia acto de presencia en casa de Juan Bautista, no se la vaciaron por completo. Buscando dinero cortaron colchones y desbarataron muebles. Se llevaron utensilios, herramienta y ropa.

Juan Bautista se desesperaba al tener que pasar la mayor parte del tiempo en el encierro del sótano; con sumo cuidado acomodaban atados de forraje encima de

la puerta del escondite, pero en algún momento se les ocurrió que pudieran llevarse el forraje y descubrir el acceso al sótano; entonces colocaron un desvencijado telar, que por pesado y deteriorado, consideraron que nadie querría llevarse. Por supuesto las maniobras para que saliera o volviera a su encierro se dificultaron.

Dos incursiones de los soldados sufrieron en la casa. Les revisaron el desván, la bodega, y de la vivienda no quedó un lugar sin inspeccionar.

A Joaquín, que ya hablaba bastante, se le había aleccionado para responder, en caso de que le hicieran preguntas sobre su padre, que se había ido a Huatusco; se lo hicieron repetir tantas veces, que llegó a pensar que el agujero de la bodega se llamaba Huatusco.

Una vez que el general Morelos dejara la Villa, las fuerzas que debían salir después de él se instalaron en La Perla, desde donde atosigaban a otros pueblos, igual que a Orizaba. El motivo de sus incursiones era seguir haciendo acopio de dinero y víveres para el sostenimiento de su tropa.

La familia de Soledad consideró que era hora de sacar del sótano a Juan Bautista.

El temor que al principio no le permitía salir de la casa, poco a poco se retiró y, sin aceptar compañía, comenzó a incursionar por las calles de la devastada Orizaba.

Al encerrarse había llevado algo de oro y de dinero que tenía en su casa, y lo mismo hicieron sus cuñados, quienes depositaron sus ahorros en el mismo sótano.

El primer día que salió de la casa, pensó en llevar algo de dinero para hacer alguna compra, pero al pensar en las necesidades que estaba sufriendo la gente que había quedado sin un centavo, se arrepintió; quería evitar levantar sospechas sobre su reserva de fondos.

Durante su recorrido, se dio cuenta que de nada le hubiera servido llevar dinero: no había nada qué comprar y su miedo lo estrujaba ahora con mucha más fuerza: ¿Qué comerían cuando se terminaran los escasos víveres que habían podido ocultar a los saqueadores?

De vuelta a la casa, Juan Bautista sostuvo con Soledad una plática que acabó en discusión: él pretendía que volvieran a su casa y que la acondicionaran como les fuera posible. Propuso a Soledad que en cuanto consiguiera lo indispensable para hacer las reparaciones más urgentes, se mudaran a su casa. Soledad, por su parte, se sentía más segura con su familia y se rehusaba a seguir el plan de Juan Bautista.

—Estaríamos solos con los niños y eso nos expondría más.

—¿Quién tendría que saber cuántos estamos en esa casa? Tu familia con frecuencia te visita y no creo que alguien se ponga a contar a los que entran y a los que salen.

—No sabemos. Además, gastaremos más tratando

de hacer ahora las composturas y reposiciones que hacen falta.

Dos meses después estaba Juan Bautista con su familia en su casa. Los víveres, aunque escasos, los habían podido racionar de manera que alcanzaran. En su carreta colocaba Juan de Dios un ataúd para salir a algunas rancherías donde anteriormente comprara hortaliza, y en algunas de ellas conseguía que le vendieran legumbres, que metía en la caja para disimularlas.

Aun cuando el truco del ataúd le dio buen resultado para esconder la comida, no pudo usarlo por mucho tiempo.

El dinero se iba rápidamente, a un año de la asonada los orizabeños seguían sin generar ingresos a causa de nuevos ataques a la ya arruinada población.

No había quien no hubiera sufrido menoscabo en sus bienes. Tanto los partidarios de los insurgentes, como los de los realistas, soportaban las consecuencias de la revuelta.

Para colmo, ese año se presentó una epidemia de viruela y sarampión. El temor a contraer algún contagio puso a pensar a Juan Bautista, y recordó, entre algunas medidas que había oído que la gente empleaba, las de un médico francés que, hacía más de dos siglos, recomendara baños frecuentes.

—Aseguraba que era la forma de evitar esos males, y nada cuesta hacerlo —le decía a Soledad.

Entre baños frecuentes, aislamiento, frotaciones de cocimiento de hierbas y ajo en ayunas, pasaron el tiempo que duró la epidemia en la Villa.

Los dos años siguientes fueron de escasez, de trabajos interminables, tanto en la casa como en las obras en que a veces Juan Bautista conseguía algún cargo.

Acerca de los motivos del levantamiento, se daban tan diversos informes que de no estar padeciendo las consecuencias tan trágicas de la guerra, Juan Bautista se reiría.

Luego de hablar de una guerra santa; de un derrocamiento a un gobierno que en esos momentos se encontraba en poder de Francia; de hacer efectiva una independencia largamente anhelada, ahora se buscaba prender el ánimo de la gente para sumarla a las filas de los insurgentes, ofreciéndoles puestos en oficinas del gobierno.

Hasta ese momento, los puestos públicos, desde los más altos hasta los más modestos, estaban reservados a los españoles, o, cuando más, a los criollos. Esto, desde luego, molestaba al pueblo, que reconocía que había gente con la adecuada preparación para ocupar esos puestos, ya que a veces eran ellos los que hacían el trabajo.

—Le veo más sentido a esto —le decía Juan Bautista a Anselmo en una ocasión en que su cuñado le explicaba por qué se estaba involucrando con la causa insurgente.

—Anda con cuidado —le aconsejaba— es un movimiento con muchos jefes, muchas opiniones y muchas discrepancias entre ellos. Sería muy bueno que siguieran una línea y la apoyaran con honestidad, pero el pueblo es inmaduro y los que ahora se consideran capaces de ocupar lugares dentro de la burocracia, llegado el momento verían por sus allegados y vivirían su bienestar. No creo que su naturaleza sea muy distinta de la que poseen los que ahora manejan las cosas.

Anselmo veía a su cuñado como un profeta frívolo que, ajeno al sentir de un pueblo arrinconado, creía ver un futuro de gobernantes tan corruptos y ventajosos como los que, salvo pocas excepciones, habían padecido.

Lo que más deseaba Juan Bautista era la calma en ese lugar. Cuatro años después de iniciada la invasión a Orizaba, con breves días de tregua, la tensión se advertía en toda la población.

Los jefes españoles, que por un tiempo habían permanecido parapetados en el Convento del Carmen, se habían ido retirando, la mayoría hacia Córdoba. Habían resguardado el lugar con anchos fosos y muros de mampostería alrededor. Los realistas atrincherados en la parroquia no corrieron con la misma suerte: habiendo cercado el edificio también con muros y reforzado con altas bóvedas, creyeron que su fortaleza sería infranqueable. El día que entró Montiel con sus tropas a Orizaba, los conminó a salir, al rehusarse a hacerlo, rompió la puerta de la sacristía consiguiendo entrar con

su gente. La lucha que sostuvieron dentro del recinto fue terrible. Una veintena de realistas que no sucumbieron en la refriega, fueron pasados a cuchillo.

La esperada tranquilidad se veía cada vez más lejos. Juan Bautista prefería no hacer muchos comentarios dentro de la casa; veía a Soledad viviendo en un constante sobresalto e irritada hasta por naderías. Juan de Dios le había regalado un alfanje pensando en que teniéndolo en la casa podría sentir cierta seguridad, pero Juan Bautista no le veía más ventajas que a un cuchillo y le parecía más peligroso. Él guardaba un fusil, pero de poco le serviría llegado el caso, pues lo descargaba por temor a que los niños lo encontraran; de cualquier manera, a Soledad le tranquilizaba tener esas armas en su casa.

En algunas ocasiones, Juan Bautista se reunía con productores de tabaco que se encontraban en su misma situación. Iniciaba el año de 1816 y ellos esperaban ya un futuro favorable a su economía. Hacía casi dos años que Fernando VII había regresado al trono de España y en la Nueva España, que ahora llamaban México cada vez con más frecuencia, los ejércitos insurgentes se desbandaban. En 1811 habían fusilado al cura Hidalgo y al terminar 1815, al general Morelos, el personaje más temido por los realistas y quien más victorias diera a la causa insurgente.

—Estos acontecimientos no nos deben hacer suponer que, de pronto, todo va a quedar en paz.

Señalaba don Miguel Covarrubias, tabacalero de

muchos años, quien con frecuencia se dirigía a sus compañeros con la convicción de que su experiencia le permitía advertir y opinar, aunque no siempre contaba con la tolerancia de todos. Pero ahora, aprovechando que la mayoría llevaba más en que pensar que de qué hablar, siguió:

—Lo que yo percibo como positivo de esta debacle, es que España ahora debe haber visto la falacia que sostuvo trescientos años: ahora saben que los novohispanos no son cobardes ni incapaces de enfrentar al gobierno.

Nadie sentía el deseo de enjuiciar los hechos; sólo querían saber quién otorgaría las garantías para trabajar de nuevo. Pero don Miguel seguía tratando de debatir sobre los más y los menos del desastre.

—¿De haber prevalecido en España las fuerzas napoleónicas y de haber considerado Francia en su conquista las colonias españolas de América, estaríamos aplicando aquí los principios democráticos de la Revolución Francesa?

Una vez más, la observación del señor Covarrubias no apartó a los asistentes de su preocupación principal: su próxima cosecha. Sólo la mente de Juan Bautista se distrajo unos momentos con el comentario. Y se transportó a la Luisiana, la que en octubre de 1800, sólo unos meses después de que él la transitara, España devolviera a Francia, según el tratado de San Ildefonso, y que tres años después, pasara a ser propiedad de Estado Unidos al haberla comprado a Francia en ochenta

millones de francos: “Creo que Francia no ha tenido la raigambre en América para conservar sus posesiones; la bagatela que recibieron por la Luisiana me lo hace suponer”.

El año siguiente fue de esperanza y confianza para la Nueva España. Se le dio nuevo auge a la agricultura, se restableció el comercio y las minas iniciaron nuevamente sus actividades.

La destitución que el rey hiciera del controvertible virrey don Félix María Calleja, quien como tirano había quedado para los novohispanos, y como traidor para los españoles, había levantado la moral del pueblo.

Don Juan Ruiz de Apodaca, el nuevo virrey, utilizó enseguida un arma muy convincente para el pueblo novohispano: el indulto.

El 10 de julio de l8l7, a pesar de que las circunstancias eran favorables al gobierno, y de la nueva política de conciliación y perdón, el coronel Hévia hizo fusilar en el Cerro del Borrego a veintidós insurgentes.

Esa tarde, Soledad se había ido con los niños a casa de sus hermanos; se encontraban solas ella y Flora cuando se presentó en la casa un amigo de Anselmo. Flora lo conocía y respondió a sus preguntas sobre el paradero de su hermano, asegurándole que no tardaría en volver. El hombre, con una indecisión que desconcertó a Flora, hablaba de dejarle un recado, pues no creía poder regresar, pero al comenzar a hablar se contenía.

Al ver que su hermana no terminaba de despachar al visitante, Soledad se acercó a la puerta:

—Le aseguro que el mensaje que tenga para Anselmo nosotras se lo podemos dar, por complicado que sea.

—El mensaje que le traigo no es complicado, es triste y hubiera preferido dárselo a él, pero no podré volver.

Alarmada, Soledad lo apremió a dar el mensaje.

—Entre los fusilados de esta mañana se encuentra Tomás, el esposo de Esperanza; les diré el lugar al que Anselmo deberá ir para que le entreguen el cuerpo. Es conveniente que vaya pronto pues no van a esperar mucho tiempo para sepultarlos.

Ni Soledad ni Flora habían pronunciado palabra; la rapidez con que el hombre había querido salir de su recado no les dio lugar para hacer preguntas. Y en cuanto terminó su mandado, les dio sus condolencias y se retiró.

Una hora más tarde, Trino y Juan de Dios iban camino a Nogales con la nada sencilla encomienda de notificar a Esperanza la muerte de su marido.

Anselmo se encaminó a la dirección que indicaran a sus hermanas a reclamar el cuerpo de su cuñado, mientras ellas alistaban la casa para recibir a los allegados que velarían y dirían los responsos para el difunto.

Soledad, en cuanto pudo, mandó a buscar a Trini. Ella sabía que su hermana tenía siempre las frases pertinentes y las oraciones adecuadas para todos los momentos difíciles por los que, tarde o temprano, pasan los mortales.

Cerca de la medianoche llegó Esperanza con su único hijo y sus hermanos. Hacía dos semanas que no veía a Tomás y lo imaginaba en Jalapilla, donde, según le dijera, iba a visitar a un hermano.

Desde luego Esperanza sabía de sus actividades dentro del grupo insurgente, pero estaba al tanto de que el país se pacificaba en muchas partes, y creyó que volvería la tranquilidad. Muchos días después, sabría los pormenores de su detención y su fusilamiento.

Esperanza regresó a Nogales sólo para recoger sus cosas. No tenía ya nada que hacer ahí e imaginaba que sola en su casa, el odio que la empezaba a dominar y que no sabía todavía a quién dirigir, acabaría por ponerla contra todos.

—Debes poner tu mente en otras cosas —le decía Juan de Dios— podrías desempeñar algún trabajo mientras Flora se hace cargo de Tomasito.

El transcurso de los meses normalizó un poco la vida de los orizabeños. El comercio y la agricultura repuntaron y los Ayala volvieron a sus actividades. Juan Bautista logró en dos años subir su producción, aunque no al nivel de sus primeras cosechas.

En el verano de 1820 Soledad quedó nuevamente embarazada. Ese año, José María cumpliría doce años y ella ya daba por hecho que no tendría más hijos.

En ese momento la mayor preocupación para Juan Bautista era la salud de Soledad. Hacía tiempo que la notaba decaída y sin ánimo; la veía siempre

apesadumbrada e irritable y le inquietaba que el embarazo empeorara su condición.

Para su tranquilidad, al correr de los meses Soledad fue mejorando. Ilusionada, comenzó a alistar el recibimiento de su nuevo vástago, a quien se refería como "la nena".

En 1821 un cambio radical se dio en la Nueva España: el 24 de febrero el coronel Agustín de Iturbide proclamó en Iguala la independencia.

En España se había restaurado la vigencia de la Constitución de Cádiz y, de aplicarse en la Nueva España, muchos españoles y criollos adinerados perderían sus privilegios. A Iturbide se le designó encabezar la conspiración, así como a combatir al último caudillo insurgente: Vicente Guerrero.

Tanto los informes como lo que de ellos se deducía, llegaban ahora de la Ciudad de México en muy corto plazo. Con los caminos despejados la comunicación se hacía más libre.

Juan de Dios había reanudado sus viajes y a su regreso traía sus relatos que, generalmente, se referían a opiniones de la clase media y baja, y en las que la mayoría de la gente coincidía en que los más decididos a independizar a la Nueva España eran los criollos, que aspiraban a los puestos de mayor importancia en el país. Y no faltó quien dijera que los grandes jerarcas de la iglesia novohispana tenían sus buenos motivos para repudiar los cambios que se darían al aplicar la

Constitución de Cádiz. Suprimir la inquisición y el fuero eclesiástico, y evitar el acaparamiento de bienes raíces, eran algunos de sus decretos.

El 24 de marzo nació María Ana. Contra lo que había supuesto la partera, el alumbramiento fue sencillo.

La niña, más tranquila de como sus hermanos habían sido, tenía encantada a Soledad.

—Y yo que pensaba que no me podría dar ningún descanso en cuanto naciera, y me parece que el tiempo me alcanza igual que antes.

—Tuviste mucha suerte en verdad —le decía Flora.

La llegada de María Ana afectó de distinta forma a toda la familia: estabilizó los nervios de Soledad; a Flora se le iluminó de nuevo su vida con la ternura que le habían inspirado siempre los recién nacidos y hasta el carácter ríspido de Esperanza se había dulcificado un poco con el arribo de la niña. Joaquín y José María parecieron adquirir formalidad con una nena en la casa.

En el mes de agosto recibió Orizaba la visita del capitán Agustín de Iturbide, a quien agasajaron los lugareños en su camino a la Villa de Córdoba donde se entrevistaría con don Juan O'donojú, jefe político y capitán general de la Nueva España, para ratificar los términos del Plan de Iguala. . Juan Bautista se enteró, por Juan de Dios, que Santos se encontraba en la Ciudad de México y decidió enviarle una carta por su conducto.

La distracción de Juan Bautista seguía siendo escribir largas cartas. En ocasiones, incluso, escribía cartas al tío

Camilo sobre temas que le parecía le serían de interés. Desde luego, no las enviaba: las guardaba atadas, en una pequeña caja que tenía en el anverso de la tapa una anotación: "Para el tío Camilo, después de muerto".

En las cartas que escribía a Marie omitía siempre mencionar los detalles crueles de la guerra; procuraba exponerle a grandes rasgos la inseguridad en que habían vivido a causa de las hostilidades. Marie, por su parte, le describía principalmente las modificaciones hechas a la granja y los asuntos de la familia. Le agradaba mencionar que a Honoreé ahora le gustaba el trabajo de la granja. Le decía, en su última carta, que se había generalizado en la región la cría de gansos y que Honoreé la había introducido, con éxito, en la granja de ellos, y que con frecuencia recordaba el revés que en París había sufrido, pero sólo comentaba: "Tuve que guardar mis malogrados muñecos", y aun cuando la autoridad napoleónica ya no existía, no pensaba, en esos momentos, volver a su trabajo de titiritero, aunque, aseguraba, ese apego no acaba nunca, y en su cabeza siempre danzaba algún nuevo argumento: "El destierro y la muerte de Napoleón sería un asunto de mucha taquilla", solía decir.

Leer las cartas de su hermana siempre era un gusto para Juan Bautista. Le complacía que la granja continuara produciendo, y le parecía increíble que en Honoreé persistiera el rencor que le incitara Napoleón. En mayo de ese año, Napoleón había muerto en Santa Elena.

Tres semanas después de haber salido hacia la Ciudad de México, volvió Juan de Dios.

A la mañana siguiente fue a buscar a Juan Bautista para hacerle entrega de la carta que le enviara Santos. Juan Bautista prefería leer sus cartas al terminar su trabajo, y esperaba ir a descansar para repasarlas cuidadosamente.

En esta ocasión se encontró con una carta bastante extensa: Santos iba, en siete cuartillas, de la pesadumbre a la euforia, de la ironía a la formalidad y de la fe a la desesperanza. Estaba fechada el 29 de septiembre, días antes de que Juan de Dios llegara a la Ciudad de México. Le decía, ahora con más detalles, cómo le había afectado el descalabro que sufriera en su empresa de la seda, y renegaba aún de las grescas, como llamaba él a la lucha entre realistas e insurgentes, que todavía no cesaba, y en la que alguna vez tuvo necesidad de participar.

Según analizaba las secuelas de lo ocurrido, llevar a su cause todo lo que ahora se encontraba en desorden, iba a ser difícil tarea.

Lo ponía al tanto de sus nuevas actividades, que se iniciaran en años recientes, debido a que la plantación y el ingenio suspendieran su trabajo, y a que, desde luego, la fábrica de aguardiente corriera con la misma suerte: "Desde que se reanudó el trabajo de la plantación me estoy alojando en la casa que tiene allá Eleuterio, para involucrarme más con la elaboración del aguardiente, y debo decirte que hemos conseguido un considerable incremento en producción y ventas".

Juan Bautista estaba seguro de que a Santos le satisfacía más el crecimiento de su industria, que los beneficios que le aportaba.

"Ahora estoy en la Ciudad de México, me estoy ocupando de las ventas del aguardiente y disfruto mucho lo que hago, igual que disfruto del bullicio y los ajetreos de esta ciudad que, por cierto, hace dos días celebró en grande un acontecimiento que tuve oportunidad de presenciar: el capitán de Iturbide entró con su ejército que llaman de las tres garantías. El regocijo se debe a que, para mucha gente, este hecho representa el fin de las discrepancias. Yo quisiera imaginar que, al menos, fuera el principio de ese fin.

Sobre la familia de Gálvez, te contaré que al parecer ahora sí los dejó en paz el libertino de Marcelo, pues se ha ido a Texas con una bailarina de una compañía de teatro.

Doña Clara sigue en casi todas sus actividades, pero se le nota cansada y avejentada, sobre todo a raíz de que estuvo por aquí don Agustín con su esposa y su melindroso hijo, que no se encuentra a sus anchas en ningún lado.

El viaje de don Agustín se debió a su preocupación por una posible confiscación del resto de las propiedades de Eleuterio, pues algunas de ellas que tenían en arriendo le fueron incautadas, y al tener don Agustín conocimiento del menoscabo que habían sufrido, pensó en proteger las

propiedades grandes, y vino a hacer cambios de nombres y otros trucos.

Algunas veces he hecho planes para ir a Natchez y a Nueva York, pero los he tenido que cancelar por diferentes causas. En ambos lugares tengo dinero, y aunque ya no podría hacer más los negocios que allá hacía, podría encontrar la manera de hacer inversiones en Nueva York. Como te comenté en alguna carta, estuve hace tres años en Natchez; en esa ocasión salí en barco de Soto la Marina y entré por Charles Town, el puerto que conociste, pero que ahora lo nombran Charleston. Me entregó Eusebio dinero de las ventas de pieles, pero los fondos que ahora me tiene proceden de la mercancía que le llevé: seda y unos tejidos de lana que compré en Oaxaca, y que por allá se tasan a buen precio. Por si no lo sabes, te diré que los indios de Norteamérica se encuentran cada vez más despojados de sus tierras y diezmados por los norteamericanos; algunos grupos ya están viviendo de milagro".

Para Juan Bautista, el persistente atraco a los indios y la interminable oleada de usurpadores de tierras que estaban llegando del norte a las desatendidas regiones de la Nueva España, eran motivo de verdadera irritación. Y algo que le parecía el colmo, era el descaro con que los invasores daban visos de legalidad a su bellaquería.

Por esos días, Orizaba se unió con entusiasmo a las expresiones de júbilo con que en la Ciudad de México se había recibido al Ejército Trigarante. Los orizabeños

tomaron parte en paseos cívicos, funciones de iglesia, cuadros alegóricos en los edificios públicos, fuegos artificiales y corridas de toros. La esperanza por un venturoso porvenir era el motivo de su algarabía.

Al margen de estas celebraciones estaban los pueblos indígenas que recibieron con indiferencia y hasta con desaliento las noticias de tales acontecimientos: intuían que, como siempre, ellos no recibirían ni parte ni provecho.

Y, con confianza unos, y con apatía otros, recibieron el año de 1822. A cada contratiempo que se presentaba, los flamantes dignatarios decían que eran tiempos de ajustes. Se disculpaban al nuevo gobierno algunas torpezas y se optaba por asegurar que pronto el pueblo vería escenarios mejores. Un año después, el gobierno seguía dando tumbos. En marzo de 1823, ocho meses después de haber sido coronado emperador, Iturbide abdicó.

A los reveses que enfrentaba con las extrañas disposiciones del nuevo régimen, Juan Bautista tenía que añadir otra mortificación: la falta de entendimiento entre él y Joaquín.

El muchacho le señalaba como tropiezos todo lo que no prosperaba, y le aseguraba que su sistema de trabajo ya no era el adecuado; pero las soluciones que solía dar para todo, sonaban a fantasías. A Juan Bautista, desde luego, le irritaba su poca sensatez, que le llevaba a opinar tan torpemente, y que había llegado, incluso, a sugerirle

que pasara por alto las disposiciones del gobierno y que entregara su producción a los matuteros.

—¿De dónde sacará tu hermano sus ocurrencias? No creo que haya ocupado un solo segundo para imaginar a dónde iría yo a parar, de caer en tales deslices.

La pregunta que hacía Juan Bautista a José María era, más que pregunta, un desahogo.

—A mi ver, Joaquín no piensa, sus opiniones no están razonadas.

La respuesta de José María concordaba con lo que él mismo suponía, pero sabía bien que el muchacho tenía por norma darle respuestas que no le provocaran otro disgusto. José María, con él, nunca iba a contracorriente.

—No creo que ni a ti ni a tu hermano les falte edad para reconocer lo que es permitido y lo que no; ni creo tampoco que, conscientemente, cometieran algo ilícito. Su formación no es igual a la de los que viven fuera de la ley.

Dos años atrás había llegado a casa de los Ayala, Rodrigo, el hijo de Trino. La familia con quien se encontraba en La Perla se había dispersado y él eligió, ante la insistencia de Flora y Soledad, quedarse en Orizaba. El muchacho era retraído y a causa de la malformación que dejara en su rostro las quemaduras que de niño recibiera, prefería permanecer en la casa, ayudando en el huerto o en alguna otra labor: le incomodaba sentir sobre él las miradas de la gente.

Más que por lograr su servicio, Juan Bautista lo animó a ocupar su tiempo en su sembradío para hacerlo salir. Por condescender con su pariente, Rodrigo aceptó y en poco tiempo, Juan Bautista reconoció que su ayuda le era muy valiosa.

Pero en Rodrigo nació un motivo más poderoso para salir de la casa: el cariño que sentía por María Ana. Disfrutaba enormemente llevarla a lugares de recreo o a algún parque en el que tocara alguna banda. Todo lo que hiciera feliz a la niña, lo ponía también feliz a él.

En ocasiones los acompañaba Tomás, pero las salidas del niño estaban sujetas al talante de Esperanza; tan pronto concedía tranquilamente su permiso, como lo dejaba sufriendo al negarle su consentimiento para ir a algún paseo.

—Anita, te tengo una sorpresa para el día de tu cumpleaños.

El anuncio se lo hacía Rodrigo dos semanas antes de que María Ana cumpliera cinco años. Había ahorrado algo de dinero y hacía planes para llevarle a la niña a tres elementos de un circo que se había asentado en la villa: estaba seguro que María Ana disfrutaría de su agasajo.

Soledad se contagió del entusiasmo de Rodrigo y, ayudada por sus hermanas, preparó golosinas. El día del convite dispusieron algunos guisos y bebidas; Rodrigo les ayudaba y aportaba ideas para el realce de la fiesta.

Al iniciarse el festejo, Anita recibía a la gente y agradecía las palabras de halago y de buenos deseos.

Nunca había tenido una fiesta y le complacía saberse el centro de atención. A media tarde llegó Rodrigo con la anunciada sorpresa: entró a la casa con los hombres del circo que enseguida hicieron un semicírculo frente a la niña. Anita había visto en alguna ocasión a los malabaristas y acróbatas, vestidos de bufones, pero a la distancia que ahora los tenía, con ropas de mojiganga y las caras blanqueadas y distorsionadas, resultaba en verdad una sorpresa. De haber sido Anita de naturaleza más débil, la sorpresa le hubiera ocasionado un desmayo, pero sólo causó que rompiera en llanto y corriera hacia Juan Bautista para que la levantara en brazos. Desconcertado, Rodrigo se deshacía en disculpas: nunca hubiera imaginado esa reacción de la niña y buscaba la manera de calmarla.

Hubo alguien, entre la concurrencia, que opinó que los cirqueros cambiaran su indumentaria por ropas comunes, y que despintaran sus caras para hacer su número; se tomó en cuenta su opinión y se les pidió a los hombres que trabajaran sin disfraces. Finalmente realizaron sus actos de malabarismo y acrobacia, que encantaron a todos, incluyendo a Anita, que ahora podía ver la figura y el rostro de los cirqueros.

Por la situación de Orizaba, el gobierno trató de tener en alta fuerza el batallón de Tres Villas, al que reponían las bajas con los indios del valle, unas veces con sorteo y otras, con leva. De los pueblos comarcanos se llevaban cuerdas de infelices para reclutarlos; y a cualquier

desertor, se le mataba a palos. La perdedora clase indígena empezó a añorar los gobiernos virreinales, cuando por doce reales anuales que pagaba cada individuo, quedaba libre de alcabalas y otros compromisos.

Ese año, los tabacaleros orizabeños no esperaban una cosecha provechosa. Las plagas se habían sucedido como nunca, causando estragos importantes.

Por supuesto las plagas, la escasez de lluvia o cualquier otra calamidad natural que se presentara, dejaba siempre una posibilidad para, en posteriores años, esperar mejor suerte y reponer los quebrantos; pero lo que veían los cosecheros con verdadera consternación, eran las modificaciones que se estaban dando a la compra del tabaco, que ahora debía conferirse al gobierno, quien entregaba a los tabaqueros un certificado que debían cobrar en la Ciudad de México, lo que no siempre conseguían.

Esta disposición propició una especie de agiotaje al favorecer a especuladores que compraban a bajo precio los certificados, aprovechándose de la necesidad que los mortificados cosecheros tenían de recuperar pronto su dinero. Los altibajos de la naturaleza eran pasajeros; los disparates con que exhibían los gobernantes sus escasas luces, parecía que serían perennes.

Juan de Dios, buscando alguna forma de que su familia se apoyara con otros ingresos, animó a Julia, su mujer, a compartir sus nociones sobre la confección de ciertas prendas de vestir.

Seis años atrás, aburrido de tener que entendérselas con los suspicaces hermanos de su novia, que por diez años lo trataron como a un atolondrado colegial, Juan de Dios optó por dejarla. Unos meses después, en la Ciudad de México, conoció a Julia.

La muchacha, que ansiaba salir de la prisión a la que su padre la había confinado, no se detuvo a pensar si alguna emoción la inclinaba hacia Juan de Dios. En su cabeza no había más pensamiento que salirse de la casa.

Sólo en dos ocasiones habían cruzado unas palabras, y en un tercer encuentro, él se ofreció, garbosamente, a rescatarla del perverso encierro en que su padre la tenía.

Los encuentros se habían dado en un establecimiento de telas que Juan de Dios visitaba para vender yute, y ella para comprar tela basta para confeccionar zagalejos. La habilidad que ella y su madre tenían para realizar esas prendas y otras más delicadas como corpiños y ajustadores, hizo germinar en la mente de su padre ideas que acrecentarían sus ganancias, hasta ese momento bastante buenas: su quehacer consistía en prestar dinero.

Gracias a una postración del prestamista, Julia pudo salir algunas tardes de su encierro para hacer la compra del material de sus costuras, acompañada, desde luego, por la mujer que les ayudaba en el taller. La acompañante, por propia conveniencia, guardaba silencio sobre los coloquios que Julia sostenía con el empleado de la tienda o con algún comprador, y que a ella le parecían una auténtica falta de recato.

A sabiendas de lo que esperaba a su madre cuando su padre se enterara de su partida, tomó un cambio de ropa, lo lanzó por la tapia del patio y, por ahí mismo, brincó apoyada en unos cajones sobrepuestos. Desechó la preocupación que pudiera haber sentido por su madre al recordar cómo ella la había alentado.

—Si estás segura de lo que quieres, vete; yo no sé qué te espere al lado de ese hombre a quien ni siquiera conozco, pero no ha de ser peor que la vida que llevas en este claustro.

—He de buscar la manera de comunicarme con usted.

Su falta de roce con otras personas y las maneras adustas que su padre había establecido en su trato, habían hecho tosco su modo de comunicarse.

El recibimiento que dieron a Julia fue justamente lo que Juan de Dios había imaginado: sus hermanas la tildaron de zafia por su manera arisca y descortés, y de casquivana por la ligereza con que había resuelto su huida.

—Nuestra familia no es un dechado de modales —alegaba Juan de Dios a Soledad— somos gente rústica, somos pueblerinos.

—Pueblerinos con educación. Esa mujer peca de áspera.

Julia, por su parte, estaba encantada con su nueva vida. Parecía no reparar en los desaires; o quizá los veía como un trato normal. A pesar de su huraño carácter,

disfrutaba de los ratos en que Juan de Dios buscaba su compañía para salir. Era complaciente con ella aunque debía adivinar sus deseos, pues Julia no se atrevía a exigir nada.

Llegó el tiempo de elecciones para Presidente de la República. Los partidos se encontraban ahora dentro de las Logias Masónicas que, en interminables ceremonias, se repartían los puestos políticos. Divididos en escoceses y yorkinos, los masones se diputaban el poder a capa y espada. Debido a esta pugna, el estallido de una revolución no se hizo esperar.

Estalló, en efecto, y la acaudilló don Antonio López de Santa Anna quien se pronunció en Jalapa por Vicente Guerrero.

En octubre de 1828 llegó a Orizaba el capitán don Mariano Arista a recabar recursos pecuniarios a nombre de Santa Anna.

Casi dos años después, quiso la desgracia que el general Santa Anna estableciera en Orizaba su cuartel general. De nuevo hubo reclutamientos y de nuevo se instaló el miedo.

Y para colmo de desdichas, vieron los orizabeños alargarse la temporada de lluvias hasta poner en riesgo sus cosechas.

Como en otras ocasiones, un grupo de personas colectó algo de dinero. Con la idea de sacar a San Isidro en procesión, se dirigieron a la capilla del Santo Rosario para hacer la entrega de su colecta y solicitar el apoyo

a sus pretensiones. No se encontraba don Bonifacio, el sacerdote con quien regularmente trataban esos eventos, de modo que los atendió el vicario.

José María, en alguna ocasión, había participado en procesiones pero era la primera vez que acompañaba al grupo a solicitarla. Los sacerdotes le causaban cierta aprensión; su manera de dirigirse a la gente era siempre en tono de reprimenda, así que se replegó atrás del grupo, como si ahí fuera a quedar a salvo del sermón, si se diera el caso.

Don Pedro Molina se encargó de entregar el donativo y hacer la petición al vicario.

El cura recibió el bulto con el dinero y apuró a don Pedro a dar fin a su sencilla alocución; desató el paño en el que llevaban su ofrenda y, con expertos ojos, hizo un cálculo del monto de la colecta:

—Por eso les va como les va, por cicateros. Las necesidades de la capilla son muchas: de ningún apuro sale uno con ustedes.

Ató de nuevo el bulto del dinero, lo tomó y se dio vuelta para retirarse.

El silencio en que quedó el grupo enojó a José María; en un segundo se adelantó hasta quedar al frente para increpar al que tan tranquilamente se llevaba el dinero de su colecta sin dar una respuesta a su petición.

—Señor cura; no ha contestado —le señaló José María casi alcanzándolo— no ha contestado usted a don Pedro.

El sacerdote, sin detenerse ni voltear la cabeza, le respondió:

—Vénganse el jueves a las tres de la tarde.

El jueves, un feroz aguacero impidió salir con el santo a las calles, y cuatro días después, entre reniegos y desánimo, salieron a la procesión con nuevas amenazas de lluvia.

Al poco tiempo de iniciar su marcha, las nubes se dispersaron como por ensalmo y el fervor volvió al alma de los caminantes.

Contra lo que Juan Bautista había supuesto, el paso del tiempo no mejoró su relación con Joaquín.

Tal parecía que estuviera en constante discrepancia con todos.

—No lo entiendo —le decía a Soledad—, mi trato con él es bastante más considerado que el que yo recibiera de las personas que se encargaron de mi formación, y te aseguro que mi mayor preocupación era cumplir con lo que se me encomendaba para evitar reprimendas; Joaquín no sólo pasa por alto mis órdenes sino que se goza en hacer lo contrario.

Soledad no lo defendía ante Juan Bautista, pero tampoco lo ponía al tanto de los malos ratos que ella también pasaba intentando componer al malmandado muchacho.

—Ha estado visitando a una sobrina de don Domingo Castellano; hace poco tiempo quedó huérfana de padre. No sé si va en calidad de pretendiente de la joven o de

amigo del hijo de don Domingo, pero he sabido que la familia lo ha aceptado en su casa.

Hacía Soledad el comentario con cierto dejo de complacencia, como si quisiera señalar a Juan Bautista que su hijo sabía mostrar su don de gentes cuando quería.

—Labia no le falta.

—No me gusta tu comentario; el muchacho no es un zascandil.

—Sé muy bien que Joaquín, cuando quiere, tiene un comportamiento comedido; los retobos y los enredos son para nosotros.

A Juan Bautista le fastidiaba hablar con Soledad sobre la conducta de sus hijos, tenían "distintos raseros", decía ella, para medirlos.

—Con José María siempre vas de acuerdo en lo que hace; no veo que lo reprimas como a su hermano.

—El va de acuerdo conmigo. No es muy apegado al campo, pero ayuda con más disposición que Joaquín; además, se ha hecho diestro para los trabajos de herrería y albañilería, y con frecuencia tiene que ocuparse de reparaciones; no le puedo pedir más.

Juan Bautista salió con el pretexto de asegurar la puerta de la reja y evitar que la golpeara el viento que empezaba a arreciar, pero además, no deseaba seguir dando oídos al palabreo de Soledad.

Le molestaba que, cuando de la formación de los hijos hablaban, le reprochaba la severidad que usaba con los mayores y la escasa disciplina con que trataba a

María Ana. Soledad insistía en que la niña, de casi doce años, debía tomar algunas responsabilidades de la casa.

María Ana aprovechaba la falta de acuerdo entre sus padres para zafarse de algunas tareas que su madre insistía que debía tomar a su cargo.

Juan Bautista se desvivía por complacerla. Desde muy pequeña la niña se le había metido en el alma con una dulzura y un apego que lo hacían ceder a sus antojos.

Comparaba a veces a sus tres hijos tratando de encontrarles alguna semejanza, pero no les encontraba parecido entre sí, ni en el modo, ni en el físico.

Joaquín era alto, moreno y fornido, José María, era rubio y aún más alto que su hermano; recientemente, su espalda se había ensanchado: "Es por efecto del trabajo que ahora hace", pensaba Juan Bautista. Y en cuanto a Anita, conforme crecía, más se arraigaba su certidumbre de que era la criatura más bonita que sus ojos habían visto: su piel era casi dorada, su cabello rizado era castaño y sus ojos, un poco rasgados, tenían el tono de la miel, con visos verdes; sus facciones eran delicadas, salvo el mentón, que era casi cuadrado.

Se acercaba el día de finados y, como siempre, Flora convocó a la familia a reunirse la noche de Todos Santos para cenar y rezar por "los que ya se habían ido". Desde que recordaban, esa noche cenaban juntos, rezaban un rosario a los difuntos y al día siguiente cada quien asistía a los responsos a la hora que mejor le parecía. La visita al panteón era obligatoria para las cuatro hermanas.

La noche de la reunión, Soledad casi no probó bocado, Flora había observado días antes que su hermana volvía a mostrar el retraimiento y malhumor que años atrás había presentado. Prefería no hacer preguntas y dejar que ella hablara de sus molestias cuando le pareciera.

Y al día siguiente, cuando hacían la visita a las tumbas de la familia, se sintió Soledad con ánimo de mencionar sus malestares:

—No sé a qué se debe esta sensación de confusión; a veces siento un sobresalto, como si de pronto me encontrara en otra parte.

Flora y Trini, que se encontraban más próximas a ella, voltearon a verse sin saber qué convendría responder a su hermana.

—Pienso mucho en cómo expresar lo que me pasa; tengo el temor de que me tilden de loca.

Trini fue la primera en reaccionar:

—Nadie te va a tachar de algo así; cualquiera puede sufrir de algún desorden sin que eso pase a mayores.

—A mi parecer —dijo Esperanza—, te has tomado todas las hierbas que te han recomendado y a estas fechas es seguro que te has enyerbado.

—No se te podía ocurrir otra cosa —le reconvino Trini enojada—, sólo en tu cabeza cabe semejante disparate.

—No veo lo disparatado; doña Eustolia, la mujer que veía a mamá en sus padecimientos, mencionaba una contrahierba y en ocasiones se la preparaba cuando, a su

juicio, mamá había abusado de los brebajes.

—Pudiera tener razón Esperanza —reconoció Trini—, estaría bien que eliminaras algunas pócimas.

Flora no consideraba que el mal de Soledad fuera cosa de pócimas: unos días antes, Joaquín les había anunciado que iría a trabajar a la Ciudad de México y, aunque el hecho no significaba que tuviera que perder a su hijo mayor, las malas jugadas que su sistema nervioso solía hacerle, la ponían en una constante inquietud.

—Que don Domingo lo haya recomendado con su familia porque le encuentre cualidades para desempeñar alguna tarea en sus establecimientos, debía ser algo que te complaciera; de cualquier manera, a él le desagrada el trabajo del plantío.

Con esto, Flora pretendía darle confianza y sobre todo, tranquilidad.

—Además —apuntó Trini—, allá cuenta con Juan de Dios y Julia. Las nociones de ella para la fabricación de ropa les han abierto camino y si en algún momento Joaquín dejara a la familia Castellano, quizá se fuera con ellos.

En su interior, Soledad sabía que a Joaquín le sería difícil ajustarse a quien fuera.

Con el correr de los días, fue asimilando la partida de Joaquín. Su salud mejoró y volvió a poner interés en las conversaciones que en ocasiones sostenía con Juan Bautista y que con frecuencia caían en los altibajos del gobierno, o cuartelazos, como él les llamaba.

Con cierto abatimiento hablaba del casi nulo avance que el país mostraba desde que se le declaró república.

## Capítulo V

1833 inició con una invasión de cólera morbus. Las autoridades tomaban providencias para aminorar los estragos de la enfermedad que se extendía sin remedio.

A mediados de agosto se manifestó en Orizaba. Los médicos y los sacerdotes no se daban tregua atendiendo enfermos y moribundos. En un mes, el azote se había extendido por toda la población.

En la casa de don José María Mendizábal se cocinaban, en enormes peroles, medicinas que distribuía su familia entre los enfermos más pobres, ayudados por personas caritativas y sacerdotes que ministraban tanto el medicamento, como los auxilios espirituales.

Juan Bautista llevaba a la casa todos los remedios que le sugerían, además de las frecuentes tomas de miel,

de jugo de limón, de ajo, y el obligado baño tres veces al día.

Pasaron la mitad de septiembre sumidos en el terror: no había familia que no lamentara uno o varios decesos.

Juan Bautista y Soledad extremaban sus cuidados y recomendaciones. Pero, para su desgracia, el mal no los pasó de largo. Casi al mismo tiempo enfermaron Gonzalo y María Ana.

Prepararles tisanas, darles frotaciones y conseguirles medicinas, fue, durante tres días, la principal actividad de la familia. Al amanecer del día veintidós, en Gonzalo se notó una mejoría; los vómitos y las evacuaciones habían cesado y todo parecía indicar que su cuerpo había vencido a la enfermedad; no así el de Anita, que murió en las primeras horas de la mañana.

El temor de Juan Bautista a que las autoridades sanitarias recogieran el cuerpo de María Ana para llevarlo al depósito de cadáveres, hizo que, en menos de cuatro horas, se efectuara el funeral de la niña.

A las siete de la mañana del día siguiente, luego de ver los cuerpos hacinados en el depósito, que calculaban en cientos, llegó a su iglesia el párroco don Nicolás del Llano, y, angustiado, pidió a los fieles que en ese momento ahí se encontraban, tomaran el palio: "Saquemos a las calles a Nuestro Señor Sacramentado y pidámosle que cese tanto mal". Tomó del Sagrario la Custodia y salieron a calles y plazas donde se les unió una turba que crecía mientras avanzaban. Juan Bautista

los alcanzó a cinco calles de su casa y un poco más adelante avistó a Flora y a Trino caminando hacia la procesión que clamaba, junto con el sacerdote: "Jesús mío, salva a tu pueblo que perece".

Días después, en la plaza se celebró una solemne misa en la que, el clero y las autoridades, juraron como Santo Patrono de Orizaba al Sagrado Corazón de Jesús.

Comenzando el mes de octubre, la peste cesó, habiendo causado sobre mil ochocientas defunciones. El cálculo que se hizo de las personas que enfermaron fue de seis mil, lo que representaría la tercera parte de la población.

Trini rezaba el rosario todas las tardes. Algunos vecinos y familiares solían acercarse a su casa a la hora que sabían se entregaba a su devoción, para tomar parte en las plegarias. Contra su costumbre, dejó en su casa sus imágenes y su reclinatorio para irse, a la hora que acostumbraba rezar, a la casa de Soledad, donde ahora se hacía la religiosa reunión.

Flora y Esperanza atendían el acomodo de las sillas, encendían las veladoras y agradecían la asistencia de quienes les acompañaban.

Se ocupaban también de acercar a Soledad al recibidor antes de la llegada de la gente; su erguida, casi arrogante figura, hacía más patético su gesto de abatimiento. Ya casi no lloraba pero su mirada se aislaba cada vez con más frecuencia de lo que le rodeaba.

A las palabras de aliento de la gente, asegurándole

que Dios habría de, con el tiempo, atenuar su pena, ella contestaba: “No sé cuándo pudiera ser eso; jamás había sentido un dolor así”.

Otras veces, no respondía.

José María se entregó de lleno al trajín de la siembra del tabaco, que recién iniciaba. Temprano en la mañana Juan Bautista se allegaba a las parcelas a observar los trabajos, pero su hijo insistía en que se debía retirar a descansar unos días.

—Sé que no duermes bien por la noche; deberías olvidarte unos días del trabajo y dormir, si te es posible, por la mañana.

—Te aseguro que por las noches duermo un rato, y no creo que durante el día pudiera hacerlo. Dos semanas hace que se fue Anita y no puedo hacerme aún a la idea de no tenerla más con nosotros.

—No te será fácil sobreponerte a esa pena, pero te pido me dejes tu responsabilidad un tiempo.

—Probablemente me quede en la casa unos días; el mutismo de Soledad me inquieta.

José María prefirió no hacer comentarios sobre la actitud de su madre, pero reconocía que era preocupante.

Dos días pudo retirarse Juan Bautista de su trabajo; al tercero, llegó un peón a reclamar su presencia a nombre de José María.

—Pasó una desgracia patrón, y el joven José María teme tomar iniciativas que no sean las convenientes.

La desgracia a que se refería el hombre era un

pérfido homicidio que un jornalero cometiera contra un compañero cuando hacían su trabajo de plantación. El agresor atacó al desprevenido muchacho enterrándole, en tres ocasiones, la punta de fierro del bastón de siembra.

Para una novela por entregas se hubiera compilado suficiente argumento. La gente que los conocía no se ponía de acuerdo al señalar los motivos del alevoso acto. El criminal alegaba "defensa propia" aun cuando el agredido no había conseguido asestarle un solo golpe, y las opiniones eran, unas, favorables al agresor, y otras, totalmente condenatorias.

Las rencillas, originadas por diversos agravios, iban desde el despojo de una pequeña parcela y deudas de dinero, hasta asuntos de mujeres.

A Juan Bautista le tomó algo más de un mes proporcionar datos de sus trabajadores y responder los cuestionamientos de los representantes de la ley; y aunque era poca la información que podía aportar, su presencia y la de algunos trabajadores, fue requerida hasta que consideraron que estaban en condiciones de llevar el juicio.

Casi al finalizar el año llegaron Juan de Dios y Julia de visita. Algunos meses antes Juan Bautista hubiera disfrutado muchísimo la presencia de su cuñado; ahora, su taciturno talante no le permitía tener con él una charla animada y bromista como las que habían tenido siempre. Tampoco le produjo especial entusiasmo una carta que le llevara Juan de Dios de Antero Anken.

Según le explicó, casualmente había encontrado a Antero en la Ciudad de México y, al saber que Juan de Dios tenía planes de ir pronto a Orizaba, se había puesto a escribir una extensa carta a Juan Bautista.

—Es mejor que la leas después —le sugirió Juan de Dios.

—Lo haré cuando tenga un poco de calma.

—Creo que te hará bien conocer algo de sus andanzas. Me manifestó su temor de que no la entendieras; según dijo, aprendió recientemente a escribir.

Con la mirada en un punto lejano, Juan Bautista respondió con firmeza:

—Te aseguro que la entenderé… aunque use su mezcolanza de idiomas y aunque junte las palabras, te aseguro que la entenderé.

Si alguna vez Joaquín le hubiera dicho a Juan Bautista que se proponía dedicarse a la milicia, no le hubiera causado extrañeza, pero oírselo a José María le dejó pasmado.

—No tienes madera de soldado; no te imagino en un cuartel y menos en un campo de batalla.

—Con un grupo de jóvenes se está organizando el Batallón de la Constitución; repetidas veces me han invitado y, aunque no me he alistado aún, no quiero quedar como pusilánime.

No encontraba Juan Bautista las palabras que pudieran hacer entender a José María el concepto que

tenía él sobre los extraños rumbos que tomaban los grupos en el poder.

—Los idealistas son siempre los jóvenes —le dijo— siguen a quienes los inflaman de un absurdo patriotismo para utilizarlos en revueltas y asonadas, como las que recientemente dieron el poder a Guerrero y luego lo hicieron caer para llevar a cabo el vergonzoso pacto político entre Bustamante y Santa Anna.

—Todo eso lo sé.

—Si conoces las entretelas de la política, ¿por qué quieres seguirle el juego a los convenencieros?

—No trato de seguirle el juego a nadie —alegaba José María con voz queda— hay gente con convicciones reformistas nada descabelladas y que pretenden hacerlas valer.

—¿Si? ¿Y tienes idea de lo que eso costaría?

José María prefería no contestar cuando sabía que sus réplicas iban a contrariar a Juan Bautista. Le reconocía la razón en ocasiones, pero en otras, como ésta, le parecía que se clavaba en una idea, o mejor dicho, en contra de cualquier idea que descompusiera lo establecido. Y cuando hablaba de pensamientos reformistas, ponía como ejemplo el imperio napoleónico, que aun cuando ya había sido desmantelado, reconocía que se habían creado las condiciones en Europa para que surgieran gobiernos más lúcidos y actuales; eso, desde luego, a Juan Bautista le parecía bien; lo que juzgaba mal era el

excesivo precio que, en vidas, se había pagado, y trataba de hacer comprender a José María sus temores.

Pero al muchacho le convencían más las palabras de Antonino que las de su padre.

Antonino Valerio era, para José María, lo más parecido a un hermano; mejor dicho, era lo que él consideraba que debía ser un hermano. De muy niño, Antonino había perdido a su padre, no porque hubiera muerto sino porque su familia no volvió a saber de él desde que fuera a Tehuacán con la excusa de visitar a sus padres. Tiempo después se enteraron de que allá no había sido visto.

La mayor parte del tiempo Antonino se dedicaba a ayudar a su tío materno en una fundición de su propiedad; él sabía bien que de ahí se obtenía el sustento de toda la familia y se empeñaba en aligerar el trabajo. José María solía ir a buscarlo al taller donde en ocasiones se entretenía un buen rato dándoles una mano. Su disposición hizo que el tío se interesara en instruirle en el arte de fundir metales.

A José María le interesó el oficio de fundidor, y le interesó también la milicia.

Desde la muerte de Anita, se había impuesto Trini la obligación de visitar a Soledad cuando menos cuatro días de la semana. En ocasiones lograba hacerla salir y caminaban hasta el mercado; hacían la compra, cruzaban saludos y hasta se enteraban de algunas hablillas por boca de las marchantas. Trini se proponía sacar a su

hermana de su aislamiento y meterla de nuevo al trajín en que antes gastaba su tiempo.

Esa mañana llegó un poco antes de lo acostumbrado; en contraste con el clima, Soledad parecía menos taciturna que en días anteriores.

—No creo que debamos salir —recomendó Trini— el tiempo está empeorando: se puede tocar el cielo con sólo levantar la mano.

Soledad abrió los postigos y permaneció un momento viendo hacia fuera.

—Si quieres —volvió a decir Trini— podríamos rezar un poco.

Soledad no respondió enseguida; con una mano le señaló un sillón junto al de ella, y le pidió que se sentara.

—Vamos a platicar; hace tiempo que no lo hacemos.

Trini se sentó al lado de su hermana pero esperó a que ella diera inicio a la conversación: no sabía por qué rumbos quería Soledad llevar su plática.

—¿Recuerdas la sombra que veíamos en el patio de la casa?

Era lo último que a Trini se le hubiera ocurrido para hacer una conversación. Observó un momento el rostro de Soledad para tantear su expresión y le dijo:

—Claro que me acuerdo, pero ahora pienso que pudo haber sido algo salido de nuestra mente; recuerda que madre nos prohibía llegar asustadas a…

—La he vuelto a ver.

A Trini se le empezó a helar la sangre; el tono áspero con que Soledad la había interrumpido la alarmó. Su temor no se debía a la sombra, más bien temía que la mente de Soledad le estuviera jugando malas pasadas.

—No me parece bien que hables de tus figuraciones como de algo verdadero.

—Es extraño lo que ahora dices; recuerdo bien que cuando éramos niñas solíamos distinguir de vez en cuando una sombra a la que nunca encontramos explicación, cerca del zaguán.

—Pues no le encontrábamos explicación por la edad que teníamos, pero alguna debe haber tenido.

—No es asunto de edades: ahí está la sombra y camina de la barda hacia el limonero, donde se pierde.

—¡Santo Dios!

Trini no se atrevía a decirle a su hermana, con firmeza, que se estaba dejando impresionar por algo irreal. Temía que pensara que la estaba tachando de desequilibrada, pero quería convencerla de que lo que creía ver era algo inexistente.

—Vendré una noche y saldré al patio contigo; si logro verla, te daré la razón.

—Y si no, me dirás que he perdido precisamente eso: la razón.

El tono sarcástico de Soledad molestó a Trini.

—No he querido incomodarte. Tú quieres que yo le busque alguna justificación a la aparición, y a mí no se

me ocurre nada más que recomendarte que le des otro rumbo a tus pensamientos.

Soledad no habló más de sus apariciones. El haber compartido, en otro tiempo, sus visiones con Trini, le hizo pensar que la entendería pero Trini tomaba ahora el papel de su madre y no iba a dar cabida a sus visiones.

Cuando Gonzalo llegó en busca de Trini, Soledad le entregó un cazo con galletas de nata.

—Para ti las hice, sé que te gustan.

A Gonzalo le agradó que Soledad se hubiera puesto a cocinar pastas; lo veía como una muestra de que su ánimo mejoraba.

—Claro que me gustan, y hace tiempo que no las comía.

—Hace tiempo que no las hacía.

Al despedirse, Trini dio su bendición a Soledad y, apretándole el brazo le recomendó:

—Busca en el Señor la paz que aún no tienes.

—No pases cuidado; te aseguro que estaré bien.

Era cerca del mediodía y el tiempo aún no levantaba.

A José María se le habían ido sin sentir las horas de la mañana en una asamblea a la que había convocado un primo segundo de Antonino. El pariente, con la mira puesta en una diputación, explotaba el malestar de algunos jóvenes que esperaban, confiados en que con sólo su preparación, podrían ahora colocarse en un puesto público.

Sabedor de los obstáculos con que los muchachos lidiaban, el primo de Antonino cínicamente ofrecía puestos y canonjías a diestra y siniestra, si contaba con su apoyo y lograba colocarse en donde pretendía.

Al retirarse del grupo, José María sentía un remordimiento de conciencia:

—No me he presentado con mi padre en toda la mañana, me comprometí ayer a ayudarle en unas reparaciones y no me he acercado por ahí —le comentaba a Antonino.

—Puedes ir ahora, quizá estés a tiempo de echarle una mano.

—No, iré primero a la casa; él no tarda en llegar, es la hora que acostumbra ir a comer.

Tristes pensamientos le acometían conforme se acercaba a la casa. El alegre lugar que había sido antes era ahora un sitio desolado y silencioso. Soledad hablaba lo indispensable y tal parecía que no ocupaba lugar. "Si por lo menos estuviera aquí Joaquín, aunque fuera para pelear".

Entró a la cocina, y con la jarra del aguamanil sacó agua del depósito en el que Soledad la conservaba. Se aseó la cara y las manos y se fue en busca de su madre; pensaba esperar a Juan Bautista para comer con él.

La puerta de su alcoba estaba entreabierta y supuso que estaría dormida. La empujó un poco pero al abrirse vio que la pieza estaba en penumbra, "es extraño que a estas horas tenga mamá las cortinas cerradas". Al no

verla ahí comenzó a llamarla buscando en el resto de la casa. Entonces salió al patio, pasó frente a la bodega y vio que estaba cerrada con tranca se acercó al gallinero y desde ahí pasó su vista por el pequeño huerto. Intrigado, caminó dando voces hasta el fondo del solar, donde Juan Bautista había acondicionado un corral.

Seguro de que Soledad no se encontraba ni dentro ni fuera de la casa, José María pensó en entrar de nuevo para esperar a su padre y salir después a buscarla en casa de sus tías.

Junto al huerto estaba el pozo; José María volteó de nuevo para recorrer el lugar con su vista cuando notó algo atorado en la áspera piedra del brocal; conforme se acercaba reconoció la prenda: era la pañoleta que Soledad usaba sobre sus hombros cuando salía al patio; se acercó un poco más y vio los pies de Soledad, que yacía en el suelo hacia la parte posterior del pozo.

Al levantarla, José María notó una protuberancia en su cabeza. "¿Perdería el sentido al golpearse, o algo le provocó un desmayo?".

Se hacía sus preguntas mientras caminaba a la casa. Sus ojos no se apartaban del rostro de su madre. Sintió el impulso de apretar su cara contra la de ella y, cuando finalmente la colocó sobre su cama, José María ya estaba seguro de que Soledad no estaba desmayada: estaba muerta.

El azoro le impedía razonar. Su desconcierto no dejaba lugar a la aflicción. Tocaba con sus dedos la

protuberancia que había notado en su cabeza y no aceptaba que ese golpe hubiera matado a Soledad.

Vio entonces en una mesita algo que aumentó su confusión: destapado y vacío, junto a un vaso igualmente vacío estaba el frasco de láudano.

Juan Bautista entró a la casa cuando José María aún no ponía en orden su cabeza. Las palabras atropelladas que salían de su reseca boca no las entendía ni él; buscaba la forma de decirle a su padre cómo y dónde había encontrado a Soledad, y qué ideas se habían metido en su cabeza al encontrar el frasco de láudano, pero el esfuerzo que hacía por buscar las palabras menos rudas, era innecesario: Juan Bautista estaba sacando sus propias conclusiones.

—Ve enseguida a buscar al doctor Mendizábal —le ordenó— no regreses sin él.

Salió José María a cumplir con el encargo, pero unas cuadras antes de llegar a la casa del médico, vio a Trino que estaba por entrar con su carreta a una bodega donde compraba pochote.

Con señas le pidió a Trino que se detuviera y cuando lo alcanzó, se acomodó junto a él y le indicó que condujera hacia la casa del médico:

—En el camino te diré con detalle lo que sucede.

El aspecto despavorido del muchacho anticipaba a Trino aciagas noticias, pero, paciente, dio tiempo a que José María absorbiera suficiente aire y consiguiera hablar con claridad.

A Trino le fue más fácil entender la explicación de José María cuando hacían el viaje de regreso y su sobrino se dirigía al doctor Mendizábal. Desde luego, José María se callaba el juicio que se había hecho sobre el estado de su madre; ansiaba haberse equivocado pero no se podía sacar de la cabeza la impresión de abrazar un cuerpo sin vida, cuando apretó contra él a Soledad.

El doctor Mendizábal buscó signos vitales en Soledad por rutina. Con sólo verla podría haber afirmado lo que José María comprendió desde que entró a la casa con ella.

—Lo que puedo apreciar —les dijo con un hilo de voz— es que el deceso de Soledad ocurrió hace algo más de una hora; el golpe que advierto en su cabeza no me parece que haya causado su muerte.

José María buscó con la vista el frasco de láudano en la mesita pero no lo encontró. Mientras lo buscaba le explicaba al médico qué era lo que había despertado su duda.

—El láudano lo tomaba cuando sentía su ánimo alterado; siempre le encargué que fuera cuidadosa con las dosis —le explicaba el médico.

—Pues el frasco está vacío.

A duras penas dominaba José María su nerviosismo; se empeñaba en hablar en voz baja tratando de no enterar a Juan Bautista. Iban a regresar a la pieza donde se encontraba el cuerpo de Soledad, cuando vio salir de

la cocina a Juan Bautista llevando el frasco que había estado buscando.

Con el frasco un tanto levantado, se acercó al doctor Mendizábal:

—No sabemos cuánto líquido contenía este pomo. No sabemos con qué frecuencia ni en qué cantidades lo consumía: nosotros somos responsables de la manera desarreglada con que Soledad se haya dosificado la medicina.

La voz de Juan Bautista, que al principio sonara firme, al final se le oyó débil y temblona.

El doctor Mendizábal guardó silencio unos momentos; apreciaba la calidad moral y el carácter mesurado de Juan Bautista; no podía decir que hubieran tenido un trato frecuente, pero había sido el suficiente para conocerlo bien.

—Lamento de veras no haber podido hacer algo por Soledad —les dijo a modo de despedida— tendré listo el certificado en media hora para que inicien los trámites del funeral.

Casi una hora después llegó José María a la casa del médico. La señora Mendizábal le entregó el documento.

—El doctor ha tenido que salir. Me apena sinceramente lo sucedido a tu madre; iré más tarde a presentar mis condolencias a tu familia.

Un poco antes de llegar a su casa, José María leyó el fragmento que le interesaba del certificado: "…el

fallecimiento lo motivó un golpe en el parietal derecho causado por una caída fortuita…”.

En silencio entregó José María el documento a su padre y, de manera tácita, evitaron volver a mencionar ni el abatimiento de Soledad, ni el frasco de láudano, ni el cargo de conciencia que Juan Bautista exhibiera ante el doctor Mendizábal.

Trino había salido a llevar la mala nueva a sus hermanas. Sin resultado, trató de consolarlas y calmar su consternación:

—El Señor nos ha asignado un día para rendirle cuentas y no lo podemos cuestionar.

Inconsolable, Flora insistía en que deberían haberla obligado a irse con ellas hasta que mostrara una mejoría.

—Estando aquí no hubiera salido sola al patio y no se hubiera dado ese golpe.

—Nada de eso estaba en nuestras manos —insistía Trino con vehemencia.

Apuraron a Trino para que las llevara primero a buscar a Trini, y enseguida a la casa de Soledad.

Un atribulado Juan Bautista las observaba y las oía disponer los pormenores del funeral de Soledad. Aceptó, a regañadientes, que llevaran el cuerpo de Soledad para velarlo en su casa:

—Ahí nació y ahí vivió hasta salir casada contigo. Ahí murieron nuestros padres y creo que hubiera estado de acuerdo con esta decisión.

El que no estaba de acuerdo era él. La casa que él construyera era la casa de ellos… de ellos y de sus hijos. Ahí vivió Soledad días apacibles y días intranquilos; días felices y días de pesadumbre: su energía estaba en esa casa.

Pero no era el momento para discutir con sus cuñadas y además, ceder en algo que lo contrariaba era para él como un acto de contrición, y en ese momento, a su dolor añadía el remordimiento de no haberle dado más atención a Soledad.

Como en un mal sueño veía Juan Bautista sucederse las escenas de las exequias. En repetidas ocasiones trató de involucrarse en las plegarias sin resultado; su mente se desviaba a pesar suyo.

Le incomodaba la excesiva atención de los parientes, que con frecuencia le ofrecían alguna bebida o alguna clase de alimento; su estómago no apetecía nada pero le parecía una aspereza no aceptar algo. Finalmente le aceptó a Esperanza un atole, que más tarde reconoció le había sentado bien; tan bien, que se sintió con ánimo de escuchar al padre Palacios.

Hacía un rato que el padre Palacios trataba de hacerle plática sin resultado. Juan Bautista lo oía al principio sin prestar atención, pero el sacerdote insistió hasta hacerlo tomar el hilo de su conversación.

El padre Palacios era para Juan Bautista un claro ejemplo de que las apariencias suelen engañar. El hombre, que tenía aspecto de asalta caminos, le tendía la

mano a cuanto prójimo se le acercara con alguna penuria, y se las arreglaba siempre para conseguir entre los más afortunados, el dinero o los bienes que hacían falta en los albergues que tutelaba. Cuando se daba tiempo, el padre Palacios acudía a la peña donde en ocasiones concurría Juan Bautista, y donde se congregaban algunas personas con cierta cultura. A veces llegaba a presentarse alguien con vena pictórica, literaria o musical, lo que hacía de las veladas algo insufrible o algo en verdad deleitable, según las aptitudes y la chispa de los participantes.

Juan Bautista no era asistente asiduo pero solía pasar ahí alguna tarde, y aunque a la música y a la poesía les tenía poco apego, disfrutaba muchísimo de una buena conversación. Las charlas con el padre Palacios le habían parecido siempre un verdadero recreo.

El grupo de personas que acompañaba a los dolientes había aumentado, y el sacerdote decidió que era el momento para decir unas palabras que confortaran a la familia, y de elevar algunas plegarias.

Si bien Juan Bautista había conseguido interesarse en la charla del padre, no lograba ahora la misma concentración para seguir las oraciones: su mente se perdía en otras reflexiones.

—No nos toca a nosotros calificar los designios del Señor nuestro Dios, ni tenemos la atribución de cuestionarlo con el referido "¿por qué?"…

Las palabras del sacerdote hacían en Juan Bautista un efecto inverso; así, machaconamente se preguntaba:

"¿Por qué?, ¿por descuido nuestro?, ¿por descuido de ella?, ¿por decisión de ella?, ¿por accidente?".

Sabía bien que no tendría nunca una respuesta, pero porfiaba dolorosamente con lo mismo.

Unos días después del funeral, Juan Bautista entregó a José María la Biblia en que había registrado las fechas de la llegada al mundo de su familia:

—No he anotado ninguna fecha de defunción. Como tú lo vas a guardar, te corresponde a ti hacerlo: registra la fecha en que nos dejó Anita… no lo he hecho aún —se detuvo un momento y continuó—: y haz lo mismo referente a tu madre.

Mientras José María buscaba un lugar para la *Biblia*, Juan Bautista le instaba no dejar pasar mucho tiempo sin hacer las anotaciones:

—No esperes a tener que asentar también mi defunción; todo se debe hacer en su momento.

—Van a pasar muchos años para que tenga que anotar tu muerte, y quién sabe si a mí me corresponda hacerlo.

—Estoy seguro de que así será.

"En febrero de 1836, en un intento por someter a la rebelión texana, el general Santa Anna, con un improvisado y maltrecho ejército, recuperó el fuerte El Álamo. Esto no impidió que los texanos declararan la independencia en marzo de ese mismo año, en cuyo gobierno provisional designaron vicepresidente al mexicano Lorenzo de Zavala.

Emprendió Santa Anna la persecución de tal gobierno y cayó prisionero. El general Vicente Filisola, segundo al mando, recibió órdenes del presidente prisionero de retirar las tropas más allá del Río Grande, lo que aseguraba a los texanos sus pretensiones de dejar ahí la frontera".

Con este boletín llegó una tarde José María a la casa, poniéndolo al alcance de Juan Bautista

—Eso es un resumen de lo mucho que ya se ha comentado —le dijo José María a su padre cuando lo leyó.

—Lo que me parece extraño es que los estadounidenses consientan esa independencia.

—Son estadounidenses productores de algodón los que, en su mayoría, buscan esa soberanía, aunque no creo que hayan pensado en el costo de sostener un país con toda su burocracia: ejército, marina y todo lo que a un estado concierne; lo que pretenden es no pagar los altos impuestos que exige el gobierno estadounidense a sus productos, ni las alcabalas de las aduanas mexicanas.

Cada vez que José María hablaba con Juan Bautista de asuntos del gobierno o de levantamientos, lo perturbaba. Para Juan Bautista las observaciones que su hijo hacía sobre cualquier suceso gubernativo o militar lo ponían en guardia; esperaba que en cualquier momento volviera a manifestar su tesón por abrazar alguna causa.

Reconocía que desde que quedaran solos en la casa, José María había desistido de involucrarse con la milicia

o por lo menos, no lo había vuelto a mencionar, pero Juan Bautista sabía bien que era solamente por evitarle mortificaciones.

Hacía unos meses que ingresara Antonino al ejército, pero la pobreza del erario estaba enfriando su entusiasmo. Una cosa eran las arengas con que los alentaban y otra las penurias que debían enfrentar; pero en esos momentos, Antonino se adhería a la principal preocupación del gobierno: recuperar el territorio perdido.

José María se aproximaba a los veintiocho años, y el que se conservara soltero empezaba a crear una preocupación más para Juan Bautista.

—No veo que tomes en serio a ninguna joven.

Cuando su padre tocaba ese tema, José María contestaba con evasivas:

—Quiero llevarte a alguna tertulia del casino; no sólo van jóvenes, podrías charlar con alguien y escuchar a la banda de la ciudad que ha aumentado sus elementos. Te aseguro que han mejorado… te gustarían sus interpretaciones.

Juan Bautista lo oía sin responder. ¿Pensaría José María que ahora empezaría a asistir a saraos y veladas?

Dos debilidades tenía José María: las mujeres y la música. No se imaginaba ligado a una mujer, careciendo de la libertad de que ahora gozaba. Por supuesto, buen cuidado tenía de evitar compromisos cuando creía ver especial entusiasmo en alguna joven.

Y para Juan Bautista, el que su hijo prefiriera prolongar su soltería, le parecía un desatino dada la situación que reinaba en la casa desde que Soledad faltara, pero le agradaba su carácter fiestero, tan distinto al suyo, y atribuía a su retraimiento el no haberse tomado el tiempo que José María se tomaba para su distracción.

En la fundición del tío de Antonino pasaba José María una parte de la mañana del domingo. Temprano solía ir a misa y al salir se dirigía al taller donde siempre había algún trabajo qué hacer. Se había entusiasmado con la hechura de campanas que ahí empezaban a fabricar. Pronto se había adiestrado y su ayuda era valiosa; para él, más que un trabajo, era un pasatiempo.

Salía un domingo de la fundición cuando lo abordó don Pascual Crespo para ordenarle un trabajo del taller. Se trataba precisamente de la forja de una campana que un grupo de personas se había propuesto obsequiar a una iglesia.

Luego de tratar a grandes rasgos el asunto, don Pascual quedó en regresar para acordar con el dueño del taller los pormenores. Estaba por retirarse cuando comentó a José María:

—Ha llegado de visita a casa de mi sobrino Justo un grupo de jóvenes amigos de sus hijos que viven en Córdoba; cuatro de ellos tienen facilidad para la música y se han organizado bastante bien con sus instrumentos; por la tarde se reunirán algunas personas en la casa de mi sobrino y pienso que te pudiera gustar asistir a la tertulia.

—Agradezco su invitación. Por ahí estaré esta tarde.

Ya se retiraba don Pascual cuando se volvió hacia José María.

—Ah! Olvidaba decirte que voy a estar ahí con mi hermano y mis cuñados, para que invites a tu padre.

—Así lo haré don Pascual, y a ver si me hago acompañar de él.

Llevó José María el recado a Juan Bautista y no tuvo, contra lo que esperaba, necesidad de animarlo: le respondió que lo acompañaría para hablar con don Pascual y solicitarle unos datos sobre un comité que él representaba.

A media tarde se dirigieron a la casa de Justo, el sobrino de don Pascual.

Había aún pocos invitados y los anfitriones disponían bocadillos y bebidas. José María consideró que debía comedirse y se acercó a las sobrinas de Justo para ofrecer su ayuda.

Iba en aumento la concurrencia y José María fue en busca de su padre para sugerirle un lugar menos bullicioso donde no perdiera el hilo de su plática. Juan Bautista se levantó, lo tomó del brazo, y antes de moverse de su sitio, le preguntó:

—¿Es de Córdoba la joven con quien hablabas hace un momento?, la que ahora se encuentra de pie a un lado de Justo.

—Si, es Margarita Pastrana, viene con sus hermanos. Su madre es prima de la esposa de Justo, su padre murió

hace algo más de dos años y viene a esta casa con cierta frecuencia.

—Me ha recordado a Nelly, mi abuela, y sentí curiosidad por saber quién era.

Juan Bautista la observaba; sus facciones suaves y su figura algo rolliza, traían a su mente a su abuela; tenían el mismo color de ojos y de cabello, aunque Margarita le parecía un poco más alta.

José María se encontraba bien entre los jóvenes Pastrana; dominaban casi cualquier instrumento y con su música se habían hecho acreedores a que se les requiriera en toda clase de festejos. A pesar de su gusto por la música, a José María no se le facilitaba interpretarla, pero eso no impedía que acompañara a todas partes a los jóvenes músicos.

—¿La hermana de los Pastrana los acompaña a donde se presentan? —le preguntó una tarde Juan Bautista cuando se alistaba para salir a un festejo.

—No siempre. Asiste únicamente cuando los anfitriones son personas allegadas a la familia de Justo.

—Se me ocurrió que pudieras haberte interesado en ella.

—Te aseguro que no, es muy formal para mi gusto.

—¿Pues qué es lo que te atrae de una joven? No creo que prefieras una faramallera.

—No tanto —José María se reía al responder, pensando en que lo que menos quería, eran tratos formales con alguna muchacha.

—Creo que te sentirías bien en compañía de jóvenes sensatas.

—Creo más bien que te gustaría que la tratara más.

Diciendo esto, José María tomó su saco para retirarse y dio la plática por terminada.

Cuando regresó de la fiesta, Joaquín estaba en la casa.

Hasta muy entrada la mañana saludó José María a su hermano; cuando él despertó, Juan Bautista y Joaquín habían salido a la plantación. Cuando volvieron, él estaba trasteando en la bodega en busca de una balanza.

Ahí lo saludó Joaquín y esperó a que la encontrara para entrar a la casa.

—He comprado un poco de plata para fundirla en unas campanas que me han encomendado. El sonido que registran cuando se les mezcla algo de plata es admirable y quiero que lleven el peso correcto.

Por un rato platicaron. José María no se daba cuenta de que sólo él hablaba, Joaquín hacía preguntas y comentarios por decir algo, pero no hacía mención alguna de sus andanzas. Más tarde, cuando terminaban de comer, José María se enteró por su padre de que Joaquín había ido a Orizaba para evadir a los delegados de Hacienda; los señores pretendían cobrarle lo que había eludido de contribuciones y alcabalas.

Hacía algún tiempo que Joaquín se había dedicado a trabajar por su cuenta. Comerciaba con aceite, vino, géneros y azogue… todo de contrabando. En algunos

aprietos se había visto pero de todos había salido bien librado, según afirmaba. En esta ocasión, las cosas eran diferentes y su astucia no había bastado para zanjar las dificultades: la bancarrota del sistema hacendario dio lugar a una despiadada cacería de evasores y traficantes.

En el mes de abril de 1838, una escuadra francesa de barcos, la mayoría de vela, sitió las costas de Veracruz. Reclamaba Francia unas indemnizaciones por perjuicios ocasionados por mexicanos a ciudadanos franceses residentes en México. Al parecer, la deuda que tenía casi trece años, no había sido tomada en serio por el gobierno mexicano. Seis meses conferenciaron con los comisionados franceses. Finalmente aceptó el gobierno cubrir la deuda en abonos, pero los abonos no llegaron nunca y los franceses optaron por cobrarse a cañonazos.

Hacía seis meses que José María se había dado de alta en el ejército, y en el lacónico destacamento que llevó a Veracruz el general Gaona, se encontraban José María y Antonino Valerio, que ahora era su compadre.

Antonino se había casado y para esas fechas tenía un nene a quien José María había bautizado.

El razonamiento que daba Antonino para apoyar decididamente la defensa del puerto era la injusta cobranza.

—Como soldados, nuestro deber es ir, pero además, veo en esta lucha la forma de devolver su prestigio al general Santa Anna, luego de la humillación que recibiera de los texanos.

El regimiento se fortaleció con soldados de leva y sobre todo, con voluntarios veracruzanos resueltos a defender el puerto.

Antonino tuvo que contener sus arrestos al llegar a Veracruz; una disentería le impidió llegar a San Juan de Ulúa.

La madrugada del 27 de noviembre, José María salió con la tropa hacia el islote sin que se les hubiera suministrado un plan concreto de defensa. A grandes rasgos les dieron a conocer algunas estrategias pero como todo presagiaba que acabarían pronto con el enemigo, no era cosa de ponerse a diseñar complicadas tácticas.

Cuando, después de cinco horas cesó el cañoneo, el recuento fue de 67 patriotas muertos, más de 130 heridos y la moral de la gente totalmente disminuida.

El mal organizado Ejército Mexicano no había recibido más deterioro gracias a la mampostería de piedra muca con que había sido construido el castillo. Las balas francesas rebotaban en la argamasa coralina de San Juan de Ulúa, dejando tan solo una depresión en la superficie.

El general Santa Anna llegó de Manga de Clavo una hora después de que cesara el fuego. El cuadro que presenció no era lo que él necesitaba para anotarse puntos a favor y volver a entrar en circulación, pues aunque no estaba a cargo de la guarnición, sabía bien

que con una buena guerra reivindicaría su maltrecho nombre, tan infamado.

Con un ejército desmoralizado y hambriento, el general Gaona acordó con sus oficiales evacuar el fuerte y capitular.

José María, acuartelado en La Merced, cavilaba sobre los pésimos resultados de su lucha. Averiguaba el parecer de sus compañeros sobre una salida airosa para el Ejército Mexicano. Se enteró que algunos pensaban que quizás al gobierno le conviniera que se prolongara el bloqueo para favorecer el consumo de artículos mexicanos, y así frenar algo las importaciones y el contrabando. Por su parte, a Francia parecía no correrle ninguna prisa: su flota se abastecía de la Martinica.

El presidente Bustamante reprobó la capitulación y envió un nuevo contingente, nombrando al general Santa Anna Comandante en Jefe.

El combate entonces se dio en el puerto. Con el armamento de los baluartes inutilizado, la batalla se dio, en gran parte, a punta de bayoneta. En el muelle se encontraban algunos cañones útiles, y ahí se dirigía el general Santa Anna cuando fue alcanzado por un proyectil en la pierna izquierda.

A casi veinte metros de donde el general cayera, José María intentaba hacer menoscabo en el grupo invasor accionando un cañón. No se enteró, hasta tiempo después de dejar su puesto, del percance del general, a quien le estaban ya amputando la pierna.

El pueblo veracruzano, que con denuedo había participado en la lucha, terminó huyendo. Familias enteras emigraron a sitios más seguros.

Hacía más de una semana que Juan Bautista no recibía noticias de José María; en cambio, Joaquín acababa de darle una que le había dejado atónito. Lo que en otras circunstancias le hubiera puesto contento, ahora lo había enfadado.

La noticia que Joaquín se había guardado desde que llegara, consistía en que era padre de dos hijos. La mayor era una niña de un poco más de un año, y el segundo tenía dos meses de nacido cuando él dejó la Ciudad de México.

—¿Y cuentan con algún recurso que les permita vivir en tu ausencia?

Apenas contenía Juan Bautista su disgusto cuando intentaba que su hijo le diera detalles de su nueva familia.

Pocas ganas tenía Joaquín de entrar en pormenores, y a duras penas lo puso al tanto:

—Salí de forma apresurada y aunque mi mujer contaba con dinero para pasar unos meses, supongo que se le habrá terminado y ahora debe estar con su madre, que es viuda y vive sola.

—¿Cómo que supones, so negligente? ¿Dónde has visto que una familia se deja al garete?

Joaquín no respondió; estaba visto que con su padre no podría nunca llevar un diálogo que tuviera un buen final.

Juan Bautista no quiso saber más, trataría de enterarse por medio de Juan de Dios del paradero de la muchacha. Le preocupaba que sufrieran carencias mientras Joaquín volvía, cosa que solamente él sabía, pues nunca había dado fecha para su regreso.

Tenía Juan Bautista dos días sin presentarse por la plantación a causa de una hinchazón en un pie. No bien terminaba de hablar con Joaquín, cuando llegó a la casa Gonzalo para informarle que la granizada de la mañana había causado grandes estragos en las matas de tabaco. Ese año se había propuesto volver a ese cultivo y aunque el sembradío no era muy extenso, el reporte de Gonzalo era desalentador. Se consolaba pensando en que conservaba otros cultivos menos delicados, aunque de mucho menor precio.

Joaquín aprovechó la visita de Gonzalo para irse con él. Su primo le había caído del cielo para dar por terminada la molesta plática con su padre.

Cojeando se levantó Juan Bautista para calentarse un té. Lejos de mejorar, el dolor del pie se le había agudizado. Llevó su té a la mesa y se sentó a esperar a que enfriara un poco para poder beberlo; apoyó sus codos sobre la mesa y se cubrió la cara con las manos haciendo un poco de presión en la frente con la punta de los dedos. De pronto, sintió húmedas las palmas de sus manos y notó entonces que de sus ojos brotaban lágrimas a raudales.

Con un paño de la cocina se limpió la cara, con prisa, como si de eso dependiera el recobrar su entereza; sin embargo tuvo que aceptar que su tristeza no se iría por secar sus lágrimas; apoyó su cabeza sobre sus brazos encima de la mesa y dejó que el llanto fluyera sin hacer intentos de detenerlo, ni de saber a cuál de sus congojas se debía.

Tres semanas después llegó a la casa José María: "No es el mismo muchacho que salió de aquí", pensó Juan Bautista al verlo.

José María estaba más delgado, su aspecto era más severo y sus movimientos parecían más lentos; llevaba, además, unas antiparras que le daban aire de persona mayor. Abrazó a Juan Bautista como si hubieran transcurrido años desde que se fuera.

—No sabes lo que agradezco a Dios tenerte de regreso con bien.

—Voy a descansar unas semanas. Parece que el conflicto se ha terminado: el presidente Bustamante finalmente ha capitulado y va a hacer el pago que Francia le está exigiendo.

—Después platicaremos largo y tendido; por lo pronto descansa, pues en cuanto sepan tus tías que has llegado, aquí las vas a tener.

Sin embargo, al correr de los días, las pláticas de José María se limitaban a comentar los altibajos que sufría el país por las decisiones e indecisiones del confuso gobierno, y a describir la negociación que

con Francia se había hecho finalmente: "… En la que intervino Inglaterra, interesada en que se abrieran los puertos, cerrados un tiempo desde Campeche hasta el Río Grande" apuntaba José María. Y en ese tenor llevaba sus pláticas evadiendo los detalles de su participación en la refriega, como si lo que quisiera oír Juan Bautista se limitara a los lances del gobierno.

En pocos meses las actividades de José María volvieron a ser las mismas, y el asistir de nuevo a reuniones le ayudó a recobrar su buen carácter, condición que procuraba mantener frente a Juan Bautista, en vista del estado de aflicción que ya casi no lo abandonaba.

En ocasiones llevaba amigos a la casa, preparaba algún aperitivo y trataba de involucrar a su padre en su tarea de anfitrión. Joaquín había regresado a la Ciudad de México, y aunque eso parecía haber tranquilizado a Juan Bautista, no daba trazas de levantar cabeza.

Y fue precisamente el afán de sacar a Juan Bautista de su desánimo, lo que alentó a José María a buscar la compañía de Margarita Pastrana, recordando el buen juicio que de ella se había hecho su padre.

La muchacha era sencilla, platicaba sin aspavientos sobre los cambios de fortuna sufridos en su familia, ocurridos a raíz de la muerte de su padre y que les habían dejado en una posición de desventaja con el resto de su familia paterna. Sus visitas a Orizaba, cada vez más frecuentes, obedecían a ofertas de trabajo que un tío materno hacía en ocasiones a sus hermanos.

Finalmente, José María decidió cortejar de manera formal a Margarita. El día que habló con Juan Bautista acerca de sus intenciones, lo notó más taciturno que de costumbre.

—Si piensas casarte con ella, enhorabuena, pero toma en cuenta que tendrás que modificar algunos de tus hábitos; a tus treinta años no se vislumbra que te agrade la vida apacible de familia.

—Ya me gustará, y tampoco se trata de enterrarse en vida.

Juan Bautista no le siguió más la conversación. No quería pensar mucho en el asunto, pues terminaría inquietándose por la vida que pudiera esperarle a la ingenua muchacha.

A Margarita la visitaba en Córdoba un joven vecino que no le desagradaba; se conocían desde niños y aunque el muchacho no había decidido formalizar su relación, daba a entender que su futuro lo veía al lado de ella.

Cuando Margarita estuvo al tanto de las intenciones de José María, relegó al indeciso vecino, abrevió drásticamente sus cartas y finalmente, las suspendió.

Una vez tomada la tan postergada y trascendente determinación, José María, que contaba con el aprecio y la confianza de la familia Crespo, quiso reducir el tiempo de cortejo planteándole a Margarita la conveniencia de restringirlo a cinco meses.

Y al correr de los días, tuvo que reconocer que el impulso inicial que lo llevara a hacerle la corte a

la muchacha, había dado paso a un sincero cariño. Disfrutaba su compañía y admiraba facetas de su naturaleza que apenas ahora conocía.

Inicialmente, Margarita dio por sentado que la boda se efectuaría en Córdoba pero pronto cambió de parecer, cuando cayó en la cuenta de que su familia, en su mayoría, se encontraba en Orizaba.

El último día de septiembre de 1839 se casaron en la iglesia de San Juan de Dios.

José María le dedicó más tiempo a la plantación y para beneplácito de Juan Bautista, notificó que se separaría temporalmente del ejército; había recibido una condecoración y un ascenso, pero discrepaba con algunas modificaciones que la ordenanza había sufrido. Le parecía que el trato lépero que Santa Anna daba a los oficiales, denigraba esencialmente al ejército y se valió de un padecimiento de los riñones que recientemente le había aquejado, para requerir su licencia.

El 5 de marzo de 1843, el general Santa Anna dio inicio a su séptima gestión presidencial. Un mes después nació la tercera hija de José María.

El gozo que la llegada de sus nietas le había proporcionado a Juan Bautista, había repercutido en su salud. Se le veía animoso y con menos padecimientos, y tan recuperadas sentía sus energías, que aceptó la invitación que Juan de Dios le hizo para ir a la Ciudad de México.

De casi un mes fue su estancia en la casa de su cuñado. Julia seguía ocupada en la manufactura de su corsetería, industria en la que Juan de Dios se había involucrado. Se les veía prósperos y a pesar de que estaban siempre atareados, vivían tranquilos.

Conoció a la familia de Joaquín. Josefa, su esposa, le pareció que representaba más edad de la que tenía y los niños, que ahora eran tres, le dieron la impresión de que extremaban la cortesía, como si se les hubiera aleccionado para la ocasión.

A petición suya lo llevó Juan de Dios a ver la casa de los de Gálvez. Siete años hacía que había muerto don Eleuterio y cinco de la muerte de doña Clara, quien sola había sobrellevado su enfermedad y sola había muerto, al rehusarse a ir con don Agustín a Cuba para recibir las atenciones de su familia.

—Yo creo que sus últimos días fueron más tranquilos que si se hubiera ido —opinaba Juan de Dios—, vivía con menos criados pero estaba bien atendida.

La casa le pareció ahora lóbrega a Juan Bautista. Algunos de los árboles que la circundaban se habían secado y se imaginó el jardín interior: "Aunque pudiera entrar, no se me antojaría", pensaba, recordando la atención que doña Clara prodigaba a sus plantas.

—Se ve triste y descuidada —le hacía notar Juan de Dios—, alguien la estará atendiendo, pero se deja ver que no tiene movimiento.

—No tiene vida.

La taciturna respuesta de Juan Bautista manifestaba no sólo añoranza de lo que fuera la casa, sino de lo que él mismo había sido, pareciéndole haber sufrido el mismo deterioro de la desolada finca.

Cuando llegó el momento en que debía regresar, Juan de Dios le pidió que alargara un poco su estancia.

—Me parece que no te han sido de mucho provecho las visitas a los lugares que te recuerdan otros tiempos, te ves más abatido ahora.

—Llegué con muy buen ánimo, es cierto, pero me he hecho sensiblero, hay veces que hasta yo me desconozco.

Juan Bautista hizo un esfuerzo por rescatar su aspecto cordial; siempre le habían parecido descorteses las personas adustas y sentía que la tristeza le daba un aire hosco.

—Prolongaré mi visita tres días más y seguiré el recorrido que me traces, alegre como una castañuela.

Le gustó a Juan de Dios el tono con que respondió su cuñado. Tenía deseos de charlar con él como años atrás y ahora le parecía que podría hacerlo.

En el centro de la ciudad fueron los paseos de los últimos días: en El Parián compró Juan Bautista dulces para las niñas y recorrió algunos cajones de ropa en busca de algo novedoso para Margarita.

—Creo que te llevas bien con tu nuera —le comentó Juan de Dios.

—Es una muchacha apegada a la familia, desearía que José María entendiera bien eso y correspondiera

con un poco más de atención a ellas. Yo trato de pasar mi tiempo libre con las niñas para darle un descanso a Margarita; me molesta que él gaste tanto tiempo en la fundición, en las reuniones de no sé qué comité, y en pamplinas.

—No esperes que siga en todo tus pasos, José María disfruta la vida.

—Si disfrutar es pasar días sin poner un pie en la casa, desde luego que disfruta.

Curiosamente, la voz de Juan Bautista no tenía tono de enojo.

—No será cosa de todos los días —le alegó Juan de Dios.

—Con José María me entiendo muy bien, y si algo de él me disgusta, prefiero no reñirlo; cuando lo hago se reprime y se ve menguado. Hace lo posible por darme gusto y se lo agradezco, pero tampoco voy a proyectar su vida, es un muchacho bueno, aun con sus fallas.

—Tal vez convendría que hablaras más también con Joaquín, tal vez entenderías mejor su carácter—, le aconsejó Juan de Dios.

—Con José María puedo hablar, con Joaquín no, Joaquín es escurridizo.

Las discordias y el poco tino del cambiante gobierno ayudaron a que el País del Norte pudiera perpetrar su afán de extensión: más de la mitad del territorio mexicano pasó a ser de su propiedad. En mayo de 1846, el presidente Polk declaró la guerra a México arguyendo

que "había derramado sangre norteamericana en suelo norteamericano", y arremetió por todos los frentes.

En enero de 1847, Nuevo México y California, con poca población y casi sin defensa, habían sido anexados a los Estados Unidos.

La superioridad técnica del ejército norteamericano aseguró la ocupación del norte, mientras su marina bloqueaba los puertos.

En La Angostura, luego de una heroica lucha de dos días y cuantiosas pérdidas en los dos bandos, el regimiento de Santa Anna se retiró, lo que equivalió a una derrota.

En Orizaba se instauró un batallón de jóvenes, muchos de ellos hijos de familias acaudaladas que, con su enorme patriotismo, pretendían compensar la falta de un adecuado armamento.

En el mes de marzo las huestes del general Scott desembarcaron en las islas de Sacrificios y San Juan de Ulúa, y en el Puerto de Veracruz. Nuevamente el ejército del general Santa Anna y el pueblo veracruzano pelearon valientemente; y nuevamente la ciudad quedó reducida a escombros. El general Scott era dueño de la plaza.

La compañía de José María, a la que había vuelto desde hacía siete meses, fue enviada, con algunos reclutas de Veracruz, y el remanente de la batalla de La Angostura, a Cerro Gordo, paso obligado para el general Scott en su camino a la Ciudad de México.

Con inusitada rapidez levantaron y artillaron baluartes y trincheras, seguros de que ahí rendirían al enemigo; pero a unas horas de iniciada la batalla, el desfavorable escenario que les rodeaba les llevó a perder la confianza. El ánimo y el denuedo no fueron suficientes para someter las baterías norteamericanas, y los bríos disminuyeron cuando su comandante en jefe, el general Ciriaco Vázquez, fue abatido por las balas de los invasores.

Las bajas que le infringieron al ejército de Scott fueron cuantiosas, pero una vez más, su artillería de largo alcance les permitió posesionarse del lugar. El general Santa Anna huyó hacia Orizaba, y la mal avituallada tropa mexicana se dispersó. Las fuerzas norteamericanas pronto ocuparon Puebla, y en pocos días rindieron a la Ciudad de México, sitiándola. El 14 de septiembre de 1847, la bandera norteamericana ondeaba en Palacio Nacional.

Los ascensos de José María no enorgullecían a Juan Bautista; con que su hijo volviera entero de las refriegas le bastaba, y agradecía a Dios que, aun cuando no le había concedido retirarlo de la milicia, le confería la gracia de regresarlo con buena salud.

Y a Margarita, que no veía la hora en que su marido se quedara en paz, le era indiferente el nuevo grado que José María ostentaba.

—A mí me ilusiona mucho que mi sobrino destaque —le decía Flora a Margarita— y es una lástima que no

tenga hijos varones; ellos apreciarían sus galardones mejor que las niñas.

Flora iba a la casa con frecuencia; disfrutaba enseñando a las niñas a bordar y a confeccionar dulces sencillos, labores que Margarita no les ponía por falta de tiempo para vigilarlas.

—No es pesado para mí atender a las niñas y es mejor tenerlas ocupadas para que tu mamá descanse de la boruca que habitualmente hacen —argumentaba Flora.

—Es imposible tenerlas quietas todo el día; mamá se tendrá que acostumbrar a que ahora está en una casa donde se hace ruido.

Doña Conchita, la madre de Margarita, estaba en la casa desde un poco después de que José María se alistara de nuevo en el ejército. De Córdoba la habían llevado perniquebrada. Allá, sus dos hijos no la podían cuidar y en Orizaba estaba Margarita que, a consideración de ellos, tenía el deber de atenderla, pues era mujer y estaba en casa.

Pero para Margarita el problema no era la invalidez en que se encontraba su madre, el problema era que doña Conchita, desde su lecho de enferma, pretendía dirigir todo y con mucha frecuencia la sacaba de quicio.

A Juan Bautista, las necedades de su consuegra le divertían pero le preocupaba el que Margarita malgastara tanto tiempo tratando de razonar con ella, terminando el día más cansada y mortificada.

En diciembre enfermó seriamente doña Conchita, en ratos perdía la memoria y solía ubicarse en años y lugares que no tenían que ver con la realidad. Ese mes, Emilia, la mayor de las niñas, cumplió siete años, y aunque no era corpulenta, tenía trazas de ser mayor por la formalidad con que acometía cualquier tarea.

A Juan Bautista las tres chiquillas le habían llenado la vida. Bárbara, la segunda, era la más apegada a él, pero Emilia lo subyugaba por el celo que ponía en todo lo que hacía.

El último año se había ocupado de escribir a Marie con mayor frecuencia, pues su correspondencia se había espaciado por un largo tiempo. Recientemente sus cartas eran más extensas y con amplios relatos sobre las criaturas.

Cerca de seis meses bregó Margarita con su madre. A mediados de junio Dios se acordó de ella. La familia Pastrana era grande y al duelo se presentó un gentío; la casa era insuficiente para acomodarlos dentro y hubo necesidad de pedir sillas prestadas para acomodar a algunos asistentes en el patio.

Los nueve días de rezos en la casa casi enferman a Juan Bautista:

—Convengo en los rezos —le decía una tarde a media voz a José María— lo que me pone bombo es el chismorreo que sigue; no terminan nunca de hablar.

—Cuando Trini se hacía cargo de los rosarios dispersaba pronto a los acompañantes; decía que la

reunión se hacía sólo para cumplir con los novenarios, pero a Margarita le parecía una descortesía hacer salir a la gente al terminar el responso.

"En verdad", pensaba José María, "la paciencia de Margarita es admirable… y me congratulo sinceramente por eso".

Dos años después, en 1850, se presentó el cólera de nueva cuenta en la ciudad. No mostró el carácter violento de años atrás, pero su permanencia fue mayor, se alargó a cuatro meses. El número de defunciones fue menor y ahora los contagiados de la familia fueron Tomás y su esposa, que, para su buena suerte respondieron bien a los tratamientos.

Los conflictos entre tabacaleros y gobierno parecían no terminar. El general don Mariano Arista, presidente del país desde los inicios de 1851, gozaba de aceptación en el estado, no así algunas autoridades emplazadas en Orizaba. La empresa tabacalera tenía grandes cantidades de tabaco y algunos socios habían contratado con el gobierno la renta estancada de su producto. Planearon entonces que ese año las siembras fueran cortas y a algunos se les ocurrió que era indispensable promover una revolución en los distritos cosecheros, con el objeto de que los labradores no se pudieran ocupar en sembrar.

En Coscomatepec vivía don Francisco Vargas, hombre honrado y de buena reputación, pero de escasas luces.

A él acudieron algunos afiliados a la compañía echando mano de su candidez.

La revolución ya estaba siendo encendida en algunos lugares del estado, según se decía, por un señor Rebolledo que agitaba a los inconformes con el gobierno. Alentado por un su compadre, el señor Vargas se alzó en armas con la gente que en algunos pueblos pudo reunir y se dirigió a Orizaba, fortificándose en el Templo de Santa Gertrudis.

La Guardia Nacional, al mando del coronel don Ignacio de la Llave, se acuarteló en el ex convento del Carmen, extendiendo su línea de defensa hasta el edificio de la factoría vieja.

En casi un mes las escaramuzas que habían ido subiendo de tono, llegaron a un punto en que la ciudad se vio totalmente rodeada e invadida por los alzados; se calculaban entonces sobre doscientas las bajas en ambos bandos.

Finalmente, el gobierno federal envió una fuerza competente a sofocar lo que en sus inicios había considerado como un conflicto local y sin importancia.

Sometidos los pronunciados, fueron entregados al fuego los tercios de tabaco con que habían hecho trincheras en distintos puntos de la ciudad, y desalentado Vargas, levantó el sitio.

Como La Asonada de Vargas pasó a la historia de Orizaba este ruidoso acontecimiento.

El día de finados acompañó Juan Bautista a la familia al cementerio. Trini y Flora, como siempre, coordinaban el recorrido. En cada tumba de la familia se decían oraciones y se dejaban flores, y en esta ocasión, Juan Bautista las siguió sin evitar ninguna.

Comenzaron con Genaro, el esposo de Trini, muerto tres años después que Soledad. Trini, luego de elevar algunos rezos, dio inicio a un soliloquio en el que, de entrada, le manifestaba que seguía añorando su presencia en la casa y que lo tenía constantemente en su memoria; de ahí pasó a una serie de reproches por el descuido en que tuvo su salud, y terminó con mil recomendaciones. A Juan Bautista le divertía el parloteo de su cuñada pero la escuchaba con la obligada seriedad. Nunca había visitado la tumba de Genaro, y observó que a un lado se encontraba sepultado Salvador, su hermano. Al ver Juan Bautista la fecha de su fallecimiento, vino a su mente Nelly, quien había muerto ese mismo día: 18 de agosto de 1830. "Este hombre tenía cuarenta y seis años al morir, Nelly noventa y uno", y siguió con sus reflexiones: "Y según Marie, conservó su lucidez hasta el final", considerando su avanzada edad, para Juan Bautista eso era señal de buenísima salud mental, "lo común es lo contrario, los ancianos pierden el hilo de los acontecimientos y los falsean".

El 27 de septiembre de 1854, el general don Esteban Barbero, prefecto de la ciudad, presidió el acto de inauguración de la alameda. En una pequeña caja de

plomo se guardaron copias impresas de los discursos ahí pronunciados y algunas monedas; la caja se colocó dentro de una piedra de granito sobre la que se levantó la columna del norte.

Entre los asistentes se encontraban José María, Margarita y Amada, la menor de sus hijas. En tanto que José María se inmiscuía con un grupo de personas que se entretenían estimando el costo que podría tener el parque, y cuestionando si no sería mejor utilizar los dineros en esto o en aquello, Margarita se rezagaba imaginando el enorme espacio, invadido de gente en esos momentos, recamado algún día con fuentes, aceras e infinidad de árboles.

Dos años antes, José María, igual que algunos compañeros de milicia, había recibido en dación un solar como retribución a servicios prestados a la patria. El terreno que le correspondió a José María se encontraba en el Barrio de Santa Anita; tanto a él como a los demás vecinos, la parroquia del lugar les hizo una permuta con una porción de su propiedad para la edificación de la alameda o para la capilla de Santa Anita que se encontraba casi en ruinas. Su lote se situaba justamente frente al lado norte de lo que sería la alameda, y abarcaba la manzana completa.

Había llevado en una ocasión a Juan Bautista para pedirle su opinión sobre el terreno: José María pretendía fincar en un futuro. La casa, desde luego, albergaría también a su padre.

—Vivirías con más comodidad; las niñas son ruidosas y su pieza está cerca de la tuya.

—Me gusta mi casa y ahí pienso vivir hasta el último de mis días, y si le quieres hacer alguna modificación, hazla, pero no hagas desbarajustes.

José María sabía bien que las reformas a la casa de Juan Bautista se tendrían que limitar a aumentar una o dos piezas sin alterar lo construido, pero él pretendía modificar la construcción.

Al volver por la tarde encontraron postrado a Juan Bautista. Por supuesto, Emilia había tomado en sus manos la situación y la había manejado bien; su abuelo había estado orinando con dolor y algo de sangre. Con un recado escrito había despachado a Bárbara a la casa del doctor Moreno, que se encontraba a cinco cuadras. El médico, con problemas para salir de su casa en ese momento, le había enviado unos remedios con la niña.

—Habrá que llevarte con el doctor si él no puede venir —le recomendaba José María.

—No hace falta. Emilita me ha dado lo que él mandó y me ha cocido unas yerbas.

José María no lo veía bien e insistió con lo mismo:

—No esperes a sentirte peor, si te llevo ahora quizá te ordene otras medicinas y mejores.

—Ya tomé lo que debía tomar y no pienso ir para que me atiborre de más pociones.

Si fue por los medicamentos o fue por el reposo en que permaneció, Juan Bautista anunció en la mañana que estaba mucho mejor.

Antonino, fiel aún al presidente Santa Anna, fue herido al retirarse del Cerro del Chiquihuite tratando de someter a un grupo de pronunciados. Un proyectil se le había alojado cerca de una costilla y, una vez extirpado, el cuerpo de Antonino necesitó tiempo y reposo para recobrarse.

En esos días, José María hizo rutina visitar dos o tres veces por semana a su compadre, a quien generalmente le atendía algún asunto. Adela, su comadre, estaba próxima a dar a luz a su cuarto hijo y rara vez salía de la casa. En ocasiones lo acompañaba Margarita, que invariablemente se iba de ahí también con algún encargo.

No salía Antonino de su convalecencia cuando se presentó el parto de Adela. Se sentía más aprensivo que en los anteriores alumbramientos de su mujer, pero lo achacó a su temporal invalidez. Sus dos hijos mayores se encontraban ese día en la fundición y el menor, más intranquilo aún que su padre, estaba en la casa. Decidió entonces Antonino enviar al muchacho con una nota para José María, pidiéndole que se presentara con él. Cuando quedó solo, sintió que el tiempo se detenía: nadie salía de la habitación de Adela a dar alguna información y a él la debilidad no le permitía desplazarse solo por la casa.

El chico regresó pronto:

—Le entregué el recado a la señora Margarita; tu compadre no se encontraba ahí pero ella me aseguró que no tardaría en volver.

Dos horas después, cuando José María se presentó en la casa de Antonino, Adela había muerto.

Lo primero que se le ocurrió a José María fue ir en busca de Margarita y de las dos niñas mayores para que dispusieran algo de comer, alistaran la casa para el velorio y, desde luego, para que se hicieran cargo del recién nacido.

El atribulado Antonino hablaba tanto, que Margarita, embrollada, no sabía por dónde empezar.

Y empezó con lo que ella consideró primordial: salir en busca de un sacerdote. Acudió a un templo cercano donde le pidieron que esperara a que volviera el capellán. Impaciente, se disculpó y se fue en busca de otro párroco. En La Concordia encontró al padre Bezares, le expuso la situación de la familia y le pidió que, por amor de Dios, se presentara esa noche en casa de los Valerio:

—La pobre mujer murió sin haber recibido la extremaunción; el parto se presentó un poco antes de lo anunciado y no había en su casa más gente que la que le ayudaba en su trance. Su esposo se encuentra postrado.

—Ahí estaré temprano. Y en lo que debes pensar ahora es en buscar una nodriza para ese niño, que, como dices, no llegó muy saludable, y enseguida veremos que se le bautice, por la misma razón.

—Así lo haré. Ahora mismo iré a indagar quién puede amamantar a ese niño y con su padre trataré el asunto del bautizo.

Cuando se presentó con Antonino para que él aportara los datos que hacían falta para bautizar a la criatura, Margarita no imaginó que sería ella a quien Antonino designaría como madrina.

José María le había bautizado al mayor de sus hijos cuando todavía era soltero, pero, por lo visto, ahora su marido repetiría el compadrazgo y ella, al ejercer su función de madrina, sería su comadre.

Bien sabía Dios que el parentesco espiritual que Antonino le estaba proponiendo no acababa de cuadrarle. Por su calidad de huérfano, al niño se le debería dar una madrina que le dedicara un tiempo que ella no creía tener; además, Antonino no era santo de su devoción.

Cuatro días después se efectuó el bautizo y el recién nacido quedó al cuidado de Margarita mientras llegaba de Tehuacán una sobrina de Adela, que luego de cinco años de casada no había tenido hijos. Su padre, hermano de Adela, aseguró que la muchacha estaría encantada de llevarlo con ella.

Antonino hubiera podido dejar al niño con la mujer que por algunos años había servido en la casa, y que ahora atendía a sus hijos mayores, pero él se ausentaba de la ciudad con frecuencia y el agrio carácter de la mucama lo detenía para confiarle al recién nacido.

Casi un año después, y luego de algunas cartas avisando que pronto iría por el niño, llegó la sobrina. Al parecer, no acababa de ponerse de acuerdo con el marido para hacer en firme el compromiso de llevarse al chiquillo; finalmente venció su insistencia y un buen día se presentaron con Antonino para tratar personalmente el asunto.

Margarita, que al iniciar el compromiso que se impuso para con su ahijado, argüía que esa carga no le correspondía y que lo hacía sólo como obra de caridad, ofreciendo al señor sus fatigas, se quedó aturdida cuando se le anunció que se llevarían a Benjamín.

Todos en la casa estaban enterados que el niño estaría temporalmente con ellos, pero el cariño que le habían cobrado les hacía imaginar que quizá no llegaría el día que se fuera.

La buena noticia era que la parienta de Adela regresaría a radicar a Orizaba.

—Dentro de pocos meses estaremos aquí de nuevo y podrán verlo cuando deseen.

De cualquier manera, las niñas lloraban y Margarita trataba de consolarse pensando que era preferible que alguien de su familia lo tomara a su cargo, pues no dejaba de ser compromiso para ellos "si algo le llegara a pasar".

Tanto Juan Bautista como José María, se habían acostumbrado a la presencia de Benjamín y les apenaba que se tuviera que ir, pero nunca perdieron de vista que

el chico no les pertenecía y que su padre, siempre que iba a verlo, se disculpaba por la molestia que ocasionaba y les hacía mención de las personas que se harían cargo de él.

El día en que finalmente llegaron por el niño, Margarita daba mil indicaciones a los parientes del chico mientras hacía entrega de sus pertenencias. Los acompañaron hasta que subieron al coche y una vez que se marcharon, Margarita comentó a José María:

—Parece como si el cielo se hubiera entristecido también; no hay nubes y el sol se nota opaco; la luz que se percibe es como cuando hay eclipse.

José María había advertido algo anormal en el cielo, y ahora que lo mencionaba Margarita, entró a la casa en busca de Juan Bautista. Juntos estuvieron especulando sobre la opacidad de la luz.

No tardaron en enterarse de que lo que opacaba el sol era una enorme nube de langosta.

Con ojos azorados contemplaron el movimiento de la voraz nube: millones de insectos cayeron sobre cuanto vegetal había.

Durante algunos días el sol permaneció oculto por la densa columna de más de diez leguas de longitud, y cuya latitud se suponía era de seis, puesto que comenzaba en El Carrizal y se extendía hasta los Llanos del Sumidero.

El azote no sólo devastó el Cantón de Orizaba sino algunos más de los que se encuentran inmediatos. Como fecha aciaga recordarían ese mes de mayo de 1856.

Don Antonio López de Santa Anna había abandonado el país en agosto de 1855, y como presidente interino se designó a don Juan Álvarez. Iniciando su gestión, se expidió la convocatoria para la instalación de un congreso constituyente, se suprimió el fuero eclesiástico y se iniciaron otras reformas liberales que alarmaron a los católicos. Álvarez, intranquilo por lo que se gestaba, renunció a la presidencia quedando en su lugar don Ignacio Comonfort. Don Ignacio, bien intencionado, quiso amalgamar los partidos, pero las revoluciones se sucedían unas a otras.

Finalmente, el 5 de febrero de 1857, se expidió la Constitución, a la que hubo de someterse, muy a su pesar, el presidente Comonfort. El naciente sistema contenía artículos que contrariaban la disciplina de la Iglesia Católica.

Con música y tropa de la guardia nacional, las autoridades de Orizaba intentaban promover la ceremonia de publicación y jura de la Constitución.

Un completo desaire de los orizabeños recibieron las autoridades. Encerrados en sus casas, obstruyendo la vista a la calle con postigos y cortinas, y tratando de ignorar el desfile de la comitiva, fue como manifestaron los ciudadanos su descontento.

La fila estaba compuesta únicamente por autoridades y algunos empleados de la administración pública a quienes hicieron jurar obediencia, ocasionándoles un severo malestar en sus conciencias.

De acuerdo a la Constitución se efectuaron elecciones, quedando de nuevo el general Comonfort como Presidente de la República y el señor don Benito Juárez como Presidente de la Suprema Corte de Justicia. Ambos tomaron posesión de sus cargos el primero de diciembre de 1857.

A Comonfort lo seguía dominando la idea de reconciliar los partidos y pretendió convocar un congreso del que resultara otra Constitución, "más en armonía con las costumbres y necesidades del país".

En vista de que el Presidente Constitucional de la República había roto la carta fundamental a que debía su nombramiento, el señor Juárez se trasladó a Guanajuato donde se proclamó Presidente de la República. Posteriormente, el 4 de mayo de 1858, en la ciudad de Veracruz, instaló su gobierno.

Entre tanto, las autoridades de Orizaba seguían el curso de los acontecimientos pronunciándose a favor de los constitucionalistas primero, y en contra después.

Juan Bautista había sufrido en los últimos meses un marcado deterioro en su salud; había reducido sus actividades y la mayor parte del tiempo se quedaba dentro de la casa o en una mecedora que Margarita le sacaba al portal. A la peña que frecuentaba, raras veces asistía, pero no manifestaba sentir algún malestar.

Por encargo de José María llegaba a visitarlo el doctor Zamorano, con quien Juan Bautista platicaba largo rato sobre cualquier asunto, menos de padecimientos; y cada

vez que el médico trataba de abordar el tema de su salud, Juan Bautista se ingeniaba el modo de evadirlo, volviendo a lo que llamaba "cosas más amenas". Invariablemente, cuando recibía visitas que le entretenían, como era el caso del médico, Juan Bautista echaba mano de sus licores.

—Es hora de una bebida espirituosa —anunciaba.

Y sacaba entonces algún jerez u otro líquido sutil con escasa graduación etílica.

Un poco más tarde, si la visita se prolongaba, salían a relucir bebidas más agresivas, como era un aguardiente de orujo "reposado en roble", según declaraba.

—Esto de espirituoso ya no tiene nada, amigo Juan Bautista —alegaba esa tarde el doctor Zamorano.

—Que se cuiden los jóvenes; a mis años ya se deben consentir ciertos gustos.

Entró en ese momento a la casa José María, y aunque sabía bien que su padre no iba a perder nunca el registro de lo que bebía, consideró que el médico debía pararle el alto.

—Le he pedido al doctor que te visite para que te ordene medicamentos que te ayuden a recuperar tu salud. No creo que esos brindis sirvan para eso.

El médico no se inmutó:

—Las recuperaciones del cuerpo no se dan por atiborrarlo de remedios, José María; tu padre tiene lo indicado para sus dolencias, pero nada de lo que hasta ahora se ha inventado le va a quitar uno sólo de sus

setenta y ocho años. Créeme, un rato de solaz le ha de favorecer más que alguna de las pócimas que se toma.

Reconoció José María que no tenía caso molestarse ni incomodar a su padre con razonamientos desatinados; y que el médico acertaba en cuanto a que, lo que empeoraba las dolencias, era el cúmulo de años.

Y a Juan Bautista le divirtió la respuesta del doctor. Infinidad de veces había tratado de hacerle entender a José María que sus males no eran de los que sanaban. Claro estaba que las medicinas hacían su efecto y se manifestaba una mejoría pero las enfermedades no se marchaban.

Tres años atrás José María había empezado la construcción de su casa. Algunos vecinos, considerando la necesidad de adelantar los trabajos de la alameda, habían tenido frecuentes reuniones con las autoridades responsables del proyecto. Con un diseño del ingeniero y coronel don Joaquín Colombres, iniciaron las nivelaciones y deslindes. Al poco tiempo, casi estaba terminado un vallado y la primera fuente, y una vez señalados prados y arriates, se dieron a la tarea de plantar los árboles.

—Es a lo que debemos dar preferencia —insistía José María— antes que fuentes y calzadas, debemos ocuparnos de los árboles.

Y él personalmente plantó algunos álamos y fresnos.

En esa ocasión, acompañado de Juan Bautista, José María verificaba la evolución de algunos árboles y tomaba nota de los que había que reemplazar.

—Lástima que mi cintura no me permita doblarme para hacer ese trabajo, me hubiera gustado dejar aquí también algún árbol puesto por mí.

Juan Bautista se lamentaba echándole toda la culpa a su cintura, como si el resto de su humanidad se encontrara en perfecto estado.

—El hecho de que me acompañes y des tu opinión, equivale a la plantación de todo un arriate.

La respuesta de José María era sincera, le agradaba que su padre lo acompañara y retirarlo un poco del equipal del portal.

—Te sienta más salir que quedarte en la casa con tus papeles, hasta el color te mejora.

—Me entretengo con mis "papeles". Estoy escribiendo cosas sobre los miles de cambios que ha sufrido el país y la ciudad desde que estoy aquí.

—Tu memoria es muy buena y si te amplías en tu relato vas a necesitar varias resmas de papel.

—No será tanto. Aunque inicio mis narraciones con los primeros asentamientos de españoles en este sitio, a quienes seguramente les atrajo su clima sano y sus abundantes pastos para su ganado. He referido también las importantes fuentes de riqueza que han disminuido al correr de los años, como es el caso de los herreros y los tejedores.

—Deberías mencionar en primer lugar la producción del tabaco, disminuida porque el gobierno se ha empeñado en no permitir siembras abundantes.

—Pero no me negarás que muchísimos herreros no pudieron competir con la perfección y baratura de las piezas venidas de ultramar.

—Tienes razón pero en cuanto a las hilanderas y tejedores que han visto mermar considerablemente su trabajo por causa de la fábrica de Cocolápam, debemos reconocer que muchos han encontrado colocación dentro de la misma fábrica, que además ha traído grandes beneficios a la ciudad.

Juan Bautista no pensaba en ese momento en la fábrica, recordaba tan solo las manufacturas que con el algodón, la lana y el pochote se hacían anteriormente.

—Estoy pensando en Flora y Esperanza, que a pesar de las nuevas técnicas para la fabricación de colchones y colchonetas, los fabricados por ellas con su antiguo método, siguen gozando de la misma demanda.

La casa de José María casi estaba terminada, el trabajo del pozo se había tardado y la mudanza se había pospuesto por esa causa. Se ausentó de la ciudad algunas semanas, y al volver se encontró a Juan Bautista recluido en su pieza; hacía días que sólo en ratos se le veía andar por la casa, sin salir ni al patio ni al portal. Había ocasiones en que le llevaban a su habitación sus alimentos, de los que casi siempre dejaba una parte.

—No tengo deseos de salir —le respondió a José

María cuando le insistió para que lo acompañara a hacer unas compras— siento debilidad en las piernas y el dolor de las rodillas no me deja.

—Te hace falta caminar, a eso se debe la debilidad.

—Pues no pienso hacerlo con las piernas así; siento que no me van a soportar.

José María no insistió. Pensó en traer al doctor Zamorano, pero le asaltaba una desazón al imaginar que eso no era asunto de medicinas: "En los días que he dejado de verlo ha desmejorado mucho", pensaba apesadumbrado.

—Vino Trino a visitarme, me platicó de sus achaques y me dijo que me va a traer un alcohol que prepara Flora con unas hierbas, y que a él le ha aliviado el dolor de las piernas.

La voz de Juan Bautista se oía aflautada y débil. José María le respondió cualquier cosa y salió a hacer sus diligencias. Antes de llegar al puente que debía cruzar para ir a hacer su compra, se desvió a la casa del médico.

—En la mañana estaré ahí —le aseguró a José María— antes de comenzar mi consulta iré a visitarlo.

Un poco antes que el doctor, llegaron Trino y Flora con el remedio ofrecido.

—Que te froten un poco con esto y te pones luego una media gruesa —le decía Flora con un sincero deseo de que su remedio le diera buen resultado.

Al llegar el médico se retiraron con Margarita a la cocina y esperaron a que saliera para oír su opinión.

Les servía Emilia chocolate cuando el doctor Zamorano se despidió. Sin dar pie a preguntas salió con José María. Ninguno volvió a hablar hasta que José María regresó:

—¿Qué es lo que tiene el abuelo?, ¿por qué se le oye su voz tan débil? —preguntó Amada, que había estado hablando un rato con él por la mañana.

Con tono de tristeza José María respondió:

—No es nada más su voz lo que se escucha débil; también su corazón.

No hicieron más preguntas. Los visitantes se retiraron un poco después, y José María fue a buscar los apuntes del médico para llevarlos a la botica.

—Tardaré un rato —le anunció a Margarita— son algunas medicinas las que van a preparar.

Esa noche, José María se sentó en la cocina a revisar unas cuentas mientras Emilia alistaba una masa para preparar el pan de la mañana. Se sentía inquieto: la última vez que había entrado a ver a Juan Bautista había notado su respiración más agitada de lo normal.

—No está bien tu abuelo —le comentó a Emilia— antes de acostarme iré a ver cómo sigue.

—Si lo prefieres, me quedo en el sillón de su habitación; ya casi termino con lo que estoy haciendo.

—Es mejor que te acuestes en tu cama para que descanses.

Un poco después, Emilia se retiró; José María se levantó a dar unos pasos y salió a la calle. Andaba lo

que abarcaban tres fachadas y regresaba. La inhalación del aire fresco y la placidez de la noche le despejaron un poco la mente. De pronto, un gran arco verde amarillento apareció en el cielo. José María caminaba hacia el norte y avanzó un poco más, como si al adelantar pudiera ver con más claridad el extraño espectáculo que crecía en luminosidad y colorido, pues ahora, una especie de rayos escarlatas empezaban a dibujarse alrededor del arco.

Tan absorto se encontraba contemplando el fenómeno, que no se había percatado de que un par de trasnochados transeúntes se había detenido junto a él, y confundidos también, miraban el cielo.

—Debe ser algo de hechicería— sentenció uno de los caminantes.

—¿En el cielo? ¡Por Dios! ¿Qué conjuro podría llegar allá? —le apuntó el compañero.

José María consideró que debía también hacer su comentario:

—Estamos a mitad del siglo diecinueve, no es posible que sigamos creyendo en supercherías; todo tiene una explicación.

Al decir esto, José María recordó a un vecino, culto maestro, que vivía a media cuadra de donde se encontraban, y decidió ir a llamarlo.

—Sé de alguien que, si esto tiene algún nombre, él lo debe saber.

Se encaminó hacia la casa del letrado vecino y los dos hombres lo siguieron.

Golpeó con fuerza la puerta imaginando que a esas horas el profesor debía estar profundamente dormido. Luego del tercer golpe pudieron ver a don Santiago asomándose por una ventana. Achicando sus miopes ojos trataba de distinguir a los desconsiderados visitantes.

—Don Santiago —gritó José María acercándose a la ventana y señalando el cielo con la mano—: debo mostrarle algo.

Lo primero que llamó la atención del profesor fue la claridad que se advertía; volteó hacia el punto que José María señalaba y se precipitó a la puerta. En segundos salió a la calle y, sin decir palabra, contempló absorto el prodigio.

—Debo pedirle que me disculpe por el atrevimiento de golpearle la puerta a deshoras, pero creo que esto es digno de verse —y en vista de que su vecino no respondía, José María insistió—: le reitero mis disculpas, don Santiago, no tenía derecho a sacarlo de su descanso a estas horas, debí abstenerme de llamarlo.

—Cosa que no le hubiera perdonado nunca.

La voz del profesor se oyó al fin. Y claro que no estaba molesto, les aseguraba, estaba emocionado.

—Esto es la Aurora Boreal; se vio en la Ciudad de México hace cerca de setenta años, pero sólo ocasionó desconcierto debido a que no se le conoce en estas latitudes. Esto es común en los polos: Aurora Boreal en el Norte y Aurora Austral en el Sur.

Tanto José María como los dos viandantes, y algunas

otras personas del vecindario que se habían agregado, no se perdían palabra de la explicación del maestro.

En la casa, Emilia se había dado cuenta de que su padre había salido. Preocupada por su tardanza se asomó a la calle y pudo distinguir el grupo de personas que se habían aproximado a la casa del profesor, y vio, desde luego, el colorido cielo.

Entró dando voces y enseguida salieron Margarita y Amada.

Cuando Bárbara se encontraba casi en la puerta, se acordó de Juan Bautista y se regresó para saber si su abuelo se sentía en ánimo de salir a ver el cielo a esas horas. Lo oyó toser y salió al portal para dar fe del acontecimiento. Ahí se enteró de lo que el profesor había explicado. Regresó en busca de Juan Bautista y, alborozada, le refirió lo que acababa de ver y oír.

—Al tío Camilo le escuché en alguna ocasión mencionar la Aurora Boreal. Desde luego, él nunca la presenció, pero sabía, incluso, a qué se debía esa variedad de colores.

Le calzó Bárbara sus babuchas para que se levantara. Cuando notó la dificultad que mostraba para ponerse de pie, le tomó el brazo con fuerza pero le pareció que ella se hacía cargo de todo su peso; Juan Bautista no aportaba ninguna ayuda.

—Te llevaré hasta el portal; de ahí podrás apreciar bien lo que está sucediendo.

Juan Bautista caminó dos pasos y se detuvo.

—Regrésame a mi cama, Barbarita, la ventana de mi pieza está al norte; si la abres, desde mi cama podré ver todo lo que me has dicho.

Lo llevó Bárbara a su cama, le arregló las almohadas para acomodarlo casi sentado y se encaminó a la ventana para abrirla.

Tenía razón su abuelo, desde esa ventana se veía perfectamente el increíble espectáculo.

—¿Lo ves?, ¿lo ves bien desde ahí?

Con una expresión de felicidad, Juan Bautista asintió moviendo la cabeza y levantando después los brazos, como expresando sentirse frente a algo grandioso.

Bárbara se quedó de pie junto a la ventana procurando no obstruirle la vista. Un buen rato se distrajo observando los cambios de formas y colores; ahora se habían añadido unas espirales violetas y había aumentado la intensidad de la luz. Pensó sobre el privilegio que muy pocas personas habían tenido de presenciar ese cielo.

Se volvió hacia Juan Bautista, comentándole lo que estaba pensando, pero su voz se cortó antes de terminar: un brazo de Juan Bautista pendía de la cama y en sus ojos abiertos no había ninguna expresión.

Mientras caminaba hacia la cama, Bárbara le hablaba, aunque estaba segura de que su abuelo no la estaba oyendo:

—Abuelo… abuelito… abuelo.

El meteoro iluminaba la cara de Juan Bautista y le daba, en ese momento, una tonalidad rosada, más acentuada de la que había tenido siempre su piel.

Con calma colocó Bárbara el brazo de su abuelo sobre su cuerpo, y cerró sus ojos. Lo sacudió un poco, como si debiera hacer un intento por reanimarlo, o más bien, como si de no hacerlo, estuviera aceptando sumisa y tranquilamente algo tan doloroso.

Salió a la calle. Ahora era mayor el número de vecinos que contemplaba el panorama y parloteaba. José María había vuelto para comentar con Margarita y sus hijas las explicaciones del profesor, y a él se dirigió Bárbara. La serena muchacha, parca para mostrar sus emociones, se paró frente a José María y, tras hacer dos intentos por hablarle, cerró la boca. Finalmente le dijo:

—El abuelo ha muerto.

Y ahí se quedó. Cuando ingresaron a la casa, Bárbara se sentó en la banca de mampostería junto a la reja, mientras adentro, la afligida familia no salía de su pasmo.

—Dice mamá que entres, vamos a rezar.

Luego de llamarla, Emilia se quedó esperando a su hermana hasta que se puso de pie y la siguió a la casa.

El día que se inició el novenario, José María pidió a Margarita que asentara en su *Biblia* el deceso de Juan Bautista. Y en el espacio que él mismo había marcado con una cruz, justo debajo de donde anotara el tío Camilo la fecha de su nacimiento, Margarita apuntó: la noche

del dos de septiembre del Año del Señor de 1859, Jean Baptiste falleció.

## Capítulo VI

Casi dos semanas después se presentó Joaquín. Su presencia ocasionó que el cambio de casa de la familia se retrasara y que José María dedicara algunos días a poner en claro el legado de Juan Bautista.

Joaquín afirmaba que no había ido a eso precisamente, pero conociendo la vocación de fullero de su hermano, José María optó por dejar las cosas ordenadas antes de que a Joaquín se le ocurriera hacer acomodos ventajosos a su nombre.

Juan Bautista había dispuesto que una parte de la parcela se le diera a Rodrigo, pero, desde luego, Joaquín se inconformó.

—Yo me voy a asegurar que las cosas queden como lo quería nuestro padre, así que si se te ocurre alguna componenda, tú sólo te vas a embrollar —le

aseveró enojado José María. Joaquín se asesoró con un jurista con la esperanza de poder manipular el caso a su conveniencia, pero lo que le plantearon, además de costoso, era aventurado. De mala gana se avino a lo decretado para la partición.

Pero en vista de la lentitud con que el proceso caminaba, Joaquín regresó a México.

Cuando volvió a Orizaba, la encontró convertida en una estación de las tropas del general Miramón que, luego de sitiar por segunda ocasión el Puerto de Veracruz, había tenido que retirar su sitio a causa del apoyo que el gobierno de Juárez había recibido del comandante de los buques norteamericanos anclados en la bahía. Al cautivarle su flotilla, quedaron trastornados los planes de Miramón.

Adueñado de Orizaba, Miramón obligó a los regidores del Ayuntamiento a ir con algunos soldados a sacar los caballos de las casas de todos los vecinos, y a exigirles, además, dinero. A todo esto, desde luego, le dieron el nombre de "préstamo".

El fracaso del sitio de Veracruz decidió el triunfo para los liberales. Los siguientes comicios favorecieron a Juárez.

Cuando volvió Joaquín a la casa, José María iba rumbo a Guanajuato, su escuadrón se encontraría con la tropa del general Jesús González Ortega.

Margarita esperó a que Joaquín se fuera para terminar de sacar sus cosas. No quiso hacerlo antes por

no dejar a su cuñado solo en la casa, favoreciendo con eso sus intenciones de apoderarse de ella. La mudanza la terminó con la ayuda de don Ildefonso, el hombre que atendía el corral, y últimamente, hasta el huerto, pues todo su tiempo lo había estado dedicando a acondicionar su nueva vivienda. Finalmente, le dejó algunos muebles a don Ildefonso para que se quedara en la casa de Juan Bautista.

Conforme Emilia se ubicaba en el nuevo barrio, fue dictando una serie de reglas para sus hermanas, que comenzaban con señalar el espacio en que podían transitar por la alameda. Se refería, por supuesto a la zona que era visible desde la casa. Limitó también las visitas que hacían a Adda, una prima de Margarita cuya edad estaba entre la de Margarita y sus hijas. Adda tenía cinco años de casada y no había tenido hijos, —no es bien visto que unas jóvenes solteras visiten a una mujer casada; cuando vayan con mamá, está bien, pero solas, no.

—Por Dios Emilia, he permitido que impongas tu criterio en muchas cosas, pero te estás sobrepasando, conozco muy bien a Adda y sé que es incapaz de tener una conversación inadecuada con las niñas —alegaba Margarita, contrariada.

Bárbara y Amada, que ese año habían cumplido veinte y diecinueve años, mostraban en su carácter muy pocos rasgos de los de su hermana mayor.

Además de no compartir el modo ríspido de Emilia, su gusto por los saraos y reuniones desentonaba con la condición gazmoña de ella.

—Ese júbilo les da aire de frívolas —les decía Emilia— deben moderarse.

Dos años atrás, Emilia había recibido las atenciones de un joven que, incluso, solicitó el permiso de José María para visitar la casa, pero, cansado de los melindres de la muchacha, prefirió retirarse. Desde entonces, Emilia dio por sentado que su esencia no se ajustaba al ideal que, suponía, tenían de las mujeres los varones. Y se metió en la cabeza que valía más no demostrar el mínimo interés a ningún hombre.

La escasez de fondos obligó al gobierno de Juárez a suspender los pagos a la deuda que se tenía con países europeos. Esta medida fue aprovechada por algunos mexicanos monarquistas radicados en Europa para interesar al emperador Napoleón III para establecer una monarquía en México. Francia convocó a Gran Bretaña y a España, con quienes firmó un acuerdo para bloquear los puertos mexicanos del Golfo con el fin de presionar al gobierno de Juárez a pagarles. En diciembre de 1861 llegó a Veracruz la flota española, y en enero del siguiente año, la británica y la francesa.

Juárez envió a Manuel Doblado, su ministro de hacienda, a negociar con los intervencionistas. Doblado ofreció reanudar los pagos en cuanto hicieran las paces

liberales y conservadores, y se pudieran favorecer las inversiones y la generación de fondos.

España y Gran Bretaña accedieron a esperar, no así Francia, cuyas tropas iniciaron su avance en abril.

Juárez decretó una amnistía a los militares conservadores y autorizó la formación de guerrillas.

El 4 y 5 de mayo, al Conde de Lorencez, el exceso de confianza en la superioridad de sus tropas le costó una humillante derrota en Puebla, ante el ejército del general Zaragoza.

En Orizaba, igual que en muchas ciudades, del júbilo por ese triunfo pasaron nuevamente al desánimo. Nadie podía ver en la victoria obtenida en Puebla una solución definitiva. Una parte del ejército francés se había asentado en Orizaba, las guerrillas la rodeaban dificultando las operaciones de comercio, y la desolación se percibía en su gente.

El gobierno esperaba que la gente opusiera al enemigo una resistencia que él mismo no había podido oponer. La vida y los bienes de los orizabeños estaban a la deriva, sin la protección que el gobierno estaba obligado a darles.

La mayoría de la gente se abstenía de ostentar sus preferencias partidistas, lo que pedían era paz.

José María, por seguridad, permanecía en Orizaba sólo por breves períodos. Seguía en el regimiento del general González Ortega y Margarita tenía conocimiento de eso, pero de sus peripecias jamás sabía nada.

Cuando estaba en la casa, más que conocer sus andanzas, a Margarita le interesaba que le escuchara los acontecimientos de su familia.

Por su cuenta y de civil, se presentó José María en los primeros días de junio. Le preocupaba la escasez de víveres que se padecía en la ciudad y buscó quién le vendiera algo de harina y maíz, pues casi todas las reservas habían sido vendidas al ejército francés. Por si fuera poco, la dieta de los orizabeños carecía también de carne, pues, por la misma causa, no había una res en ningún rancho o hacienda aledaña a Orizaba.

Cuando José María se acercaba a la casa, se llevó un sofocón al ver talados los árboles de la alameda. El ejército francés había destruido por completo la arboleda, convirtiendo el lugar en un corral para la caballada.

El ambiente en la casa no era tampoco para levantar los ánimos de nadie, Bárbara y Amada sufrían un forzadísimo encierro que ya las tenía mohínas. Se sentían como monjas y, desde luego, sus inclinaciones no tenían nada que ver con las órdenes de clausura, por el contrario, tendían a asuntos más mundanos.

—Llegas como visita y en cuanto te quiero poner al tanto de cuestiones que debías resolver tú, me esquivas, como si lo de esta casa fuera únicamente de mi atribución.

—Emilia te ayuda mucho. Exige a sus hermanas que te ayuden y, además, las vigila con más celo de lo que lo haría yo.

—Emilia es un capataz y un cancerbero para sus hermanas—, le respondió Margarita molesta.

De eso precisamente deseaba hablar con su marido, ni Bárbara ni Amada podían tratar con ningún joven, Emilia se encargaba de ahuyentarlos.

—Estoy de acuerdo en que no salgan solas —le alegaba Margarita— la soldadesca está por todo Orizaba, pero tenerlas enclaustradas pone insufrible el ambiente de la casa. Te pido que hables con las tres y que, en buenos términos, les aclares en qué podemos condescender y en qué no.

Una semana después, José María se despidió de nuevo de la familia. Antes de irse tuvo que meterse en la cabeza la idea de que sus hijas habían crecido y que era hora de modificar algunas formas. Autorizó que, atenidas al criterio de Margarita, salieran en su compañía y autorizó también que Ignacio, el pretendiente de Amada, fuera a visitarla a la casa.

El 13 de junio, la división de Zacatecas, a las órdenes del general González Ortega, se situó en el Cerro del Borrego, siguiendo instrucciones del general Zaragoza. La maniobra se debía a que el general Zaragoza había resuelto atacar de madrugada la ciudad de Orizaba para librarla de las tropas francesas.

Al caer la noche, el general L'Herillier, que se encontraba defendiendo la garita de la Angostura, dio aviso de que las tropas liberales habían tomado el cerro y ordenó a la tercera compañía del primer batallón de su

regimiento, que subiera al cerro por la parte que se tenía como inaccesible.

Una hora y media después, los franceses estaban cerca de la fuerza liberal que se encontraba dormida. Los centinelas dispararon y la tropa corrió en desorden en busca de sus armas.

Los artilleros, con la puntería perdida por la sorpresa, dispararon en dirección a los soldados del capitán Detrie sin causar daño, y los franceses pudieron apoderarse de los obuses antes de que lograran cargarlos de nuevo.

Tres escuadrones enfrentó Detrie en su camino a la cima. El desconcierto de los liberales aumentó cuando llegó una segunda compañía francesa y la dispersión de los primeros dos escuadrones favoreció el cruento ataque al tercero. Ese era, precisamente, el escuadrón de José María.

A las cinco de la mañana se supo en Orizaba del descalabro. Cerca de trescientos soldados liberales sucumbieron en el cerro, en cuya cima fue colocada, por el capellán del regimiento francés, una enorme cruz de hierro, señalando el lugar en que fueron sepultados.

El general Zaragoza ordenó la retirada abandonando el proyecto de tomar la plaza y dejando sorprendidos a los orizabeños, que a fin de cuentas, se tranquilizaron al enterarse que no habría combates en la ciudad.

A la muerte del general Zaragoza, el general González Ortega fue nombrado por el presidente Juárez jefe del ejército de Oriente. El 16 de marzo de 1863, el

ejército expedicionario francés sitió la ciudad de Puebla. Tras una dura batalla de dos meses, casi agotados los víveres y las municiones, el general González Ortega envió una carta al general Forey para hacerle saber que le entregaba la plaza. Forey solicitó al general González y a los militares de alto rango que se encontraban con él, que firmaran un documento por el que se comprometían a no volver a enfrentar a las fuerzas francesas. Al rehusarse, fueron hechos prisioneros con otros oficiales y enviados a Veracruz, para de ahí ser remitidos a Francia. Durante su traslado, fueron acuartelados en Orizaba en el cuartel de San Antonio, de donde, gracias a la escasa vigilancia de los guardias franceses y a la ayuda de Manuel Doblado, lograron escapar.

El gobierno de Juárez en ese tiempo se encontraba en San Luis Potosí, y ahí se dirigió el general González Ortega con algunos subalternos. En el grupo restante había algunos enfermos y el general autorizó su dispersión.

Entre los militares dispersos se encontraba José María, a quien una infección en un ojo y la dislocación del codo derecho, no le permitían pensar en otra cosa que no fuera llegar a su casa cuanto antes.

La ocupación francesa forzó al presidente Juárez a desplazarse hacia el norte, y durante l864, los grupos de republicanos diseminados en el país, fueron quedando como pequeños reductos aislados.

El general González Ortega, ministro de la Suprema Corte de Justicia y que en ese tiempo se hallaba en Estados Unidos, exigió al presidente Juárez le entregara la presidencia, basado en el hecho de que ese año concluiría para él el período legal. El presidente respondió que mientras el país estuviera ocupado, podía extender su mandato.

Ese argumento, aunque válido, decepcionó a muchos seguidores que lo habían visto como el retrato de la rectitud y la legalidad.

Y a José María lo puso a reflexionar, y de paso, a cuestionarse algunas cosas, entre ellas, si tendría sentido que a los cincuenta y cinco años que ahora tenía, siguiera enarbolando ideales. Por primera vez se sentía cansado y sin ánimos, y conforme pasaba el tiempo, le parecía no encajar en ningún lado. La culpa se la echaba a la edad y a las dolamas que las últimas refriegas le habían dejado. Hasta entonces, su recia naturaleza le había permitido aguantar su aventurada vida sin mayor dificultad. Se comparaba con Antonino, que tres años atrás se había retirado porque se fatigaba, cuando a él, los ayunos y las caminatas no le hacían mella. Ahora, por primera vez, sentía su cuerpo completamente magullado, y en esa misma condición sentía también el ánimo; de modo que comenzó a pensar seriamente en retirarse.

Durante su convalecencia, recordaba con frecuencia a Juan Bautista. Le gustaba imaginar qué comentarios tendría sobre el curso que tomaban los acontecimientos

en el país. Sabía bien que las reformas sobre la educación, la exclusión de seglares en asuntos del gobierno y la adopción del sistema métrico decimal, le hubieran dado para hablar un buen rato y hubiera exaltado la firmeza de quien proclamaba esas necesarias innovaciones. Pero hablaría también del destino azaroso del país, con un gobierno ambulante y un ejército enfrentando a grupos de conservadores, a soldados franceses y a hatajos de facinerosos que aprovechaban la anarquía para saquear. Los monarquistas terqueaban recogiendo firmas para convencer al archiduque Maximiliano de Habsburgo, hermano del Emperador de Austria, que aceptara ser el jefe máximo de un gobierno imperial. El archiduque había puesto como condición que el pueblo de México resolviera por medio de firmas.

Cubiertos los requisitos, el 10 de abril de 1864 aceptó el trono.

Luego de firmar sus negociaciones con Napoleón III y de hacer una visita al Papa, se embarcó con su esposa y un grupo de monarquistas rumbo a Veracruz, a donde llegaron a fines de mayo.

El recibimiento que les hicieron los porteños fue frío, en contraste con el que tuvieron en Orizaba y Puebla, donde lo más insigne de la sociedad se volcó a darles la bienvenida.

Y en la Ciudad de México, la pareja imperial vio colmadas sus expectativas. Las calles lucían generosamente adornadas con guirnaldas y farolas de

gas, y las encumbradas familias se les acercaban para saludarlos y manifestarles su adhesión; ahora tenían motivos para sentir confianza.

Margarita se alegró al saber la determinación de José María de renunciar al ejército. Se alegraba por él porque consideraba que necesitaba recuperar su salud y porque ya mucho había tentado a su suerte. Desde luego, lo que menos le pasaba por la cabeza era que José María fuera a pasar su tiempo en la casa.

Cierto que hubo temporadas, en su vida de militar, que se aislaba casi enteramente de los afanes del ejército, pero se dedicaba a algunos trabajos aplazados.

Pero ahora, conforme se recuperaba, no daba muestras de dejar la casa, salía a cualquier diligencia y, contra su costumbre, regresaba enseguida.

Una mañana llegó Adda de visita y le extrañó saber que se encontraba ahí José María.

—Aunque no esperaba que estuviera aquí, me agradaría verlo para hablar también con él.

—José María no ha de sentirse bien todavía, no es normal tenerlo en la casa a estas horas —le respondió Margarita, encaminando a su prima al corredor.

Adda las visitaba ahora con más frecuencia, pues les llevaba a su nena casi recién nacida.

La presencia de la niña era motivo de júbilo. Bárbara y Amada se desvivían por atenderla, y hasta Emilia, habitualmente parca para mostrar sus afectos, dejaba a

un lado sus faenas para entretenerse unos momentos con ella.

—Quisiera hablar ahora contigo y con José María —le dijo su prima— vengo a invitarlos a que lleven a bautizar a Marina.

Margarita llamó a su marido para que Adda repitiera su petición enfrente de él.

—Cuando regrese Ángel vendremos los dos —les aclaró— pero quise anticiparme para saber su respuesta.

El primero en hablar fue José María, quien veía los lazos del compadrazgo más como vínculos de una amistad más estrecha, que como un parentesco religioso.

—Estaremos encantados de apadrinar a tu hija, no faltaba más. Dile a Ángel que luego iremos a acordar los detalles del festejo.

—Se trata de que seamos sus segundos padres ante Dios, José María —le aclaró Margarita— la recepción sería lo de menos.

Pero la recepción resultó no ser lo de menos, ese mismo día se casaron Amada e Ignacio, y por invitación de Adda, se les festejó en la misma reunión, lo que motivó que los Berriel ampliaran su intervención en la sencilla ceremonia.

Y más sencilla aún fue la celebración, cinco meses después, del matrimonio de Bárbara y Luciano Cabañas.

Al finalizar 1866, la salud de José María se había restablecido. Había casado ese año a sus dos hijas menores, y convencido de que a Emilia no la casaría

nunca, consideró que su trabajo de padre ya podía ser más descansado. Y le comenzaron a llegar ideas tales como que era un hombre aún joven y que podía sacarle todavía unto a la vida. Desde luego que a lo largo de su existencia nada había impedido que lo hiciera.

Ese año murió el tío de Antonino y la fundición quedó en sus manos. José María, que hacía tiempo se había retirado de ese quehacer, aceptó ayudar a su compadre con el encargo de unas campanas. Sabedora Margarita de los lances en que se veía su marido, casi siempre acompañado de Antonino, trató de desanimarlo, argumentando que se trataba de un trabajo pesado para alguien de su edad. De lo que menos quería oír hablar José María era de su edad, pero le hacía gracia escuchar a Margarita tratando de disimular su entripado.

—Los años todavía no me pesan, Margarita, y el que en unos meses vaya a ser abuelo no significa que esté senil.

—Aunque no estés viejo, no pruebes tu salud con actividades que requieren la vitalidad de un joven.

La recomendación la había hecho Margarita con un retintín que captó José María, su esposa lo tachaba de tarambana y la advertencia iba en ese sentido.

—Tu consejo no viene al caso, tengo suficiente energía para todo lo que hago.

En 1867 nacieron las hijas de Bárbara y Amada, el 30 de mayo nació Lucrecia, y el 3 de agosto, Amadita. Bárbara se quedó a vivir en la casa de Juan Bautista,

y Amada se fue a Peñuela, de donde era la familia de Ignacio.

Ese mismo año terminó en Querétaro la aventura del emperador Maximiliano, al morir fusilado el 19 de junio.

Aunque la república había triunfado, los disturbios continuaban y la rebatiña por el poder se hacía patente.

Se convocó a elecciones. Desaparecido el partido conservador, la contienda se dio con tres liberales: Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz.

A pesar de que José María aseguraba que no le interesaba discutir asuntos de gobierno, cada vez que compañeros de antiguas luchas llegaban a la casa, alegaban largo y tendido. Cuando los parloteos subían de tono, tomaba Margarita sus libros religiosos y se iba a Santa Anita; y si las niñas estaban ahí, las llevaba con ella. El regocijo de salir con su abuela aumentaba si en la casa estaba Marina, pues Margarita invitaba también a su ahijada.

Los rezos cansaban pronto a las criaturas; las llevaba entonces al patio de la iglesia con una bolsa de golosinas que compraba al pasar por la alameda, y de vuelta en la iglesia buscaba una banca desde donde pudiera vigilarlas.

Los dulces desaparecían como por arte de magia, y cuando Margarita terminaba sus plegarias, no quedaba una sola charamusca en los cucuruchos.

Emilia aceptaba quedarse con los sobrinos en alguna ocasión especial, pero fuera de las tareas de la casa, sus

únicos compromisos eran con la iglesia y con la esposa de don Federico, el boticario, que había quedado baldada al caer de las escaleras de su casa.

A doña Gude le llevaba siempre algún dulce hecho por ella; le daba un masaje en sus piernas y la enteraba de las novedades. Con todo esto, sentía Emilia que estaba cumpliendo al pie de la letra con una obra de misericordia.

Pero una tarde, don Federico se encargó de quitarle lo misericordioso y de acrecentar su ya conocido repudio a los hombres, al abrazarla intempestivamente mientras ella calentaba agua en la cocina para hacerle un té a la enferma. Con una sarta de encendidas palabras acompañó su abrazo el boticario, y con un empellón, y todas las condenaciones que pasaron por su cabeza, se lo quitó Emilia de encima.

A nadie le dio nunca explicaciones sobre su destierro de la casa de doña Gude, y a las preguntas que en una ocasión le hizo Margarita, respondió con evasivas. Desde luego, algo intuyó su madre, pues no hizo intentos de volver a averiguar la causa de su retiro. Con la que sí entró en conflicto fue con su conciencia ya que en alguna ocasión le pasó por la mente comentar el asunto con su confesor, pero la ocurrencia duró poco: “Nada más falta que diga que yo provoqué el incidente y me tilde de ligera”. Y, pensando esto, hizo a un lado la idea de ir a poner al tanto de su mal rato al sacerdote.

En julio de 1872 murió el presidente Juárez. Don

Sebastián Lerdo de Tejada, presidente a la sazón de la Suprema Corte de Justicia, fungió como presidente interino hasta diciembre de ese mismo año, quedando, posteriormente, como presidente constitucional.

Adda llegó una mañana a despedirse de su prima. Su padre padecía un reumatismo que lo postraba en la cama, y había pedido a Ángel, que conocía bastante del trabajo de la hacienda, que se mudara con la familia. La Hacienda del Rosario no se encontraba muy lejos pero bien sabía Adda que no podrían salir con frecuencia, lo que más le preocupaba era que Marina tendría que dejar la escuela: tenía ocho años y mostraba mucho interés por aprender.

A Margarita le entristeció la noticia, más aún por el alejamiento de su ahijada. Seguido la tenía en la casa. A falta de hermanos, la niña buscaba con quién jugar en casa de su madrina, donde casi siempre había niños.

La chiquilla era tranquila; entretenía a los hijos menores de Bárbara con una paciencia que Margarita ya no tenía, y lejos de incomodar, Marina era una ayuda.

—Deja a Marina pasar el día de hoy con nosotros. Tenemos una invitación de Flora y de Juan de Dios para ir a la estación del ferrocarril. Como sabes, en la tarde pasará por aquí el tren, inaugurando su trayecto de la Ciudad de México a Veracruz. Flora está muy animada, dice que ojala que este año se recuerde en Orizaba como el del inicio del ferrocarril en el país, y no nada más como el del inicio de las huelgas textiles.

—Pues para mí, 1873 va a ser el año del inicio de mi aislamiento.

Adda equiparaba la vida en la hacienda a la vida en un claustro.

En noviembre de 1876, el licenciado Lerdo de Tejada terminó su período presidencial.

Hombre de notable inteligencia y avezado consejero de gente en el poder, no fue capaz de ejercerlo. No obstante, pocos meses después, los comicios lo favorecieron pero el general Porfirio Díaz se pronunció en contra de la reelección, levantándose en armas y proclamando el Plan de Tuxtepec. En mayo de 1877 el general Díaz asumió la presidencia.

Desde que en 1824 el país adoptara para su gobierno el sistema republicano federal, Jalapa había sido la residencia de los poderes del estado.

Pero en mayo de 1878, por convenir a algunos intereses, la H. Legislatura expidió un decreto ordenando que éstos, con todas sus oficinas, fueran trasladados a Orizaba, lo que originó que se incrementaran las fuentes de empleo en la ciudad.

El día que Amada cumplió diez años de casada, nació su sexto hijo y tres meses después, Ignacio murió de peritonitis. Rica en hijos, pero pobre en bienes, regresó a Orizaba a la casa de José María.

El padre de Ignacio había muerto hacía un par de años, y las pertenencias de la familia pasaron a manos de los hijos pero al faltar Ignacio, sus hermanos se

apoderaron de la casa que habitaban y de los predios que él trabajaba. Su condición de mujer y las cortas edades de sus hijos, fueron impedimento para pelear lo que les pertenecía.

Para entonces, José María tenía una nueva actividad: meses atrás había sido inaugurado el Teatro Llave, y el maestro de obras, conocido de Antonino, le solicitó algunos trabajos de tramoya. Los trabajos los dirigió José María y como siempre había algún aparato qué arreglar o diseñar, su permanencia en el teatro se prolongó.

Para ayudar un poco con el quehacer, en ocasiones llevaba con él a los niños mayores para que conocieran las entretelas del teatro. Desde luego no tenían edad para asistir a las funciones, pero en alguna ocasión pudieron ver parte de un ensayo.

—Papá José María —le dijo en una ocasión Elodia al llegar a la casa —cuando sea grande yo quiero ser artista de teatro.

Emilia se adelantó a contestar:

—Qué artista ni que ocho cuartos, esas no son actividades para señoritas recatadas.

Y viendo fijamente a José María, continuó:

—Tú tienes la culpa de esas ocurrencias. No es un lugar para que lleves a los niños.

—No todo es frívolo en el teatro. Han visto ensayos de obras tradicionales y les han gustado; si los llevo ahí es por distraerlos y dejar que Amada repose un rato; cuando están aquí los quiere atender ella.

Inmersa en una melancolía que no era capaz de superar, cuidó Amada de sus hijos. Los niños crecían sanos y bulliciosos mientras ella se desmejoraba a ojos vistas. Dos años después, Amada murió; según el médico de Margarita, de fiebres palúdicas; según Bárbara, de tristeza.

Con más frecuencia visitaba ahora Bárbara la casa de sus padres. Sus dos hijas mayores tenían la misma edad de Amadita y Paula; las cuatro jugaban y discutían, y a veces ayudaban con los más chicos a quienes reñían igual que las reñían a ellas.

—Emilita: date cuenta de la manera en que las niñas amonestan a los más pequeños; se me figura que te estoy oyendo —le decía a veces José María.

—Conmigo van a andar derechos. ¿Cómo marcharía esta casa con tantos chiquillos si no se les reprendiera?

Una tarde de diciembre se presentó Adda, nerviosa y apresurada, a buscar a José María y a Margarita. Por suerte, José María ya había llegado.

—Acabamos de llegar de la hacienda con Ángel golpeado. Sufrió una mala caída del techo del cobertizo donde supervisaba unos arreglos. Le he dejado en el hospital y vengo a pedirles que me acompañen.

Adda era una mujer tímida e indecisa, buscaba la compañía de su prima como un apoyo para cualquier tribulación, pues encontraba en Margarita la paciencia y la ternura que la tranquilizaban.

Al llegar junto a la cama que Ángel ocupaba, José

María se quedó de una pieza: Adda se había quedado corta: Ángel se estaba muriendo.

Sin decir palabra se retiraron un poco del enfermo y Margarita abrazó a su prima.

José María entendió entonces la intención de Adda al ir a buscarlos, no quería estar sola cuando la vida de Ángel terminara.

—Es poco lo que los médicos han podido hacer por él —les decía, ahora sí, dando rienda suelta a su llanto.

José María seguía mudo. Escuchaba impresionado la palabrería con que contaba Margarita para tales situaciones y comprendía que, ciertamente, era bueno que alguien dijera palabras de consuelo en esos trances.

Ángel murió en la madrugada. Margarita y José María se encontraban aún en el sanatorio y esperaron que comenzara el día para presentarse en la funeraria. Adda insistía en llevarlo a la hacienda pero José María la persuadió de hacer el funeral en Orizaba.

—Desde ayer en la tarde que empezó la lluvia no ha cesado, y no hay trazas de que escampe, de manera que el traslado se complicaría por las condiciones del camino.

Adda aceptó. Le dolía que Marina no despidiera a su padre en el panteón, pero le consolaba recordar que al salir de la casa, la niña se había despedido de él como si hubiera sabido que no regresaría.

Luego de permanecer dos días en casa de Margarita, volvió Adda a la hacienda en compañía de ella, de

Lucrecia y de Amadita, que llevaban la consigna de consolar a Marina acompañándola sin mucha plática, pues no era correcto ni considerado abrumar a las personas en momentos de abatimiento. Las niñas habían pedido a Margarita que las dejara acompañarla, pues además del deseo que tenían de ver a Marina, querían conocer a Danilo, el bebé de diez meses que le llegara a Adda cuando imaginaba que no tendría más hijos.

Cuando Margarita vio a su ahijada se asombró, estaba muy alta y sus facciones se habían afinado. Le pareció que representaba más edad, y reconoció que era una criatura muy bella.

El gusto que José María experimentaba por la música, iba casi a la par con el que forjaba sus ingeniosos trabajos de herrería. Ambos hubieran sido motivo suficiente para que pasara en el teatro buena parte de su tiempo, pero existía una motivación más: las bailarinas.

Las compañías de teatro se sucedían presentando, con muy buena aceptación, numerosos elencos y escenarios cada vez más suntuosos. El Teatro Llave era uno de los más importantes del país y recibía, además de grupos teatrales de categoría, *troupes* de gran renombre.

Las calaveradas de José María no habían sido muy conocidas años atrás por su vida de trashumante, pero ahora era diferente y sus trastadas se comentaban tarde o temprano.

Margarita no tenía ganas de reñir todos los días por lo mismo, y tomó una actitud resignada que chocó al mismo José María.

—Veo con pena cómo se retira papá cada día más de la casa. Emilia le habla siempre malhumorada, tú apenas le hablas, y para colmo, cuando quiere sacar a los niños le ponen mil obstáculos.

Bárbara decía esto a Margarita declarándose en desacuerdo con ese trato. Su padre no era un santo pero había sido un buen padre y le molestaba sobre todo la actitud de Emilia.

—No querrás que le hagamos fiestas cada vez que viene del dichoso teatro; las fiestas se las hacen allá las cómicas.

El tono chillón de Margarita revelaba su disgusto, que aumentaba en ese momento imaginando a su marido en su libertino ambiente.

—Por Dios mamá, no será tanto —le contradecía Bárbara— entiendo que a papá le gusta ese mundo, pero recuerda que ahí también trabaja.

—Y muy feliz lo hace ese trabajo.

De lo que Margarita no estaba enterada era que el principal pasatiempo de su marido no estaba en ese momento en el teatro. Antonino y él se acababan de reencontrar con una antigua amistad que había regenteado una famosa taberna. El negocio cerró al marcharse ella con un militar que le ofreció el oro y el moro. Dos años después volvió, y casi de inmediato reabrió el negocio

al que bautizó ahora con el nombre de “El Infierno”, en recuerdo tal vez de la vida que llevó al lado del militar.

Amalia, que así se llamaba la propietaria de la cantina, había regresado a Orizaba trayendo a una joven que decía ser su pariente. La muchacha era bonita, y pariente o no, vivía en su casa y a todas partes iba con ella.

Cuando José María la conoció, sintió que su juventud no estaba tan lejos.

—Si no fuera por mis rodillas —le aseguraba a Antonino— creería que tengo veinticinco años.

—No te engañes compadre, todo en la vida tiene su momento.

—Nunca hago bobadas de muchachos, bien lo sabes.

Pero cuando se acercó a Amalia para solicitarle que le presentara a la joven, parecía, ni más ni menos, un colegial.

Amalia llamó a la muchacha y, cuando estaba frente a ella, jaló del brazo a José María para acercarlo:

—Ella es Ángeles, sobrina de la esposa de mi hermano y viene a pasar un tiempo conmigo.

José María estaba alelado; de cerca la chica era aún más bonita, y según él, su sonrisa y sus palabras amables le dieron a entender que no le era indiferente.

Al correr de los días, Antonino reconoció que alguna gracia debía tener su compadre para que una muchacha como Ángeles aceptara sin reparos su compañía.

Pero una tarde, al llegar a la casa de Amalia en busca de la joven, una mucama salió a recibirlo y a manifestarle que Ángeles se había ido. Como la sirvienta no le dio más explicaciones, José María fue en busca de Amalia.

—Se fue a atender asuntos de su familia; no te puedo decir dónde está, pues si llegaras a buscarla le ocasionarías un problema; espérala aquí, yo creo que va a regresar.

Conociendo a Amalia no quiso insistir; le respondería con algún desplante y no le sacaría más información.

Como algo disparatado e inexplicable catalogó Margarita el matrimonio de Adda con el mayordomo de la hacienda.

Luego de un año y medio de viudez, en la capillita de la hacienda, Adda se unió a un hombre que apenas conocía. Don Enrico, el padre de Adda, lo había contratado seis meses atrás, y unos días después había muerto dejando a Adda sola con la carga de la hacienda.

En el primer viaje que hicieron a Orizaba, Adda lo llevó a casa de Margarita.

Luego de las formalidades de la presentación, Adda, viendo el asombro en los ojos de su prima, buscó un pretexto para ir con ella a la cocina.

—Necesitaba un hombre para sacar adelante los trabajos de la hacienda —le alegaba cuando estuvieron a solas.

—Tendrás tus razones, desde luego.

—No te puedes imaginar lo que es la vida para una mujer sola tratando de resolver un trabajo en el que hay que tratar con hombres burdos, aficionados al aguardiente y en constantes pleitos entre ellos.

Adda comenzó a llorar. Margarita se la quiso imaginar tratando con ese hatajo de viciosos y la compadeció: el carácter apocado de su prima no servía para conducir esa clase de trabajo.

—Tienes razón. Solamente tú sabes las angustias que has pasado y la necesidad que tenías de alguien que conociera de esas faenas. Vale la pena que te empeñes en hacer producir lo que te dejó tu padre.

Margarita recordó a don Enrico, el padre de Adda, que había llegado de Italia sin un céntimo y a fuerza de trabajo se había hecho de esa hacienda, que sin ser grande, le había dado para vivir con holgura. "Pero sabrá Dios qué tanto producirá ahora", pensaba Margarita, "en manos de la aprensiva Adda y de ese barbaján".

Los domingos generalmente Bárbara llegaba en la mañana con sus hijos para asistir a la misa de medio día con toda la familia. Esa mañana llegó con la noticia de que un vecino, a quien Juan Bautista dispensara un gran aprecio, había muerto. El funeral sería esa tarde y sugería que asistieran todos.

Después del almuerzo, se encaminaron al templo de donde saldrían, luego del servicio, al cementerio.

De vuelta a la casa, Bárbara y Emilia se entretuvieron un momento en la alameda comprando dulces para los

niños. José María y Margarita se adelantaron, y al llegar frente al portón de la casa, vio Margarita un papel atorado en la aldaba con un pedazo de alambre. Lo extendió para verlo y con la poca luz que quedaba de la tarde, leyó: "Ángeles en El Infierno. Vuelvo para allá. Alcánzame".

—¡Santo Dios! José María, esto es cosa del demonio.

"Del demonio de mi compadre", pensaba José María, que terminaba en ese momento de leer la nota, y para quien la letra bastarda y apretujada de Antonino era como una firma.

Rompió el papel y tranquilizó a su mujer:

—Son bromas de chiquillos; la casa ha estado sola toda la tarde y aprovechan para hacer sus guasas.

Llegó el resto de la familia y ninguno de los dos mencionó el incidente.

En una poltrona del corredor se sentó José María con La Gaceta en la mano. Aparentaba leerla pero su mente estaba muy lejos del papel: cavilaba en la excusa que usaría para salir de la casa a esas horas.

Se levantó y buscó a Margarita para soltarle su ocurrencia:

—Voy a ir un rato a la fundición. Ayer me pidió Antonino que fuera a ver unos diseños de chapetones que ha hecho para una iglesia.

—¿Y a estas horas tienes que darle el visto bueno a los chapetones?

—Es más cómodo para él hablar a esta hora conmigo, cuando nadie interrumpe.

Y sin entrar en más explicaciones, tomó su paraguas y salió a la calle.

Veinte minutos después se encontraba en "El Infierno".

"Los buenos ratos", como llamaba José María a sus escapadas, se los proporcionaba con la intención de olvidar un poco los ratos desagradables. Según él, necesitaba evadirse algunas veces de su calamitosa realidad.

Tenía buena salud y trabajaba con gusto, pero lo que en los últimos meses había tenido que enfrentar lo estaba amedrentando.

Gonzalo le ayudaba con su parte de la plantación, y aun cuando había años en que toda la inversión era de balde, valía la pena trabajarla.

Las entradas de dinero de sus trabajos en la fundición, y las que últimamente percibía del teatro, eran más seguras, así como su variable pensión del ejército, pero en fechas recientes ningún capital parecía suficiente: la familia que dependía de él iba en aumento.

Luciano se había ausentado semanas después de que naciera Rosa, empeñado en seguir a un hermano que se encontraba en Zacatecas en asuntos de minas. Bárbara le rogó que no se fuera pero no consiguió convencerlo.

Las reservas de dinero que le dejara Luciano volaron, y sus cinco hijos quedaron bajo el amparo de José María, que se empeñó, a pesar de los ruegos de Bárbara porque

no gastara en colegios más caros, en llevar a las niñas mayores a una escuela "más completa", según decía.

Cerca de la escuela a que comenzaron a asistir las hijas de Bárbara, había instalado su estudio un fotógrafo recién llegado de la Ciudad de México. El fotógrafo la había visto pasar por ahí algunas veces y una mañana se atrevió a detenerla para proponerle que posara en su estudio para hacer una fotografía de su perfil.

Bárbara era agraciada pero nunca se hubiera imaginado a alguien interesado en hacerle una fotografía.

—Es un impertinente —le dijo Emilia cuando se enteró.

—¿Qué podrá tener de malo? —alegaba Margarita— muchas damas se hacen fotografías.

—Tú lo has dicho. Cualquier persona puede ir a solicitar una fotografía, pero lo que no está bien es que el fotógrafo, sin más ni más, invite a una señora para hacerle un retrato.

—Pues sigo sin verle lo dañino. Yo iré con Bárbara el día en que vaya con ese señor; no faltaba más.

Con esa última expresión acostumbraba Margarita dar por sentado que las cosas se harían.

Y las cosas se hicieron. Para imprimir la primera placa el fotógrafo pidió a Bárbara que se sentara de espaldas a la cámara. Colocó su brazo flexionado sobre el respaldo de la silla y la hizo voltear hacia atrás; no tomó un perfil, pero la pose que imprimió le satisfizo.

En el segundo retrato decidió que Bárbara apareciera de frente, con un libro en la mano y un telón con columnas y búcaros de flores a sus espaldas.

Cuando los trabajos estuvieron terminados, el fotógrafo regaló a Bárbara una copia de cada toma, y para él hizo una de mayor tamaño de la que le pareció más artística: la que le tomó de espaldas. Y la colgó en su estudio, seguro de que alentaría a algunas señoras a hacerse retratar de esa forma.

Emilia sostuvo su postura de llamar desacierto al hecho de que su hermana posara para el fotógrafo, e insistió en que no debería pasar más frente a su establecimiento.

De muchas cosas se enteraba José María en la fundición. Ahí se comentaban chismes de los diarios, así como de los que no tenían cabida en esas publicaciones. Dos comentarios, hechos por distintas personas, y de muy distinta naturaleza, habían llamado su atención ese día. Uno tenía que ver con las incoherencias que daban al traste con el país. El otro, simplemente, con su familia:

En abril de 1880, Delfina, la esposa de Porfirio Díaz, dio a luz una niña que falleció después de dos días.

Delfina, por las dificultades del parto, había enfermado de gravedad. Los médicos no daban esperanzas de salvarla y ella pidió a su marido que le hiciera el gusto de casarse con ella por la iglesia.

El arzobispo Labastida puso como condición, para celebrar el matrimonio, que el presidente Díaz abjurara

de haber proclamado la Constitución Liberal. Díaz redactó su retractación, que fue leída por el arzobispo.

Se ofició el matrimonio la noche del 7 de abril. Delfina murió la mañana siguiente.

Sobre ese asunto no habló con Margarita, pero el otro le concernía y se lo comunicó:

—Ayer por la tarde estuvo en la fundición don Pedro Rubio, un viejo agiotista que de vez en cuando ordena ahí algún trabajo, y me ha comentado que Baltasar, el marido de Adda, está acabando con la hacienda. Don Pedro le aconseja a Adda que la dé en arriendo y salve lo que pueda, pues el hombre se gasta en juego y bebida todo el dinero que cae en sus manos.

José María sabía el disgusto que le daría a Margarita con la información que le llevaba, pero consideraba pertinente ponerla al tanto de lo que sucedía con su prima.

—No me cae de sorpresa lo que me estás diciendo; ese hombre me dio mala espina, desde luego; y lamento que Adda esté sufriendo ahora por causa de su irreflexiva boda.

Margarita le pidió a José María que indagara el paradero de su prima, pues se le ocurrió que pudiera estar en Orizaba y no haberse presentado con ella.

Comenzaba el mes de diciembre y los vecinos daban inicio a los preparativos de las posadas en Santa Anita. Lucrecia, Elodia y Catarina, las tres hijas mayores de

Bárbara, se involucraron con el resto de la familia para elaborar adornos y alegorías.

En algunas ocasiones, si se les hacía tarde, preferían quedarse a dormir en la casa de Margarita.

La noche que dieron inicio las posadas, Bárbara no las acompañó; se retiró a su casa temprano explicando que no se sentía bien, y se llevó a Fernando y a Rosa, quien acababa de cumplir seis meses.

Era casi media noche cuando unos golpes en el portón hicieron que Lucrecia y Amada dejaran su conversación y se levantaran. Todos en la casa a esa hora se encontraban dormidos, salvo ellas, que siempre tenían charla para mucho rato. Las dos fueron a llamar a José María:

—Papá José María —le dijo Amada tocándole la cara— alguien está llamando a la puerta.

Se puso de pie José María y salió al patio para saber quién golpeaba el portón. Se asomó por la mirilla y reconoció a un vecino de la casa de Bárbara. Cuando el hombre lo distinguió, le dijo antes de que abriera la puerta:

—José María: venga por favor conmigo; Fernandito fue a avisarnos que su mamá se veía muy mal; fuimos mi mujer y yo y encontramos a Bárbara realmente enferma.

Cuando José María volvió a la habitación para vestirse, Margarita ya casi estaba lista para salir. Había salido al corredor en cuanto oyó que llamaron a su

marido, y alcanzó a escuchar algo de lo que expresó el vecino.

—Sería mejor que te quedaras —le dijo José María tratando de mostrar firmeza— iré a buscar un médico; probablemente se trate de un dolor pasajero.

—Por nada del mundo pienso quedarme aquí.

Cuando llegaron al lado de Bárbara, José María desechó la idea de ir en busca de un médico; levantó en brazos a su hija y la subió al coche en que habían llegado; encargó Margarita a los niños con la servicial vecina y partieron hacia el hospital.

Nadie cruzó palabra durante el trayecto. José María y el vecino dirigían su mirada con frecuencia al rostro pálido de Bárbara, y Margarita rezaba con los ojos cerrados.

Casi en la puerta del hospital, José María apuntó:

—Generalmente el doctor Zamudio se encuentra aquí por las noches. Es seguro que él sabrá cómo aliviar el mal de Bárbara.

Esto último lo dijo José María para tranquilizar un poco a Margarita, pero la razón le indicaba que su hija iba en un estado crítico.

Encontraron al médico. En pocos minutos se hallaba al lado de Bárbara corroborando lo que José María le había explicado.

—Tiene fiebre… mucho dolor en el abdomen… está semiinconsciente —murmuraba al tiempo que presionaba el pulso de Bárbara y le tocaba el vientre.

—Mucho me temo —comentó en voz más alta— que su apéndice haya reventado.

Incapaz se sentía José María para hacer preguntas. La inercia que advertía en el médico le daba a entender que no había nada a su alcance para sacar a Bárbara de esas condiciones.

Margarita recobró la voz primero:

—Algo podrá hacer usted, doctor, para quitar esa fiebre y ese dolor.

El doctor Zamudio amaba su quehacer. Era meticuloso con su trabajo y le satisfacía ayudar a la gente a recobrar su salud; pero en momentos como ese, le invadía un reconcomio que le hacía sentir pesar por haber abrazado esa profesión.

—Quisiera con el alma contar con la medicina que eliminara ese pus. La infección se ha extendido.

A petición de Margarita, una enfermera llevó al capellán del hospital a la habitación de Bárbara. Luego de algunas oraciones, confortó a Margarita y se acercó a José María, que seguía junto a la cama de su hija, para expresarle las mismas frases de consuelo.

José María agradeció sus palabras.

Un poco después, la respiración de Bárbara se empezó a normalizar. Se veía más tranquila y menos lívida. Margarita se entusiasmó y quiso imaginar que con la visita del sacerdote se mejoraría. No fue así. Bárbara murió un poco antes del mediodía.

La casa de los Berriel tuvo que sobrellevar un

nuevo incremento de criaturas. Emilia distribuía tareas de acuerdo a las edades, y eran Amada y Lucrecia, a quienes abrumaba con las más pesadas.

—Pienso que ya es hora de que, cuando menos las dos mayores, dejen la escuela. Están por cumplir catorce años y no creo que sea gran cosa lo que les quede por aprender ahí.

Emilia intentaba persuadir a su padre para que Lucrecia y Amada dejaran de asistir al colegio. Para ella, eso representaba una pérdida de tiempo, cuando en la casa siempre había tanto quehacer.

—Van a estudiar el tiempo que quieran; de mi cuenta corre.

José María se veía enfadado y el tono de su voz era tajante:

—Lucrecia quiere ser maestra y va a seguir en la escuela. Y si Amada quiere estudiar lo mismo, tiene mi apoyo.

Emilia entendió que no era momento para seguir un alegato y dejó el tema por la paz, pero se prometió que no les daría tregua en las horas que estuvieran en la casa.

Por principio, se ensañó con Lucrecia que era la más altanera, y que con su actitud voluntariosa sería mal ejemplo para los demás chiquillos.

En medio de las contrariedades que le ocasionaba el aumento de criaturas en la casa, Emilia tenía la esperanza de ver llegar algún día a Luciano y que, una vez al tanto de la situación, se hiciera cargo de su prole. Pero sus

esperanzas se fueron a pique el día que llegó un propio con un recado para Bárbara.

El hombre la había buscado en su casa pero una vecina le informó de su deceso y le proporcionó la dirección de la familia. La encomienda que llevaba era referirles la muerte de Luciano, que le había sobrevenido dos meses atrás por haber "agarrado los fríos", según decía el informante. Al parecer, Luciano, a causa del trabajo, se había visto en la necesidad de dormir algunas noches a la intemperie, y a eso achacaron su mal.

A las niñas mayores, que lo tenían presente en su memoria, les causó pesadumbre la noticia; pero ahora, al menos, su situación no iba a sufrir cambios.

Todas las mañanas iba don Malaquías a ordeñar la vaca y a atender la limpieza del corral. Emilia aprovechaba para que sacara suficiente agua del pozo para el uso del día.

Una tarde mandó avisar don Malaquías que, por haberse lastimado la cintura, no se presentaría a trabajar, y que su hijo, que era el portador del mensaje, podía desempeñar sus labores.

Emilia prefirió solucionar el problema a su manera. Le dijo al muchacho que esperaría a que sanara don Malaquías y decidió que Antonio ordeñara la vaca; Amada, Paula y Elodia, asearan el corral, y Lucrecia sacara y acarreara toda el agua que hiciera falta en la casa, todo esto antes de salir para la escuela.

Por las noches, luego de terminar con todo el trabajo que les correspondía, Lucrecia y Amada intentaban estudiar un rato. Aparecía entonces Emilia a apagarles el quinqué y a obligarlas a ir a la cama. Se acostaban sin chistar, y Lucrecia esperaba a que Emilia se retirara a su habitación. Se acomodaba entonces en un espacio que había entre la cama y el ropero, y formando una especie de toldo con su frazada, leía hasta que se le terminaban los cabos de vela que juntaba para esconderse a estudiar; algunas veces, cuando acomodaba su vela en la palmatoria, se preguntaba cuándo llegaría la luz incandescente a Orizaba.

Amada dejó la escuela dos años después, pero Lucrecia siguió hasta recibir su título de maestra.

En una cosa estuvo siempre de acuerdo con Emilia: si se empeñó en estudiar hasta que ya no hubo más que aprender en las escuelas de Orizaba, fue para evadir un poco el trabajo de la casa y la presencia de Emilia. Nunca se lo mencionó a nadie, pero ella lo reconocía.

Además de su carácter rebelde, Lucrecia tenía el terrible pecado de la vanidad. Emilia se lo había repetido muchas veces y ella pensaba que si su tía lo decía, no era cosa de hacerla quedar mal; así que ostentaba su presunción.

Cuidaba de su pelo y especialmente de su piel. Se ufanaba de la tersura de sus manos y hacía todo lo que estaba a su alcance para protegerlas. Confeccionaba unos cojincillos con los que jalaba el mecate del pozo

para sacar el agua, y del mismo modo, asía el palo de la escoba. Ni el tequezquite, ni la creolina, ni la lejía, tocaban sus manos, y se las arreglaba para manejar los cepillos, los estropajos y las escobetas, sin que su piel se maltratara.

Con nata de leche y limón preparaba una crema con que se embadurnaba por las noches la cara y las manos. En ocasiones, añadía a su menjurje avena y miel.

Cuando contaba con algo de dinero, compraba agua de colonia, que usaba para "la salida de los domingos", pero cuando iba a la escuela, cortaba violetas de los arriates de la alameda, que era su paso obligado, y las metía entre sus trenzas. El aroma que despedían, decía ella, mejoraba siempre su estado de ánimo.

Tanto esmero para su persona sacaba de quicio a Emilia, quien con puya la nombraba "*la duquesa*".

—Siempre has corregido a los niños cuando se hablan por apodos, pero ahora le aplicas uno a Lucrecia, y llegas al extremo de no mencionarla nunca por su nombre.

José María se había contenido y no le había llamado la atención a Emilia por su burla, pensando que la olvidaría pronto, pero parecía que ya se le había hecho costumbre llamar a Lucrecia por el sobrenombre.

—Lo que le digo no es ofensivo —alegaba Emilia— lo podría tomar como halago.

—De sobra sabes que no se lo dices en tono de halago; y de cualquier modo, no me gustan los remoquetes.

El regaño de José María sirvió para que por unos días Emilia le retirara el apodo, pero no tardó mucho en volver a llamarla "*la duquesa*".

Desde que Adda había vuelto a Orizaba parecía que esquivaba a Margarita. Ahora vivía en un barrio bastante más retirado de la casa, pero aún así, a la familia le extrañaba su distanciamiento. Con Marina era distinto: cada vez que Adda le permitía salir, iba de visita a la casa de su madrina.

Una mañana llegó Adda en busca de su prima. No hizo más que verla y soltó un llanto que alarmó a Margarita.

—¿Qué ha sucedido, Adda?, si no te calmas no podrás hablar.

Y diciendo esto, Margarita la condujo a su alcoba para que, sin la presencia de los niños, pudiera hablar de sus dificultades con más confianza.

—Marina está embarazada.

Margarita no se quedó con la boca abierta porque hizo un esfuerzo para evitar que su prima la viera con expresión de pasmo. Trató de hablar de manera tranquila y, tomando una mano de Adda le preguntó:

—¿Les ha dicho quién es el padre?

—No ha querido decirme, y creo que es preferible. Baltasar no sabe aún nada, y no quiero pensar lo que irá a pasar cuando se entere.

—Creo que sería bueno que lo supiera. Probablemente él remediaría las cosas buscando al muchacho.

—Ni lo quiera Dios. Tú no lo conoces.

Y era verdad: ella no lo conocía, por eso se abstuvo de sugerir algo más.

—¿Cuánto tiempo tiene de embarazo?

La pregunta de Margarita hizo que Adda volviera a llorar.

—Creo que tres meses, y me horroriza pensar que Baltasar se dé cuenta antes de que yo se lo comunique.

—No se me ocurre nada más para ayudarte que pedirle a Lucrecia y Amada que nos hagan saber si les comunica algo Marina; tú sabes que entre muchachas suele haber confidencias.

—Si de algo te enteraras, dímelo por favor, aunque de cualquier manera pronto voy a tener que enfrentar a Baltasar.

Cuando Margarita cuestionó a sus nietas mayores sobre el asunto, les causó desconcierto; no tenían conocimiento de lo que le acontecía a Marina.

—Podríamos traerla un tiempo con nosotras —opinó Amada nerviosa— no creo que ese hombre se atreviera a venir aquí a maltratarla.

—Debemos dejar las cosas en manos de Adda; no vayamos a meterla en más problemas.

Al decir esto, Margarita pensaba también en José María, que pudiera tener un enfrentamiento con Baltasar en caso de que se le ocurriera ir en busca de Marina.

Dos días de la semana se presentaba en la casa Ofelia, una mujer que Emilia había empleado para almidonar

y planchar parte de la ropa. Ofelia llevaba siempre con ella a su hijo, un chiquillo que, según decía, tenía trece años, pero que no aparentaba más de ocho.

Decía que el niño, a quien nombraba Polín, había nacido en perfecta salud, pero que cuando contaba cerca de cinco años, se había caído a una atarjea y que el golpe que recibiera en la cabeza lo había dejado en esas condiciones.

Polín no molestaba. Era respetuoso con todos y no hacía nada que su madre no aprobara.

—Casi siempre es así —explicaba Ofelia— pero me da miedo que se enoje, por eso lo traigo conmigo; si lo hacen enfurecer golpea; y ya crispado, alcanza mucha fuerza.

—Pudiera ser que si lo dejaras solo, donde lo vigilaras de lejos, no dependiera tanto de ti.

—No siempre está junto a mí, doña Margarita; cuando voy a los lavaderos, en ocasiones se me pierde de vista. Le gusta mucho caminar por la orilla del río.

Cuando Ofelia planchaba, él no se acercaba para jugar con los más chicos, prefería escuchar las historias de las mayores. Le mostraban láminas de colores y le obsequiaban dulces o fruta. Le agradaba también encontrar ahí a Marina, por quien tenía un especial apego y a quien había extrañado las últimas semanas.

Luego de dos meses llegó a la casa Adda acompañada de Marina.

Margarita encaminó discretamente a su prima hacia su habitación para escucharla sin interrupciones, segura de que iba a hablar de su congoja. No necesitó hacerle preguntas:

—Estoy en verdad desconcertada —le explicó Adda— hace una semana me armé de valor para confesarle a Baltasar lo ocurrido a Marina. Se encolerizó, desde luego; tanto a ella como a mí nos colmó de insultos, algunos realmente soeces, y por supuesto, nos preguntaba por el "autor de la fechoría", tal era el calificativo que usaba; pero no pasó de ahí. Te confieso que me ha dejado extrañada.

Luego que se retiraron, Margarita quiso saber qué plática había tenido Marina con sus nietas. Al parecer, Marina sólo les había mencionado el estado en que se encontraba, pero no les había respondido nada cuando le preguntaron el nombre de quién la había puesto en esa situación.

De no haber visto Margarita tan atribulada a su prima, le hubiera hablado sobre sus propias aflicciones: la última conquista de José María y su desfachatado comportamiento.

Su marido estaba pensando seriamente en rentar una pequeña casa cerca del teatro y llevarse a vivir con él a Lolita, una segunda tiple que había decidido dejar la compañía en que trabajaba y quedarse en Orizaba.

Lolita no era ninguna párvula; aunque aparentaba poca edad, pasaba de los treinta años. Aún así, la diferencia de edad con José María, era enorme.

El mismísimo Antonino, modelo de desvergüenza, lo reconvino:

—Estoy creyendo que no estás en tus cabales, compadre. Mira que pasar por alto la pila de años que le llevas a esa mujer.

—Es en lo que menos te debes fijar.

—Desde luego. Lo fundamental es que has dejado a tu familia.

Muy serio, José María se defendió:

—Estoy viejo, Antonino, no pienses que no tomo en cuenta mi edad; por lo mismo, quiero un poco de tranquilidad. Las disputas y las reprimendas se dan sin tregua en la casa, y si le pido a Emilia que reconsidere un poco su método para meter a los chicos en cintura, me alega que ahí debe haber disciplina, y la verdad, compadre, esa disciplina no la hay ni en el cuartel.

—Bien podrías salirte como lo has hecho siempre, sin llegar a tanto; toma en cuenta también a Margarita.

—No pienso dejarla.

—¿Y qué pasará con las criaturas?

—Mis días libres iré por ellos para llevarlos a donde hay diversiones para chiquillos. Las cinco mayores, cuando se los permite Emilia, prefieren reunirse con amigas; yo convivo con ellas todo lo que puedo; Elodia y Paula me esperan siempre con la ilusión de que les

lleve letras de zarzuelas y algunos parlamentos de obras de teatro, se encantan con ellas y hasta las memorizan. José María trataba de suavizar un poco, con su eventual presencia en la casa, el efecto de sus trastadas. Emilia acaudillaba a la familia porque le endilgaron el cargo; él poco tiempo pasaba ahí y Margarita, con sus energías disminuidas por la edad, había ido confiando en su hija gran parte de su mando y su quehacer. Pero Antonino bien sabía que aunque su compadre no intervenía en los pormenores de la casa, su autoridad prevalecía.

Por una nota que Adda le enviara con un muchacho, se enteró Margarita de que Marina había sufrido un trastorno en su embarazo. Venciendo la repugnancia que sentía por Baltasar, se fue a visitarla acompañada de Amada. Para su fortuna, el hombre había salido y pudo hablar tranquilamente con Adda.

—Según la partera —le explicaba Adda— el niño tenía dos o tres días muerto. Desde anoche vino a atender a Marina que ya se sentía mal, y esta mañana logró que lo expulsara. Aparentemente, aún no cumplía ni siete meses de gestación.

—Pues sea por Dios. Sólo él sabe por qué decide así las cosas.

Margarita consolaba a su prima pero al acercarse a Marina, comprendió que ella no necesitaba de ningún consuelo: el rictus de resentimiento que permanecía en su rostro daba a entender que no le hacía falta oír esas letanías.

Le entristecía a Margarita ver el mal estado de salud de su ahijada, pero le apenaba aún más su actitud sigilosa y sombría.

—En cuanto estés mejor ve a pasar unos días a la casa. Las muchachas te quieren mucho y verán la manera de distraerte.

No se le ocurrió otra cosa para despedirse de Marina. La muchacha le agradeció la visita pero no respondió nada a la invitación.

Cuando llegaron a la casa, encontraron ahí a José María. Se disponía a colocar una puerta nueva en un cuarto que estaba separado de la casa.

—No era necesario que la cambiaras, sólo te pedí que la arreglaras.

Tardó un rato José María en responderle:

—Deja que haga las cosas a mi manera. Es más cómodo reponerla que repararla; mañana voy a volver para macizar la ventana alta; se está cayendo un mampuesto.

Margarita veía trabajar a su marido; lo pillo no le quitaba lo cumplido. Ella podía estar segura que los asuntos de la casa y la familia, serían atendidos como siempre.

—Cena algo antes de irte —le dijo Margarita cuando se retiraba de ahí— sería mejor que te quedaras un rato más, está empezando a llover.

Con una rapidez que irritó a Margarita, respondió:

—Terminaré esto mañana y si encuentro un coche, lo tomaré.

Margarita se quedó viéndolo mientras recogía su herramienta:

—No te tengo inquina por la vida que has escogido, José María, y ojalá que Dios haga la vista gorda el día que llegues a su presencia.

José María no contestó, parecía que no hubiera oído, y tranquilo salió del cuarto.

Lucrecia había empezado a trabajar, aunque no como maestra; aún antes de intentarlo, sabía bien que ese trabajo no le gustaba. Se empleó en una fábrica de ropa y aunque en la casa estaban enterados de que ahí ganaba más que desempeñándose como maestra, insistían en que debía ejercer su carrera.

Algunas veces Marina había ido a la casa cuando sabía que ya había salido del trabajo, y le mencionaba su deseo de trabajar ahí. Lucrecia la veía tan débil que le recomendaba que esperara a recuperarse.

Le extrañó a Margarita verla llegar un día cuando terminaban de comer. Sus visitas las hacía generalmente en la tarde, cuando sabía que ya estaba ahí Lucrecia:

—Que bueno que te acompaña Danilo —le dijo Margarita cuando vio al niño— pasen a comer y que luego salga a jugar con los chiquillos.

Danilo caminó hacia la mesa pero Marina no se movió de donde estaba.

—Le vengo a avisar, madrina, que hace unas horas llevaron unos hombres a Baltasar, muerto. Lo encontraron esta mañana en la barranca.

—¡Santo Dios! ¿Cómo iría a caer ahí? ¿No dijeron nada más los individuos que lo llevaron?

—No. Sólo comentan que desde ayer debe haber caído.

—¿A qué hora salió de la casa?

—Salió ayer temprano. Mamá supone que estuvo tomando y que, si caminaba cerca del barranco, pudo haber resbalado en el barro y caído a la orilla del río, donde lo encontraron. El golpe que sufrió en la cabeza fue tremendo.

—Voy a alistarme para irnos enseguida. Podemos dejar aquí a Danilo y le pediré a Elodia que vaya con nosotros.

Margarita trataba de ayudar a su prima pero no ataba ni desataba; el nerviosismo de Adda no le permitía organizarse. Las cosas se acomodaron un poco más tarde cuando llegó José María con Lucrecia y Amada. José María salió hacia la funeraria y las muchachas se encargaron de acondicionar la casa para el velorio. Margarita salió en busca de un sacerdote.

Al correr de los meses la salud de Marina empeoraba.

—Su mal es del cuerpo, mamá Margarita —le decía Lucrecia insistiendo en que debía ver un médico.

—Ella se resiste, hija. Ha continuado yendo con la partera que, según dice, conoce sus males y le da las pócimas que necesita.

—Pues yo veo que empeora. Mañana voy a llegar a la botica y le explicaré a don Juventino lo que le noto de malo.

Un buen día, le pidió Marina a su madre que le permitiera quedarse una temporada en la casa de su madrina. Adda, por supuesto, se rehusó:

—¿Cómo consideras que esa familia pudiera soportar otra carga?

—No sería yo una carga; te aseguro que ayudaría a Emilia en la cocina. Ahora que Lucrecia trabaja no le queda tiempo para muchas faenas que antes hacía.

—No has pensado en que me quedaré sola con Danilo.

—Sí lo he pensado, pero ten en cuenta que ahora soy yo quien pasa mucho tiempo sola. Danilo se va a la escuela y tú sales a tus actividades de la iglesia.

A juicio de Margarita, Marina tenía razón. Cierto era que en el tiempo en que estuvo casada con Baltasar dejó Adda de cumplir con sus obligaciones de cristiana, pero ahora se estaba excediendo.

—Es razonable lo que dice Marina —le hacía ver Margarita— si ella prefiere tener compañía, aquí va a tener de sobra, y a lo mejor pronto termina de recuperarse.

A regañadientes, aceptó Adda.

Cada domingo acompañaba Marina a Margarita a oír la misa de las seis. Muy temprano la esperaba en la cocina mientras tomaba un té.

Ese domingo le extrañó a Margarita que su ahijada no estuviera lista para acompañarla a la iglesia. Marina había insistido en instalarse en la pieza de afuera argumentando que las muchachas a veces se desvelaban platicando o leyendo, y que a ella no le caía bien dormirse tarde. Ella misma acondicionó la pieza, a la que temprano se retiraba y de la que, igualmente temprano, salía por la mañana.

Margarita pensó primero en dejarla descansar, pero la idea de que se hubiera puesto mal la hizo ir a la pieza en que Marina dormía. Le tocó la puerta y enseguida oyó la voz de Marina:

—No iré esta mañana con usted, madrina; dormí muy mal anoche y prefiero descansar.

Margarita regresó a la casa y cuando entraba por la cocina se encontró con Emilia.

—Levanta a alguna de las muchachas para que te acompañe a misa; me imagino que Marina se está sintiendo mal.

—Dice que no durmió bien. Será mejor que se quede a ver si repone el sueño.

—Mamá: si Marina no ha podido dormir es porque su mal se está agudizando. Últimamente, desempeñar cualquier trabajo le requiere mayor esfuerzo. Yo opino

que debería volver con su familia; toma en cuenta el compromiso que tendríamos si se llegara a agravar.

Margarita pensó que Emilia tenía razón. Cierto era que se había quedado ahí por decisión propia, pero no era recomendable que siguiera con ellos si su salud empeoraba. Adda era la indicada para obligarla a atenderse con médicos y a seguir un tratamiento.

Se prometió que al salir de misa iría en busca de su prima para ponerla al tanto de lo que pensaba.

Esa misma tarde llegó Adda, resuelta a llevársela a la casa.

No imaginaba encontrar a Marina tan extenuada y tan renuente a irse con ella. Las lágrimas fueron el último recuso del que Adda echó mano para convencer a su hija, pero tampoco funcionó: Marina estaba resuelta a quedarse y, para dejar a su madre algo tranquila, le prometió recibir al médico que quisiera llevarle.

El médico se presentó la tarde siguiente. Y ahí estaba Adda, que desde temprano había llegado para oír sus recomendaciones. Llorosa, lo apremiaba a que le dijera qué clase de enfermedad aquejaba a su hija.

Margarita y Amada la hicieron salir de la pieza.

—Deja que el hombre haga su trabajo, Adda, por Dios; ni siquiera ha podido hacer las preguntas que le permitirán sacar conjeturas. Ya saldrá y nos dirá qué es lo que hay que hacer para que Marina recupere su salud.

Pero el médico fue muy parco con ellas. Sólo a Emilia, que lo encaminó hasta la banqueta, le dijo que

el útero de la enferma había quedado en muy malas condiciones luego del malparto que había tenido, y que en general, su estado era delicado.

Emilia se guardó los comentarios y envió a Paula y a Elodia en busca de las medicinas.

—Aquí quédate, Adda, cena con nosotros mientras regresan con los medicamentos.

Adda se sintió mejor. Estaba segura de que la visita del médico y los remedios que Marina empezaría a tomar, serían de mucho beneficio.

Una semana bastó para que Margarita, que continuaba al margen de lo que el médico había comunicado a Emilia, se convenciera de que su ahijada estaba enferma de gravedad.

Esa mañana entró muy temprano a la pieza que Marina ocupaba. La luz que entraba por la alta ventana le daba de lleno en la cara. Estaba tan tranquila que Margarita supuso que estaba dormida, y un rato permaneció al lado de la cama observando su rostro. La delgadez, que acentuaba más sus facciones, no restaba un ápice de su belleza.

Margarita tenía un criterio muy personal para considerar la belleza física; y catalogaba, de menos a más, como: agraciada, guapa, bonita, muy bonita y bella. El último adjetivo lo aplicaba solamente cuando, a su consideración, las facciones eran tan armoniosas que se podían llamar perfectas. Y, a su juicio, Marina era bella.

Se iba a retirar cuando la llamó:

—No se vaya, madrina; necesito hablar con usted.

Su voz era débil pero segura. Margarita tomó la única silla que había en la habitación y la colocó junto a la cama. Marina mantenía los ojos cerrados. De cerca, observó Margarita sus arqueadas y largas cejas, que parecían querer alcanzar sus sienes, y que ahora las notaba mejor delineadas que nunca.

—Madrina, sé que estoy mal, y ahora que puedo hablar bien todavía, le quiero confesar algo que jamás he dicho a nadie. A su criterio dejo si se lo dice luego a un sacerdote o se lo guarda para usted; sólo le pido que espere a que muera para comentarlo.

—Pero de qué hablas, por Dios. Tú te has sentido mal y eso te hace pensar en la muerte, pero te vas a aliviar y a olvidarte de todo lo que piensas ahora.

Margarita trató de levantarse de la silla para retirarse, pero Marina la tomó del brazo con una fuerza que no correspondía a su endeble condición.

Extrañada, no quiso ya Margarita contradecir a su ahijada, y acercó un poco más la silla para poder escuchar lo que le urgía relatarle.

—Es grave lo que le voy a decir, madrina, pero por favor, no me interrumpa.

—Me alarmas, hija, por Dios.

Sin soltarle el brazo, Marina comenzó a hablar:

—Se trata de Baltasar, madrina; de cómo murió.

—¿Qué pasa con Baltasar?

Margarita estaba asustada. Nunca pensó que hubiera una historia detrás de la muerte de Baltasar, y menos que Marina la supiera.

—Pero primero le quiero hablar de mi embarazo.

El cerebro de Margarita se puso a atar cabos. Tardó Marina un poco en continuar, pero cuando lo hizo, Margarita sabía con certeza lo que su ahijada iba a decir.

—Baltasar era el padre del hijo que tuve.

Por un momento, el llanto no le permitió seguir con su narración. Margarita le tomaba las manos tratando de tranquilizarla.

—Si te hace daño hablar de eso, mejor lo dejamos y en otra ocasión me dices lo que te está lastimando ahora.

—Es que se lo tengo que decir ya, después no será posible.

Marina subía el tono de su voz y parecía desesperarse—, no le voy a mencionar por lo que pasé, porque me moriría ahora mismo de asco y de odio hacia ese infeliz; pero quiero explicarle cómo murió.

Margarita estaba muda; con los ojos le decía que la tenía en ascuas.

La voz de Marina sonaba ahora más segura. Ya no lloraba y parecía serenarse.

—Esa mañana fui a ver a la partera que me había atendido. Había estado tomando unas yerbas que ella me daba; se me habían terminado y quería pedirle más. Para ir a la casa de Lupe, se camina un buen tramo más allá de los lavaderos, a lo largo del río. En un solar, donde

está una casa sin techar y que se está derruyendo porque nunca acabaron de fincarla, se vira hacia un camino que lleva a la casa de la partera.

—Conozco el rumbo y creo que no debías haber ido sola.

—Casi siempre me acompañaba mamá, pero esa mañana no se sentía bien y me fui sola.

Marina se detuvo un poco, parecía descansar pero buscaba la manera de decir algo que jamás había mencionado.

—Venía yo de regreso y a pocos minutos de haber pasado por la casa que le indiqué, oí unos pasos a mis espaldas; volteé y vi, a muy corta distancia, a Baltasar. Corrí por instinto aunque bien sabía que no tardaría en alcanzarme. Volví a voltear y me quedé de una pieza al ver venir a Polín de un lado de la vereda: se acercaba a Baltasar sosteniendo descomunal piedra con sus manos. Quité pronto la vista de la figura de Polín y esperé a que Baltasar diera sus últimas zancadas para llegar hasta mí: el jalón que me dio en el vestido en cuanto me tuvo enfrente, me desprendió una manga. No alcanzó a hacer nada más, la piedra de Polín le golpeó la nuca haciendo que se fuera de bruces sobre otra piedra de menor tamaño, que le abrió la frente. Sin movernos de donde estábamos, nos quedamos viendo Polín y yo. Lo tomé de la mano para correr, imaginando que Baltasar se levantaría para seguirnos, pero algo hizo que me detuviera. Quizá por la presencia del niño, vencí mi miedo y mi repugnancia, y

me acerqué a Baltasar para cerciorarme de que respiraba. Polín lo jaló del chaleco con las dos manos, colocándolo de espaldas.

Marina dejó de hablar. Margarita sólo oía su respiración nuevamente agitada.

Esperó, sin decir palabra, a que su ahijada se recobrara para seguir su relato.

—Baltasar tenía la boca y los ojos abiertos —continuó Marina— no parecía tener vida, pero ni Polín ni yo quisimos averiguarlo. De los pies lo jalamos hasta la orilla del barranco, y de ahí lo empujamos; levantamos la piedra que le había abierto la frente y la arrojamos en la misma dirección; recogimos la poca tierra en la que había sangre, y la dispersamos entre unos matorrales que están junto a la vereda.

Apretó Marina sus labios y cerró los ojos.

—Hija —le dijo Margarita tomándole una mano, y tratando de que su voz sonara sosegada— ¿no pensaste que ese hombre pudiera haber estado solamente desmayado?

—Sí lo pensé, madrina, y ese pensamiento hizo que me apurara a desbarrancarlo.

—¡Por Dios, Marina!, eso si es grave.

—No creo que ese hombre haya sobrevivido al golpe que le asestó Polín. Cayó como un bulto, completamente aniquilado; pero si no fue así, de todos modos eso no tiene remedio, si no lo desnucó Polín, se desnucó al caer.

—Considero que esto lo debes tratar con un sacerdote.

Marina casi brinca de la cama.

—No se le vaya a ocurrir traerme a ninguno. No diré una sola palabra de lo que le estoy confiando y le voy a aclarar por qué: cualquier sacerdote que venga a oírme, va a pedirme que me arrepienta de lo que hice, y lo cierto es que no lo voy a hacer. Y le diré algo más: esa noche, cuando estaba en mi cama, se me helaba la sangre imaginándome a Baltasar saliéndose del barranco y entrando a la casa. Entonces le pedía a Dios que estuviera bien muerto.

Como su madrina no volvió a decir palabra, Marina continuó:

—El resto usted ya lo sabe.

En silencio se levantó Margarita y dio unos pasos hacia la puerta.

—¿No sabes si Polín ha hablado algo de esto?

—No creo. Tiene suficiente lucidez para imaginar que, si lo hace, se metería en un problema.

—¿Y Ofelia? ¿No sabrá tampoco nada?

—Ofelia estaba en los lavaderos cuando llegamos ahí corriendo. Yo le dije que nos habíamos encontrado cerca de la casa en ruinas y que jugábamos carreras; me preguntó por qué llevaba rota la manga de mi vestido, y le respondí que me había atorado en una rama. Polín me acompañó un rato más, pero no volvimos a mencionar el asunto.

Ya casi saliendo de la habitación, se detuvo nuevamente Margarita.

—¿No te ha preguntado jamás Adda, sobre algún encuentro que hubieras tenido esa mañana con Baltasar? Ella sabía que tú caminarías por ahí.

—El salió de la casa antes que yo. Sabía que iría a ver a Lupe y temprano debe haber urdido su trastada. Se fue a tomar unas copas para hacer tiempo y luego caminó hasta la casa del recoveco. Ahí se escondió a esperar que yo volviera, pues sus pasos los oí justo después de virar en ese punto. Creo que mi mamá piensa que Baltasar anduvo por ese lugar más tarde, pues hubo quien lo viera en la taberna por la mañana.

Margarita se consideraba una buena cristiana. Había procurado vivir apegada a los preceptos de la Madre Iglesia, y hacía todo lo que estaba a su alcance porque su familia cumpliera de la misma forma, pensando que, de lo contrario, cargaría ella con parte de sus pecados.

Y ahora la atormentaba la determinación de su ahijada.

La unía a Marina un parentesco espiritual y se reprochaba el no haber sabido infundirle sus convicciones "como Dios manda".

Cuando llegó Margarita al corredor, de vuelta de la pieza de Marina, encontró ahí a su marido:

—Los poderes vuelven a Jalapa, Margarita. Lo acaba de decretar la Legislatura.

José María, aunque retirado de las entretelas del gobierno, había seguido de cerca los sucesos que hacían tambalear a don Apolinar Castillo, a la sazón Gobernador del Estado.

—El general Juan de la Luz Enríquez —le explicaba José María— aspirante a la primera magistratura del Estado, acordó, con un numeroso grupo de simpatizantes, subvertir el gobierno de don Apolinar Castillo. Exhumaron en el Congreso una antigua causa en su contra, y fue desaforado.

Quizá por el peso que cargaba en ese momento, a Margarita le pareció poca cosa lo que José María le explicaba:

—No creo que haya mucha gente sorprendida con eso; siempre supimos que no duraría mucho ese beneficio para la ciudad.

Un poco después, el general Enríquez fue electo Gobernador del Estado y los poderes nuevamente colocados, antes de finalizar 1885, en Jalapa.

Hacía algunos días que Amada buscaba el momento de hablar con Margarita de un asunto que no deseaba seguir postergando.

—Mamá Margarita está muy atribulada; su atención está en Marina y no va a poner sus cinco sentidos en lo que le digas.

—No voy a esperar a que tenga todo su tiempo para mí. Rafael ya habló con sus padres y yo no he podido darle una fecha para que vengan a hablar con los abuelos.

Rafael Bringas, desde dos años atrás, sostenía relaciones con Amada, y a últimas fechas insistía en que ya era el momento para pedir su mano. El mayor obstáculo que había enfrentado para casarse con Amada, lo consideraba superado; había convencido a sus desdeñosos padres para que la aceptaran en la familia.

Como muchas familias en Orizaba, la de Rafael había gozado de un sólido patrimonio por algunas generaciones. No eran gente de elevada alcurnia pero un hecho los había encumbrado, haciéndoles suponer que habían alcanzado la calidad de nobles.

El caso fue, que a raíz de que a una tía paterna de Rafael se le confiriera el título de Dama de Honor de la emperatriz Carlota, la familia entera sintió que la sangre azul de los Habsburgo se alojaba en sus venas, haciéndoles descollar por sobre el resto de los mortales.

Empero, "el resto de los mortales" sólo pudo percibir el humo que se alojaba en sus huecas cabezas.

Lucrecia hubiera querido estar en el lugar de Amada, básicamente, porque haría su vida en otra parte. La acompañó, como habían quedado, a exponer los planes que tenía de casarse ante José María y Margarita, aprovechando la hora en que Emilia salía a misa. Margarita lloró un poco; José María habló mucho y a cada objeción o duda que manifestaba, surgía Lucrecia como paladín, tratando de conseguir su consentimiento ese mismo día, antes de que Emilia tomara cartas en el asunto.

—Si esto va a ser bueno o malo para Amada, no lo podrán saber si no lo lleva a cabo.

—Qué sencillas ves las cosas.

Para Lucrecia, tanta suspicacia no tenía sentido, eran las consabidas frases que los padres decían en iguales circunstancias; las mismas advertencias y los mismos recelos.

Reconoció José María que más tarde o más temprano, sus nietas habrían de salir a hacer su vida o, como solía decir Margarita, a probar su suerte.

Dos semanas después, los padres de Rafael se presentaron en la casa de los Berriel. Habían planeado, antes de llegar, hacer una visita breve y no hablar más de lo estrictamente necesario, para no dar pie a confianzas "que no tenían caso", según opinaba la señora Bringas.

Pero no tuvieron necesidad de echar mano de ardides diplomáticos para abreviar su visita: esa tarde se agravó Marina y los anfitriones resultaron ser los más interesados en terminar pronto el desganado coloquio.

José María había seguido la conversación con el cuidado que el caso requería, no así Margarita, que tenía en su cabeza tantas preocupaciones, que a ratos se aislaba, lo que hizo pensar a los visitantes, o que estaba conmocionada, o que de plano, era zonza.

Para Adda fue más conveniente instalarse en la habitación de Marina al reconocer que no podría llevársela. De esa manera, el tiempo que empleaba en ir y volver de su casa, lo ocupaba en atender a su hija.

No estuvo mucho tiempo en esa situación; antes de una semana, en un estado de paz que hacía tiempo no conocía, murió Marina.

A pesar de que la familia conocía bien el fervor religioso de Margarita, les extrañó la interminable ringlera de oficios que solicitó en la iglesia.

—Mamá Margarita, si rezáramos el rosario en la casa como lo hemos hecho siempre por la noche, no habría necesidad de ir a la iglesia todas las tardes.

Lucrecia pretendía acabar con las carreras de todos los días para llegar a tiempo a rezar el rosario que Margarita había solicitado para Marina.

—Ha estado lloviendo —insistía Lucrecia— lo mismo podemos rezar en la casa.

—Ayer sólo pringaba, no exageres.

A Margarita le enojaba que le rebatieran su decisión de seguir los rosarios en la iglesia.

—Es mejor que los siga celebrando el sacerdote; sin duda tienen más valor.

Lucrecia no insistió. Le intrigaba la obstinación de su abuela por elevar tantas plegarias por un alma que, con lo que había padecido, había pagado cualquier falla que hubiera tenido en este mundo. De eso estaba segura.

La boda de Amada y la salida de Darío a la Ciudad de México fueron casi simultáneas.

A Darío se le presentó lo que él llamó "la oportunidad de su vida", y unos días después de la boda de su hermana, con el entusiasmo de sus pocos años, se fue a

tantearse en un puesto que le ofreciera un funcionario de Orizaba adscrito al gobierno del presidente Díaz.

A Paula la tenía entristecida la separación de sus dos hermanos. Para Lucrecia, sin embargo, los que salían de la tutela de Emilia eran seres afortunados, y se alegraba por ellos.

Las semanas recientes había dado nuevas disposiciones, y los paseos y las visitas a las amigas habían quedado restringidos, en parte por el luto que se le guardó a Marina, y en parte porque la tozuda Catarina no desairaba a ningún galancete, fuera de la catadura que fuera. Suponía Emilia que endureciendo sus normas, la sometería.

Lucrecia se daba un respiro aprovechando que ahora era su hermana el blanco de la saña de Emilia. Al salir Amada de la casa, el trabajo que desempeñaba se había repartido entre Lucrecia, sus dos hermanas menores y Paula. Para las niñas había tareas más sencillas.

Pero ahora era el caso que a Catarina se le imponían las faenas más gravosas, creyendo Emilia, tontamente, que a más ocupaciones, menos tiempo para enamoramientos.

La táctica fracasó. Catarina salió una mañana a buscar el linimento de Margarita, y no volvió.

La búsqueda que organizó Emilia se limitó a cuatro manzanas a la redonda. Presa de un disgusto que casi la enferma, decidió que no se le buscaría más, y que de ocurrírsele volver, en la casa no pondría un pie.

Margarita era un mar de lágrimas; no quiso esperar

el día en que José María visitaba la casa, y le mandó un recado con Lucrecia.

—Es el colmo que te veas en la necesidad de ir a buscarlo a la casa de su barragana.

Y el llanto se hacía más copioso.

—No va a pasarme nada por llevar ahí el recado, mamá Margarita, te lo aseguro.

José María se presentó al día siguiente a someter a toda la familia a un minucioso interrogatorio.

Y fue él, precisamente, quien dio con el paradero de Catarina.

Un comentario de Paula lo llevó a la mercería de Dolores, una antigua conocida de Margarita, marchante del mercado que frecuentaba y con cuyo hijo se había visto Catarina algunas veces en la alameda.

Con sólo ver el gesto de Dolores, supo José María que la mujer estaba al tanto del motivo de su visita.

Con tono áspero le preguntó, por no dejar, qué asunto lo llevaba por ahí.

—Catarina, mi nieta, dejó la casa desde ayer, y tengo entendido que se veía con su hijo.

Altanera, la mujer contestó como si quisiera de una vez por todas salir de su responsabilidad.

—Sí señor, la llevó a mi casa y bien sabe Dios que yo le insistí en que la llevara de regreso a su familia; él le preguntaba que si estaba de acuerdo en que la fuera a llevar, pero ella se rehusó terminantemente. Yo no quiero problemas, don José María, y si quiere le doy

mi dirección para que vaya a mi casa y la registre, la muchacha ya no está ahí, se fueron esta mañana a la Hacienda de San Antonio, donde mi hijo trabaja en el molino.

La hasta hacía poco tiempo erguida espalda del octogenario, se había ido encorvando, y, especialmente ahora, sus hombros se percibían más caídos, restándole estatura.

Ni por un momento dudó en ir a buscarla; quería que en su cara le dijera que no regresaría a la casa, y confirmar la versión de Dolores.

A la familia le dijo que había localizado a su nieta, que no se encontraba en Orizaba y que iría después a buscarla.

El respingo de Emilia no se hizo esperar:

—Si ya ella tomó su rumbo, déjala; tu búsqueda no viene al caso.

—No eres tú la que me va a decir qué debo hacer.

José María no sentía ánimos para reñir con su hija ni de darle más detalles a la llorosa Margarita, que insistía en saber cuándo pretendía ir a buscarla.

Salió de la casa sin decir nada más. Aunque hubiera querido ser más explícito, no hubiera podido: él mismo no sabía cuándo saldría en busca de Catarina, ni si conseguiría hacerla volver.

Cuando en la casa trató el asunto con Lolita, la tensión que llevaba comenzó a ceder. La mujer tenía un temperamento templado y lo dejó hablar y renegar el

tiempo que quiso; cuando lo notó más tranquilo, trató de darle ánimo haciéndole ver que su sentimiento de culpa, que en su razonamiento afloraba, no tenía sentido, dado que había sido siempre un abuelo cumplido y atento a lo que les era menester.

—Cuando te han necesitado, han contado contigo.

La voz sosegada de Lolita le hacía un efecto sedante pero estaba muy lejos de sentirse satisfecho con la vida que había exhibido a su familia. No pensaba que Lolita le estuviera dando coba; era, sencillamente, que sólo tomaba en cuenta la puntualidad con que atendía sus exigencias pecuniarias; pero en su conciencia había una inquietud: ahora se le ocurría que lo que anduviera mal en su familia se pudiera deber a sus deslices.

Por la mañana llegó al teatro a entregar unos bosquejos de telones. Hacía una semana que se había estrenado una exitosa obra de vodevil que, estaba seguro, encantaría a Paula y a Elodia.

No se le dificultó conseguir un parlamento. Lo guardó en su casa pensando en llevárselos cuando volviera con Catarina.

El siguiente domingo se presentó, como todos los domingos, a visitar a su familia. Llevaba los parlamentos pero no llevaba a Catarina; la muchacha se rehusó a volver con él.

—Me consuela pensar que está viviendo la vida que escogió y, por lo pronto, debe estar contenta.

Esto lo decía Margarita bañada en lágrimas, luego de que José María le diera los informes de su nieta.

—Bien sabes que la dicha no le va a durar mucho. No están dotados del sentido de responsabilidad. José María señalaba especialmente a Catarina; del muchacho no podía haberse hecho un juicio, por la razón de que lo había visto sólo una vez.

Elodia y Paula se encantaron con la obra que les llevó; aseguraban que un día se abrirían camino en el mundo de la farándula, aunque buen cuidado tenían de mencionar ese asunto, por temor a las reprimendas.

El miércoles era el día que Emilia acostumbraba ir al mercado. Esa mañana le dio a Elodia una serie de instrucciones para que adelantara el trabajo del día, y a Paula le ordenó que la acompañara a la plaza.

Recién se fueron, Elodia quiso aprovechar, tanto la ausencia de Emilia como el que Paula no podría en ese momento acaparar el escrito, y se sentó tranquilamente a leerlo.

Cuando Margarita se dio cuenta de que Elodia no le había puesto mano a ninguno de los encargos de Emilia, le llamó la atención, y le sentenció:

—Sigue así y verás la que se va a armar en cuanto Emilia regrese.

—Voy enseguida, mamá Margarita. Ya no me tardo.

Pero el "enseguida" se alargaba sin que Elodia diera trazas de comenzar su trabajo; así, cuando Emilia regresó

con su compra, la encontró embebida en el repaso del vodevil.

La carrera de Elodia, los gritos de Emilia y los "te lo dije" de Margarita, fueron simultáneos. El folletín fue a dar a manos de Emilia. Pronto asumió una parte del trabajo que había encargado a Elodia, reponiendo en un santiamén, el tiempo malgastado.

Cerca del mediodía se presentó en la casa José María. Aún no terminaban el trasteo y, para no estorbar, se sentó en una poltrona del corredor. No iba a nada en especial. A Margarita le causó extrañeza verlo ahí a esa hora, y en un día que no acostumbraba visitarlas.

Esperó un tiempo y se le acercó. Le ofreció una taza de chocolate y como la rechazara, le mencionó una serie de bebidas que pudieran antojársele.

—Te lo agradezco, Margarita, pero no deseo nada.

—Tú estás enfermo, José María.

—¿A qué viene eso? Estoy perfectamente bien.

—Pues yo te veo taciturno y desanimado.

—Ya tengo que irme; sólo pasé para saber cómo estaban.

Margarita comentó con Emilia su preocupación por José María.

—Tendrá cualquier malestar —la tranquilizó Emilia— no creo que, de estar enfermo, anduviera en la calle.

De todos modos, a la hora de la comida, Margarita pidió que dijeran una oración especial por la salud de José María.

Por la tarde buscó Elodia su parlamento. Como no estaba en ningún lugar visible, fue en busca de Emilia:

—¿Me das por favor mi parlamento?

Emilia, con aire de implacable juez, la enfrentó:

—Lo quemé… lo metí al fogón.

Elodia no podía hablar; el disgusto la había dejado pasmada. Sentía que estaban por brotarle lágrimas de rabia y se fue, no quería que Emilia se diera cuenta del entripado que estaba haciendo.

En su habitación, lloró y maquinó mil cosas que pudieran contrariar a Emilia. Insistía en que tenía que hacerla pasar un rato como el que ella estaba pasando. Paula intentaba tranquilizarla asegurándole que José María les haría llegar otra copia.

—Ya lo sé… ya lo sé —insistía Elodia— pero ¿por qué nos atropella así?

Un rato lloró, otro rato rumió su disgusto y más tarde, todavía mohína, se fue a la cocina a llenar la bañera.

—Me voy a bañar antes de que empiecen a preparar la cena —le anunció a Paula.

Llevó su ropa a la cocina y atrancó las dos puertas por dentro.

Media hora más tarde se acercó Margarita a la puerta y tocó, hablándole a Elodia.

—Hija, ya tienes un buen rato ahí. Necesito hacerme mi té.

Elodia no respondió.

Minutos más tarde Emilia golpeó la puerta que comunicaba la cocina con el corredor.

—Sal de ahí Elodia, ya está bueno de berrinche.

Elodia ni salía ni respondía. Emilia estaba segura de que quería enardecerla y volvió a aporrear la puerta, ahora con más fuerza.

—Pobre de ella si no abre. Haré que echen abajo la puerta y te aseguro que se va a arrepentir de su necedad.

Margarita entendía el disgusto de Emilia, pero trataba de persuadir a su nieta con palabras más comedidas.

—Hija, entiende; nos estás causando un contratiempo a todos. Abre por favor la puerta.

Finalmente Emilia se decidió a cumplir su amenaza; salió en busca de Santiago, un carpintero que tenía su taller a dos cuadras, y lo llevó a que quitara la puerta.

Hizo Santiago su trabajo y entraron Emilia, Margarita y Paula. Su sobresalto fue mayúsculo: la mitad del cuerpo de Elodia yacía, inerte, fuera de la tina, como si hubiera querido salir.

Los inútiles intentos de las tres mujeres por reanimarla, conmovieron al joven carpintero, Elodia no se recobraría: estaba muerta.

José María no daba crédito al mensajero que le envió Margarita. Cuando llegó a la casa, recién había llegado Lucrecia. Se consolaron mutuamente pero en tanto él

hablaba de un hado ineludible… de una fecha señalada y de cuestiones que tenían que ver con la fatalidad, Lucrecia insistía en que nunca debió haberse metido a bañar su hermana bajo los efectos de un disgusto, y culpaba, desde luego, a quien se lo había ocasionado.

José María movía la cabeza, como discrepando.

—Estuve aquí esta mañana. Un mal sueño que tuve anoche me hizo salir temprano de la casa y encaminarme hacia acá.

A José María le parecía que debía contar su sueño, y tal vez ese era el momento de hacerlo.

Margarita se acercó a ellos para hacerle una pregunta a Lucrecia, pero se detuvo a escuchar la narración de su marido.

—Debe haber sido en la madrugada cuando tuve esa extraña pesadilla —José María veía a Margarita cuando afirmó—: tan insólita me pareció, que decidí venir aquí esta mañana.

Margarita estaba intrigadísima; ella en ocasiones tenía corazonadas, o algún sueño premonitorio, pero no hubiera imaginado a José María perturbado por un mal sueño.

—Mi sueño, al relatarlo, no parece espeluznante, pero al despertar esta mañana me sentía aterrado.

Lucrecia le tomó la mano.

—Dicen que, en ocasiones, las pesadillas las originan los males estomacales.

—Ojalá eso hubiera sido, hija, pero luego de escucharme podrás considerar.

Y comenzó José María a narrar su sueño:

—Caminaba yo entre la neblina y al atravesar una calle, oí los cascos de unos caballos; me detuve y vi la carroza venir en dirección mía. Al hacerme a un lado, pude ver bien los caballos, enjaezados para un funeral; igualmente vi al cochero, con levita y chistera. Al verme él, volteó hacia el lado contrario señalando algo con la mano; traté de ver entre la niebla, que en ese momento se empezaba a disipar, y entonces pude distinguir esta casa.

A Lucrecia no se le ocurría opinar nada. Y Margarita, con la voz entrecortada, repetía:

—Esos son avisos, José María. Esos son avisos. Algo de eso me hubieras dicho esta mañana que viniste.

—¿Y hubieras podido cambiar las cosas? Con la inquietud que yo sentía ya era suficiente.

Cortó Lucrecia el cabello de su hermana e hizo con él una castaña que envolvió en papel de china. Sacó las peinetas de un cofre y ahí la guardó.

—Siempre envidiaste el cabello de Elodia; ahora ya lo tienes.

Lucrecia sonrió a Paula.

—Si. Algunas veces le dije que le envidiaba el cabello. Me gustaba su color y las ondas que se le hacían cuando lo cepillaba.

—Todavía no puedo creer que mañana le vamos a dar sepultura —Paula hablaba con la cara sobre una almohada, como si quisiera taponar sus lagrimales— y nunca más la volveremos a ver.

—Ya tienes la cara hinchada. No paras de llorar; acuéstate un rato a ver si te duermes.

Diciendo esto, Lucrecia se acomodó del lado opuesto de la cama y, subiendo los pies, se recostó.

—Si llegara a entrar la tía Emilia en este momento y te viera con los botines arriba de la sobrecama….

Lucrecia no dejó a Paula terminar su advertencia.

—Ya sé que se va a enojar, pero ahora se va a guardar su reprimenda, puedes estar segura.

El tono agrio de Lucrecia previno a Paula sobre un probable conflicto entre tía y sobrina, en el caso de que Emilia entrara a la habitación.

—No es momento para peleas —le decía Paula conciliadora.

—Yo no pienso pelear, sólo le voy a soltar una sarta de acusaciones.

En ese momento se abrió la puerta, eran Margarita y Catarina.

En Catarina había pesado más el deseo de estar con su familia en esos momentos, que el temor de ser mal recibida en la casa. No había vuelto a verlos desde el día que se fuera, y el pesar por la muerte de Elodia era mayor, decía, por no haber estado con ella sus últimos días.

Se había planeado el funeral para después del mediodía, pero había barruntos de lluvia y optaron por salir un poco antes hacia el cementerio.

José María buscó a Margarita para avisarle de la determinación que se había tomado. La encontró hincada en su reclinatorio, rezando algo que leía en su devocionario. Sinceramente la envidió; la paz que irradiaba en medio de su dolor era algo que él no podría conseguir aunque quisiera. Desde luego, entendía que de su fe venía su fuerza y la aceptación resignada de sus sufrimientos.

Él reconocía que le iba a ser muy difícil sobrellevar esa pena. Había supuesto que, al haber enterrado a dos hijas, había cubierto con creces su cuota de dolor en este mundo, y consideraba que el infortunio ya debía pasar de largo en lo que le quedara de vida. Como nunca, sintió en ese momento el peso de los años.

José María se propuso visitar con más frecuencia a su familia, y, conociendo el gusto de Lucrecia por la lectura, le llevaba magazines o libros, con el fin de distraerla.

Amada iba cada vez menos a causa de su embarazo. Por recomendación del médico había restringido muchas actividades, y reposaba buena parte del día. Catarina no había vuelto, y Paula, hasta cuando desempeñaba sus tareas, vivía en un mundo de fantasía.

Lucrecia extrañaba a todos los que ya no estaban en la casa, pero especialmente extrañaba a Elodia. Y al paso de los días, le empezó a subyugar la idea de la muerte.

Salía tempranísimo a sacar agua del pozo, apenas cubierta por un delgado chal, pero eso si, provista de sus cojincillos para proteger sus manos del áspero mecate. Llenaba la bañera con el agua helada, y se metía en ella, segura de pescar una pulmonía.

Persistió un tiempo con su propósito de enfermarse, pero luego se dio cuenta de que era inútil seguir sufriendo semejante tortura, el destemplado baño no había servido ni para que agarrara un mísero catarro, y optó por volver a calentar el agua.

Miguel Rodríguez llegó a la vida de Lucrecia cuando todavía la tristeza no dejaba lugar a ningún otro sentimiento. Lo que ella ansiaba, más que nada en el mundo, era hacer su vida en cualquier otra parte, y con Miguel se le presentaba esa oportunidad. A veces pensaba que el cambio podría ser desfavorable, pero no se quedaría sin correr el riesgo.

Amada dio a luz una niña un poco antes de la fecha prevista. La familia de Rafael puso una barrera para aislarla y limitarle lo más posible las visitas, so pretexto de que la niña no era aún lo suficientemente fuerte para defenderse de algún contagio; contagio que llegaría, seguramente, de la familia de Amada, pues las restricciones para ellos eran más evidentes.

Finalmente, desistieron de frecuentar a los Bringas y esperaron a que Amada estuviera en condiciones de salir de su casa y se presentara en la de ellos.

Sólo que tardó tanto, que cuando llegó el día de la esperada visita, Amadita ya caminaba, ella se encontraba nuevamente embarazada y se enteró, ese mismo día, que Lucrecia tenía también un embarazo de cuatro meses.

—Ni siquiera conozco a su esposo —comentó Amada.

A José María le entusiasmaba la llegada de su nueva familia, se sentía rezagado cuando se comparaba con Antonino, que ya tenía bisnietos de algo más de diez años, y aunque poco convivía con ellos debido a su chochez, se enorgullecía de que su simiente siguiera presente en una nueva generación.

Se empeñó en que el hijo de Lucrecia naciera en su casa y la convenció para que pasara ahí el último mes de embarazo.

—Pasas mucho tiempo sola en tu casa y en cualquier momento pudiera presentarse el parto. Yo no estoy tranquilo imaginando que te suceda algo. Además, si tuvieran que atenderte por la noche, no cuentas con suficiente luz.

—Papá José María, apenas va a hacer un año que hay luz eléctrica en Orizaba, y desde hace tres meses la hay en tu casa; vas a decirme ahora que las lámparas que hemos usado siempre ya no son eficaces.

—Si lo son, pero ya hay mejor forma de iluminar.

Aceptó Lucrecia el ofrecimiento de José María y, la segunda semana de abril, con muy escaso equipaje, se instaló en la que había sido su pieza y que había compartido con Amada y Catarina.

—¿Esa escueta valija guarda lo tuyo y lo de la criatura?

Emilia no perdía ocasión de atosigar a su sobrina, sólo que ahora se topó con la estudiada serenidad de Lucrecia, que se había propuesto no caer en desafíos por el bien de ella y, sobre todo, de Margarita, que cuando se daban riñas entre ellas, o simplemente sus dimes y diretes, caía en un abatimiento dañino para su salud.

—En las familias que discuten cae la sal —solía decirles cada vez que se acaloraban por un "quítame estas pajas".

Miguel se negó rotundamente a acompañar a Lucrecia en su traslado a casa de José María. Él trabajaba en las oficinas del ferrocarril y explicó que, al quedar su casa a pocas cuadras de la estación, abreviaba tiempo. Desde luego ese era el pretexto más cortés que encontró, pues no era cosa de mencionar las miradas hostiles de Emilia y mucho menos, darse por enterado de que, con ese prurito que tenía ella de aplicar sobrenombres, le había acomodado ya el de "*el atildado*".

De Emilia, por su manía de poner apodos, hubiera podido decirse que era irrespetuosa, pero no desatinada; Miguel, aunque no contaba con un guardarropa muy amplio, compraba trajes de buen corte y él mismo se

encargaba de limpiarlos. Acostumbraba visitar la barbería dos veces al mes, y diariamente cepillaba sus uñas y las frotaba unas con otras para hacerlas brillar.

Su facha se semejaba más a la de un profesionista que a la de un simple oficinista.

Cuando Lucrecia le mencionó que ya Emilia lo había hecho blanco de un mote, no estaba enojada. Riéndose le aconsejó:

—Tómalo de quien viene.

Pero a él le molestó el sobrenombre.

Con la llegada de Lucrecia las visitas de Amada se hicieron más frecuentes. Llevaba con ella a Amadita y pasaban la tarde en la alameda. Generalmente las acompañaba Rosa, que se divertía con la niña.

Lucrecia escogía siempre la misma banca, que recibía por la tarde la sombra de los robles, y, mientras platicaba con su prima, fileteaba pañales y mantillas para el bebé; a veces ella, y a veces Amada, le daban monedas a Rosa para que comprara sus dulces preferidos:

—Para mí, merengues, charamuscas o trompadas —le recordaba Lucrecia a su hermana.

Amada se reía. —De la variedad de dulces que tienen, pides siempre lo mismo —Luego se quedó muy seria, —pero si lo ves bien, es el modo con que nos trata la vida: a veces con merengues, a veces con charamuscas y otras veces, a trompadas.

—Ya estás aprendiendo a hablar con metáforas como mamá Margarita.

Lucrecia se reía de su prima y tratando de parecer seria le contradecía:

—¿Eso te parece una metáfora? Yo no lo creo; a lo mejor es una comparación… o una bobería.

Eso les pareció más apropiado a las dos. En sus pláticas siempre terminaban riéndose de tonterías.

El tres de mayo llegó al mundo la hija de Lucrecia.

—Es día de la Santa Cruz, así la deberías nombrar.

Margarita proponía a su nieta ese nombre, pues aunque ella no lo había aplicado en sus hijas, pensaba que era bueno respetar el nombre del santo del día.

—Se llamará Elodia.

El tono de Lucrecia fue categórico. Ella misma notó que había sido seca y tomó la mano de su abuela.

—Mamá Margarita, le quiero poner el nombre de mi hermana.

Tres meses después nació Guadalupe, la segunda hija de Amada.

Ese año cumplió José María ochenta y cuatro años. A diferencia de algunos contemporáneos, su vista era buena, su oído también, y su memoria, envidiable. Ocasionalmente se quejaba de dolor de huesos, pero era un hombre sano. Unos días antes de su cumpleaños sacó a orear su traje de militar. Cuando lo vio Emilia quiso saber que pretendía hacer con él.

—Me voy a tomar una fotografía en mi ropa de militar. Ni a mis hijas, ni a mis nietos les ha parecido meritorio lo referente a mi vida de soldado, pero puede

ser que algún descendiente que no alcance a conocer, reconozca que esa parte de mi vida tiene valor.

Y se fue una tarde, vestido de militar, a retratarse.

Rosa se había ido una temporada con Lucrecia para ayudarle con la niña, pero la ayuda se prolongó debido a un nuevo embarazo de su hermana.

Cuando Elodia apenas tenía un año y medio, llegó su hermano, a quien bautizaron con el nombre de Fernando.

Lucrecia, que naciera un treinta de mayo, día de San Fernando, deploraba que no se le hubiera bautizado con ese nombre, y, cuando de niñas jugaban al teatro, invariablemente se hacía llamar Fernanda. Su hijo, desde antes de nacer, ya tenía nombre; si era hombre, o si era mujer, llevaría el nombre del que ella consideraba su santo patrono.

Antes de dos años, nació María. La elección del nombre ahora fue de Miguel, que no tuvo que pensar mucho: así se llamaba su madre.

Cuando más atareada se encontraba Lucrecia con sus tres criaturas, Paula decidió casarse y Rosa tuvo que volver a la casa para ayudar a Emilia.

Una mañana se presentó Amada en casa de Lucrecia.

—Mamá Margarita ha seguido mal de su espalda —le informaba Amada— cada vez la encuentro más dependiente. Ha conseguido Emilia una muchacha que, por lo menos en la mañana, la ayuda a levantarse, a dar unos pasos y a llevarla a la cocina, pues insiste en fiscalizar lo que ahí se hace.

Lucrecia bien sabía, aunque tenía dos semanas sin presentarse en la casa, del evidente deterioro en ambos abuelos.

—Los años no vienen solos, Amada.

A Lucrecia le ocasionaba cierta tirria pensar en la vejez.

—Los ancianos se hacen lentos de la mente y del cuerpo; y lo más terrible que les ocurre son las enfermedades y la invalidez. Lo último que yo quisiera es depender de alguien para mis más elementales actividades.

—Bueno, por ahora, la más necesitada de ayuda es mamá Margarita, por las molestias que le dan sus piernas.

—Iré esta semana a verlos. Las contrariedades que estoy teniendo con Miguel me están distrayendo de otras cosas. Ha estado faltando al trabajo porque no se siente bien, pero para salir con los amigos no le molesta nada.

—¿Sabes si ha visto algún médico?, puede ser que sí esté enfermo.

—Le han dicho que algo no está bien con su corazón, pero no creo que las medicinas hagan buen efecto con una vida desordenada.

—Pues él sabrá qué cuidados debe tener.

—Si acaso lo sabe, no parece tomarlos en cuenta.

Con alborozo recibió Margarita la visita de Adda. Hacía tiempo que se había mudado a la hacienda; Danilo se encargaba ahora de administrarla y, según ella, nunca

antes habían ido mejor las cosas. Sus viajes a Orizaba no eran frecuentes, pero ahora tenía necesidad de hacer algunas compras y llevaba una lista de cosas que necesitaba y que se había alargado por haber aplazado tanto su salida.

—Creo que tardaré unos tres o cuatro días para terminar con mis asuntos. Si no causo un problema, me quedaré aquí todo ese tiempo.

—Claro que te puedes quedar, yo cada vez desempeño menos tareas y estaré encantada de platicar contigo el tiempo que tengas libre.

Margarita veía a su prima y se asombraba del cambio que había sufrido "creo que hasta parece más joven", pensaba al ver su arreglo y su buen ánimo.

—Te noto contenta y mucho más tranquila que antes de irte.

—Lo estoy, Margarita; la hacienda está como en sus mejores tiempos y a mí me place ver el entusiasmo con que ha tomado Danilo el trabajo.

Acomodaron a Adda junto a la pieza de Margarita y por la tarde se instalaron en el corredor a platicar un poco antes de comenzar a rezar el rosario. Se les unió Emilia, con su bandeja llena de habichuelas para desenvainar.

—No me has dicho si quieres que te acompañe a hacer alguna compra.

Emilia se ofrecía a acompañarla pues para Margarita era cada vez más difícil salir de la casa.

—Quiero comprar unos borceguíes y unas telas gruesas para cortinas.

Hizo Adda una pausa, como si dudara en plantearles qué más llevaba en mente.

—Quisiera comprar un amuleto y algunas yerbas que alejen el mal de ojo y los maleficios.

—Ay Adda, por Dios.

Emilia se quería reír, pero el seco gesto de Adda la contuvo.

—¿Qué clase de mal de ojo piensas que te hacen?

La pregunta la hacía Margarita imaginando que su prima estuviera viendo en cualquier contratiempo, el efecto de una brujería.

—No quiero creer en esas cosas, pero Danilo estuvo cortejando hace un tiempo a una muchacha que resultó ser hija de una mujer de quien se dice que es bruja. Su relación duró poco tiempo, pero recientemente se ha notado infinidad de ronchas en todo el cuerpo.

Emilia no se perdía palabra del relato de su parienta y, ahora sí, no pudo aguantar más la risa:

—Revísale el colchón, no vaya a tener chinches.

Margarita se molestó por la insolencia de Emilia, pero a Adda le divirtió.

—Bueno, ¿me acompañas o no a ver si consigo un amuleto?

Emilia continuaba festejando su ocurrencia pero trató de responderle con la debida seriedad.

—Tú sabes que el mejor amuleto contra cualquier ensalmo es, precisamente, no creer en él. Tú nunca habías creído en supercherías.

—Pues nunca había creído, pero a veces ocurren cosas que nos hacen pensar en que, por alguna causa ajena a nosotros, nos pudiera llegar algún maleficio.

Emilia, entre divertida y severa, terminó la conversación, pues Margarita ya se alistaba para rezar el rosario.

—Alguien te ha puesto esas ideas en la cabeza.

Al siguiente día, muy temprano, salieron Adda y Emilia a visitar las tiendas.

—Ya fuera de guasa, Emilia, las ronchas que le brotan a Danilo son extrañas; parece una erupción que en unos días se apaga, pero que le producen una comezón muy molesta. Parece un eccema.

—Lo de las chinches fue una broma, no me hagas caso. Pero volviendo al mal de Danilo, ¿se ha atendido con algún médico?

—Sí lo ha hecho pero los remedios que le han dado de muy poco le han servido.

Luego de un rato de visitar tiendas, Adda tomó a Emilia del brazo y le dijo:

—Estoy muy contenta de pasar estos días con ustedes, no te imaginas las ganas que tenía de verlas.

—No esperes tanto tiempo para venir a visitarnos; tu estancia aquí la has disfrutado siempre tanto como nosotros.

Pero la estancia de Adda esta vez no resultó tan placentera como esperaba; a dos días de su llegada, recibieron una trágica noticia de casa de Lucrecia.

Miguel había aprovechado el domingo para ir a Ojo de Agua a vender unas reses de su madre, y al volver, un dolor lo hizo sentarse en la paja cuando desensillaba el caballo. El peón que le ayudaba se acercó a sostenerlo pero cuando llegó a su lado, estaba casi inconsciente.

Alistar la carreta para trasladarlo a la casa de su madre, que era la más cercana, le tomó diez minutos; cuando quedó lista, Miguel había muerto.

Dos meses después Lucrecia estaba nuevamente en la casa de sus abuelos, ahora con tres criaturas.

Tratando de no dejar toda la carga de su familia a José María, Lucrecia volvió a trabajar y él, quizá por tener a Emilia en calma, pasaba la mayor parte del tiempo en la casa con los niños.

Margarita disfrutaba con ellos.

—Ya extrañaba esta casa el bullicio de gente menuda —solía decir.

Por su parte, Lolita se fastidió de las ausencias de José María y terminó por marcharse a Santa Rosa con una hermana que recién había enviudado.

Invariablemente, por las tardes tomaba Margarita su rosario, colocaba un pequeño crucifijo negro sobre su costurero y, aunque ella rezaba sentada, a los niños los hincaba frente a la cruz a seguirla en sus rezos.

Ahora que José María permanecía tantas horas en la casa, se habían trastocado un poco sus actividades. Como la ausencia de su marido la había hecho sentir casi viuda, sus salidas se habían limitado a la iglesia, visitas a enfermos y al panteón. Pero ahora recibía invitaciones ocasionales de su marido a eventos que tenía ya olvidados, y se vio en la necesidad de relegar su "viudez".

Lucrecia había cambiado la lectura por los deshilados y bordados. Por las noches se sentaba en el corredor y cosía vestidos para las niñas, que después bordaba.

Pronto se fastidió del encierro y de la monotonía del trabajo y comenzó a acompañarse con amigas a la tertulia de los domingos. Desde luego, el grito de Emilia no se hizo esperar:

—Como una casquivana te han de ver. No es tu papel andar de tu cuenta con amigas.

—Tampoco me voy a enterrar en vida.

—Pues una mujer decente no vive su viudez con tanto desparpajo.

—No comencé a salir al día siguiente de enviudar, hace tres años que enterré a mi marido.

Cualquiera que las conociera sabría bien que en ese tenor podían durar horas; sus argumentos eran interminables y muchas las ganas de discutir.

Amada, Rosa y Paula solían ponerse de acuerdo de vez en cuando para coincidir en la casa de los abuelos las tardes que iban de visita con sus criaturas. Para ese

día Lucrecia cancelaba cualquier compromiso y se unía al bullicio.

Llegó una mañana Lucrecia del trabajo dos horas antes de la hora de costumbre:

—Hoy me permitieron salir temprano pues les está faltando material, pero mañana voy a trabajar más horas de lo normal.

Explicaba esto a Margarita cuando Emilia entró a la habitación:

—Gracias a Dios que llegas, veo mal a Fernandito, le he puesto paños húmedos en la cabeza pero la fiebre no cede.

Le alarmó a Lucrecia el gesto de preocupación de Emilia. Había estado el niño muy inquieto durante la noche pero cuando se fue, se le veía más tranquilo.

Entró a verlo y le pareció que roncaba, aunque no estaba dormido. Entreabrió los ojos y le notó una mirada vidriosa que por la mañana no tenía.

—Le he dado todos los cocimientos que conozco, pero lejos de mejorar, empeora. Deberías buscar medicinas de farmacia.

Tenía razón Emilia: valía más llevar al niño con un médico.

Llegó a la farmacia más cercana donde despachaba un joven que había sido estudiante de medicina. Enseguida de la farmacia vivía un pariente de él que ya casi era médico y que casualmente se encontraba ahí.

—Es muy atinado, aún no está ejerciendo pues le

faltan unos meses para recibirse, pero ha curado algunas personas.

Salió el joven en busca del cuasi médico que llegó enseguida. Examinó con cuidado al niño, y, finalmente, determinó:

—Es crup.

Por el semblante y la voz del muchacho, supuso Lucrecia que Fernandito iba muy enfermo.

Además, recordaba haber oído hablar de ese mal y lo que recordaba era en verdad desalentador.

El joven le indicó al farmacéutico las mezclas que debía preparar y a Lucrecia la forma de suministrárselas.

La desazón se apoderó de Lucrecia. Apenas respondió a las preguntas que le hicieron al llegar a la casa y se encerró con el niño.

Varias veces entró José María a ver a Fernandito.

Paula, llorosa, preguntaba por el niño sin decidirse a entrar.

—Tengo el temor de menguar aún más el ánimo de Lucrecia si me ve llorando.

El llanto de Paula se hizo más copioso en cuanto empezó a hablar, y aún más cuando su abuelo le contestó:

—Fernando no está reaccionando. Su respiración no es normal.

Empezaba Margarita su rosario cuando entró José María, por enésima vez, al cuarto de Lucrecia. Al salir, se acercó a Margarita como si no hubiera nadie más en la habitación, y le dijo:

—Fernandito acaba de morir.

Se levantó Margarita, y se fue en busca de Lucrecia. Detrás de ella fueron Emilia y Paula. Entró Margarita llorando a pedirle que saliera y que las acompañara en el rosario, pero ni ella ni Paula la movieron de su pieza.

Paula le hacía señas a su abuela para que se retirara con Emilia, y, cuando finalmente salieron, entró el padre Domingo, párroco de Santa Anita, que recién se había enterado del fallecimiento del niño.

Acercó una butaca a la cama en que estaba Lucrecia sentada y se dispuso a leer unos responsos. Afortunadamente no veía la expresión de Lucrecia, que parecía no notar su presencia. Terminó el sacerdote su lectura y cerró su libro. Dio inicio entonces a un prolijo relato sobre la muerte de Jesús en la cruz y los sufrimientos de María, su madre. Lucrecia seguía con su misma actitud: los ejemplos y las comparaciones que hacía el padre Domingo no la inmutaban.

De nuevo la casa se entristeció. José María repetía, a quien mencionara la mala fortuna que les había alcanzado de nuevo, que no entendía por qué, a sus años, seguía en este mundo y por qué las enfermedades se ensañaban con criaturas de tan corta edad.

Margarita no estuvo en condiciones de acompañar a la familia al sepelio; al dolor de sus piernas había añadido el de la cintura y la espalda. Cada vez caminaba menos y cada vez necesitaba de un mayor esfuerzo para levantarse.

Porfirio Díaz había conseguido una reforma constitucional que permitía la reelección indefinida y tras algunas elecciones fraudulentas, seguía en el poder cuando el siglo XIX estaba por terminar.

Los beneficios como el asfalto en algunas calles, el telégrafo, un correo bien organizado y el teléfono, entre otros, que en muchas ciudades se disfrutaban, tenían a buena parte de la población agradecida al gobierno del general; pero la vida muelle de los que se enriquecían bajo su sombra, contrastaba con la miseria de las mayorías. Aún así, el pueblo reconocía que el país estaba viviendo en paz; una paz que algunos habían pensado que no llegaría nunca y que ahora la tenían. Una "paz porfiriana".

Llegó en esos días Matías, el hijo menor de Joaquín. Anteriormente los había visitado para pedir alguna orientación de José María; pensaba instalarse en Orizaba, y en esta ocasión llevaba a su hijo Rosario con él. Margarita le invitó a hospedarse en la casa pero él rechazó el ofrecimiento.

—Debería haber aceptado —le comentaba Margarita a Emilia— muy poco los vemos y estaría bien que platicara con calma con José María, pero él prefirió irse a una posada.

—De lo cual me congratulo. Dicen que el chiquillo tiene el mismo carácter del tío Joaquín.

La respuesta de Emilia molestó a Margarita.

—Y qué más da si así fuera, no seríamos nosotras las que bregaríamos con él además, su estancia sería de pocos días.

Emilia optó por no seguir con el mismo tema con su madre y salió de la habitación. Había puesto a sobrehilar una ropa a las niñas y quería ver si estaban haciendo su trabajo. Las encontró en la pieza de Lucrecia:

—Si ya han terminado, recojan la ropa y las agujas, ¿no ha llegado aún su mamá?

—No.

La voz de Elodia apenas se oía. Ya sabía que siempre que Emilia hablaba con su "tono de sargento", terminaba sermoneando a quien fuera, máxime ahora, que tenía buenas razones para estar molesta, aunque con nadie había comentado sus sospechas, hacía días que tenía motivos para suponer que Lucrecia tenía una nueva relación.

Y no andaba descaminada. Lucrecia se veía con un señor.

Margarita salía, como siempre, un rato por la tarde al corredor. A causa del dolor de sus huesos, cada vez le era más difícil afianzar el ganchillo o las agujas para tejer; o tomar su labor de bordado. Ahora se sentaba a ver la puesta del sol y a escuchar el gorjeo de los pájaros. José María había hecho costumbre salir a esa hora y sentarse a su lado, y esa tarde, cuando salió, ya casi terminaba de caer el sol.

Él prefería sentarse a cabecear un rato y a Margarita le gustaba platicar y recordar a gente que ya no estaba. Nunca decía "cuando murió éste o aquél", acostumbraba siempre decir "cuando se fue". Y ya en sus pláticas, eran cada vez más los que se habían ido.

—En segundos se nos fue la vida, Margarita. Cuando hablas de toda esa gente me parece que, al irse, se llevaron también nuestro tiempo.

—Pues así como lo dices, podría explicarme qué ocurre con el tiempo. Nunca he sabido a dónde se va.

—Date cuenta, Margarita, de las tonterías que estamos diciendo.

—Por mí no te preocupes; mis limitaciones están en otras partes, no en mi cerebro. A veces me hago preguntas extrañas, pero no desvarío.

Emilia, que se acercaba llevándoles una taza de chocolate, alcanzó a escuchar el final de su plática y se rió:

—Que bueno que razonen con cordura; desde luego, yo nunca he dudado de su salud mental, pero en la casa no todos pueden presumir de lo mismo.

—No hables con medias tintas; di quién te parece que no está en su sano juicio.

José María pensó que iría a contar alguna patraña de Amadita. La niña tomaba en ocasiones unas poses petulantes que a veces divertían, pero que habitualmente caían mal.

—No se trata de la niña, se trata de Lucrecia: creo que pretende casarse de nueva cuenta.

—Algo me ha hablado sobre eso y no me parece absurdo.

—¡Por Dios papá!, ¿será posible que a tus años no se te ocurra ponerte a prever las consecuencias? Imagínate que traiga más hijos al mundo.

—¿Y eso te parece descabellado? —preguntó José María.

—Pues sí lo es, si tomas en cuenta que el señor tiene tres hijos.

—Y ella tiene dos —replicó José María.

—Por lo mismo insisto en que no es una buena ocurrencia, ¿qué futuro tendría eso?

—Que ganas las tuyas de querer ver el futuro. Cada día trae su propio afán y si ella cree poder vivir bien con él, ¿para qué te preocupas?

—Pues ojalá sepa lo que está haciendo, y que de una buena vez se dedique a su familia.

Y ahí terminó el diálogo: Emilia había hecho ver su sentir. Se retiró enseguida a la cocina, dejando en José María una inquietud que minutos antes no sentía, y en Margarita, una auténtica zozobra.

Muchos orizabeños se estaban involucrando en los preparativos para los festejos que se harían para recibir el nuevo siglo.

Rosa llegó a la casa los primeros días de diciembre. Tenía un tiempo viviendo en la Ciudad de México y,

enterada por Lucrecia del estado de salud de Margarita, se decidió un día hacer el viaje con sus dos criaturas.

Margarita sintió que mejoraba en esos días. No conocían a la hija menor de Rosa y fue para ella un verdadero gusto recibirlas, máxime que le habían dicho que esa niña guardaba un parecido con ella.

En su plática, Rosa les mencionaba la algarabía que vivía la ciudad de México con motivo de la llegada del nuevo siglo:

—Don Porfirio pretende efectuar una serie de eventos que, se dice, harán inolvidable esa fecha.

—De cualquier modo tiene que ser inolvidable un cambio de siglo; mi padre recordaba vívidamente la entrada de 1800. Y yo, verdaderamente, estoy sorprendido de mi longevidad: no imaginé llegar al final de esta centuria.

—Pues ya lo creo que vas a llegar, y con buena salud —le auguró Lucrecia.

Y así fue. La familia entera se reunió para recibir el nuevo siglo poniéndole su mejor cara.

A la reunión asistió Rodrigo con una parte de su familia, lo que agradeció José María, pues los Bringas no se presentaron, a pesar de su insistencia. De haber quedado más reducido el grupo, se hubiera visto, probablemente, en algún aprieto, pues Lucrecia se presentaría con Antonio, con quien tenía dos semanas de casada y a quien ya Emilia había bautizado como "*el*

*importuno*". Le preocupaba que Emilia le llegara a soltar el remoquete.

Tenía razón José María en querer llenar la casa de gente, Emilia casi no tuvo tiempo de charlar con la familia y, cuando finalmente se acercó a participar de la convivencia, Lucrecia y Antonio se despidieron.

## Capítulo VII

Rosa volvió a su casa una semana después, y ese mismo día inició un período de lluvia que duró casi un mes. La lluvia era constante; día y noche caía agua sin parar y, aunque a veces no era muy copiosa, no paraba.

Semejante condición del clima había puesto tristona a Margarita.

—Vivimos en un lugar lluvioso —le alegaba Emilia— aquí habitualmente llueve.

—Pues yo te aseguro que nunca en mi vida había visto llover tanto de corrido como ahora. No ha escampado un solo día desde que comenzó la lluvia.

Gracias a que Lucrecia visitaba a sus abuelos por lo menos tres veces por semana, no cayó Margarita en un estado de desánimo más profundo.

La vida de José María era menos tediosa, salía y llevaba noticias, casi siempre de cosas sin importancia. Frecuentaba todavía algunas tabernas con el fin de platicar con alguien de trivialidades; las discusiones con los enterados de la política ya le habían hastiado. Las especulaciones sobre el sucesor de don Porfirio parecerían adivinanzas de chiquillos, de no ser porque había quien llevaba su opinión o su preferencia hasta contrapuntearse con quien porfiara, de igual forma, por su inclinación hacia otro presidenciable.

En lo que habitualmente coincidían era en que, seguramente, el asunto de la sucesión tardaría, tomando en cuenta que el general Díaz era correoso como él solo.

A mediados de febrero llegó Danilo a visitarlos; llevaba de regalo dulces confeccionados por Adda y el encargo de llevarles sus saludos:

—La humedad desmedida que hemos sufrido las semanas recientes le han hecho mal a sus huesos.

—Y qué me dices a mí —le alegaba Margarita— que no he visto la mía desde entonces. Ha habido días en que no he podido dejar la cama.

Convocó Margarita a la familia a reunirse en la casa para que saludaran a Danilo. La casa se atestó más que en la reunión de Noche Vieja.

En esta ocasión sí se presentó Amada, aunque sólo la acompañaban sus dos hijas mayores; además de saludar a Danilo, quería ver la cara que pondría la familia cuando Lucrecia les anunciara su embarazo.

Dos días antes, su prima había ido a su casa a confiarle que recién se había dado cuenta de que se encontraba encinta, y le había dicho también que aprovecharía la reunión para soltarles la noticia.

La reunión familiar se desarrolló al filo del mediodía, que era la mejor hora de Margarita. Quisieron que, en lo posible, ella tuviera sosiego, pues había habido tardes en que sus lamentos y sus rezos opacaban la algarabía de los tordos, que a esa hora buscaban su acomodo en los árboles para pasar la noche.

La noticia del embarazo de Lucrecia lo recibió la familia con más ecuanimidad de la que Amada había imaginado; hubo algunas felicitaciones pero los esperados "pues allá tú" o "nada más eso te faltaba", de Emilia, no se oyeron. Ese día la ojeriza de Emilia la recibió Amadita.

Era Amadita una niña obcecada y caprichosa que, a sus diez años, comenzaba a inquietar a la familia. Tenía, además, la manía de hablar de la realeza como si fueran los vecinos de enfrente.

Las noticias de las que llegaba a tener conocimiento acerca de acontecimientos en las casas reales de Europa, las comentaba como si esos personajes fueran gente cercana a ella.

Ese día se había presentado con un aparatoso vestido, confeccionado por Amada, que chocaba con la sencillez de la reunión y con su edad.

—Niña extravagante, a tu edad las criaturas se visten con ropa infantil.

Aunque el comentario de José María se dirigía a la niña, quería que lo entendiera Amada, a quien veía responsable del disparate.

—Casi tengo diez años, papá José María.

A nadie se le ocurrió tomar en cuenta la respuesta de Amadita.

Pero contrita, y con voz apagada, Amada explicó:

—Vestir a esta niña es en verdad la vida cansada; se empecina en los estilos de ropa estrafalarios que ha visto en grabados o en fotografías y no hay forma de hacerla entrar en razón.

Pocas veces se enojaba José María con las nietas, pero ahora estaba muy molesto con Amada:

—Y tú, ¿estás pintada?, ¿por qué le sigues el juego haciéndole esos vestidos de irrisión?

Amada no contestó. A punto de soltar el llanto se levantó y, disculpándose, se retiró a una recámara.

Amadita se quedó impávida como si el altercado nada hubiera tenido que ver con ella. Por supuesto, no se sentía, en modo alguno, vestida de chirigota: ella se sentía distinguida.

En septiembre, el día de los Arcángeles, nació Elena.

Ávida lectora de historias y leyendas, Lucrecia vivía los avatares de los protagonistas de sus lecturas.

"Haces lo que don Quijote", le había dicho Amada en una ocasión, "que llenaba su cabeza con las historias de caballería que solía leer".

"Sólo que a mí, la realidad me ubica enseguida", le había respondido Lucrecia.

Pues ubicada y todo, de su registro de personajes había sacado Lucrecia el nombre de Elena, evocando, desde luego, a Elena de Troya.

Y conforme los días pasaban, se convencía de que el nombre le iba bien; la niña era de facciones agradables, con su cabello ensortijado y rojizo, y los dos picos de su labio superior tan bien delineados, que parecían pincelados por los hacedores de muñecas.

Como cada año, el dos de noviembre se dieron cita Lucrecia, Amada y Paula para acompañar a Emilia a la visita del día de muertos. A nadie se le ocurrió invitar a Margarita, pero cuando salían hacia el panteón, Margarita les dijo:

—Discúlpenme con la familia que se encuentra allá. Hoy no puedo ir por lo brumoso y húmedo que está el tiempo, pero en cuanto despeje voy a ir.

Las niñas se rieron de la ocurrencia, pero Amada, muy seria, le respondió:

—Así lo haremos, mamá Margarita.

Cuando regresaron, ya casi era de noche. El silencio sepulcral que había en la casa contrastaba absurdamente con la algazara que había en el panteón; a pesar del

molesto clima, había tenido el lugar gran afluencia de visitantes.

—Margarita no ha estado bien. Casi no he salido de su pieza.

Con ese parte las recibió José María.

Amada se quedó un rato con él, pues tenía curiosidad su abuelo de saber acerca de unas discusiones que había tenido con sus cuñadas.

Emilia se fue a la cocina a alistar la cena, y Lucrecia fue enseguida a ver a la enferma. Buscó el alcohol de yerbas que cada año embotellaba y al que Margarita le hacía más confianza que a los linimentos que le daba el doctor.

Le colocó en las sienes unos chiqueadores para atenuarle su dolor de cabeza, y mientras le frotaba las piernas, Margarita le dijo:

—Quiero contarte un secreto que he guardado por años y creo que ya es hora de compartirlo con alguien: se trata de Marina.

Y le refirió, de manera resumida, la confesión que Marina le hiciera poco antes de morir.

El relato, no exento de algunas lágrimas, dejó asombrada a Lucrecia, quien en momentos pensaba que su abuela hubiera perdido el juicio.

—Tú sabrás si comentas esto con alguien más; solamente asegúrate que no llegue nunca a oídos de Adda. Yo me lo he reservado, pero hace tiempo quería comunicárselo a alguien.

Cuando Margarita terminó, casi de forma apresurada el relato, Lucrecia ya tenía la certeza de que todo era rigurosamente cierto, pues aclaraba las incógnitas que habían quedado en el aire en aquel tiempo.

Cuando entró Emilia las dos guardaron silencio.

A Lucrecia le costó trabajo volver a concentrarse en alguna plática, y casi en silencio continuó hasta el momento de retirarse.

Las ocupaciones de Lucrecia no le permitieron salir temprano de la casa. Cerca del mediodía se presentó a informarse de la salud de Margarita.

—Durmió bien hasta la medianoche, pero desde entonces no ha vuelto a estar tranquila. No sabe decir qué es lo que le duele, y yo la veo muy agitada.

Emilia se notaba cansada; su sueño generalmente era ligero, y aunque no durmiera mucho, se levantaba temprano y descansada. Pero estas desveladas eran distintas: la inquietud no le permitía reposar.

—Yo necesito alguien con quién alternar las horas de vigilancia que mamá requiere. Tú te has complicado la vida tontamente y no tienes un momento para venir a darme un descanso.

—Puedo venir. Si no encuentro quien me atienda un rato a las criaturas las traeré.

—¡Ni lo mande Dios! Ni vas a atender a mamá, ni vas a atender a los chiquillos; menos aún si traes al tocotín.

El “tocotín” llamaba Emilia a Esteban, el hijo menor de Antonio, quien se había ido a vivir con ellos. Sus dos hijos mayores se habían quedado con la madre de él, que los tenía a su cargo desde que él enviudara.

Ya no discutió más Lucrecia y se dispuso a darle su fricción de alcohol en las piernas. Ahora también le untaría el ungüento que había comprado al merolico que solía instalarse en la alameda.

Al retirarle la manta, luego de oírle las nuevas dolamas que se le presentaran durante la noche, Lucrecia se quedó asombrada al ver en qué estado se encontraban sus piernas.

Con el pretexto de ir a la cocina por el alcohol, salió para hablar con Emilia.

—¿Has visto ahora las piernas de mamá Margarita?

—La aseé esta mañana y le cambié de ropa.

La mirada interrogante de Emilia hizo pensar a Lucrecia que su tía no se había percatado de la hinchazón que se estaba presentando en las piernas de Margarita.

—Ven un momento —le pidió— y dime desde cuándo tiene sus piernas en esas condiciones.

Se acercó Emilia a ver a su madre.

Ninguna de las dos dijo nada mientras friccionaban las piernas de Margarita; sólo cuando salieron de la habitación, Emilia le confesó:

—Desde ayer en la tarde vi que se estaba inflamando, pero por la mañana la noté mejor; la recliné unos momentos en la cabecera de la cama, pero pronto me

llamó para que la ayudara a acostarse de nuevo. He notado que el cambiar de postura ya no lo hace ella sola; llama a alguien para que le ayude.

Lucrecia quería llorar, era ostensible el deterioro que había sufrido Margarita desde la última vez que la viera.

—¿Y qué podemos hacer?

Emilia tomó la pregunta como una simpleza.

—¿Qué se te ocurre que podamos hacer? Según el médico que consultó hace unas semanas su mal tiene que ver con el corazón, y ha empeorado a últimas fechas.

—Eso lo sé, pero algo debe haber para devolverle un poco de movimiento a sus piernas.

Emilia guardó silencio un rato. No quería decir algo que fuera imposible sólo para tranquilizar a Lucrecia:

—Creo que en cuanto se componga el tiempo, mamá va a mejorar.

Pero el cielo nublado prevalecía y, por las tardes, a más tardar a las tres, la llovizna se hacía presente.

El día que cumplió dos meses el segundo nieto de Gonzalo, decidieron que ya se debía bautizar.

Emilia le encargó a José María que se quedara un rato a cargo de Margarita; deseaba ir a la iglesia con el resto de la familia.

—No los voy a acompañar al convivio —le advirtió— sólo necesito que no la dejes sola mientras regreso.

Ese día la lluvia comenzó más temprano. Consiguió Gonzalo un coche para que llevara a Emilia de regreso

a casa, y mientras lo esperaba, Lucrecia se acercó a decirle:

—No voy a tardar mucho. Quiero ayudarte un rato con mamá Margarita.

El cochero que la fue a llevar no pudo acercar el coche al portón. Media docena de personas se habían arremolinado alrededor de alguien que estaba en el suelo; se enderezó un poco más y vio que era Margarita a quien trataban de levantar.

Asustada se bajó Emilia del coche y se acercó al grupo para ayudar a meter a su madre a la casa. No entendía ni pizca de lo que pasaba.

Con la ayuda de las buenas almas que la levantaron, la sentó en un equipal del corredor. Hasta entonces apareció José María:

—¿Pues qué hace aquí tu mamá?

—Lo que me gustaría saber es qué hacía en la calle tirada junto al portón.

El susto lo contuvo de replicarle a Emilia su insolencia.

—Salí un momento para abrir el portón de atrás para que Pancho se llevara las vigas que le regalé.

Emilia no quiso contestar; desde luego que no había sido "un momento" lo que se había distraído.

—¿Qué querías hacer, mamá?

Trataba de que su voz reflejara, por lo menos, calma; no quería, por nada, alterar a Margarita.

—Estaba abierta una ventana en mi pieza, sentí frío

y llamé para que alguien la cerrara. Nadie llegó y pensé que habían salido.

Cuando le cambiaba la ropa, volvió Emilia con sus preguntas.

—¿Cómo ibas a salir en la lluvia y en camisa de dormir?

—Sólo quería ver si se encontraba tu papá afuera.

—¿Te duele algo?

—Me duele la rodilla y un dedo del pie.

La rodilla y el pie le dolían desde tiempo atrás; igual que las piernas… la espalda… la cintura y a veces, la cabeza; de manera que Emilia descartó que esos dolores se debieran al golpe.

—No te preocupes, hija; mi caída no fue aparatosa, creo que me detuve del portón porque caí hincada, aunque después me fui de lado.

Emilia estaba segura de que su madre no recordaba las etapas de su caída, pues ella la había visto de bruces, y la ropa que le estaba quitando se lo confirmaba: el lodo lo tenía enfrente.

—Fue una suerte que no pasara a mayores.

Y aunque Emilia hablaba para sí, Margarita alcanzó a oírla:

—Lo peor fue el susto que llevaste. Lamento haber hecho eso.

Emilia buscó la forma más sosegada de hablarle:

—Mamá, no te levantes si no hay alguien que te ayude; nunca estás sola y si no te oyen, espera un rato y vuelve a llamar.

Cuando llegó Lucrecia, José María estaba en la salita de la entrada y rápidamente la puso al tanto del percance. Entró a la pieza de Margarita sin hacer preguntas, y al oír los aspavientos de su abuela, se concretó a recomendarle lo mismo que le aconsejara Emilia:

—Casi no has caminado últimamente; no debes hacerlo sin ayuda.

La acompañó, con Emilia y los niños, a rezar el rosario; la frotó con su alcohol de yerbas y antes de oscurecer se despidieron.

A la mañana siguiente pudieron ver, por fin, un sol radiante, y aprovechando el buen tiempo, antes del mediodía llegó a la casa Amada. Cuando se enteró de la caída de Margarita se ofreció a ayudar en algo, como si quisiera compensar de alguna forma el no haber estado cuando Emilia necesitó que le dieran una mano.

—No podías adivinar —le alegaba Emilia— cada quien está en lo suyo y yo no debí haber salido.

—Pero si le encargaste a papá José María que no la dejara.

—Pues ahora te darás cuenta de que tampoco a él se le puede dejar solo, y menos con un encargo.

Amada intentó levantar un rato a Margarita y le ofreció acompañarla al corredor.

—Está el día muy bonito, mamá Margarita; deja la cama un rato.

—Hoy me siento más débil que otros días; vi el sol por la ventana… está resplandeciente; a ver si más tarde salgo al patio.

Sus ojos se entrecerraban y su voz se oía débil. Amada pensó que todo se debía a su caída y prefirió dejarla descansar.

Se despidió asegurándole volver al día siguiente.

Emilia la alcanzó en la puerta para hacerle unos encargos de la botica.

—Mañana vendré más temprano, a ver si consigo que camine un poco.

Regresó Emilia a la habitación de Margarita y le preguntó si le apetecía alguna bebida:

—Acabo de hacer un té de borraja; te traeré una taza para poner ahí tus gotas.

Margarita asintió con la cabeza pero no respondió nada.

Emilia tuvo que calentar el té; se había enfriado un poco y, como lo tomaba despacio, prefirió llevárselo caliente.

Se paró junto a la mesita de noche y dejó ahí la bebida; vio a Margarita con los ojos cerrados y decidió despertarla para que tomara el medicamento que había puesto en el té.

—Enderézate un poco, mamá, debes tomar tu tisana.

Quiso tomarla por los hombros para levantarla, pero la lasitud de su cuerpo la asustó:

—¡Papá!, ¡papá, ven enseguida!

Tuvo que salir en busca de José María. Lo encontró entrando del patio con una cesta de limones.

—Algo está mal con mamá, por favor ven conmigo.

El paso lento de José María le pareció ahora más torpe a Emilia.

—Apresúrate, por Dios.

En realidad, el tiempo no era ya de ninguna importancia: Margarita había muerto antes de que Emilia llegara con su pócima.

"La gente nueva", como llamaba José María a los hijos de los nietos, había dejado de visitar la casa. La decisión de aislarlos había sido de Lucrecia y Amada, que trataban de no agorzomarlo con la boruca que hacían.

El decaimiento que cada día era más acentuado en José María preocupó a Emilia, quien acabó por pedirles a sus sobrinas que volvieran a llenar la casa de chiquillos.

Con ellos, volvió el rebumbio.

Lucrecia se disponía a preparar un sencillo plato que para el paladar de José María era un auténtico manjar: rajas de chile con queso añejo y epazote. Cuando José María entró a la cocina, Lucrecia tostaba los chiles.

—Hace tiempo tuve la intención de fabricar un fogón afuera de la cocina para tatemar ahí todo lo que despidiera humo irritante, y cocinar, además, lo que requiere de cazuelas muy grandes. Se lo prometí a tu

abuela cuando era mucho el movimiento en esta cocina.

Más que el deseo de evitar el escozor del humo, lo hacía hablar la nostalgia de los años en que las ollas y las cazuelas esperaban turno para ocupar uno de los cinco braceros.

Emilia intervino con su comentario que, curiosamente, no se contrapunteaba con los postergados planes de José María.

—Podemos poner un anafre afuera, si sientes molestia con el humo. O puedes hacer el fogón que le ofreciste a mamá; nunca es tarde.

Lo que menos quería Emilia era extender la cocina a otras áreas, pero con tal de animar con algo a su padre, toleraría el fastidio de la ampliación.

—No es verdad que nunca es tarde, Emilita. El tiempo no espera.

Lucrecia dio vuelta a la hoja pidiéndole a José María que llamara a las niñas que se habían ido a la alameda.

—Por favor, diles que vengan a tomar su merienda.

Cuando quedaron solas, Emilia le comentó:

—Creo que debo ir yo a llamar a las niñas, si esperamos a que papá llegue allá, se les va a enfriar la comida. No sé si notaste de qué manera su caminar se ha entorpecido.

—Se ve más lento, pero quizá se deba a que ha caminado menos.

—Lento y encorvado —insistía Emilia— observa cómo se ha doblado. He pensado en lo que solía decir

cuando la postura de las personas ancianas era como la que él tiene ahora: “Parece como si la tierra ya las estuviera jalando”.

A Lucrecia le pareció importuna la observación de Emilia. Su franqueza caía mal y aunque tenía que reconocer que José María ya no podía durar mucho, le chocaba pensar en eso, y más le chocaba que Emilia viera con tanto despego algo que, aunque era inevitable, iba a consternar nuevamente a la familia.

—Papá cumplió noventa y tres años. Le pido a Dios que el tiempo que nos lo deje sea lo más llevadero posible.

Por ley natural, José María no estaría mucho tiempo con ellos, pero Lucrecia prefería no hablar de eso.

José María ya no tenía contemporáneos, pero en la alameda caminaban, o bien se sentaban bajo la fronda de algún árbol, personas de edad avanzada. La facilidad para hacer conversación no le había abandonado; en cualquier persona veía un oyente, y aprovechaba cualquier pretexto para entablar una charla.

De repente se presentaban también Lucrecia o Amada, o ambas con su prole.

Amadita vivía en su mundo de refinamiento, pero Elodia y Lupe, mientras no discutieran, jugaban con todo lo que su imaginación les proponía.

El pasatiempo preferido de Elodia era la confección de ropa para las muñecas. Con cualquier retazo de tela hacía una prenda de vestir.

—¿Cuándo vas a acabar de vestir a tanta "mona", si les coses ropa a las tuyas y a las de Lupe?

A Elodia le molestaba que Lucrecia llamara "monas" a las muñecas. Ella tenía dos; una con el cuerpo de trapo y la otra de aserrín; la cara y las manos de ambas eran de pasta. Las de Lupe eran similares, excepto una que tenía la cara de porcelana; esa había pertenecido a Amadita y se la había regalado porque, según le dijo, ya no tenía edad para esos juegos.

Pero "monas", o muñecas, conseguían que las niñas imaginaran lugares y acontecimientos en los que sólo ellas disponían, y las dóciles muñecas, obedecían.

Los primeros síntomas de demencia senil que se le presentaron a José María fueron muy leves.

Olvidaba los nombres de familiares cercanos, olvidaba fechas y olvidaba si ya había comido.

Pero cuando comenzó a mezclar el presente con el pasado, los nombres de las nietas con los de las hijas y los vivos con los muertos, fue que se convencieron de que José María ya iba a requerir de un cuidado especial.

Con tristeza comprendieron que la mente del jefe de la familia se había evadido, y que no sería más la misma persona.

Cuando llegó Lucrecia a anunciarles su nuevo embarazo, fue el único que manifestó verdadero júbilo:

—Sólo alguien que no está en sus cabales puede alegrarse con semejante noticia.

Lucrecia consideró que el comentario de Emilia no merecía respuesta.

—Vendré por las tardes, cuando el tiempo sea favorable, para llevarlo un rato a la alameda; temo que se pierda si se va solo.

—Ven aunque no lo saques; las tardes que pasa solo lo ponen triste.

Emilia tenía razón: José María no estaba hecho para vivir en el silencio; necesitaba hablar, aunque confundiera el pasado con el presente, y necesitaba oyentes, oyentes atentos a su charla y al tanto de lo que había que responder a sus historias.

Y, como encaminada por algún espíritu, llegó una tarde a la casa Catarina. Le abrió la puerta Justina, la mujer que ayudaba a Emilia con las tareas de la casa. Cuando salió Emilia de la cocina, Catarina estaba en el corredor con José María.

—Yo sí que estoy lucida contigo —le riñó Emilia parándosele enfrente y con la vista puesta en el fardo que llevaba— vas y vienes a tu antojo…

Catarina no la dejó terminar; el sermón se veía venir largo y no estaba ella para sermones.

—No me voy a quedar mucho tiempo, en el veliz llevo ropa para pocos días. Sólo vengo a ver cómo se encuentra papá José María.

—¿Y ya te diste cuenta de su situación?

Hasta entonces se percató Catarina de que su abuelo estaba viviendo en su mundo.

Al llegar, lo había saludado, pero con su verborrea no había dado lugar a que José María respondiera, y achacó a la emoción el que no hubiera dicho una palabra.

—¿Desde cuándo está así? —preguntó a media voz.

Volteó Emilia a ver a su padre y notó un brillo en su mirada que ya raras veces tenía:

"¿Habrá reconocido a esta… trotamundos?", se preguntaba.

Entonces se le ocurrió que quizá sería provechosa la visita de Catarina: si hablaba con él y lo escuchaba el tiempo que él quisiera, podría ella dedicarse a sus quehaceres con más desahogo.

Bajando un poco el tono de voz, le planteó:

—No es necesario que te vayas; acompaña a papá un tiempo y quién sabe si sus ratos de lucidez sean más frecuentes hablando contigo, porque los tiene, ¿sabías? tiene algunos ratos de lucidez.

Catarina llevaba su incrédula mirada, de Emilia a José María: la misma extrañeza le producía la hospitalidad de Emilia, como su afirmación sobre las eventuales mejorías de la mente de su abuelo.

—No quiero amohinarte. Pienso pasar unos días con ustedes y regresarme; sé bien que lo que a mi vida se refiere, te disgusta.

—Tu vida es asunto tuyo; si te complace andar con tu hijo como saltimbanqui, allá tú; pero con lo que no transijo es con tu descaro de venir aquí en tus épocas de

derrota, y de irte sin más ni más cada vez que "arreglas" tu vida.

—El que tenga un hijo no quiere decir que me deba pasar la vida enclaustrada.

—Y a propósito, ¿dónde dejaste a la criatura?

—Está en Córdoba, con su madrina.

—Hasta suerte tienes.

Catarina no respondió a la invitación de Emilia sobre permanecer ahí por un tiempo. Se levantó, y tomando del brazo a José María, lo condujo a su pieza. En un santiamén lo acicaló, le ofreció el bastón, y se lo llevó a la alameda. El día estaba nublado y, aunque no llovía, José María insistió en que debían llevar un paraguas.

Desde que lo empezó a arreglar, Catarina inició una plática con él como si conservara intacta su lucidez. La voz de Catarina era dulce, casi de niña, y José María se mostró tranquilo y receptivo. Algunas veces le decía el nombre de Bárbara, otras el de Amada, y otras, el de Emilia; sus recuerdos se hallaban arraigados en los años en que, aunque fuera en breves lapsos, convivía con sus hijas.

Casi anochecía cuando llegó Emilia a pedirle a Catarina que volvieran a la casa:

—El relente puede constipar a papá. Ha tosido algunas noches y no quiero que empeore.

Catarina se encaminó a la casa con su abuelo y una vez que lo dejó sentado en el comedor para llevarle su merienda, le comentó a Emilia:

—Papá José María está fuera de tiempo, pero lo que habla tiene sentido.

—¿Cómo puedes considerar que tenga sentido hablar de los muertos como si estuvieran vivos, y mencionar sucesos que no han ocurrido?

—Te repito que no está en el presente y no sé bien de qué habla cuando menciona que el régimen va a caer. Eso me ha hecho recordar una columna de un periodista, en la que refiere que hacen falta partidos de oposición para hacer un gobierno en el que el pueblo predomine, pero que, si se hace, costará vidas, tal como lo acaba de decir papá José María.

—Estará recordando batallas pasadas.

—Pues a veces habla de militares de su tiempo, pero cuando menciona a Porfirio Díaz, lo define como un hombre poderoso, no como soldado.

—Has prestado mucha atención a sus desvaríos. Te aseguro que ya tienen al sucesor de don Porfirio por si muere o se ve obligado a declinar.

Cuando tres semanas después Catarina se fue, José María había mejorado notablemente.

—Probablemente las caminatas de todas las mañanas le han favorecido; a ver qué ocurre ahora que Catarina se va.

El tono de Emilia era de reprensión; según ella, Catarina debía prodigar por más tiempo sus cuidados a su abuelo.

—Debo regresar.

Con esa seca respuesta dejaba dicho todo. No era ella para entrar en explicaciones: se iba, y punto.

Lucrecia intentó pasar más días con José María haciendo a un lado algunas tareas; incluso Emilia trató de dedicarle más tiempo. Pero la ayuda de Amada era cada vez más eventual: Amadita tenía una especial habilidad para sacar de quicio a José María.

—Si la pudieras encargar con alguien —le había dicho Emilia en ocasiones.

—No acepta quedarse con nadie, y sola no la voy a dejar.

—Ya no tiene edad para chiqueos, ¿va a pasar la vida haciendo su santo capricho?

Amada prefirió no entrar en detalles del zipizape que crearía su hija si se sintiera contrariada, ni decir que no estaba segura de que esas actitudes se encontraran dentro de lo normal.

En septiembre nació el hijo de Lucrecia. Quiso ser su padrino un primo de Antonio de nombre César, y con ese mismo nombre se le bautizó.

Un mes después, Lucrecia cayó en una postración que alarmó a la familia, especialmente a Emilia, que se imaginaba nuevamente la casa llena de niños.

El cuadro que presentaba Lucrecia era confuso. Le dolían los huesos y el desgano que le aquejaba, conforme los días pasaban, se fue tornando en una debilidad que la estaba imposibilitando de desempeñar cualquier faena. Se desesperaba viendo la poca atención que podía darle

al recién nacido, y asignaba a Elodia y a Marica trabajos que eran difíciles de cumplir a su edad.

La enfermedad progresaba, los dolores de cabeza se presentaban religiosamente al caer la tarde. Agotada, aceptó Lucrecia pasar por una auscultación del doctor Salinas quien, finalmente, calificó el padecimiento como tifoidea.

—No se sabe a ciencia cierta si se trata de una enfermedad contagiosa, pero es recomendable, por si acaso, que se le aísle del resto de la familia.

La primera etapa del aislamiento consistió en ubicar a Lucrecia en la casa de José María, pero como las criaturas no podían estar de su cuenta, tuvo que llevarlos con ella. Se le acondicionó entonces la pieza de afuera y a los chiquillos se les alojó en las alcobas de la casa.

El cuarto de afuera, al que aún se referían como "la pieza de Marina", estaba ocupado sólo con triques; hubo que despejarlo y colocar provisionalmente un catre de lona, pues Margarita había regalado a Adda la cama que usara Marina.

A Antonio le había gustado desde muy joven el arte de la carpintería. Antes de obtener el trabajo en el ferrocarril, que ahora le ocupaba casi el día completo, había instalado, cerca de su casa, un taller de ebanistería en el que empleaba a dos operarios.

Y con el fin de no mover de su sitio las camas que "se encontraban en su preciso lugar", según el veredicto

que acostumbraba pronunciar Emilia, Antonio le fabricó una cama a Lucrecia.

Personalmente se encargó de todo el trabajo: confeccionó la cama, la armó y le conformó el pabellón sobre el dosel. De haber estado Lucrecia en mejores condiciones, hubiera valorado más el esfuerzo que Antonio hacía para, en el menor tiempo posible, tenerle lista su cama.

Cansada como se sentía Emilia, tuvo que buscar ayuda de tiempo completo. Y Estela, hermana de Adolfina, la muchacha que amamantaba al hijo recién nacido de Lucrecia, le llegó como enviada del cielo. La ayudaba atendiendo a los niños, a José María y, aunque procuraba no tener mucho contacto con Lucrecia, estaba pendiente de ella:

—Cuando tenga ganas de platicar un ratito, dígame. Está muy solita todo el día.

Conocedora de chismes y hablillas, Estela se ofrecía a posponer alguna tarea para distraer unos momentos a "la pobre señora que está tan aislada y tan sola".

Pero ni el confinamiento, ni la soledad, le inquietaban; mejor dicho, no estaba en condiciones de sentir agobio por nada que no fuera la dolencia que le aquejaba.

La sed que la abrasaba por las mañanas y la debilidad que le impedía hasta abrir los ojos, eran cosa de nada para Lucrecia; lo más irritante venía en las tardes, cuando aumentaba la fiebre la cabeza casi le estallaba y no había

un hueso que no le doliera. Creía entonces firmemente que era el último día de su existencia.

Cerca de tres meses subsistió casi en el éter, y otros tres en una penosa convalecencia.

Cuando pretendió comedirse con algo del trabajo de la casa, el agotamiento la hacía buscar un lugar dónde sentarse. La fatiga la rendía física y mentalmente, a tal grado que el tiempo había quedado fuera de su consideración.

Por esa razón, el día que Emilia hizo alusión a los días que tenía Antonio sin poner un pie por la casa, Lucrecia se sorprendió:

—Va a hacer una semana que no se para por aquí —le participó Emilia con su acostumbrada aspereza.

—Pues sí, ahora que lo dices, recuerdo que desde el domingo no viene.

Por supuesto que volvió. Volvió con disculpas por su alejamiento, que se debía, desde luego, a causas ajenas a su voluntad, y también para elogiar a sus hijos, "tan crecidos y tan bien parecidos".

Pero por gente "bien intencionada", se enteró un día Lucrecia de algo que ya maliciaba: Antonio sostenía una relación con una compañera de trabajo, bastante más joven que ella, y sobre todo, más saludable.

José María comparaba el transcurso de la vida de los individuos con un destello; más vivaz en algunos y más tenue en otros, pero que sin excepción, un día se apagaba.

Y el veinticinco de mayo de 1903, el destello que exhibió la vida de José María, se extinguió. Sin enfermedades ni dolamas, pero con noventa y cinco años a cuestas, murió tranquilamente en su cama. Salvo la secuela que le dejara en un ojo una afección contraída en el tiempo que incursionó en la guerra, no se le conocieron padecimientos; no obstante, por su avanzada edad, su muerte no sorprendió a nadie.

La ausencia de José María y los cambios que mostraba el decadente gobierno del general Díaz, provocaron con el tiempo algunas vicisitudes a la familia.

Como "la huelga de Río Blanco" se conoció el sangriento suceso del 7 de enero de 1907, aun cuando el paro no lo realizaron los obreros, sino los patrones.

El día 24 del mes anterior, los industriales organizaron un paro patronal en toda la zona industrial con vistas a frenar el creciente movimiento obrero llamado Gran Círculo de Obreros Libres.

Solicitaron los obreros la intervención de Porfirio Díaz, quien optó por favorecer a los empresarios y ordenó la reanudación de labores.

Las consecuencias fueron nefastas: cerca de dos mil operarios de Río Blanco se amotinaron frente a la fábrica e intentaron quemarla.

La intrusión de la policía montada los detuvo, pero no pudo impedir que saquearan y quemaran la tienda de raya, ni que asaltaran la cárcel liberando a los presos.

Los soldados dispararon contra la multitud que se

dispersó hacia Nogales y Santa Rosa, donde también hicieron estragos.

El miedo desquició a la región, que además quedó paralizada por la suspensión del servicio de tranvías y el corte del cableado de energía eléctrica, llevado a cabo por los obreros.

Los pormenores del hecho los relató con detalles Juan Zenón, el marido de Adolfina, que como obrero de Río Blanco, había tomado parte en el motín, y que, según decía, había podido librarse de las balas de los soldados refugiándose en una escuela.

Al quinto nieto de Gonzalo, poseedor de ese nombre igual que tres herederos más, le llamaban Chato, con el fin, precisamente, de diferenciarlo de los demás" Gonzalos".

Había sentido un especial afecto por José María, y solía pasar por la casa algunas tardes a "acompañarlo con un anís", y a platicar.

Cuando José María comenzó a divagar, él conservó el hábito de visitarlo, y la charla incluía a veces a "las muchachas", como llamaba él a todas las mujeres de la casa. Según decía, sus parientas estaban siempre al tanto de muchos acontecimientos, y tenían, además, una "chispa" con la que él disfrutaba, hasta cuando entre ellas discutían.

Pocas veces había vuelto desde que José María muriera, pero esa mañana llegó a despedirse. Se iba a la Ciudad de México y no tenía idea de cuándo podría

regresar, había ingresado, poco tiempo después de haber sido fundada, a la Sociedad Mutualista de Ahorros, de la que surgió luego el Gran Círculo de Obreros Libres. Una de las cláusulas secretas de dicho Círculo estipulaba que se mantendrían relaciones con la Junta Revolucionaria, que residía en Saint Louis, Missouri, y de la que era presidente el periodista Ricardo Flores Magón. Y con él era el compromiso que lo llevaba a la Ciudad de México.

Emilia y Lucrecia lo saturaron con recomendaciones:

—No te fíes de nadie, Chato, ni des la cara en los altercados. Mira lo que recién ocurrió en Río Blanco.

Emilia veía las inconformidades en todo el país con mucho temor, y las advertencias que hacía a Gonzalo le parecían pocas, pero no quiso porfiar con sus desconfianzas.

—A lo mejor se acomodarían las cosas si llegaran a un acuerdo con los operarios.

Lucrecia hablaba por hablar, porque sabía bien que ninguna facción cedía.

—Yo pienso que ese acuerdo no se va a dar —aseguraba Gonzalo. En el banquete que ofreció don Porfirio a los industriales franceses luego del paro, les reiteró su incondicional apoyo. Las fábricas de Tlaxcala y Puebla, que anteriormente también se manifestaran con huelgas, no han resuelto aún sus conflictos. La hostilidad está tomando forma.

Recién llegada Elodia a sus diecisiete años, conoció a Juvencio Peña, un señor poblano a quien Lucrecia no podía ver ni en pintura.

Era oriundo de Tecamachalco, lugar de donde años atrás saliera con rumbo a Puebla para instruirse en el oficio de sastre, una actividad que veía muy lucrativa y con futuro.

La casualidad lo había llevado a Orizaba donde decidió quedarse debido a una dificultad que en Puebla se había acarreado por una dama.

Molesta con Elodia por su falta de lo que ella llamaba "sensatez", la acompañaba a todas partes. Ya no le hacía confianza a Marica; seguramente, de acompañarla, sólo contaría lo que Elodia le permitiera.

Regresaban del mercado una mañana cuando oyeron el llanto de una criatura en la casa. En la cocina se encontraba Marica con un niño en brazos.

—¿Y ese chiquillo?; ¿quién vino a encargarte a este niño?

Lucrecia no quitaba la vista de la criatura, como si tratara de reconocerlo.

—Vino Catarina y dijo que aquí nos lo dejaba.

—¡Cómo que nos lo dejaba! ¿Pues a dónde fue?

Marica se sentía como si ella tuviera culpa de algo; no sabía, desde luego, a dónde se había ido Catarina, y lo que pudo entenderle en medio de sus prisas, era que había ido tan sólo a dejar al niño.

—Yo no sé nada. Venía con mucho apuro y no dio explicaciones, pero creo que va a tardar en volver porque nos dejó un veliz con ropa del niño.

Diciendo esto señaló con la mano un bulto que la misma Catarina había puesto junto a la pared.

Lucrecia no quiso seguir atosigando a su hija con preguntas que, bien se veía, la muchacha no iba a poder responder.

Y mientras ella se hacía cruces imaginando el derrotero que pudiera haber seguido su hermana, Elodia y Marica tranquilizaban al niño diciéndole ñoñeces y zarandeándolo.

Un poco más calmada, Lucrecia preguntó a Marica algo que sí le iba a poder responder:

—¿Venía sola?

—No, venía con un militar.

Cuando más tarde llegaron a la casa Adolfina y Elena, se enteraron de lo ocurrido. El gusto de Elena fue enorme, insistía en cargar al niño y arrullarlo como hacía con sus muñecos, pero Lucrecia le dejó en claro de inmediato que ella, por su edad, no estaba en condiciones de hacerlo:

—Eres muy niña y lo puedes tirar; cuando quieras cargarlo, te sientas y que alguien te lo ponga en tu regazo, sólo así lo podrás sostener.

—Ya tengo siete años; yo quiero cargarlo como ustedes.

—Ese niño, aunque no debe tener más de seis meses, pesa mucho.

El único rastro de Catarina con que Lucrecia contaba, era una intendencia del municipio de Córdoba, sitio en que trabajaba una hija de su referida comadre.

Le llegó esa idea al recordar haberle oído decir a su hermana que la mencionada comadre era madrina de su hijo mayor, a quien ocasionalmente cuidaba.

Una cuñada de Amada conocía a la susodicha señora y, con la esperanza de conseguir alguna dirección, se fue Lucrecia en busca de Aurora, la parienta política de Amada.

La cuñada de Amada la recibió como si la hubiera estado esperando:

—He estado a un paso de ir a buscarte, pero en el último momento me detengo.

Lucrecia no pensaba que Aurora se estaba refiriendo al asunto que la llevaba, y se quedó en espera de su aplazado comentario.

—Háblame primero del motivo de tu visita y después te diré lo que me inquieta.

En pocas palabras le narró Lucrecia lo que recientemente había sucedido, y le hizo las preguntas que venían al caso. Contra lo que Lucrecia suponía, Aurora se abstuvo de hacer comentarios sobre el proceder de Catarina; se levantó en busca de los datos que le solicitaba Lucrecia y luego de hacer unas anotaciones

que le entregó, se sentó frente a ella para hacerle ver sus inquietudes.

—No sé qué habrán notado en Amadita, pero lo que yo veo, sinceramente me está alarmando.

Lucrecia sabía perfectamente que Aurora se refería a las extravagancias de la muchacha.

—Me parece –insistía— que ya sus rarezas se están pasando de castaño oscuro.

—Pues sí; no ha dejado sus aires de duquesa… o algo por el estilo.

Lucrecia prefería tomar a broma la extraña manía de su sobrina.

—No es solamente los aires de noble; se le ha ocurrido últimamente salirse por la noche porque trae en su cabeza la idea de que un caballero va a ir a buscarla en su carruaje. ¿Qué ocurriría si a cualquiera que llegara a pasar en un coche le viera aspecto de ilustre caballero? En dos ocasiones la ha llevado el sereno de regreso a la casa.

Lucrecia le aseguró a Aurora que desconocía esa nueva ocurrencia de su sobrina, y que suponía que Amada estaba apenada por esa causa, pues a ella no le había comunicado nada.

—A mí tampoco me había dicho una palabra, yo me enteré de esto casualmente.

Cuando se retiró Lucrecia, no dejaba de pensar en Amada; “si no nos ha comentado nada de Amadita, es

porque está viéndola bastante mal". Y sentía ahora una enorme tristeza por su prima.

De camino a la casa llegó en busca de una antigua vecina que tenía a su madre en Córdoba, y casi cada dos semanas le hacía una visita:

—Yo voy para allá este fin de semana, con gusto le traigo una razón, vecinita, conmigo "usté" no se sofrene; dentro de cinco días a más tardar voy a estar de regreso.

Entregó Lucrecia la información con que contaba a la comedida mujer y se fue, segura de que en pocos días le traería el resultado de su gestión.

Como si Amada hubiera adivinado la conversación que había tenido Lucrecia con su cuñada, al día siguiente se presentó en la casa para platicar largo y tendido con su prima.

Lucrecia, desde luego, disimuló que conocía los altibajos que sufría la mente de Amadita.

Por supuesto, trataba de minimizar los acontecimientos para tranquilizar a Amada, pero de ninguna manera la convencía de que la conducta de Amadita sería normal un día con otro.

Y para distraerla un poco de su intranquilidad, le habló del niño que Catarina había llevado, y del disgusto que le había ocasionado su cínica hermana. Fue en busca del chiquillo para que Amada lo conociera; seguramente se olvidaría un poco de sus tribulaciones.

—Mira —le dijo Lucrecia mostrándole al niño que recién había despertado.

—Es un nene muy lindo; ¿qué nombre le han puesto?

—Ni siquiera eso sé. No tuvo tiempo Catarina de hacernos saber su nombre.

—Les diré a Lupe y a Amadita que vengan mañana a conocerlo, antes de que Catarina se lo lleve.

—Más vale que venga pronto.

El talante de Lucrecia era de enfado; no concebía que alguien viviera con tanto desparpajo.

Al día siguiente llegó Amada con sus dos hijas mayores para conocer al niño.

Hizo breve su estancia porque llevaba la intención de visitar a una amiga que había tenido una racha de enfermedades y vivía a solo unas cuadras de ahí. Dedicó entonces Lucrecia la tarde a preparar una crema líquida "de belleza" con la que llenaba unos frascos, pero al llegar a la parte del llenado, no pudo encontrar el embudo por ningún lado y optó por salir a comprar otro para no dilatar más su trabajo. Estaba por salir, cuando la detuvo Amadita:

—Quiero ir contigo tía; ya me están aburriendo mis primas; se ríen por cualquier cosa, igual que las mujeres del mercado o las sirvientas.

Lucrecia no tenía idea de cuáles cuestiones podrían tratarse con gente de tan altos vuelos, pero, al menos, ella no hablaría tonterías y, sobre todo, no se reiría.

Cerca de la puerta Amadita se retocó el peinado y arregló su falda, y, ya en la calle, levantó su barbilla para darle un aire más altanero a su apariencia.

—No está lejos la tienda de quincalla —le advirtió Lucrecia, suponiendo, tontamente, que en un trayecto corto iría más relajada.

Amadita no respondió; su forzado garbo llamaba la atención. Parecía representar una obra en el teatro.

Al voltear una esquina, cerca ya del establecimiento, pasaron junto a un hombre que venía por la misma acera en sentido contrario. De pronto, Amadita lo tomó del brazo y le dijo en un tono de premura, señalando a Lucrecia:

—Señor, por favor, ayúdeme usted; esta mujer me lleva a una casa de citas.

La misma expresión de asombro se pudo ver a un tiempo en la cara del hombre como en la de Lucrecia; ninguno de los dos acertaba a decir algo. La primera en hablar fue Lucrecia:

—Por Dios, señor, disculpe a esta criatura, no sé qué se propone con esto y no creo que esté bromeando, ella no es afecta a guasear con nadie; créame que no lo entiendo.

—Yo no bromeo, señor.

Ahora, la postura de Amadita, más que de víctima, era la de alguien que quiere salirse con la suya; era evidente que quería meter a Lucrecia en un problema.

Y el hombre, del azoro pasó a la lástima, la que le producía Amadita por su falta de cordura, y la que le causó Lucrecia, a quien supuso madre de la muchacha, y a quien imaginó sufriendo sofocones como el que

acababa de pasar, si la joven no llegaba a recobrar la sensatez.

—Por mí no se mortifique, señora —al decir esto hizo una ligera inclinación, a manera de despedida,

—ojalá la señorita no le dé más disgustos, —y se retiró inmediatamente, con un paso algo más ligero que el que primeramente llevaba.

Casualmente, el ayudante del quincallero había presenciado el incidente que tanto abochornara a Lucrecia. Llegó corriendo a la tienda y, atragantándose, les dio el parte a su patrón y al boticario del barrio que, como cliente, se encontraba ahí en ese momento.

—Muchacho aspaventero —le riñó el dueño del establecimiento, e iba a amonestarlo cuando se presentó Lucrecia, desentendiéndose de Amadita, que se había plantado en la banqueta negándose a entrar.

Realizó su compra y al momento de salir, se le acercó el boticario, que se había limitado a saludarla pero que había sostenido por unos momentos una lucha entre su "yo discreto" y su "yo sensible".

—Señora Lucrecia: espero que no me tache de entremetido, pero me he enterado, de alguna manera, del mal rato que acaba de pasar. Mi intromisión se debe a que conozco un médico, amigo de mi padre, aunque algo menor que él, que se ha dedicado a ilustrarse en los padecimientos de la mente que, al parecer, son muchos y muy variados.

—Yo me resisto todavía a creer que Amadita, no obstante sus rarezas, requiera de un especialista, aunque, a decir verdad, ahora sí se le pasó la mano.

—No son "rarezas", señora, obsérvela desde aquí: ella está fuera de su entorno; preste atención a su mirada… a su semblante; le aseguro que en este momento ya no tiene en su mente el incidente que acaba de originar.

Lucrecia, impresionada por el análisis del boticario, consideró la posibilidad de que la ayuda de un profesional beneficiara a su sobrina.

—Si me anotara el nombre y la ubicación del médico, se lo agradecería.

—Usted tiene de paso hacia su casa la botica, me adelantaré y ahí le daré los datos que me pide.

Cuando Lucrecia entró a la droguería, el boticario terminaba de hacer los apuntes que le había ofrecido. Le agradeció la información y los buenos deseos que le manifestó cuando le entregó la anotación.

Tenía unos minutos Lucrecia de haber llegado a la casa cuando entró Amada.

—Que bueno que llegaste, Amadita no se acopla con las muchachas y se aísla; la veo fastidiada.

No quiso, en ese momento, ponerla al tanto de la ocurrencia de su sobrina; sólo quería desentenderse ya de la muchacha.

—Creo que no me tardé. Ya sabía que Amadita iba a estar molesta. La verdad, en ningún lado está tranquila.

—¿Qué pasa con ella?

La pregunta de Lucrecia sonó ruda; sin querer le afloró el entripado que acababa de hacer.

La expresión de Amada era de abatimiento, le costaba trabajo hablar de las extrañezas que, cada vez con más frecuencia, notaba en su hija.

Lucrecia se levantó encaminándose a la habitación de Emilia:

—Me dijiste que querías entrar a saludar a Emilia; creo que ya está despierta.

Amada la siguió. Lucrecia empujó la puerta que sólo estaba entornada y, una vez que entró Amada, se retiró a la cocina a terminar su trabajo.

Emilia tenía desde hacía dos semanas una rodilla inflamada. El dolor que estaba sufriendo la tenía más malhumorada que de costumbre. Hablaba de su cuerpo como de un enemigo.

—Es mejor si utilizas la paciencia. Desesperándote no aventajas nada.

Amada iba a referirse a los estragos de la naturaleza, de los que nadie se libraba, pero prefirió no hacerlo para no traerle a la cabeza sus sesenta y siete años.

Su discreción no sirvió de mucho. El dolor hacía que de la mente de Emilia no se apartara su edad:

—El tiempo no dispensa a nadie.

En su voz se advertía resentimiento, como si la vida le estuviera jugando una mala pasada.

Terminó Amada su charla con Emilia y alcanzó a Lucrecia en la cocina.

—¿Hasta cuándo irás a tener informes de Catarina? Mira que es ocurrente.

—Ya hablé con una persona que dice poder tenerme información a fines de esta semana.

De pronto entró Amadita, fue directo a donde se encontraba el picahielo, abrió la nevera y se dedicó a picotear el hielo.

—¿Qué haces, Amadita?, eso no tiene sentido.

Amada empezó a arrepentirse de no haberse ido desde que regresara a la casa. La muchacha continuaba dándole golpes al hielo y acercando la cara para recibir la salpicadura.

—No comprendo por qué quiere hacer cosas inusuales, cada vez es más difícil hacerla entender. Date cuenta: ni siquiera me ha prestado atención.

Lucrecia le hizo una seña a su prima para que la siguiera al corredor. Quiso aprovechar el comentario de Amada para ponerla al tanto de la chuscada de Amadita.

Trató de relatar, tal como había ocurrido, el encuentro con el sujeto a quien abordara Amadita en el camino. Intentó repetir las mismas palabras que habían usado y evitó hacer observaciones antes de dar fin a la narración. Cuando terminó, Amada estaba llorando.

Tratando de calmarla, recordó Lucrecia el apunte que le diera el boticario y fue en busca de su portamonedas, donde lo había guardado.

Mientras Amada leía la nota, Lucrecia le explicaba:

—Es un médico que se ha dedicado a tratar enfermedades de la mente; según dicen, a veces con buenos resultados.

Cuando Amada terminó de leer, le regresó a Lucrecia el papel:

—Ya fuimos a consultar a ese médico.

Era lo último que hubiera esperado oír Lucrecia: "¿A ese grado la han visto ya de mal, que han decidido llevarla a un médico?", se preguntaba.

—No lo hubiera imaginado.

Con ese comentario hubiera querido Lucrecia dar fin a la plática, pero ahora, Amada estaba dispuesta a soltar a borbotones lo que había estado reservándose.

Su aislamiento, decía, a eso se debía, pues había períodos en que la conducta de su hija pasaba de distraída a cínica, y en algún momento, a agresiva.

—Tenía ya algunos días bien, casi normal; fue por eso que salí con ella. Nunca imaginé... —y aquí comenzó a llorar de nuevo— que te fuera a poner en evidencia.

—Por mí no te inquietes, solo eso faltaba. Lo verdaderamente preocupante es lo que me has dicho de Amadita. No sé de qué manera te pudiera ayudar.

—Con tus problemas tienes suficiente. Seguiremos con el tratamiento que le ordenó el médico y Dios dirá.

El siguiente domingo se fueron a misa temprano Lucrecia, Elodia y Marica. Al salir se dirigieron a la casa de la antigua vecina para saber si había recabado alguna información acerca de Catarina.

Adolfina había estado arrullando al niño, pues no había logrado que se durmiera; cuando por fin lo consiguió, lo acostó en la cama bajita, con almohadas a los lados para que no se rodara.

Elena y César se habían quedado en la casa para no dificultar el recorrido que tenía que hacer Lucrecia.

Ya lista Adolfina para, en cuanto Lucrecia llegara, tomarse el resto del día libre, tuvo que salir con César, que se había encaprichado en ir por unos merengues a la alameda.

Con tal de que se callara y no fuera a despertar al niño, lo tomó de la mano y cruzó con él la calle para ir en busca de los merengues.

En cuanto Elena los perdió de vista, se fue directo a la cama donde se encontraba el niño dormido para, ahora que no la veía nadie, tomarlo en sus brazos y caminar adentro de la pieza.

Lo levantó y dio unos pasos arrullándolo y hablándole como lo hacían su madre y sus hermanas. Y entonces se le ocurrió salir al corredor con él.

Entre el corredor y las habitaciones el piso no era parejo, había un escollo que, sin ser alto, hacía obligatorio levantar un poco el pie para pasarlo. Elena lo levantó, pero no lo suficiente, y fue a dar con el niño al suelo.

Cuando se sintió caer, lo apretó pero, ya en el aire, la inercia hizo que saliera de sus brazos y cayera un poco más adelante que ella.

El tronido que se oyó cuando la cabeza del niño pegó contra la baldosa, le pareció a Elena que se quedaba adentro de su cabeza.

Lo levantó y volteó para todos lados a ver si hubiera llegado alguien. Lo acostó de nuevo y le acomodó la ropa. Con palmaditas en la espalda pretendía calmarlo, pero el llanto parecía ir en aumento.

Aunque era probable que el llanto se debiera al susto que le ocasionara el violento despertar que había tenido, Elena estaba segura de que lloraba por el dolor que le dejara el golpe.

No tardó en entrar Adolfina, a quien no le extrañó que el niño hubiera despertado, pues toda la mañana se había visto inquieto.

Elena seguía parada junto a la cama tratando de calmarlo, pero en ningún momento hizo el intento de tomarlo en brazos. Su actitud aparentaba que se había resignado a acatar la prohibición de Lucrecia.

Con el fin de que Emilia no se sintiera al margen de lo que ocurría en la casa, en cuanto regresó Lucrecia se presentó con ella para hablar de la información que le habían dado:

—Catarina dejó a su hijo mayor con su comadre en Córdoba. Al militar con quien se fue a México lo conoció después de que nació el niño que dejó aquí. El niño se llama José Ángel y tiene escasos seis meses. Nadie conoce el domicilio de Catarina ni la fecha en que pudiera volver.

—Pues estamos lucidas. De modo que tendremos niño hasta que se le ocurra venir por él. Y a propósito del niño, estuvo llorando hace rato.

—Ha estado inquieto y no ha dormido bien.

—Pues lloró mucho.

Cuando volvió Lucrecia a donde se encontraba la criatura, notó que, efectivamente, sus ojos se notaban muy irritados, pero como era de color muy blanco, no pudo definir si el llanto hubiera sido, como dijera Emilia, mucho.

Elena se perdió de vista mientras atendían al niño; merendó poco y temprano se fue a dormir. Cuando Lucrecia le preguntó a qué se debía que le hubiera llegado el sueño antes de la hora en que, a veces a regañadientes, accedía a irse a la cama, le respondió que estaba cansada.

José Ángel despertó algunas veces durante la noche, y Elena estuvo casi en vela hasta la madrugada, en que cayó en un sueño profundo y salpicado de pesadillas.

Temprano salió Lucrecia a hacer su compra para la comida; al regresar encontró a Elodia caminando y tratando de calmar al chico:

—No ha dejado de llorar. Estoy creyendo que algo le duele.

—Acuéstalo un rato; voy a hacerle una bebida y enseguida se la llevo.

—Va a llorar más.

—Así déjalo; cuando se canse se va a dormir.

No había terminado Lucrecia de preparar su cocimiento cuando entró Elodia a la cocina:

—Yo creo que el niño tiene fiebre, se le siente muy caliente.

No quiso ya Lucrecia esperar el efecto que pudieran hacer sus bebidas y despachó a Elodia por el doctor Lazo, que recientemente instalara su consultorio frente a la casa, cruzando la alameda.

Una hora después pudo ir el médico a ver al niño.

Tardó un rato revisándolo. La familia entera se encontraba cerca, en espera del diagnóstico.

Elena, compungida, se había arrinconado para no estorbar, pero no perdía una palabra de lo que se hablaba.

Luego de inspeccionar oídos, garganta, ojos, cabeza y estómago, comenzó el médico a hacer preguntas; una de ellas fue:

—¿Se ha caído el niño?

Lo bueno para Elena era que nadie la estaba tomando en cuenta, pues se había quedado muda.

Y desde luego, la respuesta general fue que no, ese niño no había sufrido ninguna caída.

—Todo indica que contrajo una meningitis.

Lucrecia no había oído hablar de esa enfermedad y esperó a que el médico dijera de qué se trataba. —Es una enfermedad infecciosa que ocasiona que se inflamen las capas que cubren el encéfalo. Lucrecia quiso saber qué la ocasionaba.

—Los agentes infecciosos pueden llegar al cerebro por varias causas: alergias… resfríos… un golpe…

Elena no pudo ya contener el llanto. Salió con rumbo al patio y ahí se sentó en un quicio, casi escondida.

Cuando la llamaron para que fuera a merendar, tardó en responder; y, cuando lo hizo, pidió que se le dejara ir a dormir sin tomar nada.

Sabido era que Elena sentía una adoración por los niños pequeños, especialmente por los bebés; y este niño, en especial, la tenía fascinada desde que llegara, de modo que a nadie extrañó su pesadumbre.

Cuatro horas después de que lo revisara el médico, José Ángel murió en brazos de Marica.

La tristeza invadió a la familia, y Lucrecia, además de la tristeza, sentía que la dominaba un tremendo coraje contra su hermana.

Lo único que discurrió fue mandar un recado a la vecina para que, cuando fuera a Córdoba, se lo entregara a la comadre de Catarina. “Pero sólo Dios sabe hasta cuándo se le va a ocurrir preguntar por sus hijos”, se decía Lucrecia, amarilla por el disgusto.

Esa misma noche Elena, a sus siete años, tras hacer su propio juicio, no encontró ningún atenuante: ella era culpable de la muerte de José Ángel.

El alivio a los dolores de cabeza que Lucrecia padecía a causa de Elodia, empeñada en seguir su relación con Juvencio, le llegó como caído del cielo.

El padre de Juvencio, un español que recién llegado a Veracruz contrajera un paludismo que le obligó a salir en busca de mejor clima, se había avecindado en Tecamachalco en donde se había hecho de dos modestas empresas: un negocio de recuas y una pulquería.

Pero contra lo que había esperado, a ninguno de sus tres hijos le interesó dedicarse a esas actividades; de modo que, en cuanto las circunstancias les fueron propicias, se dispersaron.

Había imaginado Andrés, que así se llamaba el padre de Juvencio, liberarse de algunas cargas al llegar a los cincuenta años, edad que comenzaba a rebasar, para dedicar las tardes a disfrutar sus vasos de ron con toda tranquilidad, pero nada se apegaba a sus planes.

Ahora, la paz que le llegaba a Lucrecia se debía a un llamado que, mediante un cable, el hermano menor le hacía a Juvencio: le urgía su presencia en Tecamachalco.

Al hacer Juvencio el anuncio de su salida, no mencionó, en absoluto, fecha de regreso, pues el que pidiera su familia su presencia, se debía a las malas condiciones en que veían a su padre, a quien hacía unos días, una gavilla de bandoleros golpeara para robarlo, dejándolo bastante maltrecho.

La dictadura vieja y decadente del general Díaz parecía llegar a su fin. El movimiento revolucionario tomaba forma. Los clubes de apoyo a Bernardo Reyes y a Ramón Corral se extendían a lo largo del país. El presidente Díaz envió a Reyes a Europa con alguna

comisión, pero sus partidarios siguieron con su línea. A estos movimientos se agregó el maderismo que, finalmente, con distintos orígenes y tendencias, terminaron compartiendo las mismas demandas, entre ellas, la no reelección.

Con una marcada inclinación reyista regresó Juvencio de Tecamachalco. Seis meses había estado ausente de Orizaba y volvía contagiado de la desesperanza en que estaban viviendo algunos poblanos luego de la muerte de los hermanos Serdán.

En unos nuevos comicios volvió a resultar favorecido el presidente Díaz

Casi finalizaba el año de 1910, cuando, arguyendo con Elodia la intransigente postura de Lucrecia, la convenció de irse a Tenango, donde un juez, amigo suyo, los casaría pasando por alto la edad de ella.

Poco tiempo le tomó a Elodia decidirse. Sin avisarle ni a su sombra, se fue con Juvencio al pueblo donde, muchísimos años atrás, se había casado la Malinche con Juan de Jaramillo.

Se dio entonces un distanciamiento entre Elodia y Lucrecia. Sus caracteres no se prestaban a zanjar diferencias; además, parecía que al tener que enfrentar las contrariedades que traía el desequilibrio del país, se endurecía su carácter, haciéndose más tozudas.

En mayo de 1911, Porfirio Díaz se vio obligado a dejar, no sólo la presidencia, también el país.

En el ferrocarril se trasladó a Veracruz, para ahí embarcarse en un buque alemán con destino a Francia. El precipitado viaje lo hizo el general sufriendo de una afección bucal que le ocasionara una extracción mal hecha y, para completar sus cuitas, un grupo de bandoleros atacó el tren cerca de Orizaba.

Al porfirista Francisco León de la Barra le correspondió ocupar la presidencia, con la encomienda de convocar enseguida a elecciones. Se llevaron a cabo, meses después, los primeros comicios libres del siglo XX.

Y el 18 de septiembre de ese año nació Magdalena, la primogénita de Elodia, que, con su llegada, motivó a Lucrecia a dejar a un lado los roces que había tenido con su hija.

Insistió Lucrecia en llevarle alguna compra que necesitara para que no tuviera que salir a la calle, pues había acondicionado Juvencio una casa arriba de su local, y no era conveniente, según Lucrecia, que Elodia subiera y bajara esas escaleras a tan pocos días de haber dado a luz.

Después de un mes, Lucrecia dejó de visitarla. Le causaba extrañeza a Elodia que nadie de la casa se hubiera vuelto a hacer presente y decidió salir una tarde a verlas.

No encontró a Lucrecia y, según suponía Marica, debía estar en la casa de Amada, a donde seguido había ido los últimos días para sosegar a su prima, que para

esas fechas ya tenía los nervios destrozados a causa de los malos ratos que pasaba con Amadita.

Y le dio a Elodia los pormenores de algunos hechos absurdos que, cada vez con más frecuencia, representaba Amadita.

—Voy a esperarla —dijo Elodia, encaminándose a la cocina. Marica la sigui ó para continuar con lo que estaba haciendo.

En la cocina estaba Emilia meneando la leche que tenía en un perol para hacer cajeta.

Con un gruñido contestó el saludo de Elodia, sin siquiera levantar la vista de su cocimiento.

Elodia se acercó a la mesa donde Marica estaba trabajando, y le dijo a media voz:

—Si sigue ahí con ese gesto, va a cortar la leche.

Aunque se rieron tapándose la boca, Emilia alcanzó a oírlas y volteó a verlas.

—¿Crees la patraña que decía mamá Margarita? —le preguntó Marica a Elodia haciendo ruido con el rodillo para que Emilia no oyera.

—Pues decía algunas consejas que resultaban ciertas, y siempre insistía en que batir huevos o concentrar leche con la cara adusta, no daba buen resultado.

De pronto entraron Paula y Lucrecia a la cocina. Habían ido juntas a visitar a Amada y venían con malas noticias. Iban a empezar a referir lo acontecido en la casa de Amada cuando llegaron Elena y César que venían siguiéndolas.

Molesta, dejó Emilia lo que estaba haciendo y volteó para decirles:

—Hagan favor de salir de aquí; arreglen sus asuntos afuera: “Mucha gente en la cocina echa a perder la cecina”.

Con ese refrán solía sacar a la gente de la cocina cuando la boruca la empezaba a enfadar.

—No ha presentado Amadita ninguna mejoría con los tratamientos que se le han dado, al contrario, parece empeorar; —les explicaba Lucrecia a sus hijas— Amada está inconsolable pues les están recomendando los médicos internarla en un sanatorio para enfermos mentales. Rafael opina, sobreponiéndose al pesar que la indicación de los médicos le causa, que es lo mejor. Ve a Amada agotada; no hace otra cosa que vigilar a Amadita y seguirla a todas partes, pues en ocasiones se ha hecho daño y para colmo, desde hace unos días la agrede físicamente, o por lo menos, Amada reconoce que la agrede, pues Rafael sospecha que de tiempo atrás le ha dado un trato violento.

Aunque toda la familia estaba enterada de las rarezas de Amadita, les pareció que muy avanzado debía estar su mal para que estuvieran considerando esa medida.

Emilia, cuando se enteró de la decisión de Rafael, de internarla, se molestó:

—Que fácil quieren arreglar su problema. A esa muchacha la han hecho caprichosa y ahora se quejan de

los resultados. Tiene la cabeza repleta de fantasías, eso es todo.

Nadie quiso sacarla de sus ideas explicándole los pormenores del trastorno que sufría Amadita.

Tras el triunfo de la Revolución, que había dejado tambaleante al país, el 6 de noviembre de 1911, Francisco I. Madero ocupó la presidencia. Hombre idealista y bien intencionado, pecó de ingenuo. La decena trágica puso punto final a su gobierno y el 22 de febrero de 1913, fue asesinado por Victoriano Huerta, el hombre encargado de su seguridad.

El vaivén en que se desenvolvía el país alteraba el ánimo de Lucrecia, quien bastante tenía ya con los aconteceres nada fáciles que se estaban dando en la familia; así que el día que Elodia le anunció que de nuevo estaba encinta, lo único que se le ocurrió decir fue:

—¡Ave María Purísima!

A sabiendas de que esta exclamación muy raras veces la empleaba Lucrecia como invocación a la Madre de Dios, y menos aun cuando la profería con tal respingo, Elodia le respondió:

—El mundo va a seguir girando, no siempre van a estar las cosas como están ahora.

Lucrecia no quiso responder enseguida; meditó unos momentos en todas las criaturas que estarían por llegar en esos agitados tiempos, y que, además, tenían todo el derecho de llegar, aunque no sabía exactamente para qué.

—No sé si te hayas enterado de que Amadita ya ingresó al sanatorio de enfermos mentales; me ha afligido mucho todo eso.

—Tú sabes que hicieron todo lo que estuvo en sus manos para evitarlo.

—Tal vez haya sido lo mejor.

Lucrecia sabía el cariño que Elodia sentía por su prima, así que le aclaró, que de querer ir a visitarla, sería preferible que esperara un tiempo, pues eso les habían aconsejado.

El 14 de Junio de 1915, nació Jorge.

Tras una serie de interinatos, llegó, en 1917, Venustiano Carranza a la presidencia, haciendo un sincero esfuerzo por restablecer el orden constitucional.

Para muchas familias esos años fueron de estrecheces. En ese constante trapicheo de gobernantes, el dinero que un día tenía valor, al siguiente ya no servía. Los comerciantes querían el pago de sus mercancías en oro o plata; le tenían ojeriza al papel moneda porque en cualquier momento carecería de respaldo.

A pesar de que el gobierno amenazaba con multas y hasta cárcel a los comerciantes que se rehusaban a recibir los billetes de nuevo cuño, no había una sola tienda que los recibiera; de modo que Elodia, a quien acababan de rechazarle sus bilimbiques en varias tiendas, se presentó con Lucrecia a pedirle algo de su alacena.

Lucrecia, que acababa de llegar de la casa de la señora Luisa Noguera, le dio a Elodia algo de frijol,

maíz y harina. La señora Noguera tenía seis hijos, y don Manuel, su esposo, que de niño había vivido períodos de escasez, tenía la costumbre de llevar a su casa, por arrobas, los alimentos que él consideraba primordiales.

Además de previsores, los señores Noguera eran personas de buen corazón, y la amistad de doña Luisa con Lucrecia fue razón suficiente para ofrecerle su apoyo.

Marica le dedicaba cada vez más tiempo a Emilia. La acompañaba a recibir los masajes y cataplasmas que le daban en las rodillas; la llevaba al temazcal, de donde salía reanimada, asegurando que el vapor beneficiaba sus huesos, y le preparaba los alimentos que le sugerían las marchantas del mercado, conocedoras de lo que sus productos podían aportar a la salud.

Lucrecia comenzaba a sentir temor de que Marica siguiera los pasos de Emilia al preferir el encierro a las reuniones con las amistades. Tenía una voz agradable y, cuando asistía a alguna tertulia, solían pedirle que cantara; pero ahora parecía perder interés en esos eventos.

Posiblemente extrañaba a Pablo, un compañero de escuela con quien había seguido tratándose y que, sin llevar una relación de noviazgo, habían mostrado tenerse un sincero afecto. Pero al irse al norte del país la familia del muchacho, tuvo que dejar él también Orizaba.

Además, le había afligido el desencanto en que estaba viviendo Elodia, que había acabado por pedirle a

Juvencio que se fuera de la casa, convencida, finalmente, de que no era hombre que se adaptara a una familia: él necesitaba un harén.

Elena, por su parte, procuraba permanecer al margen de los altibajos de su familia; asistía a la Escuela Modelo de Orizaba, una de las de mayor prestigio en el país.

Tal vez sin proponérselo, ella había ido haciendo su mundo; sus gustos eran refinados, y trató de refinar, lo más que pudo, su educación. A su apretado programa de clases, añadió lecciones de piano y de mandolina.

Desde 1881 Porfirio Díaz había iniciado en la Ciudad de México un programa que hacía algunos años se había instituido en algunos países de Europa, y que consistía en crear escuelas de párvulos o jardines de infancia. En Veracruz hacía poco tiempo se habían instaurado, y Elena, que se había interesado en la docencia, particularmente de los niños pequeños, se entusiasmó cuando una compañera de escuela le hizo mención de un plantel que estaba en ciernes en el puerto, y que aún no contaba con el personal docente. Desde luego, la animaba a presentarse con una solicitud de empleo.

Aunque trasladarse a Veracruz representaba dejar la escuela, le tomó pocos meses decidirse, prometiéndose reanudar en algún momento sus clases. Estaba segura, de cualquier manera, que al dedicarse a la enseñanza estaría haciendo una carrera, pero su meta inmediata era empezar a ganar su dinero.

Con una compañera de escuela, rentó una modesta vivienda, se llevó lo indispensable y se fue, una vez que le aseguraron el trabajo, ofreciéndole a Lucrecia que pediría después su traslado a Orizaba.

Una de las preocupaciones de Lucrecia era el lugar en que vivirían cuando Emilia muriera, pues ninguna de las descendientes mujeres de José María tuvo acceso a algún bien inmueble de él, debido, precisamente, a su condición de mujeres. Si se encontraban aún disponiendo de la casa, se debía a que los varones de la familia habían establecido que se le dejara vitalicia la casa a Emilia.

Emilia, no obstante que sus dolamas se habían acrecentado, no padecía de ninguna enfermedad mortal, pero Lucrecia pasaba muy malos ratos cada vez que debía guardar cama por algún malestar.

Don Tadeo era un hombre que desde hacía bastantes años les vendía carbón y, en ocasiones, legumbres de su huerta.

—¿Cómo se encuentra Emilita hoy? —preguntaba siempre que llegaba; y, le contestaran que estaba bien o que estaba mal, al retirarse decía—: "Dios le dé todavía muchos años más a Emilita".

Esa mañana lo recibió Lucrecia, y como la viera un poco alterada cuando le respondió que Emilia había amanecido con un fuerte dolor de espalda, le mencionó unos cuantos remedios tratando de ser útil.

—Muchas gracias por preocuparse don Tadeo, pero cuando la veo postrada se me ocurre que pudiera no volver a levantarse.

El hombre, que desde luego nada sabía de las circunstancias en que seguían disponiendo de la casa sus moradores, supuso que la evidente preocupación de Lucrecia se debía al cariño que, como sobrina, le debía profesar.

—No debe "usté" tener figuraciones, niña; Emilita va a ponerse bien.

Cuando terminó su entrega, y Lucrecia le hacía el pago de su mercancía, don Tadeo le preguntó:

—¿Estará en la casa la niña Mariquita? Quiero saber si va a querer que le lleve al correo su correspondencia.

—Marica no está, y no sé de qué correspondencia me está hablando.

—A veces llevo al correo unas cartas que manda, creo que a Estados Unidos, porque el porte es mayor que el del país.

—Le daré su recado, don Tadeo es probable que hoy no haya tenido cartas qué mandar.

Lucrecia se quedó trinando: ¿Qué clase de carteo sostenía Marica, y con quién?

Su disgusto aumentó cuando entró Marica acompañada de una vecina; tomó la costura que había dejado pendiente para atender a don Tadeo, y esperó a que la visita se retirara para hablar con su hija.

Cuando por fin Marica se desocupó, la llamó para interrogarla:

—¿Con quién te estás carteando en Estados Unidos?

La brusquedad con que formuló Lucrecia su pregunta puso en guardia a Marica, que malició que su madre estaba recelando ya quien era el destinatario de sus escritos, y pensó que no valía la pena darle vueltas a lo que más tarde o más temprano le tendría que decir:

—Me carteo con Rosario Berriel.

No esperaba Lucrecia que sin más preámbulo Marica declarara a quién dirigía sus misivas.

—¿Y a santo de qué sostienes correspondencia con ese hombre?

—No le veo lo malo. Su hermana le mandó una foto que se tomó conmigo y él le pidió que nos pusiera en comunicación; sabía que te ibas a molestar, por eso no te lo había dicho.

—¿Por qué entonces, si sabes que Rosario no es santo de mi devoción, te has empeñado en cartearte con él?

Marica no contestó; cavilaba la manera de darle a su madre una respuesta que no la enojara más.

—Es que quería esperar un poco más para decirte.

—¿Para decirme qué?

—Que te quiere escribir.

—¡No faltaba más! ¿Y qué sentido tendría eso?

No quiso Marica darle más largas al asunto que la tenía preocupada, precisamente, por la reacción que esperaba de Lucrecia.

—Te quiere escribir para pedir tu consentimiento para casarnos.

Ahora la que se quedó callada fue Lucrecia; mejor dicho, se quedó muda.

Cuando se recobró del sofocón, le bajó algunos tonos a su voz:

—Tú no estás en tus cabales; no concibo que en algún momento se te haya ocurrido tomar en serio a Rosario, que además es mi pariente.

—Pariente lejano —le apuntó Marica— y lo he tomado muy en serio.

Lo que estaba dominando ahora a Lucrecia no era la irritación. La aversión que sentía por Rosario pasaba a segundo plano; ahora sentía aprensión por el porvenir de su hija, máxime que se iría, estaba segura, a Nueva York, donde Rosario trabajaba, y sólo Dios sabía qué vida le esperaría allá, y cuándo la volvería a ver.

Quiso sacar de su imaginación lo que en unos segundos había pensado, pero la decidida, casi desafiante postura de Marica, no daba lugar a que pensara de otra forma.

Le habló entonces de los riesgos de irse lejos, donde a nadie conocía… ni siquiera al que pretendía ser su marido, pero Marica tenía, según dijo, previsto todo eso,

y lo que deseaba era dejar en Lucrecia la certidumbre de que todo marcharía bien.

Pero nada de lo que Marica le explicó le pareció sensato a Lucrecia, ella seguía opinando que los planes de su hija chocaban contra el sentido común.

Sin cultura política, el país había oscilado entre el autoritarismo y el desorden. A las fuerzas zapatistas y villistas había que sumar, en esos momentos, grupos de bandoleros y antirrevolucionarios que dificultaban la anhelada pacificación.

Con la constitución en las manos, quiso Carranza alejar del país la violencia revolucionaria, aunque los métodos con que ejerció el poder no estuvieron siempre muy apegados al orden jurídico. Sus otrora adeptos se levantaron en armas contra su gobierno, y el 23 de abril de 1920, en una emboscada, el señor Carranza fue asesinado.

Y tras un breve interinato de don Adolfo de la Huerta, la administración del país quedó en manos de Álvaro Obregón, que se propuso reconstruirlo impulsando áreas rezagadas, algunas tan trascendentes como la educación. Creó la Secretaría de Educación Pública con don José Vasconcelos, a quien nombró Ministro de Educación, e inició una importante campaña de alfabetización.

Hubo entonces un incremento de centros educativos, que incluía a las escuelas de párvulos.

A Lucrecia le desagradaba reconocer que había tenido razón cuando advertía a Marica sobre lo azaroso

que podría resultar su matrimonio. Marica se había casado por poder con Rosario, y aunque a ella no le comunicaba sus tribulaciones, a Elodia sí; además, a Elena le escribía una amiga orizabeña que tenía un tiempo viviendo en Nueva York, y que, condolida con la situación de Marica, relataba a Elena lo que consideraba debían saber.

El nuevo noviazgo de Elodia ocasionaba otro de sus malestares. Como insensatez, calificaba el enamoramiento de su hija, y no veía la hora en que desistiera de ese trato. Y el acabose fue la relación de Elena con Juan Carriles, un señor mayor que ella que había conocido en Orizaba, pero que radicaba en Veracruz. Sus suspicacias se debían a que el señor no contaba con ingresos propios, aunque se desenvolvía en muchas actividades: montaba obras de teatro con las que hacía giras sin mucho éxito económico; incursionaba en política aunque nunca logró ningún beneficio y su fuente principal de ingresos eran las rentas de su madre, una señora viuda que contaba con algunos bienes que le permitían sostener las extravagancias de su hijo.

Después de que nació el primer hijo de Marica, Elena solicitó un permiso para ausentarse de su trabajo y se fue a Nueva York. Pensaba, al irse, pasar una corta temporada con su hermana, pero Marica se volvió a embarazar y decidió quedarse hasta que el niño naciera. Entró a trabajar a una fábrica de sombreros, lo que le

permitió cubrir sus gastos y hacer algunos ahorros para su regreso.

Un poco después de que Elena se fuera, César se fue también a probar suerte; rentaron una vivienda entre los dos, y, orientado por un pariente de Lucrecia que vivía allá desde años atrás, entró a trabajar a un taller de torno.

Para beneplácito de Lucrecia, Elena volvió a Veracruz antes de dos años: el segundo invierno que vivió allá le pareció insoportable; igualmente se desesperó de estar al tanto de la vida de congojas que llevaba Marica, y de su impotencia para ayudarla; se informó sobre su situación en el jardín de niños y se le notificó que habían aumentado los grupos y que tenía su lugar si volvía pronto. Con pesar la despidió Marica, que entonces tenía ya dos hijos; le dijo que la extrañaría muchísimo pues en su conflictiva vida, la había tenido siempre de paño de lágrimas.

El 7 de agosto de 1926 nació Juan Alberto, el tercer hijo de Elodia, y nuevamente, los augurios de Lucrecia se cumplieron: la unión de Juan Fernández y Elodia, duró escasos dos años.

La salud de Emilia empeoraba; aunque no padecía de ningún mal definido, su decaimiento y su inapetencia minaban su energía día a día.

Cuando Lucrecia mencionó que tenía intenciones de irse a Veracruz con Elena, Amada se ofreció a llevársela a su casa para atenderla sin tener que salir todos los días.

Cambió Lucrecia sus planes en consideración a su prima y se fue Elena sola, pero animada con su trabajo pues le acababan de ofrecer la dirección del kínder.

La vida de Elodia, más complicada ahora con otro hijo, la había hecho retirarse de la familia. Lucrecia le reprochaba que visitara más a otras parientas que a ella.

—A otras partes voy por momentos, aquí tendría que pasar un buen rato para ayudarte con Emilia y no me alcanza el tiempo. Mañana por la tarde voy a hacerle una visita a Amadita, hace meses que no la visito.

—Pues Lupe no va, y Amada se le ha retirado un poco últimamente; en cuanto a mí, seguiré yendo a verla mientras me conozca.

—Eso me entristece; a todos nos conoce aunque siga tan ambientada en su mundo. Nunca menciona su casa.

Y tal como se lo anunciara a Lucrecia, dos días después se fue Elodia a hacerle una visita a Amadita. Como siempre, su prima la reconoció enseguida; platicaron un rato, o mejor dicho, Elodia le siguió el juego a su charla, cuando de pronto le dijo:

—Te voy a recomendar de nuevo, Elodia, que no pidas cosas prestadas, y menos aún si son prendas de vestir.

Elodia se quedó en silencio esperando que Amadita dijera a qué se debía su exhorto. Y Amadita siguió:

—Ese mantón que llevas puesto es de la reina de España, yo lo sé bien, y te pido que cuanto antes se lo regreses.

Ahora sí tuvo que pensar Elodia unos momentos lo que debía responder. Por supuesto, no era cosa de aclarar que su recomendación era totalmente irracional, pero tampoco quiso dar vuelo a su contestación inventándole una historia de amistad con personas que ni en el mundo la hacían, pues le parecía una burla; de modo que sólo le respondió:

—Me lo obsequió, Amadita, la señora tiene muchos mantones y quiso regalarme éste.

—Pues no abuses. Espero que no se lo hayas pedido.

—Te aseguro que no; nunca me atrevería a algo así.

Cuando salió Elodia del sanatorio iba entre triste y divertida; le abrumaba que su prima se introdujera cada vez más en su universo de oropel, y al mismo tiempo le divertían sus ocurrencias.

Días después, llegó a visitar a Lucrecia; llevaba el mantón que llamara la atención de Amadita y les narró, a Lucrecia y a Adolfina, su comentario.

—Si no fuera porque hay reinas tan desgarbadas, yo le diría, más bien, que lo luce como una reina.

Adolfina hizo la observación porque, decía, Elodia hacía lucir lo que se pusiera debido a su erguida postura.

Y en efecto, su porte impecable hacía resaltar hasta las prendas más sencillas.

No tuvo necesidad Lucrecia de esperar mucho tiempo para irse con Elena; Emilia murió meses después de que Elena se instalara en Veracruz.

Con la muerte de Emilia se cerró una época en la vida de los descendientes de José María, vida que había transcurrido, por mayor o menor tiempo, en la casa que ahora también estaba por cerrarse y que, según los beneficiarios, venderían pronto.

Al desocupar la casa de Emilia, Lucrecia le dejó a Elodia algunas pertenencias y otras se llevó a Veracruz, entre ellas, la cama que le fabricara Antonio y a la que, en un viaje que hiciera a Orizaba, Elena dispuso cortarle el dosel. Cuando Lucrecia volvió, se encontró su cama mutilada, lo que le disgustó sobremanera, pero a Elena le sobraban argumentos para justificar su arbitrariedad; le alegaba que ya esas cosas no se usaban y que las casas ya eran de techos más bajos.

Al poco tiempo de haberse mudado Lucrecia al puerto, Jorge insistió para que Elodia lo dejara hacer su escuela secundaria en el Instituto Preparatorio de Veracruz; lo logró finalmente y se fue con Elena y Lucrecia; huía, probablemente, de la mano dura de Elodia, con la que chocaba por cualquier motivo. Desde luego conocía bien a Elena y sabía que no iba a hacer su vida a su antojo, pero le parecía más ecuánime que su madre.

Malena asistía a una escuela de comercio de alto nivel; su amplio programa y su disciplina garantizaban la eficiencia de sus egresados, al grado de tener prácticamente un lugar asegurado en cualquier oficina.

Y en su caso, tuvo la suerte de comenzar a trabajar como auxiliar de contador en la tienda de ultramarinos de

la familia Larrieu. Con el tiempo fueron aumentando sus obligaciones, pero gozaba de algunas consideraciones y se sentía bien ahí.

Desgraciadamente no ocurría lo mismo en su casa, donde los conflictos ocurrían por cualquier causa. No había tolerado nunca Malena al segundo marido de Elodia, y aunque ya él hacía su vida en otra parte, los roces entre ellas continuaban.

Jorge regresó a Orizaba, pero sólo para alistar su ingreso a un colegio textil que estaba situado en San Ángel, en la Ciudad de México.

Cerca de tres años trabajó Malena con los Larrieu, y hubiera continuado en esa rutina de no haberse enfermado Lucrecia, por segunda ocasión, de tifoidea. No obstante que la enfermedad no había sido tan severa como la que padeciera años atrás, la debilitó al grado de tener que permanecer encamada la mayor parte del día. Elena se ausentó dos días del trabajo, suponiendo que se restablecería pronto, pero se abrumó cuando supo de qué mal se trataba, pues no quería dejarla sola y sus actividades requerían de todo su tiempo.

Escribió a Elodia para ponerla al tanto de la salud de su madre, y ella se ofreció a ir a atenderla mientras salía de su enfermedad, pero Malena buscó la manera de manejar esa contingencia a su favor.

—Tú tendrías que llevarte a Juan, y perdería escuela; yo puedo pedir permiso en el trabajo y quedarme con mi *abue* hasta que esté bien.

Por la forma en que lo planteaba Malena, se entendía que el motivo principal de su viaje era hacer compañía a su abuela y atender la casa de Elena en tanto se recuperaba. Elodia, conocedora del cariño que su hija sentía por Lucrecia, no dudó que la preocupación fuera el único motivo de su ofrecimiento.

Y aunque en un principio caviló entre los pros y los contras, terminó aceptando.

En unos días dejó Malena arreglados los pendientes del trabajo, empacó algo de ropa y, encantada, tomó el tren a Veracruz.

En el camino, se entretuvo un rato revisando las direcciones de sus amigas, a quienes había ofrecido escribir. Estaba segura de que las extrañaría… quizá más que a Sergio, con quien llevaba algunos meses de noviazgo y a quien había aceptado, principalmente, para mortificar a Elodia.

Fueron dos meses los que se llevó Lucrecia en recuperarse; aun cuando la fiebre había dejado de presentarse, la debilidad la agotaba en cuanto pretendía hacer algo en la casa.

Malena le escribía a Elodia asegurándole que sólo esperaba que su abuela recuperara sus fuerzas para regresar a Orizaba. Sin embargo, en cuanto vio a Lucrecia restablecida, se dedicó a buscar trabajo.

No tardó mucho en encontrar lo que buscaba: como secretaria de don Manuel Muerza se empleó en La Valenciana, una prestigiosa zapatería.

Ahí conoció a Manuel Valle, un asturiano con algunos años de haber llegado a México y que, luego de probar suerte en algunas ciudades del país, se había asentado en Veracruz con la intención de establecerse con un negocio de ultramarinos.

Malena empezaba a salir con un sobrino de los Muerza, recién llegado de España y que había hecho buena amistad con Valle. Sin embargo la relación duró poco, y tiempo después, Valle comenzó a llevarla, a la salida del trabajo, hasta su casa; mejor dicho, hasta dos cuadras antes de su casa, pues Elena, desde que empezara Malena a salir con jóvenes, le advirtió que, o se hacía acompañar de Lucrecia o de alguna amiga que ella también conociera, o de lo contrario, la regresaría a Orizaba.

Cuando Malena puso a Valle al tanto de las advertencias de Elena, se incomodó:

—Pues vaya que es exagerada tu tía, ¿tendré que ir primero por tu abuela o tus amigas para poder llevarte a tu casa?

—No tanto. Y probablemente si hablaras con ella pudiera aceptar que me trajeras.

Malena estaba segura de que si Elena la llegaba a ver con Valle, la despacharía inmediatamente a Orizaba, y a él lo haría blanco de algún desplante.

Valle dejó un tiempo de acompañarla; le molestó tanta suspicacia. Pero una tarde, se le presentó al salir del trabajo:

—Vamos con tu tía, a ver si podemos entendernos.

Elena se portó menos hosca de lo que habían imaginado. Ella quería conocer al acompañante y aclararle que, a su sobrina, tenía que llevarla hasta la casa y que, cuando quisiera hablar con ella, fuera, igualmente, a su casa.

Valle, a sus treinta y seis años, se encontraba muy contento con su soltería y en lo que menos pensaba en ese momento era en hacer visitas muy frecuentes; no quería mucha formalidad en su relación.

Sin embargo, las visitas y las invitaciones a comer o al cine, no fueron tan esporádicas. Al menos tres veces por semana llegaba a la casa o la invitaba, al igual que a Lucrecia, claro, a algún espectáculo o a salir una tarde de domingo. Si las salidas eran frecuentes, dejaban en paz a Lucrecia y los acompañaba Valentina, una vecina y amiga de Malena.

A Elena le extrañaba no haberse enterado nunca de que alguna vez hubieran ido a bailar; para ella, que desde muy joven disfrutara del baile, no entendía que una pareja no pisara nunca una pista de baile. Cuando lo comentó con Malena, sólo le respondió:

—A Manolo no le gusta bailar, dice que no tiene oído.

A Valle, Malena le llamaba Manolo, el nombre que le daba su familia; no así Lucrecia y Elena, que le siguieron llamando Valle, tal como le decía la mayoría de la gente que lo conocía.

Las cartas de Marica eran extensas y prolijas; les escribía a todos, y aun cuando no le respondieran pronto, ella seguía escribiendo a su madre, a sus hermanas, a sus sobrinos, y hasta algunas amigas. Les narraba todo acerca de los progresos de sus hijos; en invierno, de lo que sufría con la crudeza de un frío al que no estaba acostumbrada… y, exceptuando a Lucrecia, contaba las vicisitudes que traía la depresión que azotaba a Estados Unidos y que estaba colapsando al comercio y a la industria. A fines de 1931 dio a luz a su tercer hijo, que en este caso, fue una niña.

Probablemente, a pesar de los aprietos con que estaban viviendo en esos momentos, el futuro de sus hijos lo vieron siempre en ese país, a juzgar por los nombres que les dieron: William, Charles y Margaretta.

Tanto César como Rosario trabajaban eventualmente; las plantas industriales sólo ocupaban la mitad de la mano de obra y, a causa de la ley seca, miles de fuentes de trabajo también se vieron perjudicadas.

Dos años después regresó César a México y si Rosario no lo hizo, fue porque, a diferencia de su cuñado que no necesitó más que un boleto, él necesitaba cinco y cada vez que estaba cerca de completarlos, perdía de nuevo el empleo, o surgía algún gasto extraordinario.

Rosario era muy buen cocinero, con cartas de recomendación recorría cafés y restoranes, pero ese ramo estaba también muy lacerado.

Lucrecia solía ausentarse de Veracruz durante los meses en que arreciaba el calor; se iba a Orizaba con Elodia y algunas veces con César, que se había instalado en la Ciudad de México.

Elena, a pesar de haber recibido muy joven la dirección del kínder, con su disciplinada forma de trabajar había hecho que el plantel destacara por su buena marcha.

Y el mismo orden que aplicaba en su trabajo, lo aplicaba en su casa y en su persona. Hacía lucir su salario cuidando al máximo los gastos de la casa y con la habilidad que tenía para confeccionar su ropa, lucía siempre como si gozara de un mayor ingreso. Era, además, bonita.

Lucrecia había tenido siempre la costumbre de levantarse temprano. Cuando estaba en Veracruz solía madrugar aún más; decía que era preferible hacer el trabajo antes de que se acentuara el calor. Una mañana de abril de 1937, apenas comenzaba a despuntar el sol cuando se levantó. Salió al patio a tender una ropa que había alistado desde la víspera. El cielo del amanecer, completamente despejado, le hizo recordar a José María, que solía decir que la luz del alba era la más bonita del día. En ocasiones cantaba al realizar sus tareas y esa mañana, probablemente por la memoria que hiciera de José María, cantó unos trozos y tarareó otros, de “La Verbena de la Paloma”, recordando que, aunque su abuelo había disfrutado muy poco esa zarzuela pues se

había estrenado en Orizaba casi a fines de siglo, era un género que le gustaba mucho.

Salió a visitar a su vecina Raquel Bertani que había tenido unos días malos con ataques de asma. Tardó un poco en su visita y al volver, encontró tocando la puerta a un empleado de telégrafos. El joven llevaba un cable a su nombre procedente de Nueva York; esperó unos minutos antes de abrirlo; quiso pensar que fuera alguna buena noticia: "quizá nos avisan que finalmente regresan a México"; pero ese pensamiento lo desechó enseguida: "No tendrían que avisar eso por cable".

Afortunadamente dos vecinas, que se habían percatado de la entrega del telegrama y que sus sospechas no eran de buenas noticias, se habían quedado razonablemente cerca de la puerta.

Rasgó Lucrecia el sobre y finalmente se enteró del contenido: un día antes, Marica había muerto de pulmonía.

Las solícitas vecinas decidieron hacer guardia para que Lucrecia no se quedara sola mientras llegaban Elena o Malena. Pronto la cuadra entera se había enterado de lo sucedido e hicieron turnos para acompañarla. Hubo alguien que opinó que debían ir a avisar a Elena; la escuela no estaba lejos. Pero en vista de que Elena pronto saldría de su trabajo, desistieron de ir a buscarla y optaron por retirarse y dejar que una sola vecina se quedara acompañando a Lucrecia hasta que llegara.

Gracias al ir y venir del vecindario se ofuscó un rato la mente de Lucrecia. No daba todavía crédito al contenido del telegrama y le costaba trabajo concentrarse. Además de las condolencias que le expresaban, le habían hecho un raudal de preguntas que no encontraba la forma de contestar. Lo que menos se le hubiera ocurrido, entre los muchos acontecimientos adversos que le presagiara a su hija cuando se fuera, era ese: que llegara a morir allá, y menos aún, antes que ella.

Cuando llegó Elena, el ponerla al tanto de la noticia y ver su desesperación, le acabó a Lucrecia la escasa fortaleza que había mostrado ante la gente. Las preguntas que más se hacían eran: "¿Por qué no se regresaron?" y "¿Qué va a ser de esos niños?".Y así las encontró Malena, entre llanto e interrogantes, sólo que en la que ella pensaba en ese momento era en Elodia, que tan apegada había sido a su hermana.

Meses después, ante la imposibilidad de Rosario de atender a sus hijos, el gobierno de Estados Unidos se hizo cargo de ellos. Lucrecia escribió en varias ocasiones solicitando le otorgaran la tutela de sus nietos, pero le fue negada.

Luego de tres años de noviazgo, el 17 de abril de 1939 se casaron Manolo y Malena.

Por diversos motivos había supuesto Lucrecia que Elena se casaría antes, pues, en repetidas ocasiones, Juan Carriles había manifestado sus planes de boda en

cuanto se consolidara tal o cual cargo que, seguramente, tendría dentro de las actividades administrativas.

Amigo de tiempo atrás de Adolfo Ruiz Cortines, estaba seguro, desde que en 1935 Ruiz Cortines fuera oficial mayor, que su amigo iría en ascenso dentro de ese renglón, cosa que confirmó unos años después cuando tuvo una participación en el gabinete de Manuel Ávila Camacho. Y no eran infundadas sus esperanzas de acceder a algún puesto, pues tuvo un cargo, aunque de poca monta cuando, en 1944, Ruiz Cortines gobernó el estado.

Desde que años atrás, comenzaron ese noviazgo, Elena, por numerosos motivos, lo había terminado en varias ocasiones. En los intervalos entre una y otra reconciliación, Elena había aceptado otros pretendientes; dos de ellos, por diferentes causas, murieron, lo que hizo sentir a Elena como portadora de alguna mala sombra.

Cuando volvía a escena Juan Carriles, Lucrecia volvía a hacer sus entripados. Y aunque no era ella afecta a poner sobrenombres, un buen día, emulando a Emilia, comenzó a nombrarlo "*el intermitente*", por tan irregular relación; desde luego, mucho se cuidó de que Elena se enterara de su ocurrencia.

En septiembre de 1940 nació Magda, la primera hija de Malena. En cuanto comenzó a caminar, siempre que tenía tiempo, Elena la llevaba un rato al kínder, que ahora era un moderno edificio que recién habían estrenado y

que albergaría solamente el jardín de niños, contra lo que había sido el anterior, que alojaba kínder y primaria.

Junto al plantel, se edificó la casa que habitaría la directora. En lo primero que pensó Elena cuando se inició la construcción, fue en lo que se ahorraría de renta. Y aunque de habitaciones más pequeñas que las de su anterior vivienda, la flamante casa hacía lucir más los muebles que poco a poco había ido adquiriendo.

Cuando en 1941 nació la segunda hija de Malena, Lucrecia volvió a lucirse copiando la manía de Emilia de aplicar apodos, y llamó a Tere: "*la usurpadora*".

Jorge había terminado su carrera de ingeniería textil en San Ángel. Casi de inmediato comenzó su trabajo en las fábricas de CIDOSA. Las recorrió todas con puestos de asistente, subdirector y finalmente, director de hilados, ascendiendo de igual manera, en la categoría de las fábricas.

La conflagración que había iniciado entre algunos países Europeos daba trazas de incluir a los Estados Unidos en su conflicto, derivando de nuevo en una guerra mundial.

Las desgracias de algunos suelen favorecer a otros, y en este caso, la Compañía Industrial de Orizaba recibió un considerable incremento en su producción, al exportar importantes remesas de géneros a Europa.

Y la actividad fabril demandó un aumento de mano de obra que se reflejó en un beneficio para la región.

Las responsabilidades y el trabajo de Jorge fueron en aumento con sus ascensos, pero igualmente aumentaron sus ingresos, lo que le permitió dar a Elodia una vida más cómoda y concederse él los viajes y las aficiones que había tenido necesidad de postergar.

Generoso, utilizó su posición desahogada para ofrecer ayuda a la gente, fueran o no parientes. Él no hacía mención de sus donaciones pero de alguna manera la familia se enteraba.

Aunque era de carácter fuerte, solía aconsejar la templanza y la mesura en el proceder de las personas, mortificando especialmente a la familia, a quienes llegó, incluso, a regalar libros sobre el dominio de sí mismo. Los consejos en sí hubieran sido tomados como sermones que se podían o no tomar en cuenta, pero lo que sí tomaban todos en cuenta, era su contrasentido. Tenía Jorge la virtud de convertir cualquier nimiedad con la que estuviera en desacuerdo, en algo tan desmesurado que, montado en una irracional cólera, echaba a perder cualquier rato agradable con la familia.

Había sufrido años atrás un percance durante una excursión al Popocatépetl: cortando un leño para atizar una fogata, una astilla brincó alojándosele en el ojo izquierdo. La rapidez con que lo atendieron en México y la penicilina que la familia mandaba traer de Estados Unidos, lograron que no sufriera una infección que comprometería, incluso, al ojo sano.

Afortunadamente, aunque en el país aún no se contaba con él, el recién descubierto antibiótico sanó su ojo, aunque no la vista. Y no faltaron opiniones acerca del efecto que pudiera haber tenido el malhadado accidente en el lado acre de su carácter, llegando a señalar esa circunstancia como causante de sus exabruptos. Pero la gente que lo conocía de tiempo atrás no estaba muy convencida de esa conjetura.

En 1943, en el mes de septiembre, nació la tercera hija de Malena. Como Martha del Carmen se le bautizó, pero Raquel Bertani, que fungió como madrina, prefirió llamarla Carmelina, que es el nombre que finalmente se le quedó.

Pocos años después llegó a Veracruz Juan Alberto, con las firmes intenciones de hacerse marino.

Tras permanecer algunos años interno en la Escuela Naval Militar, y otros pocos castigado en la Base de San Juan de Ulúa, un día determinó irse a México a estudiar arquitectura.

Conforme Lucrecia envejecía, Elena iba tomando las riendas de su vida haciéndole prohibiciones y sentando reglas como si de una niña se tratara. La eximió tanto de las tareas de la casa, como de preparar alimentos; aunque Lucrecia se empeñó en lavar su ropa, pues sólo ella sabía cómo tenderla y doblarla.

Insistió también en envasar sus famosos chipotles, preparar su alcohol de hierbas y algún antojo que se

le ocurriera. Pero se ocupara o no en alguna tarea, se colocaba todas las mañanas un mandil que se quitaba hasta la hora de comer. Ocasionalmente, cuando el patio se lavaba o se encharcaba por la lluvia, se empeñaba en tomar una escoba, y asiendo el mango con sus célebres cojincillos, barría para desaguar.

Sus salidas a la calle sola, fueron también restringidas. Pero a lo que llamó "un verdadero abuso de parte de Elena", fue que le escondiera la botella de habanero que siempre había en la casa, que ella misma encargaba y de la que todas las tardes tomaba lo que llamaba, sus "cucharadas".

Por supuesto Lucrecia encontraba el modo de infringir la ley seca que Elena decretara, sobre todo cuando había que atender alguna visita.

De nuevo el desánimo llegó a la familia: a César le fue diagnosticado un cáncer en el bazo.

Elena no confiaba en la presteza con que su cuñada moviera a su desalentado hermano con los médicos, e hizo viajes frecuentes a México para llevarlo con doctores que le recomendaban amistades que allá vivían. Pero, como solía decir Margarita: "A mal de muerte no hay médico que acierte", César murió antes de terminar el año de 1949.

Y dos años después, Juan Carriles, que se encontraba en la Ciudad de México entre las fuerzas que apoyaban a Adolfo Ruiz Cortines semanas antes de que éste rindiera

protesta como candidato a la presidencia, sufrió un infarto. En el baño de un hotel lo encontraron muerto sus compañeros.

Hubo entonces en la vida de Elena un cambio tan radical, que podría decirse que era su trabajo lo único en que mostraba interés.

En cursos y eventos escolares, pasaba el tiempo que no era de trabajo.

Se enteró de un programa de becas que otorgaba el gobierno de Estados Unidos para llevar educadoras a recibir cursos en varios estados y con ahínco se dedicó a lograr su beca.

Cuando finalmente la consiguió, ocupó todo su tiempo libre en practicar el inglés y bailables regionales. Se le indicó que llevara trajes y música del folklor mexicano, y se esmeró en recopilarlos.

A unas cuantas semanas de salir a su viaje, en abril de 1952, murió Malena de un coma diabético.

El curso de la familia sufrió un cambio: Manolo decidió algo que probablemente hacía tiempo estaba considerando: salir de Veracruz.

Cansado de enfrentar problemas con un sindicato protector de empleados indolentes, había pensado en alguna ocasión cambiar a un giro que requiriera menos personal, pero ahora, la desazón le llevó a decidirse a cambiar también de ciudad. Se asoció con Manolo Fernández, hermano de quien hasta entonces había sido

su socio, don José Fernández, y se instalaron en Puebla.

Por su parte, Elena pensó en declinar su ansiada beca, viendo la manera de que Manolo le dejara un tiempo a las niñas, pero Jorge la persuadió de hacer su viaje, tal como lo había planeado.

Un año después, cuando recién había terminado el compromiso de su beca, se fue a Puebla y, con todos los razonamientos de que pudo echar mano, convenció a Manolo de que le permitiera llevarse a las niñas. El día del cumpleaños de Lucrecia, llegó con ellas a Veracruz.

La carrera de arquitectura de Juan Alberto se alargó por la necesidad que tuvo de trabajar. Al poco tiempo de haberla iniciado, se casó con Margarita Rincón y en menos de cuatro años nacieron sus tres hijos: Jorge Cuauhtémoc, Alberto y Sergio. Finalmente, con el apoyo económico que le brindó Jorge el último año de carrera, logró recibirse.

El espíritu de nómada de Manolo volvió a aflorar: luego de dos años de permanecer en Puebla, Manolo Fernández, el socio con quien ahí trabajara, lo invitó a probar suerte en Ciudad Juárez, con un giro distinto al anterior.

Traspasó el negocio de Puebla e hizo su mudanza.

Estaba finalizando el año de 1955 cuando le pidió a Elena que le llevara a sus hijas. Llorosa las despidió Lucrecia, haciéndoles tantas recomendaciones que no era posible que se les quedaran en sus cabezas.

Y luego de cinco meses inició Manolo otro éxodo, ahora a Nuevo Casas Grandes, a donde llegaron el primer día de mayo de 1956. Tres meses después, justo el primero de Agosto, de un derrame cerebral falleció Lucrecia en Veracruz.

Hasta después de unos meses de haber muerto su madre, pudo Elena mencionar por primera vez el traspié que tuviera cuando cargaba al hijo de Catarina. Cerca de cincuenta años sobrellevó sola, sin desahogar jamás con nadie, el cargo que llevaba en su conciencia. Sin haber una certeza, a la edad de siete años había pronunciado su veredicto: ella era la culpable de la muerte de José Ángel.

# Bibliografía

Algunos datos históricos de la ciudad de Orizaba son del libro: *Historia de Orizaba*, de don José María Naredo.

Otros datos históricos son de: *México en la Historia*, y de la serie: *México de Carne y Hueso*.

# Índice

Dedicatoria ..... 7

Capítulo I ..... 9

Capítulo II ..... 57

Capítulo III ..... 107

Capítulo IV ..... 165

Capítulo V ..... 239

Capítulo VI ..... 305

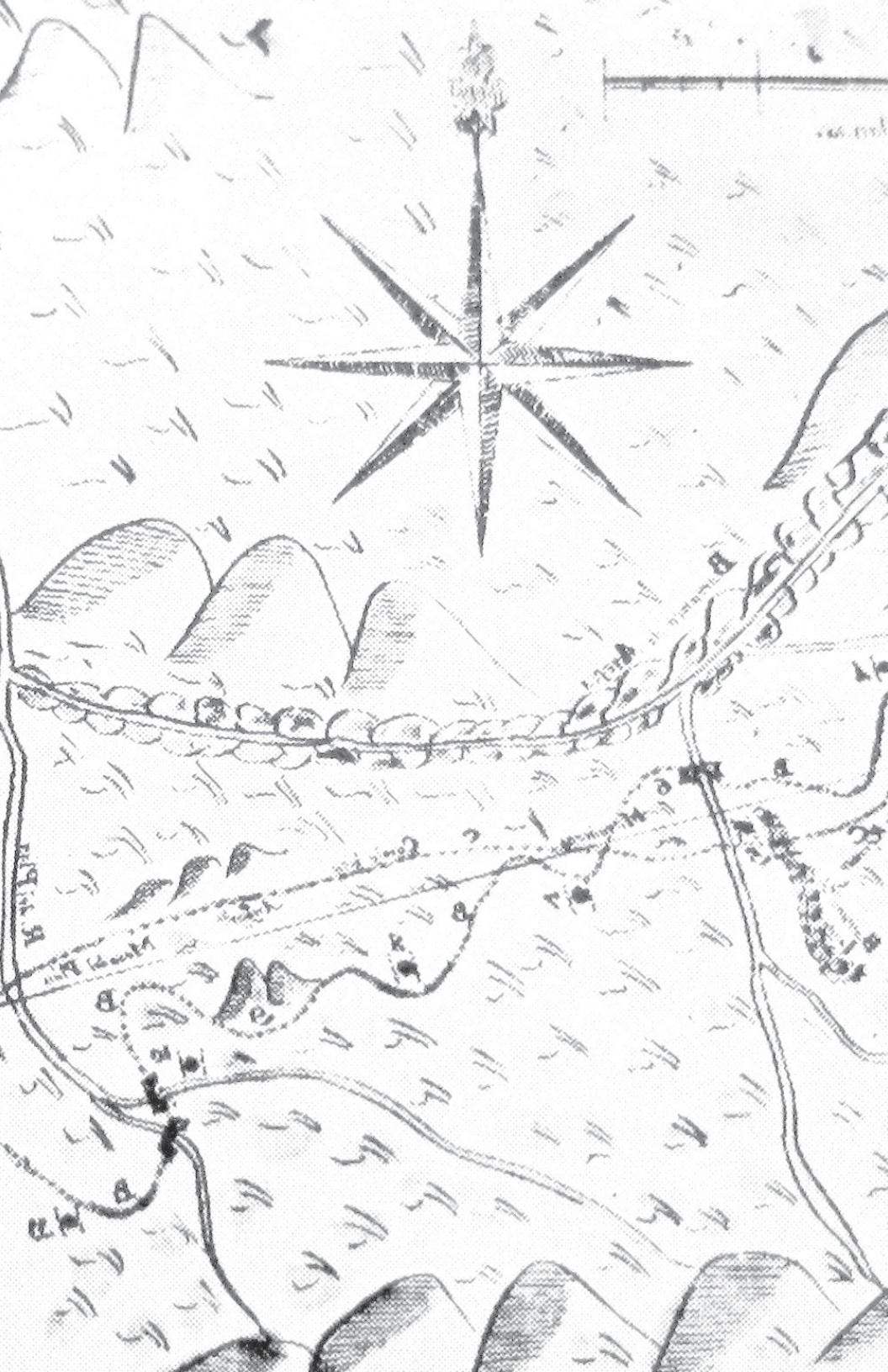
Capítulo VII ..... 399

Bibliografía ..... 479

**Ahora que hay tiempo,**
**te voy a contar un cuento**

de Teresa Valle Peña

se terminó de imprimir el mes de noviembre
en Carmona Impresores, S.A. de C.V.

Edición
Adrián De la Garza Myers

Corrección de estilo
Claudia Saldaña León